
THE
VINE
WITCH
LUANNE
G. SMITH

La Bruja de la Vid

Luanne G. Smith

Contenido

SINOPSIS

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

PRÓXIMO LIBRO

AGRADECIMIENTOS

Sinopsis

Una joven bruja emerge de una maldición para encontrar su mundo trastornado en esta apasionante fantasía de traición, venganza y autodescubrimiento ambientada en la Francia del cambio de siglo.

Durante siglos, los viñedos de Château Renard han dependido del talento de sus brujas de la vid, cuyos hechizos ayudan a crear el vino de renombre mundial del valle de Chanceaux. Entonces la habilidad de adivinar las cosechas se arruinó cuando la hechicera Elena Boureanu fue sorprendida por una maldición. Ahora, después de romper el hechizo que la confinó a las aguas poco profundas de un pantano y debilitó su magia, Elena está luchando por regresar a su vida anterior. Y el viñedo que estaba destinada a heredar ahora está en posesión de un apuesto extraño.

El viticultor, Jean-Paul Martel, favorece ingenuamente la ciencia sobre la superstición, y ciertamente no respalda la creencia de los lugareños en las brujas. Pero Elena reconoce un hechizo cuando ve uno, y el viñedo está cubierto de ellos. Para quedarse y ayudar a que las enredaderas se recuperen, tendrá que ocultar su verdadera identidad junto con sus planes de venganza contra quien robó siete inviernos de su vida. Y no descansará hasta que pueda desafiar los poderes malignos que todavía son una amenaza para ella, Jean-Paul y el antiguo legado de la bruja de la vid en las colinas del valle de Chancenaux.

Capítulo Uno

Tenía los ojos asomados por encima de la superficie del agua, mientras una polilla luchaba en el interior de su boca. Parpadeó para forzar las alas a pasar más allá de su lengua, y le sobrevino una curiosa repugnancia. Esa extrañeza se filtró en su cerebro de sapo hasta que decidió que era mejor evitar esos bichos alados amarillos escuálidos en el futuro.

Impasible, saltó hacia el lodoso bajío para acomodarse entre los juncos. Mientras su cuerpo absorbía el sol de final de temporada a través de los árboles semi desnudos, permitió que sus párpados se relajaran. Pero con la energía del sol le vino hambre. Pasó una extremidad anterior por la boca y consideró cazar caracoles en el banco de lodo, cuando una segunda peculiaridad alarmó su instinto. Las sombras y colores se intensificaron en su visión, y no simplemente por el truco estacional de la luz. Una hoja marrón cayó haciendo una onda en el agua oscura. Un pez plateado con branquias rosadas mordisqueó un insecto justo debajo de la superficie. Una libélula zigzagueó a lo largo del estanque, como una llamarada de verde neón.

Su cerebro de sapo se aferró al insecto color esmeralda y lo mantuvo en su córtex como un amuleto, incluso mientras sus narinas se llenaban con el repentino olor de la baba de pescado y el musgo pútrido. ¿Cómo es que no había notado antes el olor vil, estancado, del bajío? Un escalofrío lodoso recorrió su piel de cuero, instándola a salir del agua nauseabunda.

La piel. Era tiempo de mudar otra vez.

El estremecimiento comenzó involuntariamente, como sucedía una vez a la semana desde que su cerebro de sapo podía recordar. Su cuerpo se retorció, compelida por una urgencia incontrolable, mientras la capa externa de piel se estiraba y levantaba, desprendiéndose desde los pies, la espalda y la sensible barriga. Tirando y retorciéndose con sus patas anteriores, se quitó la capa de piel muerta por encima de la cabeza, como una mujer quitándose un camisón transparente. Entonces reunió el remanente de su piel en la boca y comenzó a tragar. Sí, ella siempre debía recordar hacer eso, a pesar de que la razón se mantenía justo fuera de su alcance.

Parpadeó con fuerza, moviendo la piel más hondo en su garganta, cuando

una extraña sensación en sus huesos hizo que se detuviera a mitad de tragar. Sus entrañas ardieron y se retorcieron, y tosió la piel expulsándola de su boca. Una punzada lacerante, como garras destrozando la piel, le recorrió el lomo encorvado. El pánico despertó sus instintos. *¡Salta! ¡De regreso al agua antes de que el Viejo Zorro se lleve otro dedo con sus dientes!* Pero entonces, su otra mente, la que había estado empaquetada y guardada en lo profundo, como una joya en el interior de su subconsciente, se despertó. La oculta esmeralda de inteligencia reconoció el dolor como una señal de esperanza. La hizo mantenerse quieta incluso cuando una fisura se abrió a lo largo de su columna, y la agonía casi la partió a la mitad.

Los dedos extendidos cavaron en el barro, mientras cuatro falanges se convertían en cinco, alargándose articulación a articulación. Una cara humana presionó por debajo de la piel manchada, forzando las narinas y boca de sapo, a romperse y pelarse. La metamorfosis se aceleró. Los hombros, brazos, y el estómago crecieron. El cabello marrón se alargó hasta su espalda, pegajoso con algo como parecido a una mucosa de nacimiento. Jadeó por aire, llenando sus pulmones, y abrió los ojos al mundo, renacida.

Aún en cuclillas en el barro, meneó los dedos, probándolos, luego se atrevió a colocarlos en la posición sagrada, como si enmarcara el rostro del mismo Conocimiento. La calidez la llenó. La conciencia brilló a la vida nuevamente. Los lazos de la maldición se desintegraron.

Elena.

El nombre destelló en su mente tan rápidamente, que pensó era un susurro fantasmal. Entonces los recuerdos volvieron a raudales. Ella era Elena, discípula del Todo Conocedor e hija del Valle Chanceaux. Y era libre.

A medida que su cuerpo despertaba del letargo, las manos lodosas recorrieron sus senos, costillas y estómago, asegurándose de que todo era normal; hasta que la piel cálida se volvió fría como el agua del estanque bajo su toque. Se atrevió a mirar hacia abajo, y un grito estrangulado quedó atrapado en su garganta. Unas gigantes patas manchadas con pies con membrana interdigital se aferraban con horrorosa terquedad. Pateó y se removió, y aun así permanecieron grotescamente fusionadas a su cuerpo.

—¿Qué hechizo del demonio es este? —gritó. Pero cuando el pánico fracasó, tomó una bocanada de aire para tranquilizarse, y permitió que su mente

meditara en el problema, como siempre hacía.

Los alcaloides poderosos secretados a través de la piel habían erosionado la maldición a lo largo del tiempo. Tal vez, todo lo que necesitaba era una última sacudida para completar el cambio. Controlo su repulsión, levantó la piel de sapo escupida y se la metió en la parte de atrás de la lengua. El residuo tóxico sabía a restos de junco podrido e hierbas amargas, pero mientras el sol formaba un halo en su visión y el veneno bailaba en su sangre, le dio gracias al Todo Conocedor por enseñarle bien las formas de la magia.

Luego de un largo momento agonizante final, su transformación estuvo completa. Las piernas largas, débiles pero dispuestas, la sostuvieron cuando se puso de pie, así que inclinó la cabeza hacia las estrellas diurnas para calcular la distancia a su hogar. Desnuda, pero ya no más a la merced del sol por la calidez, caminó fuera del pantano con el pulso caliente de la venganza latiendo justo debajo del esternón.

Capítulo Dos

Elena volvió a deslizar el zapato endeble en su pie derecho y juró hacer un abrigo de piel con el primer zorro que se cruzara en su camino. Nunca podría volver a crecer ese dedo del pie, sin importar cuántos brebajes se le ocurrieran. Ni siquiera la grand-mère[1] en su mejor momento podía hacer esa magia. Si solo tuviera un poco de hierba de San Juan o una hoja de malva con ella, al menos podría hacer un ungüento para aliviar las ampollas provocadas por cubrir tantos kilómetros en los zapatos de otra persona. O, volver a estar escondida en el almacén con sus frascos de tintura, frascos de polvos, hierbas secas y flores atadas con una cuerda. Pero supuso que todo eso se había ido. Tendría que empezar de nuevo. El pensamiento la agotó.

Su magia se había atrofiado, de eso estaba segura. Manipular la vista del cabrero había sido más difícil de lo que debería haber sido. Una pizca rápida de semilla de achicoria molida en el rostro del pastor fue todo lo que se necesitó para empañar el recuerdo del encuentro con una mujer desnuda que emergía del bosque, pero la había dejado temblorosa e insegura. Y aunque había encontrado media ronda de queso en uno de los bolsillos, debatió la conveniencia de no haber esperado más a que alguien mejor vestido pasara por el camino. Ahora lamentaba cómo el abrigo robado olía a estiércol, y sin la ropa interior adecuada (algunas cosas era mejor dejarlas al borde del camino) la falda de lana del cabrero rozaba su tierna piel nueva. Pero estaba cerca de casa, y podría soportar cualquier sufrimiento si eso significara que pronto atravesaría la puerta principal del castillo Renard y sería recibida por las manos curativas de la grand-mère.

Si su cálculo lunar era correcto, acababa de empezar noviembre, la época de la luna helada. Y cuatro días desde que se despertó de la maldición. ¿Pero cuál era la fecha? ¿Había pasado un año? ¿Dos? Ciertamente no se había ido una década. Aunque su magia nadaba débil y acuosa por sus venas, no sintió la pesada pila de tiempo contra su columna. Su cabello no mostraba canas, sus piernas eran delgadas y lo suficientemente fuertes para correr, y sus dientes no le dolían. Si tenía razón sobre el momento, *él* todavía debería estar vivo. Agradeció al Omnisciente por permitirle romper la maldición antes de que él tuviera la oportunidad de encontrar una muerte amable por causas naturales.

La perspectiva de venganza la animó de nuevo a ponerse de pie. Mientras caminaba, se llenaba los bolsillos con bayas de espino secas, vainas arrugadas y musgo húmedo. Un giro de hojas marchitas de celidonia, capullos de flores resistentes a las heladas, la corteza de un sauce; sabía cómo mezclarlas y molerlas todas para convertirlas en polvos curativos. También sabía, mientras olía las vainas endurecidas de una dedalera seca, las combinaciones letales que eran posibles. Pociones que podrían hacer caer a un hombre de rodillas con el corazón explotando por dentro. Había sentido el impulso asesino cuando se despertó de la maldición, pero el deseo hervía en sus venas ahora que sus dedos acariciaban los componentes que lo harían posible.

Con pensamientos de veneno arraigados en su mente, se inclinó para arrancar un hongo con flecos de un tronco podrido cuando una bocanada de parra humeante serpenteó por el aire. A pesar de sus pensamientos oscuros, levantó la cabeza y sonrió. Había captado el aroma de casa.

Elena corrió con sus zapatos mal ajustados hasta que llegó a la cima de la colina. Allí los árboles se adelgazaron, el cielo se abrió y las onduladas colinas de Château Renard se revelaron en el valle de abajo. Desde lejos, nada parecía mal en el viñedo. Le dio el coraje que necesitaba para acercarse.

Las hileras ordenadas de enredaderas ennegrecidas, viejas y retorcidas como las hábiles manos de la grand-mère, la recibieron en mitad de la colina. La poda de invierno había comenzado. Tres hombres trabajaban en el campo con sus *brouettes*[2], el humo se elevaba de las latas de carbón donde quemaban los recortes del crecimiento del año pasado. Las cenizas, ricas en nutrientes, se esparcirían por el suelo para alimentar las raíces durante el invierno en el gran ciclo de la vida y la muerte. Caminó entre las hileras de enredaderas, sus dedos acariciaron los bordes recién cortados, la piel áspera de las enredaderas tan familiar como la suya.

—¿Puedo compartir su fuego? —preguntó al primer trabajador que encontró, un hombre bien afeitado, con gafas redondas de montura metálica y una gorra de lana gris. Él se sobresaltó como si ella se hubiera materializado en el humo—. He estado caminando durante horas. Mis dedos están helados hasta los huesos.

Tenía frío, pero lo más importante era que necesitaba información antes de acercarse a la casa.

—¿De dónde viene?

Estiró las manos sobre el fuego humeante. No reconoció al hombre que la miraba fijamente ni a los demás que estiraron el cuello para verla mejor. ¿Dónde estaba Antonio? ¿Margaretta? Estos rostros eran todos nuevos.

—¿Ariella Gardin sigue siendo la matrona del Château Renard? —preguntó.

—Vive aquí, sí —dijo el hombre, sin darse cuenta de cómo había aliviado sus temores—, pero si está buscando trabajo, no volveremos a contratar hasta la primavera.

Casi estaba encantada con la ignorancia del hombre. Aunque dado el estado de su apariencia, difícilmente podía culparlo por sus prejuicios. Miró hacia las nubes, recurriendo a su intuición.

—Tiene suerte si tiene una hora antes de la nevada. Tenga cuidado de mantener esos carbones en movimiento para que el fuego no se apague.

El hombre parpadeó en un incómodo silencio mientras ella frotaba las brasas por última vez con las manos. Se encogió de hombros y caminó hacia la casa. Pasó un minuto completo antes de que los susurros de *sorcière*[3] de los hombres comenzaran detrás de ella y el corte de las *sécateurs*[4] se reanudara contra las enredaderas.

***

Elena miró la gran casa vieja mientras un escalofrío congelaba los lugares secretos dentro de ella. La casa señorial con seis dormitorios, aunque ciertamente no era una mansión, estaba mostrando su edad. Al techo le faltaban tres tejas por encima de la puerta, y se había abierto una grieta considerable en la mampostería junto a la ventana delantera. Las casas se asentaban y cambiaban con el tiempo, por supuesto, pero ¿cuánto tiempo?

Su llamada no fue respondida, así que probó la manija de la puerta. Resistió como si fuera una extraña. Había mucho a lo que volver a familiarizarse, reflexionó, antes de atravesar el seto para probar la cocina.

Echó un vistazo por la ventana trasera y vio a una anciana con un vestido

negro de cuello alto parada en el mostrador. El largo cabello de la mujer estaba recogido a los lados para que los rizos plateados cayeran por su elegante cuello. Ella vaciló, una taza de harina se balanceó inestable en su mano, antes de mover la cabeza y verterla en un tazón de porcelana. Las lágrimas amenazaron con derramarse al ver a la grand-mère, pero Elena rápidamente se secó las pestañas con la manga y llamó a la puerta.

—Puedes dejar los huevos en el escalón, Adela —dijo la anciana sin levantar la vista de su trabajo—. El dinero está debajo de la maceta de geranios.

Elena abrió la puerta con vacilación.

—Nunca solías alentar a los geranios durante el invierno. Los llamaste tediosos.

Ariella Gardin, gran dama de uno de los viñedos más antiguos y famosos del valle de Chanceaux, se volvió alarmada, con una jarra de leche en la mano.

—¿Quién está ahí?

Elena se apartó el cabello del rostro y se acercó un paso.

—Soy yo.

La jarra se hizo añicos en el azulejo, salpicando leche a lo largo del suelo de terracota y empapando sus zapatos.

La grand-mère miró hacia atrás como si estuviera mirando una aparición.

—No puede ser. —Rodeó el charco de leche derramada y tomó la mano de Elena. La anciana estudió las líneas de la palma de Elena, aspiró el aroma de su cabello y luego frotó el pulgar y los dedos en el espacio sobre su cabeza para verificar si había encantamientos. Elena soportó todo felizmente—. Realmente eres tú. —La anciana sostuvo sus manos en la pose sagrada para agradecer al Omnisciente antes de abrazarla—. Siempre supe que volverías algún día.

—¿Cómo supiste cuando apenas me reconocía a mí misma?

Su mentora le indicó que entrara y cerró la puerta.

—El Omnisciente siempre te favoreció.

Elena no estaba de acuerdo sobre qué sombra se había proyectado sobre ella al nacer, pero se mordió la lengua.

Al volver a entrar en la cocina después de tanto tiempo, sintió un matiz de extrañeza, como si fuera una invitada. Lo atribuyó a los aromas inusuales que se arremolinaban entre los familiares: el toque de pomada masculina, la trementina del betún para botas y el olor ligeramente mohoso de los libros encuadernados en cuero que se mezclaban bajo los aromas hogareños del pan, el queso y el jabón de lavanda de la grand-mère. Era de esperar un cambio, pero solo se sumaba a su inquietante sensación de que había pasado más tiempo del que ella creía.

La anciana se llevó las manos a las mejillas con desesperada exasperación mientras miraba el desorden en el suelo. Tomó un paño y se arrodilló para limpiar la leche y las astillas de porcelana rota. Antes de que Elena pudiera protestar, la anciana se cortó el dedo en el primer borde afilado que tocó.

—Déjame hacer eso —dijo Elena, arrodillándose—. Te he asustado. Debería haber enviado una paloma para advertirte que venía.

—Solo es vejez torpe. —La grand-mère entregó el paño de cocina—. Cuídate. La leche y la sangre juntas son un mal presagio.

Ante el recordatorio, una rima familiar de la infancia flotó en su mente.

—Barro y seda, sangre y leche, nunca los dos deberían encontrarse.

—Porque si lo hacen.

—Sobre ti la mala suerte caerá.

—Es el diablo al que saludarás. —La anciana terminó la rima y chupó la gota de sangre en la yema del dedo.

—Recuerdo bien tus lecciones, grand-mère.

La anciana la miró antes de quitarse el dedo de la boca.

—No estaba segura de vivir lo suficiente como para escuchar a alguien llamarme así de nuevo.

No estaban realmente emparentadas, pero la conexión de Elena con la grand-mère a menudo se sentía más fuerte que el vínculo de sangre, unida por el terruño y la magia del trabajo que hacían en el viñedo. Agacharon la cabeza juntas, tocándose la frente sobre la leche, como solían hacer cuando ella todavía era una niña.

—Sentí un estremecimiento en mi mano izquierda cuando me levanté de la cama esta mañana —dijo la grand-mère—. No tenía idea de que eras tú a quien había sentido. Ha pasado tanto tiempo que pensé que era solo el cambio en el clima.

Elena apretó el trapo de cocina, preparándose.

—¿Cuánto tiempo?

La anciana lo pensó mientras se levantaba y tiraba los fragmentos rotos a la basura.

—Tiene que ser siete años ahora. —Luego se volvió e irguió los hombros como si encontrara su propio valor—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

¡Siete años!

Su corazón dio un pequeño puntapié ante la noticia. Nunca había soñado que había pasado siete inviernos en ese estanque fétido, comiendo polillas y babosas para sobrevivir.

—Fue una maldición. Acabo de liberarme.

—¿Todo este tiempo? Pensé que tal vez habías… comenzado de nuevo en otro lugar.

—Estaba destinada a ser permanente. —Sus cejas se juntaron—. Solo que alguien se olvidó de estudiar sus venenos. Calcularon mal la potencia contrarrestante de las bufotoxinas cuando se auto ingerían con el tiempo.

—¿Una maldición *permanente*? —La grand-mère se llevó la mano al corazón—. Santo cielo, ¿estás segura?

Elena lanzó el trapo mojado en el fregadero y se sentó a la mesa de la cocina. Sintiéndose segura por primera vez en años, describió su terrible experiencia, incluyendo cómo se había aferrado a lo suficiente de su ingenio para recordar comerse la piel envenenada todos los días y no vomitarla, incluso cuando la maldición lo intentó, para tragarse su recuerdo de ser humana. Mientras hablaba, la grand-mère le preparó una comida sencilla de pan, queso y vino.

—¿Un sapo? —La grand-mère se mostró incrédula cuando dejó el plato frente a Elena. Se sentó en la silla de enfrente y se llevó una mano a la mejilla—. Ha pasado un tiempo desde que se practicó ese tipo de transfiguración. ¿Quién

podría haber hecho algo así?

—Bastien. ¿Quién más?

—¿Bastien? —La boca de la anciana se abrió—. Pero se iban a casar. Iban a…

—Tuvimos una pelea. —El rostro de Elena se sonrojó de vergüenza—. Una vez que deslizó el anillo en mi dedo, hizo demandas.

—¿Demandas?

Elena enterró su rostro entre sus manos.

—Dijo que como su esposa estaría obligada a servirle. Que no era mi lugar negarme.

—El matrimonio es siempre un compromiso. A menudo más para la mujer, lo admito, pero…

—No entendía *nada* de mí. Él sabía que era una bruja de la vid, que tenía mis propias obligaciones que cumplir, que no podía cumplir todos sus caprichos. Finalmente dominé mi primera cosecha excepcional, y esperaba que dejara todo eso a un lado para cumplir sus sueños. ¡La ambición y la codicia de ese hombre! ¿Cómo pude haber estado tan equivocada con él?

La grand-mère se encogió de hombros diplomáticamente.

—Él siempre tuvo grandes planes.

—Le dije que prefería ser una solterona feliz que su miserable esposa y le devolví el anillo.

La grand-mère inclinó la oreja hacia adelante, como si no hubiera escuchado correctamente.

—¿Rompiste el compromiso?

—No tuve elección —dijo, alcanzando la copa de vino. Habían pasado siete años desde que sostuvo una copa en la mano u olió el sedoso ramo de pinot noir de Château Renard. Agitó el vino con un movimiento circular y se lo acercó a la nariz, necesitando su poder limpiador más que nunca—. No le gusta que le digan que no, incluso cuando se equivoca. Y no puede soportar que le hagan parecer un tonto. No por una mujer. Estoy convencida de que es por eso que le pagó a un faye de noche para hechizarme y mantenerme en silencio. Debe

haberlo hecho. —Exhaló ante el peso de la implicación—. Quienquiera que fuera la bruja, me sorprendió en el camino justo antes de que llegara a casa. Me detuve para deslizarme hacia el mundo de las sombras para ver cómo le iba. Ella atacó mientras mi vista estaba enfocada en otra parte por un breve momento. Ese "no" me costó todo.

La anciana se masajeó las sienes, como si sufriera la aparición repentina de un dolor de cabeza.

—Podría haber sido una del clan Charlatán. Por lo general, se quedan al norte de la ciudad, pero trabajan por contrato. También son más astutos de lo que uno podría creer —añadió, frotándose los ojos para liberarse del dolor—. Y no del tipo que estudia cómo una maldición puede debilitarse ingiriendo la propia piel tóxica. Lo que los sapos suelen hacer naturalmente.

Elena se estremeció al pensar en la piel verrugosa y venenosa deslizándose por la parte posterior de su garganta. Tomó un sorbo de vino para borrar el recuerdo de su boca, pero si buscaba alivio, se sintió vívidamente decepcionada. Ninguno de los tonos almizclados de las especias y los pétalos de rosa por los que el viñedo Renard era famoso llegó a su paladar. Todo era tiza y setas. ¿Será una botella en mal estado?

Entonces, un pensamiento peor la golpeó mientras tragaba. ¿Y si no hubiera nada malo con el vino? ¿Y si sus sentidos hubieran sido desfigurados permanentemente por la maldición? Lo mataría dos veces.

Levantó su copa en pánico silencioso para estudiar la opacidad del vino a contraluz. Todavía estaba formando su miedo en palabras cuando se abrió la puerta trasera y entró el trabajador cuyo *brouette* había compartido. Lo siguió un viento húmedo que agitó las cortinas y escupió copos de nieve sobre las baldosas del suelo. El hombre cerró la puerta y se frotó la gorra mojada contra los pantalones antes de colgarla en la percha de la pared. Su brusca entrada hizo que ella dejara a un lado el vino agrio y su creciente alarma.

El trabajador se detuvo y se disculpó por interrumpir mientras se secaba la nieve de las gafas con el faldón de la camisa. Él le echó un vistazo mientras pulía las lentes, y ella no pudo evitar notar los finos rasgos de su rostro, la frente orgullosa que se tensó pensativa, los planos geométricos de las mejillas y una mandíbula tensa por la firme confianza en sí mismo.

La grand-mère se puso de pie apresuradamente.

—Esta es Elena Boureanu. Estoy segura de que la he mencionado antes. —Se apresuró a regresar a su tazón en el mostrador y comenzó a medir más harina —. Elena, este es el señor Jean-Paul Martel. Él es…

—Sí, hablamos brevemente sobre el terreno. Debe ser el nuevo capataz.

—Algo como eso. —Se volvió a poner los anteojos y luego apretó su nariz con el puño. Su gesto menos que discreto sugirió que había percibido el olor a estiércol de cabra que saturaba el dobladillo de su abrigo—. Es un placer conocerla, mademoiselle Boureanu —dijo secamente, y luego, en un tono más cortés, agregó—: Dejaré que vuelva a entretener a su invitada, Ariella. Avíseme cuando la cena esté lista.

Una vez que se fue, Elena vio a la grand-mère preocuparse por no tener más leche en la nevera. Con el sabor del mal vino todavía agriando sus pensamientos, preguntó—: ¿Te has vuelto tan desesperada por una buena ayuda que los trabajadores ahora tienen el control de la casa principal?

—Jean-Paul no es solo un trabajador. —Los codos de la grand-mère se movieron hacia arriba y hacia abajo mientras introducía agua en la masa para galletas—. Le gusta comer puntualmente a las cinco en punto para poder salir y caminar por el campo una vez más antes de que oscurezca.

—¿Por qué no le dijiste quién soy?

La anciana se detuvo para mirar el remolino de nieve mientras una ráfaga de viento azotaba la ventana. Sus hombros cayeron y su cuerpo se quedó inmóvil, como si ya no pudiera soportar sostenerlos.

—He hecho un desastre terrible con todo.

Miró al cielo como si fuera a ofrecer la absolución y luego confesó todo lo que había salido mal. Las últimas cinco temporadas en la viña habían sido un fracaso. O las uvas habían sido atacadas por una sequía abrasadora o la lluvia retrasó a los recolectores y la cosecha se echó a perder con moho. En la última cosecha, unas motas oscuras estropearon los hollejos de las uvas y tiñeron el vino con sabor a corcho quemado. Y no había nada que la grand-mère pudiera hacer, porque su mente y su magia habían comenzado a fallar.

Al principio eran pequeñas cosas. Olvidarse de agregar un poco de hueso al suelo en la luna llena, descuidar colgar las campanas dentro del dosel de la vid para advertir del viento abrasador, o susurrar las palabras equivocadas de

protección cuando el aire fresco descendió hacia el punto de congelación, dejando las uvas para valerse por sí mismas. La grand-mère lo rechazó con un gesto mientras hablaba, como si los pensamientos de envejecer le dolieran. Le dolía el ego admitir su vulnerabilidad, pero sabía que el viñedo había sufrido debido a sus débiles poderes. No pasó mucho tiempo antes de que las sucesivas cosechas malas hicieran caer las ventas y la gente empezó a susurrar que el Château Renard había perdido el rumbo.

El hecho de no proteger el viñedo por sí solo fue una vergüenza para una bruja de la vid tan famosa como madame Gardin. Pero lo peor que había hecho para arruinar el Château Renard fue no pagar sus impuestos. La naturaleza podría doblegarse y adaptarse a un defecto, pero el gobierno cobraría sus deudas. Château Renard, una de las casas originales para producir vino en el valle, se había retrasado tres años en impuestos sin dinero en el cofre para pagarlo.

—Amenazaron con apoderarse de la propiedad —dijo grand-mère con un suspiro—. Sugerí vender y guardar lo que pudiera de la reputación de Renard.

La noticia fue tan amarga como el vino. Y nada de eso tenía sentido. La viña se había transmitido de una generación a la siguiente durante más de doscientos años. Su reputación se basaba en una historia de excelencia, un rico terruño bendecido y el constante fomento de dedicadas brujas de la vid.

—Debe ser algún tipo de error. Un malentendido —dijo Elena, sin querer creer—. El grand-père[5] reservó mucho dinero para afrontar uno o dos años malos.

—No me gusta admitir lo mal que manejé las cosas sin tu ayuda. Pensé que todavía tenía el toque, pero parece que mi cerebro está tan marchito como una vieja manzana seca.

—¿Seguramente te deben haber enviado avisos sobre los impuestos?

—Bueno, sí. Y sé que pagué *algo* de dinero. Pero nunca fue suficiente, según las declaraciones. Todo olía a podrido —dijo, sacudiendo la cabeza—. Especialmente cuando Bastien vino a presentar una oferta por la propiedad.

—¿Mostró su rostro aquí? ¿Después de lo que hizo? —Elena estuvo a punto de sacar sangre cuando sus dedos apretados se clavaron en sus palmas—. ¿Intentó comprar Château Renard?

—Ha estado comprando viñedos fallidos por todo el valle durante los

últimos años. No pasó mucho tiempo antes de que apareciera aquí con dinero en efectivo en una mano y una botella de vino en la otra. *Su* vino. —La grand-mère resopló—. Fue una reunión muy corta.

Elena no pudo hacer nada más que negar con la cabeza. Todo lo que hacía el hombre conducía a la codicia y la traición. Y ahora había tratado de comprar el mismo lugar donde su corazón, sangre y alma estaban cosidos al suelo. Si había una esperanza a la que podía aferrarse, era que él no había podido robar Château Renard.

Elena deslizó su brazo alrededor de los hombros de la grand-mère para consolarla.

—No es demasiado tarde. Ahora que estoy en casa de nuevo podemos arreglar esto. Recaudaremos el dinero de alguna manera.

—No, no lo entiendes. Vendí Château Renard.

—¿Vendido? Pero eso no es posible. ¿A quién?

—A mí —dijo Jean-Paul mientras estaba de pie en la puerta sosteniendo una botella de vino y dos copas extra.

Capítulo Tres

Elena estaba afuera entre las enredaderas, la nieve caía suavemente sobre sus hombros. Un escalofrío antinatural se había asentado en su piel después de la maldición, y el último lugar en el que quería quedar atrapada era el frío, pero no había ningún otro lugar a donde ir. Ese *hombre* había comprado la única casa que conocía. Incluso había reclamado su antiguo dormitorio con vistas a los campos del este como el suyo. La luz de la lámpara brillaba en la ventana del piso de arriba, burlándose de ella mientras temblaba con su ropa apestosa y robada sin ningún lugar a donde ir, ningún lugar al que llamar hogar.

Oh, era un astuto, dejando que la grand-mère se quedara en la casa después de haber pagado sus deudas. Inteligente, arreglándolo para que él poseyera todo y aun así se beneficiara del prestigio de su apellido y la bendición percibida. Hombres mortales. ¿Qué defecto había en sus cerebros de simio que los convencía de que sus planes eran primordiales para los demás?

Tal vez no debería haberle gritado esos insultos antes de salir furiosa, pero sin la casa, los campos, la cosecha, ¿cómo iba a empezar de nuevo? Se había comprometido con el viñedo de Renard desde que tenía cinco años. Ella era la bruja de la vid de Château Renard. El terruño y ella eran uno. Si ya no tenía eso de qué depender, ¿cómo recuperaría la vida que Bastien le había robado?

Elena miró la casa llorando. No podía tolerar la idea de que ese imbécil comprara el viñedo y dejara que el vino envejeciera en barricas estropeadas. ¿No podía saborear los hongos enmohecidos en cada sorbo de ese trago que había preparado? La grand-mère podría haber perdido su toque, pero era difícil entender cómo las cosas se habían puesto tan mal. Incluso si no sabía cómo esterilizar correctamente un barril con azufre ardiente, la grand-mère sí. No, algo más estaba en juego. No fueron solo los barriles. Las uvas también estaban contaminadas. Todavía podía saborear la corrupción en su lengua.

Pero los problemas del viñedo ya no eran de ella para preocuparse.

Incapaz de seguir mirando el vacío de su futuro incierto, Elena hizo lo que siempre hacía. Se apoyó en su intuición. Caminó un poco más por la hilera de enredaderas y puso la mano sobre una de las cañas más viejas, una plantada por el grand-père cuando todavía era un hombre joven con una nueva esposa. La vid,

negra y retorcida por la edad, ya se había endurecido en anticipación al invierno, pero ella conocía la vitalidad que corría adormecida en sus venas. Cerró los ojos y aguantó, concentrándose mientras tocaba la fuente de vida dentro de la vid y dentro de sí misma.

Aunque su magia vaciló al principio, su energía se mezcló profundamente en el sistema vascular que fluía bajo la madera dura. Después de algunas respiraciones lentas, localizó el pulso de la planta. La vid estaba gastada, sin duda. No por negligencia o deficiencia, sino… algo más. Se inclinó, apenas respirando, sus sentidos se agudizaron mientras se deslizaba hacia el mundo de las sombras. Siguió su visión del tercer ojo y detectó un hilo negro de energía que iba de la raíz a la caña. Levantó la mirada, vio un patrón de hechizos y maleficios entrelazados sobre las enredaderas. Sin embargo, ninguno de ellos era lo suficientemente fuerte como para explicar la melancolía que sentía profundamente en las raíces. Este era un profundo agravio, un lamento que resonó dentro de un espacio vacío dentro de ella. Anhelaba comprender su dolor, pero el sentimiento retrocedió, desapareciendo bajo su toque. Lo soltó y su energía se desconectó de la vid.

Aún se estaba recuperando de la experiencia cuando la grand-mère se acercó desde la casa con un chal de lana.

—Siempre deseé haber nacido con visión de sombras. Un talento tan notable.

Y una vulnerabilidad, pensó Elena, recordando demasiado bien cómo había sido emboscada mientras estaba en su estado de trance. Después de su regreso a casa, no pudo evitar sentir que la habían tomado por sorpresa una vez más.

La grand-mère le ofreció el chal, luego se frotó el pulgar y los dedos, leyendo el aire.

—Es malo, ¿no es así, el hechizo? Puedo sentir la carga eléctrica de la magia cada vez que salgo. Intenté contrarrestar algunos maleficios, pero nada de lo que hice pareció hacer alguna diferencia.

Elena se envolvió los hombros con el chal.

—No es solo uno. Hay toda una red de hechizos sobre el viñedo. Pero no creo que los encantamientos habituales funcionen para detenerlos de todos modos. Hay un aura negra corriendo por el centro. Una maldición inversa para frustrar cualquier intento de arreglarlo.

—Ingenioso. Bastien me advirtió que habría repercusiones por no vender.

—Es por eso que peleamos —dijo mientras sus ojos escaneaban el viñedo en busca de más evidencia de hechizos—. Quería que saboteara los viñedos de sus vecinos. Y no solo las travesuras habituales que todos hacen. Quería maleficios. Magia viciosa que haría un daño real. Tenía este gran plan para exprimir a los vinicultores más débiles para poder comprar sus tierras y duplicar sus propiedades. Lo desafié negándome. Amenazado con exponer sus intenciones. Pero aparentemente encontró a alguien más para que lo hiciera por él.

—Ah. —La grand-mère absorbió la confesión y miró los copos de nieve que se arremolinaban sobre sus cabezas—. Debo advertirte que ha prosperado en el mundo desde que te fuiste. Su plan parece haber funcionado. Ahora posee más propiedades que nadie en el valle. Incluso trajo una bierhexe[6] para supervisar su lugar. Ella sería la que estaba detrás del hechizo.

—¿Una bierhexe de los Alpes trabajando en un viñedo? No pensé que tuvieran ningún interés en nuestro tipo de trabajo. Sin embargo, explica la complejidad de la magia. Pero no es solo el hechizo lo que me preocupa. Hay algo más mal con las vides. No puedo resolverlo del todo. Un tipo de melancolía. No es un hechizo exactamente, ni una enfermedad.

Pasó el dedo por la protuberancia de una rama recién cortada, sin encontrar más pistas.

—Tú perteneces aquí, Elena. Está en tu sangre. —La grand-mère le frotó el hombro en un gesto de apoyo—. Incluso si el viñedo ya no es mío para dártelo.

Las lágrimas inundaron los ojos de Elena al pensar de nuevo en cómo se había perdido el viñedo.

—Hubiera vendido pociones de amor en la parte trasera de un carro o hubiera hecho lecturas de palma para turistas en la calle diez horas al día en lugar de vender a un… un empresario de la ciudad.

—Me desgarró el corazón vender este lugar. —La anciana miró las enredaderas ennegrecidas bordeadas de nieve nueva—. ¿Pero realmente crees que entregaría el trabajo de mi vida a cualquiera? He estado adivinando cosechas y trayendo vino al mundo con mi magia más tiempo de lo que has estado viva. *Y* leyendo las intenciones de los hombres. Puedo decirte que él no está en esto simplemente para obtener ganancias. Incluso si es un mortal que evita la brujería

como superstición, el corazón de Jean-Paul está en el lugar correcto. Quiere hacer vino digno de la marca Renard. Creo que se tomó bastante bien tu acusación de secuestrar mi reputación para ganar dinero. —Ella frotó los dedos con el pulgar, como si probara una vez más el hilo de tensión de sus emociones —. Puede que tengas que disculparte por eso, él tiene su orgullo, pero por lo demás, amablemente te ha permitido quedarte como mi invitada hasta que encuentres tu ritmo.

—¿Y qué dirá cuando sepa quién soy? No quiere que una bruja lo ayude. Es un forastero que piensa que el vino malo se puede arreglar usando la ciencia, entre todas las cosas.

—Cierto. Cree que es víctima del mal tiempo y el suelo agotado.

Se burló.

—Si tan solo tuviera tanta suerte.

—Ven —dijo la grand-mère, enganchando su brazo alrededor del de Elena —. No sería el primer hombre en enterarse de que está equivocado en algo de lo que está seguro. Pero por ahora tengo algo que mostrarte que podría animarte.

Dejaron un rastro de huellas de nieve detrás mientras caminaban hacia la sala de envejecimiento de barriles al lado de la casa principal. Elena pisoteó la nieve de sus zapatos mientras la grand-mère abría la puerta del sótano con la llave que colgaba de la castellana en su cintura. La anciana sacó una lámpara de aceite de un estante en la entrada y se frotó los dedos hasta que estalló una pequeña llama. Comentó que era la única magia real que le quedaba y luego tocó la mecha con el fuego. La suave luz de una lámpara floreció sobre una rampa a oscuras.

—Después de ti —dijo.

El aire se volvió pesado con el olor a tierra húmeda, roble ahumado y una franja de dulzura de vainilla a medida que descendían por el antiguo corredor. La poderosa combinación de olor y memoria se mezcló en el corazón y los pulmones de Elena, alimentaron su espíritu. Antes de que las maldiciones y la mala suerte se apoderaran de ella, le había jurado a cualquiera que escuchara que el aroma de una bodega era su propia magia curativa. Inhaló profundamente, absorbiendo su poder.

El sonido de sus zapatos rozando el suelo de losas resonó en las paredes cuando entraron en la sala principal del sótano. Revestido en piedra amarilla

quinientos años antes, el espacio tallado formaba una gran sala rectangular con un techo abovedado de baja altura. Una lámpara de hierro forjado a mano colgaba de una cadena en el centro de arriba, mientras que las velas blancas simples habían sido atascadas en la boca de botellas de vino vacías y colocadas encima de varios de los cuarenta barriles de roble que cubrían las paredes. Una habitación intacta por el tiempo. El espacio calmó la incertidumbre de Elena de una manera que no pudo haber entendido o anticipado la última vez que estuvo entre los barriles.

La grand-mère sopló el aire con las yemas de los dedos, encendió la lámpara del techo y luego le indicó a Elena que la siguiera hasta la parte trasera del sótano.

—Sé que probablemente estés ansiosa por abrir los barriles, pero no es por eso que te traje aquí.

Se habían añadido tres pequeñas habitaciones al pasillo original a lo largo de los siglos. Las más grandes albergaban botellas selectas de cosechas de primera del mismo modo que una biblioteca exhibía sus libros. También funcionaba como un lugar donde un cliente adinerado podía sentarse a una mesa y probar los méritos del último pinot noir. La segunda sala proporcionaba almacenamiento para las varillas curvas utilizadas para remover las lías, un ladrón de vino o dos para succionar muestras de vino fermentado y rastrillos, escobas y cestas adicionales. Pero en la parte de atrás, escondida detrás de los barriles, había una pequeña habitación con una pesada puerta de roble. No se atrevió a hacerse ilusiones.

—Jean-Paul me ha preguntado varias veces —dijo la grand-mère—, pero le dije que había perdido la llave hace años. De todos modos, él piensa que es solo otro armario de almacenamiento con algunos desatascadores viejos y algunos bordes de barril rotos. —Asintió a Elena—. Adelante. Dale una oportunidad.

Un cosquilleo recorrió su piel de arriba abajo mientras estaba de pie ante la puerta. Elena casi podía sentir la interacción esperando converger. Puso su mano sobre la cerradura y susurró su palabra secreta.

—Vinaria.

Nada.

La maldición todavía estaba extrayendo el alma de su magia.

—Vuelve a intentarlo.

Ella asintió y tomó una bocanada del aire del sótano, concentrando su energía en la palma contra la cerradura.

—Vinaria —ordenó.

Para su alivio, la cerradura fue desbloqueada y la puerta se abrió.

En el interior, la habitación se veía igual a como la había dejado, con botellas, frascos y hierbas secas alineadas en los estantes empotrados en una pared. La mesa de trabajo, que ocupaba la mitad del espacio, todavía sostenía su escala para medir pizcas, cucharadas y el pequeño quemador con el vaso de vidrio que usaba para reducir sus brebajes a su forma más pura. En el estante, un mortero de molienda de granito había sido apuntalado como un sujeta libros para sostener su media docena de libros de hechizos con los lomos dorados en relieve. El mortero estaba cubierto por una telaraña moteada de polvo. Las pertenencias rescatadas se desdibujaron en un mosaico acuoso en su visión llorosa.

—Estaba segura de que se habría ido.

La grand-mère levantó la lámpara para lucir mejor los estantes superiores.

—He metido en algunos frascos una cucharada de esto o aquello a lo largo de los años, pero por lo demás, todo está tal como lo dejaste.

Elena giró la tapa de un tarro de romero y olió su contenido. Un poco fuera de su potencia, pero aún viable. Las alas de la libélula aún brillaban en su botella, al igual que las conchas de los escarabajos y los copos de mica. La cera de abejas se había vuelto quebradiza y dura, pero se ablandó en sus manos casi de inmediato. En verdad, la mayoría de las cosas parecían funcionar de nuevo cuando miró a su alrededor. La venta del viñedo fue una abominación, pero si este tipo Jean-Paul podía estar convencido de su valor, tal vez sus planes también pudieran salvarse.

—Es posible que el viñedo vuelva a estar sano —dijo, creyéndolo con todo su corazón después de ver sus pertenencias—. Con suerte, incluso podemos ver resultados en la época de la cosecha.

—¿Desde cuándo la suerte tiene algo que ver con eso? —La grand-mère sonrió y dejó la lámpara sobre la mesa de trabajo—. Te dejo para que te vuelvas a familiarizar con tus cosas. Sube a la casa cuando estés lista. Te prepararé una habitación de invitados.

Pero ella no regresó a la casa. Pasó horas haciendo un inventario de las

botellas, los bálsamos y las hierbas molidas que había dejado siete años antes. Hojeó libros, limpió la mesa de trabajo y clasificó un baúl que contenía su ropa vieja. Luego, cuando el sueño la llamó, sacó una gruesa manta de lana y se acostó sobre las losas a la vista de los barriles de vino. Utilizando un truco recordado de los experimentos de la infancia con su visión de sombras, colocó la oreja contra el suelo y cerró los ojos, y pronto estuvo escuchando los pasos de los monjes que primero trabajaron en el sótano. Sus voces tararearon dentro de las piedras mientras cantaban sus antiguas canciones en su antiguo y olvidado idioma.

Aspiró la fragancia del vino y el roble, y dejó que su cuerpo se relajara por primera vez en días. Permanecer en Château Renard en estas nuevas condiciones sería un riesgo. Lo supo en el momento en que ese hombre se secó los pies en la alfombra de la cocina. Sin embargo, aquí era donde ella pertenecía. Sin el viñedo, nunca recuperaría toda su fuerza. Tampoco podría ver su venganza hasta el final, y solo una vida por una vida satisfaría el constante anhelo de su corazón. No sabía por qué el Omnisciente la estaba poniendo a prueba, pero tendría el pago por los años robados, y si eso significaba algunos compromisos incómodos en el camino, podría ser así.

Capítulo Cuatro

Jean-Paul llegó a la ladera sur del viñedo cuando los primeros rayos de luz se derramaron sobre la ladera. Disfrutaba trabajar en el aire fresco de la mañana con el sol brillando en su espalda y sus pulmones respirando los aromas otoñales del humo de leña, la pudrición de las hojas en la maleza y el olor a almizcle de zorro de una guarida cercana. Tan diferente de cómo había pasado los últimos diez años de su vida escondido en una oficina de la esquina de la ciudad, enterrado hasta la nariz en libros y papeles legales.

La ley tenía sus méritos pero nunca había sido su elección. Desde que era un niño le habían dicho que debía asistir a la universidad para cumplir con algún deber que se le debía a su linaje familiar. Los Martel, después de todo, practicaban la ley. Se mezclaban con gente poderosa y hermosa con sombrero de copa en el Palais Opéra. Comían *foie gras*[7] y caviar en Maurice's, bebían buen vino en el Moulin â Farine y pasaban sus veranos de vacaciones a lo largo de la costa soleada en una comodidad burguesa, con el Valle Chanceaux a sus espaldas.

También sucumbían a muertes prematuras. El corazón tenía una tendencia a endurecerse después de haber sido forzado a sobrevivir dentro de una vida dos tamaños más pequeña, privado del oxígeno de los sueños. Al menos ahí es donde lo había llevado el razonamiento a Jean-Paul. La muerte de su padre lo convenció de que tenía que hacer un cambio antes de que su corazón se encogiera más. Y así se había escapado al campo, donde un hombre podía caminar entre las enredaderas dormidas en soledad y darle a sus sueños la oportunidad de respirar al aire libre.

Pero maldita sea la uva. Y maldito el vino.

Cuando leyó por primera vez la noticia de que Château Renard estaba a la venta, apenas podía creer su suerte: una oportunidad única en la vida de poseer una parte de la historia del valle y ser parte de un reconocido legado enológico. Ciertamente, había escuchado los rumores de que la anciana ya no estaba funcionando en su mejor momento, pero hacer vino era una aspiración secreta que había albergado desde que probó por primera vez el pinot noir del viñedo

una década antes. Sabores tan almizclados y sensuales de ciruela, cereza y la base perfecta de roble y pedernal. Recrearía ese bouquet o moriría en el intento.

Pero siempre pasaba algo. Durante tres años se había culpado a sí mismo cada vez que veía a alguien inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado, como si controlara el impulso de hacer una mueca de decepción por la forma en que el último pinot de Renard se apresuraba sobre la lengua, desapareciendo como una ocurrencia tardía. Sin embargo, también sospechaba que la anciana sabía más sobre lo que había salido mal con las cosechas de lo que había dejado entrever cuando le vendió el lugar. Esperaba que su invitación para que siguiera viviendo en la casa la indujera a compartir lo que sabía sobre el problema para que él pudiera solucionarlo, pero ella simplemente se encogía de hombros y culpaba de las decepcionantes cosechas a los maleficios y la mala suerte.

Todo el valle estaba obsesionado con las brujas y su supuesta influencia en los viñedos. Sabía que la mayoría de los grandes viñedos empleaban a una bruja para infundir su marca de magia en el vino como una especie de firma. Era pura charlatanería. Una costumbre del viejo mundo ligada a la superstición que los lugareños utilizaban para vender su vino a turistas impresionables. Pero había leído suficientes libros para saber que un buen vino no requería el aura de la magia para que tuviera un sabor increíble. Su investigación le dijo que el proceso de elaboración del vino no debería ser más difícil que equilibrar los niveles de pH en el suelo, cosechar las uvas con el dulzor máximo y permitir que la fermentación haga su trabajo. Por desgracia, nada de eso había funcionado desde que se hizo cargo, pero aún tenía la esperanza de que las cosas pudieran cambiar. Si tan solo el maldito clima cooperara.

Atizó las brasas en el *brouette*, luego sacó sus tijeras para terminar de podar la última hilera de vides jóvenes. Saber que tenía la capacidad de moldear el crecimiento del próximo año recortando las cañas le dio una sensación de optimismo. Era una de las pequeñas cosas que pensaba que estaba haciendo bien. Disfrutaba de la sensación mientras estaba solo, dueño de su destino en una fresca mañana.

—Es demasiado complaciente.

Se volvió sobresaltado para encontrar a la mujer Boureanu parada detrás de él. ¿Cómo hizo eso? Dos veces no sabía que ella estaba allí hasta que estuvo al alcance de la mano.

—¿Disculpa? —preguntó, intentando y fallando en enmascarar cómo lo había tomado desprevenido.

—El sistema de drenaje que ha instalado para alimentar las nuevas vides las estropeará. —Continuó, pasando la mano por las duras cañas—. Las raíces son como niños. No puede mimarlas o se volverán perezosas.

Se enderezó para mirarla, notando con alivio el cambio en su apariencia de la noche anterior. Había encontrado ropa adecuada, aunque le pareció extrañamente pasada de moda. El corpiño tenía la distintiva plenitud de pechos de paloma que las mujeres de la ciudad ahora parecían rehuir, y la falda de lana negra se arrastraba por el suelo sin ni siquiera dejar mirar sus tobillos. Pero su cabello era una mejora atractiva, cayendo en cascada alrededor de su cara y por sus hombros en un tumulto de suaves ondas en lugar del frenesí que había sido cuando la vio por primera vez. Se alegraba que no hubiera sujetado sus trenzas en un copete. Y, gracias a Dios, ahora olía a jabón de lavanda.

Se aclaró la garganta, sintiendo la necesidad de afirmarse.

—Las vides requieren todos los cuidados adicionales que pueden recibir en estas condiciones inciertas. No voy a perder otro campo por la sequía esta primavera.

—Tiene que dejar que encuentren su propio camino en tiempos difíciles. Serán más fuertes por eso.

La apuntó con las tijeras.

—*Si* sobreviven.

—Lo harán. —Se arrodilló junto a la base de una enredadera y barrió la nieve. Recogió un puñado de tierra húmeda, lo frotó entre las palmas de las manos y luego se llevó la tierra a la nariz. Cerró los ojos, como si recordara un sueño agradable. Sabía que olía a pedernal, roble, tiza y fuego—. Al menos el suelo no es el problema —dijo, abriendo de nuevo sus ojos ámbar de gato—. Los componentes de calcio y cal todavía están intactos. —Lo miró de la manera más encantadora, como si pudiera penetrar su corazón y su mente con una mirada—. Quería disculparme por lo de ayer —dijo—. Volver a casa y encontrar que la casa vieja había sido vendida… me tomo por sorpresa. Puede que le haya dicho algunas cosas que no fueron justas. Lo siento.

La forma en que tartamudeó a través de su disculpa sugería que no tenía la

costumbre de equivocarse. Él asintió con la cabeza, más que dispuesto a dejar ir el asunto.

—Y lamento que no haya recibido noticias antes. Intenté encontrar a los familiares de madame en el momento de la venta, pero no había registros de nadie vivo. Si hubiera sabido que tenía una nieta, le habría escrito en ese momento para hacerle saber que podía quedarse y que no se preocupara.

—Ella no es realmente mi abuela. De todos modos, no por sangre.

—¿Oh? Solo lo asumí.

—Siempre la he llamado grand-mère, pero es más una mentora. —Elena partió una vid seca y se pasó el extremo roto por debajo de la nariz antes de atar un hilo púrpura alrededor. El movimiento le pareció un gesto nervioso que un niño podría hacer con las manos—. Me llevaron a vivir al viñedo cuando tenía cinco años. Como aprendiz de madame Gardin y su esposo, Joseph, después de la muerte de mis padres.

—¿Le enviaron aquí para aprender el negocio del vino cuando era niña?

—Entre otras cosas.

Le costaba imaginar que la mujer que tenía delante hubiera sido una niña. Había un borde duro en ella que desafiaba cualquier sentido de inocencia.

—Pero es como una nieta para ella. Puedo ver eso.

—Tenemos un vínculo fuerte. —Arrojó la enredadera al *brouette* y observó cómo se incendiaba la cuerda—. Por eso volví. El viñedo es el único hogar que he conocido.

Jean-Paul miró por encima del hombro hacia la casa. Sabía que era mejor no preguntar nada tan personal como dónde había desaparecido durante todos estos años. Sin embargo, se puso en una posición incómoda para que esta extraña, tan íntimamente familiarizada con la tierra, regresara repentinamente de la nada y llamara hogar a la viña. Ciertamente no había tenido ningún problema en dejar que la anciana se quedara en la casa después de la venta. No quería que lo acusaran de echar a la calle a madame Gardin en su vejez cuando no tenía ningún otro lugar a donde ir. Pero, ¿qué iba a hacer con esta mujer? Ella era un problema. Lo supo en el momento en que la vio en la cocina y sintió el calor subir en sus sienes. Y, sin embargo, si había crecido aprendiendo del viejo maestro, el propio Joseph Gardin, debía saber un par de trucos para hacer vino

con estas uvas delicadas.

—El clima no es lo único que le causa problemas —dijo, como si leyera sus pensamientos—. Pero no es demasiado tarde. Puedo ayudar, si me deja.

La forma en que había aparecido en la casa como si hubiera vivido en condiciones difíciles, la ferocidad con la que lo miró cuando se enteró de que la viña había sido vendida, el hambre en sus ojos ahora mientras esperaba una respuesta, desgarró todo en él mientras consideraba su propuesta.

—Desafortunadamente, ayer estaba diciendo la verdad cuando dije que no estaba contratando. Apenas puedo pagar a los dos trabajadores de campo que tengo ahora.

La mujer envolvió su cuerpo con su chal, como si se protegiera antes de hablar.

—A veces hay más en la elaboración del vino de lo que podemos ver, medir y degustar. Esa es la parte que puedo enseñarle. Puedo trabajar como su socia. Compartir con usted lo que sé acerca de cómo hacer el tipo de vino por el que los hombres pagarían un rescate. Y a cambio, todo lo que necesito es una voz en el proceso y un techo sobre mi cabeza. Y quizás algo de la cocina de la grand-mère.

Jean-Paul sonrió ante su último comentario incluso cuando sabía que tenía que decir que no. Había leído todos los libros sobre elaboración del vino que podía conseguir, asistió a seminarios impartidos por los famosos hermanos yemeníes y recorrió el viñedo de Bastien du Monde, la bodega de mayor éxito del valle. Había estudiado todo lo que pudo sobre cómo extraer las sutilezas de varias uvas. Él ya conocía la ciencia de hacer vino.

Sin embargo, esta mujer de ojos de gato, que afirmaba con gran confianza que podía restaurar la reputación del viñedo, lo tenía hipnotizado.

Ya entendía las técnicas del oficio, desde la poda y plantación, desde el prensado y el embotellado, pero ¿podría haber algún secreto para trascender de lo ordinario a lo excelente? ¿Alguna sabiduría antigua transmitida de generación en generación que siempre lo eludiría si la rechazaba?

Podría creer de todo corazón en su metodología, pero ni siquiera él era lo suficientemente tonto como para ignorar cómo el instinto y la intuición también jugaban su papel en el proceso. Y en el fondo de su corazón quería hacer un *gran*

vino. Si supiera siquiera la mitad de los secretos de monsieur Gardin, y si ella estaba dispuesta a trabajar codo a codo con él en el campo, valdría su peso en un *coq au vin*.[8]

Extendió su mano.

—Está bien. Alojamiento y comida a cambio de su ayuda.

—Solo una cosa más —dijo—. Deseo ser una socia silenciosa, al menos hasta que las uvas pasen el envero[9]. Sería mejor si algunas personas aún no supieran que te estoy ayudando. O que estoy de vuelta en el viñedo.

Ah, se refería a Du Monde. Nunca admitiría haber escuchado a escondidas, pero había oído hablar más de ella con madame de lo que había dejado entrever. Solo podía adivinar las razones de ella para querer evitar al estimado vinicultor.

—Debería agregar un apéndice entonces también —dijo, sus habilidades de negociación eran aburridas pero irremediablemente arraigadas en sus años de trabajo legal—. Creo en la ciencia y la innovación, mademoiselle. Ya les he dicho a los otros trabajadores que no toleraré las tonterías supersticiosas que hacen en los otros viñedos. Sin amuletos de la suerte, sin amuletos del mal de ojo, y nada de ese asunto de conjuros antes de entrar al campo.

Ella alzó una ceja y él esperó a que discutiera como lo habían hecho el resto de los trabajadores. En cambio, se tragó lo que la había molestado, asintió y le tendió la mano. Con admiración a regañadientes, la estrechó, sintiendo su piel fría como el pescado en su agarre mientras hacían su pacto.

Capítulo Cinco

El lomo, rígido por la negligencia, crujió cuando Elena abrió el Libro de las Sombras sobre la mesa de trabajo.

—Silencio —dijo y pasó las páginas hasta que encontró las notas que estaba buscando. Mientras leía, marcando su lugar a medida que avanzaba, el libro finalmente se relajó y suspiró bajo sus dedos—. Yo también te extrañé —dijo y continuó leyendo.

Alternó entre fruncir el ceño y morderse los labios con optimismo y escribió una lista de posibilidades, al menos para el primero de los hechizos del viñedo que había identificado. Esperaba desentrañarlos todos uno por uno, como si desentrañara el juego infantil de la cuna del gato que había salido terriblemente mal. Y tenía que hacerlo sin que el nuevo dueño sospechara que estaba usando brujería.

Al principio había pensado que esa sería la parte difícil, pero el problema en su magia aún le impedía lanzar un hechizo total. Los encantamientos sabían a polvo en su boca. Y aunque había podido mantener un estado de trance la noche anterior, sospechaba que podría estar sufriendo una forma de cataratas psíquicas que nublaban partes de su visión de las sombras. ¿De qué otra manera explicar la incapacidad para identificar la causa de la melancolía en las raíces?

Su magia era inestable, pero tal vez la debilidad era como un músculo tenso y solo necesitaba moverse de nuevo. O tal vez era como una mano que se queda dormida y sentiría un dolor punzante que se apoderaba de ella una vez que la magia volviera a entrar. ¿No había sentido una pequeña sacudida… algo… cuando la cuerda de los deseos se incendió y el mortal accedió a dejarla quedarse a pesar de sus prejuicios, sellándola con su mano apretada contra la de ella?

Ese hombre. Una nube de privilegio se había levantado de él como la niebla de la mañana en el momento en que lo enfrentó en el campo. Él era peculiar. Criado en la ciudad y alimentado por libros, inteligente y generoso, sí, y sin embargo desnutrido cuando se trataba de creer en lo profundo. Le habían enseñado a creer solo en lo que podía ver, sentir, oír, saborear u oler. Hubo un tiempo en que se preguntó cómo era vivir con tal confinamiento de espíritu,

hasta que se encontró cautiva dentro de la piel de otra criatura.

¿Era así como era ser mortal?

Una inesperada punzada de simpatía por el hombre se apoderó de ella cuando movió los dedos de los pies dentro de sus suaves pantuflas, bueno, con la única excepción notable. Aunque el Viejo Zorro casi se la comió viva, se alegró por el recordatorio físico de lo que había soportado. El dolor mantenía encendido el fuego de la venganza, avivando el duro carbón del odio que ardía día y noche dentro de ella. Y para eso escondería su magia del mortal y le dejaría seguir creyendo que el mundo que veía era el mundo en el que vivía.

Una página del libro de hechizos onduló suavemente, como perturbada por una brisa.

—¿Sí? —preguntó, y las palabras “hebra de melena de lobo” brillaron en la página con tinta verde iridiscente—. Ah, por supuesto. Libro inteligente. Lo encontraste.

Buscó en el estante superior para localizar las cosas lanudas. Si se sumergía en aceite de oveja y se retorcía con una trenza de algodón para formar la mecha de una vela, el humo de la llama repelería el miasma que se había dejado arrastrar por los campos cada noche. Los Toussaints del valle del río Alden habían usado ese hechizo particular en Château Renard antes para sofocar el crecimiento. La grand-mère debería haber podido contrarrestar el maleficio por sí misma, pero la anciana realmente debe haber perdido su ventaja para permitir que la niebla dañina permanezca sobre la propiedad durante tanto tiempo. Para los humanos, la vejez les robaba la audición, la vista o la mente. Pero cuando la naturaleza era cruel, las brujas perdían la intuición.

Al no encontrar el pelaje del lobo guardado con los frascos de dientes y garras donde había esperado, buscó en el cajón hasta que encontró un sobre de papel con la etiqueta “Pelo, colas y bigotes”. Encontró los hilos necesarios en el interior, pero tenía curiosidad por ver qué más podría haber perdido la grand-mère. Dentro del cajón había media docena de sobres. Uno contenía bolitas de búho secas, otro la pluma de la cola de un halcón de la noche, y uno contenía una prímula prensada, sellada entre papel encerado. Todo útil para agregar a varias pociones, pero no guardado donde ella prefería guardarlos. Sacó los sobres restantes del cajón para ver qué otros misterios contenían, cuando un trozo de papel cayó de entre ellos sobre la mesa de trabajo.

Más potente que cualquier cosa que hubiera manejado hasta ahora, sus dedos temblaron cuando recogió el desteñido y quebradizo trozo de papel. En él había una ilustración dibujada con tinta, una casa señorial centrada bajo una fuente en negrita que decía “Domaine du Monde”, la etiqueta del vino para el tinto principal de Bastien, el vino que ella había ayudado a que existiera para él justo antes de que la emboscaran.

Había sentido el tirón en su conciencia para enfrentarlo en el momento en que regresó al valle. Incluso ahora tenía que agarrarse al borde de la mesa para evitar correr por la carretera y arrojar un ladrillo con maldiciones a través de su ventana delantera. Tiempo y paciencia, se recordó. La venganza que se deja fermentar sería la que tendría más poder. Pero mientras miraba la casa en la etiqueta, sintió que su determinación se desvanecía. Había una forma de ver el lugar sin tener que ir allí. A esto también se había resistido, pero cuanto más miraba la ilustración, más fuerte se volvía el impulso de ceder a su curiosidad hasta que se encontró a la deriva sobre la línea hacia el mundo de las sombras.

Su visión se oscureció, las paredes se derrumbaron y un cielo sepia se abrió cuando la vista y el sonido se distorsionaron en los bordes de su conciencia. Su mente la llevó a un tramo de carretera abandonado en el valle a seis kilómetros de distancia. El château donde había pasado innumerables tardes de ocio creyendo que estaba enamorada se materializó entre las sombras. La vista le pareció familiar pero extraña. Los años habían cambiado la casa de formas inesperadas. La estructura principal era tal como la recordaba, pero ahora había un par de grandes torretas ancladas a cada lado, y una nueva balaustrada rodeaba un balcón del segundo piso, donde un observador de estrellas podría buscar la visión impresionista del cielo nocturno. Una cerca rodeaba la propiedad ahora también: hierro fundido incrustado con amuletos y hechizos protectores, rematado con fantásticos remates de metal. Mientras Elena pasaba por la puerta, sintió como si un rayo mismo hubiera sido canalizado hacia el metal. Nunca se había encontrado con algo así. El hechizo de la mujer era incluso mejor de lo que pensaba. La mayoría de las brujas necesitarían toda una vida para dominar un encantamiento tan elegante.

La luz de la lámpara de una ventana en la parte superior de la torre este atrajo su ojo espiritual hacia arriba. La silueta de una mujer cruzaba frente al cristal. Podía entender por qué se podía persuadir a un bierhexe para que trabajara en un viñedo de éxito. Para algunos, el poder era el único elixir que importaba. Y Bastien lo tenía ahora. Irradiaba todo lo que había tocado, aunque

se preguntó si la bruja detrás del cristal sabía de lo que era capaz Bastien si no se salía con la suya. ¿Había comprometido una parte de sí misma por él?

En ese momento la ventana se oscureció. Un rostro se asomó al exterior. La visión del tercer ojo de otro atravesó el velo de la sombra en busca de un intruso. Sabía que no la podían ver, al menos no en su forma física, pero de todos modos se apartó de la vista. Aun así, la intensidad persistió, como si una linterna psíquica hiciera girar su luz sobre el patio, buscando. Fue su primer encuentro con una de las brujas cerveceras del norte, y hasta ahora los rumores sobre sus sorprendentes habilidades demostraron ser ciertos. La percepción del bierhexe prácticamente asaltaba con su vigilancia. Saber que Bastien tenía ese tipo de protección enfrió las esperanzas de Elena de una venganza fácil, pero nunca se rendiría. No hasta que su corazón tuviera la paz que merecía.

Elena voló de regreso a su cuerpo y abrió los ojos. La etiqueta del vino se le había caído de la mano. La recogió de nuevo, deslizándose una vez más en la trinchera del dolor de su traición. Con ojos llenos de lágrimas, acercó la etiqueta a la llama de la vela y observó cómo se quemaba y se enroscaba en los bordes hasta que el papel se convertía en cenizas. Después de permitir que una lágrima cayera sobre ellas, recogió los restos y los selló en un sobre. Con un florido deslizamiento de su bolígrafo, etiquetó el exterior como “cenizas amargas” y lo guardó en el cajón. Luego pasó las páginas de su libro de hechizos y volvió su mente al estudio del veneno.

Capítulo Seis

Grand-mère y Elena sacaron un *brouette*[10] al campo e hicieron un espectáculo de podar las viejas vides en la ladera este mientras Jean-Paul enganchaba su caballo y su carro. Por fin se detuvo en la carretera y se dirigió al pueblo. Un rastro de humo de leña se filtró por el *brouette* mientras agitaban sus tijeras de podar en su dirección. Una vez que estuvo fuera de vista, Elena sacó las mechas de sebo de su bolso y se puso a trabajar en sus contrahechizos.

Cuatro vueltas de piel de lobo, una para cada dirección, chisporrotearon y ardieron a sus pies mientras ella y la grand-mère estaban paradas en el centro de la propiedad. Recitó el hechizo de su libro, las palabras planas y sin forma en su boca, y un velo de humo se levantó de las mechas y se extendió por el viñedo. Y aunque una brisa jugueteaba con sus faldas y la lluvia amenazaba con humedecer sus cabezas descubiertas, el hechizo parecía mantener el humo en su lugar sobre el campo el tiempo suficiente para envolver las enredaderas dormidas con su magia protectora. Para el transeúnte, el viñedo de invierno no se veía diferente a cuando se llenaba con el humo de los quemadores de carbón, pero para cualquier bruja con la nariz en el viento era una advertencia de que Château Renard ya no era un vertedero de maleficios anónimos.

—Bueno, ese es un hechizo deshecho —dijo la grand-mère, sostuvo sus manos en la pose sagrada para agradecer al Omnisciente—. Finalmente, las hojas deberían poder respirar profundamente de nuevo cuando se desplieguen esta primavera.

Elena vio las mechas quemarse hasta el suelo, preocupada por la compresión del tiempo.

—¿Con qué frecuencia va al pueblo?

—Una vez a la semana, generalmente. A veces más si tiene negocios que atender.

Eso no sería suficiente. No si quería desenredar todos los hechizos entrelazados entre el viñedo antes de que comenzara la temporada de crecimiento.

—No sé cómo voy a seguir ocultándole el hechizo. Va a descubrir que está trabajando con una bruja, ¿y luego qué?

—Ha estado viviendo conmigo durante tres años y no se ha dado cuenta, aunque soy tan inútil como un mortal en estos días, así que eso no dice mucho.

La grand-mère hurgó en el *brouette* y sacó un recipiente de arcilla del tamaño de una calabaza pequeña, la superficie inscrita con un círculo que tenía flechas apuntó desde el centro en las cuatro direcciones cardinales. Era una de las cuatro botellas de brujas que las dos habían traído para protegerse de las enfermedades y la energía negativa causadas por hechizos maliciosos bajo tierra.

—Tus sentidos están simplemente gastados un poco —dijo Elena, sacando una jarra de una vieja cosecha que había escondido en el *brouette*. Descorchó la tapa y vertió una pequeña cantidad de vino en la botella de la bruja. A eso añadió un fragmento de cabello de la grand-mère, un mechón propio y un recorte de uñas que pertenecía a Jean-Paul, que había dejado junto a su lavabo.

Los dedos de la anciana se crisparon mientras observaba el proceso.

—Siempre puedes mantenerlo hechizado. Así es como conseguiste que aceptara que te quedaras hasta la cosecha, ¿no es así?

Elena miró avergonzada a su mentora.

—No utilicé un hechizo *en* él. Eso sería ilegal. Simplemente traje una cuerda de los deseos y la arrojé al fuego mientras hablábamos.

—Debe haber sido un gran deseo que se hiciera realidad tan rápido. —La grand-mère le entregó otra botella para que la enterrara—. Por supuesto que siempre fuiste buena para conseguir lo que querías.

¿Podría la anciana siquiera dudarlo? Las venas de Elena prácticamente se tiñeron de rojo con el vino de Château Renard. ¿Cómo podía desear otra cosa que ser parte del viñedo? Su terruño era su sangre, su niebla su aliento, su suelo sus huesos, su cosecha era su feto. Pero los pactos eran pactos, y los hechizos lanzados sobre los mortales estaban estrictamente prohibidos, aunque todos modificaron la regla de vez en cuando. En el espacio exterior, nunca había esperado encontrarse con un enólogo en el valle de Chanceaux que no deseara los servicios de una bruja de la vid. Insultante. No podía imaginar lo atrofiada que debe ser la vida en la ciudad para adoptar tal actitud hacia la magia. Toda esa piedra y acero deben obstruir el ojo de la mente.

Medias lunas de tierra bordearon sus uñas mientras acariciaba el suelo sobre la botella enterrada. Dijo unas pocas palabras en nombre del Omnisciente, luego se puso de pie y señaló la siguiente ubicación. Mientras caminaban, el humo de las mechas de sebo se asentó, destacando los filamentos de energía que cruzaban el campo. Aunque podía sentir esas cosas incluso sin la ayuda del humo, la grand-mère necesitaba ayuda. Elena tomó su mano, creando un circuito para que ambas pudieran ver el alcance de la magia hechizada mientras se materializaba como una telaraña después de una lluvia ligera.

La anciana respiró hondo.

—Santo cielo, no tenía idea de que fuera tan extenso.

—Es impresionante, ¿no? —Elena hizo que subieran la colina hasta el punto más alto del viñedo—. El hechizo es abrumador, pero hay un grado de elegancia en algunos de ellos que uno no puede evitar admirar. ¿Ves las capas multidimensionales que sostienen el hechizo de sombra sobre las filas de chardonnay? No es una maniobra fácil.

—¿Entonces consiguió que la bierhexe hiciera lo que tú no harías? —La grand-mère se frotó el pulgar y los dedos, tratando de sentir y ver la magia.

Asintió.

—Basándome en la sombra que arroja su hechicería, estoy casi segura de que está destinada a retener el rocío en las uvas para que se moldeen incluso a pleno sol. Cambia de posición a medida que avanza el día para mantener las uvas a la sombra. —Elena hizo una pausa para secarse el sudor que se acumulaba en su labio superior—. No sé cómo voy a contrarrestar eso todavía, especialmente con la maldición inversa que lo complica todo. Si es ella, es mejor que buena.

—Su nombre es Gerda. Ella apareció poco después de que tú… —La grand-mère frunció los labios con fuerza, como si se obligara a tragar las palabras que podría haber dicho a continuación—. Nos han presentado una o dos veces. La reconocerías a primera vista. Una rubia como las demás.

—Sí, la he visto.

—¿La has visto? ¿Cuándo?

Elena comenzó a cavar un hoyo poco profundo entre dos de las enredaderas más antiguas de la propiedad mientras explicaba cómo su curiosidad

la había vencido, no era la primera vez que se deslizaba en el mundo de las sombras por razones menos que honorables. Había días en los que había estado tan consumida por la lujuria o la desconfianza que tenía que *ver* a Bastien, incluso cuando estaba lejos. Durante el año en que pensó que estaba enamorada de él, se había sentido como si estuviera bajo un hechizo. Como si le hubieran dado una poción que se filtró por sus venas, se deslizó hasta su corazón y detonó una bomba de tiempo venenosa que luego hizo añicos sus sueños de amor. Antes de ser maldecida, el mundo de las sombras se había convertido en una obsesión, una distracción, un medio para un fin que no tenía nada que ver con la gracia del Omnisciente. Y luego se había convertido en una trampa.

—Eso fue algo peligroso y tonto. ¿Y si es ella a quien Bastien le pidió que te maldijera? Tienes un lado imprudente. Siempre lo tuviste.

Elena plantó la botella en el suelo, vertió una ofrenda de vino encima y pronunció el hechizo de protección. Cuando se puso de pie, consideró lo que dijo la grand-mère y luego se sacudió las manos.

—No creo que fuera ella.

La grand-mère golpeó la tierra con la punta de su zapato sobre la botella enterrada para empacarla.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Si este es su hechizo —dijo, señalando la magia escalonada—, es demasiado buena en lo que hace para jugar con maldiciones de transfiguración anticuadas. Y ciertamente no uno tan común como convertir a alguien en un sapo.

La anciana entrecerró los ojos.

—No parecía una maldición tan mundana cuando apareciste hace dos días con el aspecto de matar lobos. —Elena se estremeció. La grand-mère siempre había usado una lengua afilada cuando se la provocaba—. Deberías tener más cuidado. Incluso si no te sorprendió mirándola en el mundo de las sombras, hay espías de la Oficina en todas partes vigilando las transgresiones. —Para probar su punto, chasqueó los dedos y un conejo de pelo castaño saltó de entre una hilera de enredaderas como si le hubieran prendido fuego en la cola—. ¿Ves lo que quiero decir?

—Ven, conejo. —Elena señaló el suelo con el dedo y el conejo obedeció,

saltando humildemente hacia ella hasta que su nariz se movió a su lado. Recogió al animal y estudió sus ojos. Ni una pizca de sombra en ellos. La anciana se estaba volviendo inusualmente paranoica. Pero tal vez ella tuviera razón—. Jean-Paul sabe que me estoy escondiendo de alguien. Ha aceptado mantener mi presencia aquí en secreto. Debería estar bien siempre y cuando mantenga un perfil bajo.

—Incluso si eres capaz de permanecer oculta, tus esfuerzos no lo harán. Una bruja con sus talentos olisqueará tu magia eventualmente. Ella sabrá que los hechizos están siendo desmantelados. Y cuando descubra quién eres, se lo dirá a Bastien. ¿Y entonces qué?

Elena dejó al conejo en el suelo y lo espantó en su camino.

—Entonces sabrá que no se libró de mí tan fácilmente como podría haber pensado.

—¿Podrías defenderte de ella si tuvieras que hacerlo?

—Mi pelea no es con ella.

—Eso no es lo que pregunté. —La grand-mère observó cómo el conejo se alejaba rápidamente a una distancia segura y luego se dio la vuelta—. No sabía cómo decírtelo antes, pero ella no es solo su bruja de vid. Ellos están casados. Su pelea es su pelea ahora. Quizás sería mejor si simplemente dejaras ir el pasado. Empieza de nuevo. Olvídate de lo que pasó.

¿Casado?

Elena se desplomó en el suelo. ¿Había encontrado afecto cuando ella no había probado nada más que amarga soledad durante siete años atrapada en la piel de esa criatura? ¿Había disfrutado de la calidez del amor mientras ella se sentaba en el barro tan frío que le heló la sangre hasta que su corazón apenas volvió a latir a un ritmo normal?

Para evitar el escrutinio de la grand-mère, se arrancó los pelos de conejo que le quedaban en la falda y se los metió en el bolsillo.

—Su parte no importa.

—Depende de lo que pretendas hacerle a él.

Elena tomó la pala y cavó un cuarto agujero, luego metió una botella dentro.

—¿Sabías que hay un hechizo para hacer un veneno que se mueve como una serpiente a través de la sangre? —preguntó, derramando lo último del vino sobre la tierra—. La poción está diseñada para evitar todos los demás órganos, excepto su única presa verdadera. Cuando el elixir encuentra el corazón, se envuelve lentamente alrededor del músculo que late, sofocando hasta que los vasos sanguíneos estallan. Estoy segura de que el proceso es angustioso.

La grand-mère parpadeó a medida que una línea de sudor humedecía su frente.

—Estrellas todopoderosas, Elena, esa es una magia peligrosa con la que estás jugando.

—Así fue la maldición que me hizo aterrizar en un pantano para comer polillas y caracoles durante siete años.

—La sangre lo dirá, lo juro —murmuró la anciana, luego movió la cabeza —. Harías bien en recordar que un triple ajuste de cuentas aguarda a aquellos que hacen daño intencional.

Oh, ella conocía el costo. Lo había pesado y equilibrado contra el dolor de no hacer nada una docena de veces. Sin embargo, su necesidad de retribución siempre resultó ser el pulgar de la balanza, inclinando su mente hacia el asesinato. ¿Qué otro recurso había para que le robaran sus mejores años? Ella ya debería estar casada. Debería haber un hijo y una hija aprendiendo el arte de la vid en su cadera. El viñedo debería haber estado bajo su dirección hace mucho tiempo. *Su* vino debería estar en las bodegas de los mejores conocedores del continente. En cambio, estaba sola, arrastrándose por la tierra, limpiando los desórdenes de otras personas.

La grand-mère subió el chal por encima de su cabeza y envolvió los hombros con los extremos, como si de repente se helara.

—¿Qué es lo que estás planeando exactamente?

—Lo voy a matar —dijo Elena, luego tiró la botella de vino vacía en el carro de quema y vio cómo se ennegrecía y humeaba—. Una vida por una vida.

La grand-mère se tapó la boca con la mano y se dio la vuelta justo cuando el tintineo de los frascos de vidrio que se empujaban en un carro despertó su curiosidad. En el camino de abajo, pasó un carro de mulas cubierto con dos mujeres a las riendas. Miraron hacia arriba y saludaron.

—Saludos —gritó la primera cuando detuvo la mula.

—Feliz encuentro —dijo la segunda, forzando una sonrisa.

Brujas.

—¿Las Charlatán? —susurró Elena, notando el acento de la ciudad. No era su nombre real, por supuesto, pero se lo habían ganado a través de una reputación empañada.

—Las dos hermanas mayores, por su aspecto. ¿Qué diablos están haciendo aquí? Tendré que saludar.

Elena secó su manos en la falda, preguntándose con cautela si las hermanas Charlatán podrían conocer a Bastien. Aunque ella no las conocía, parecían del tipo que él buscaría para su trabajo sucio. La anciana ya se había dirigido cuesta abajo, por lo que Elena cubrió su rostro con la punta de su chal y la siguió, queriendo saber más sobre sus intenciones.

Cuando ella y la grand-mère se acercaron, un par de frascos temblaron levemente en el carro, tintineando como copas de champán. Las brujas sonrieron.

—Saludos. ¿Qué las trae por nuestro camino? —preguntó la grand-mère, cautelosa, pero no antipática.

La hermana más cercana, la que llevaba la chaqueta de flores bordada con la costura desteñida, respondió—: Nos dirigimos al pueblo. Día del festival, nos dicen. Capté el olor de tu humo cuando pasamos. Fuego de maleficio, ¿verdad?

—Remedio.

—Ah. —La mujer sonrió más ampliamente, revelando una hilera de dientes manchados de té mientras se inclinaba hacia adelante para ver a Elena—. En ese caso, podría ser que tenga lo que necesitas para un buen hechizo de limpieza —dijo y levantó la lona que cubría la parte trasera del carrito—. O una pequeña venganza. —Su ceja se levantó cuando captó la mirada de Elena—. Nada como un tónico de ojos de tritón para poner en la bebida de tu rival favorito, ¿eh?

Además de su reputación como tramposos, también eran vendedores ambulantes del mercado negro, a juzgar por sus productos. Junto a los pañuelos de seda, los brazaletes de plata y las campanas con dijes a la venta, había

docenas de frascos de vidrio llenos de ingredientes mal habidos. Manteniendo su chal sobre su rostro, Elena echó un vistazo más de cerca, espiando mollejas en forma de corazón, tiras de culebra, una colección de orejas de murciélago y un conjunto de garra de oso y vesícula biliar. Cosas de novedad del Viejo Mundo. Charlatanería medieval. Y una tragedia, dado que la mayoría de los elementos tenían poca potencia para cualquier hechizo que ella conocía. Nada más que mucha crueldad para engañar a los mortales amantes del ocultismo y a las brujas crédulas con su dinero.

Tenía la esperanza de que la grand-mère les dijera que quitaran de vista su desgraciado carro cuando los frascos tintinearan de nuevo.

La segunda hermana, que usó un obvio hechizo de mejora para mantener su largo cabello dorado rizado en perfectos rizos, torció su dedo.

—Especial de dos por uno, si están en el mercado. También frescos. Los saqué de sus agujeros yo mismo esta mañana.

La grand-mère y Elena se inclinaron para ver lo que habían enterrado en la parte trasera del carro. Allí, encaramados uno al lado del otro debajo del asiento, había dos erizos embotellados en frascos separados con agujeros en las tapas para tomar aire. Manipulaban y olfateaban el cristal, desesperados por liberarse.

—¿Para qué los guardan? —preguntó la grand-mère.

—Yo, los desollo y vendo las espinas junto con mis muñecos vudú —dijo la segunda hermana—. La gente de la ciudad comprará mis recuerdos a manos llenas en los días de mercado, pero siempre puedo conseguir otro par si tienes un estofado preparándose para tirarlos. Sé dónde les gusta esconderse a las pequeñas *hotchi-witchis*.

La hermana mostró su sonrisa falsa de nuevo, y el disgusto de Elena golpeó un punto de inflamación.

—Los tomaré.

—Con mucho gusto, si tienes las monedas.

Elena metió la mano y sacó las botellas por el cuello. Las brujas volvieron a exigir su dinero mientras ella revisaba cada animal en busca de sombras. Cuando no detectó ninguna, dejó suavemente sus botellas en el suelo.

Las brujas se agitaron más, pero mantuvieron sus sonrisas de dientes

manchados.

—Dije que primero tienes que pagar por ellos.

Elena se arrodilló y liberó a los erizos de sus jaulas de cristal, luego se levantó.

—¿Qué tal si te doy un caso de furúnculos en tu cara? ¿No tienes conciencia, atrapando y vendiendo animales con fines de lucro?

Las hermanas brujas perdieron la sonrisa.

—Oh, siempre tan altas y poderosas, brujas de la vid. Sin embargo, no por encima de robar a un par de mujeres indefensas del carro, ¿verdad? —La bruja de cabello dorado tomó un pie de tejón arrugado de la plataforma del carro y escupió en el suelo en un irresponsable intento de lanzar un maleficio—. Quiero mi dinero.

Elena sintió un pellizco de advertencia del hechizo.

—Que así sea. —Metió la mano en el bolsillo mientras la hermana asentía con rectitud. Pero en lugar de monedas, sacó los pelos de conejo que había recogido antes y un mechón sobrante de piel de lobo. Rápidamente retorció los pelos juntos, recogiendo la magia que había dejado en reserva, luego recitó una broma favorita de la infancia—. Cazador y presa, sigan su camino —dijo y le sopló los pelos a los pies de la mula. El animal despegó, arrastrando el carro de las mujeres detrás a medida que el hechizo se activaba. Las hermanas Charlatán lucharon por agarrarse a sus asientos y frenar la mula, pero no sirvió de nada. Sus piernas no dejarían de correr mientras el pelo del lobo persiguiera al del conejo, que debería durar unos buenos veinte minutos o más.

—Lamentarás haber hecho eso —gritó la bruja de cabello dorado en tanto se aferraba al carro fuera de control—. ¡Que tus campos se pudran antes de la cosecha!

Pero Elena no se arrepintió, ni un poco, mientras veía desaparecer el carro sobre la colina. En el suelo, los erizos olfatearon y se lanzaron, sin saber qué camino tomar. Susurró dónde encontrar algunas larvas debajo de un tronco caído y les dio un suave empujón en dirección al bosque. Se enderezó cuando se alejaron, sintiendo el peso de la mirada de la anciana contra su espalda.

—Sabes que no podía dejar que mataran a esas pobres criaturas.

La grand-mère se burló.

—¿Esto de la mujer que planea asesinato?

La desavenencia en sus intenciones la desconcertó incluso a ella misma por un momento.

—Sí, bueno, algunos mortales son un animal completamente diferente, ¿no es así? —respondió, endureciendo su corazón de nuevo antes de girar cuesta arriba para recoger el *brouette* y dirigirse a casa.

Capítulo Siete

Jean-Paul cerró la puerta de la oficina de correos, se quitó la gorra y la puso bajo el brazo. Ya había incluido el dinero en efectivo para el artículo del catálogo en un sobre, que sacó del bolsillo de su chaqueta de tweed. Todo lo que necesitaba era el código postal correcto y un sello. El empleado respondió a la solicitud con una mirada sardónica por encima de sus anteojos antes de sacar el gran libro de referencia y dejarlo sonar ruidosamente en el mostrador. El hombre pasó el dedo por la página en un examen cuidadoso antes de detenerse y golpear con él a un posible candidato. Jean-Paul rápidamente anotó el número en el sobre, asintió en agradecimiento y luego deslizó la carta hacia adelante. Con suerte tendría su nuevo vinoscopio en un mes.

Dejó caer su cambio para el sello en el mostrador y se volvió hacia la puerta cuando el empleado lo detuvo.

—Ah, ¿señor Martel? —dijo, leyendo el nombre en el sobre—. Espere. Creo que también tengo una carta para usted. Llegó hace unos días. Sí, aquí está —dijo el empleado después de revisar varias ranuras en la pared detrás de él.

Aceptó la carta, anotó la dirección del remitente y la escritura formal y se retiró al rincón más alejado del vestíbulo de la oficina de correos para leerla. Antes de abrir el sobre, supo que era de su madre. La correspondencia comenzó bastante bien, saludándolo con las bromas habituales sobre el clima, sus argumentos sobre la justicia de la Unión por el Sufragio de la Mujer y quejándose de la espantosa condición del sistema de tránsito subterráneo de la ciudad como si fuera un pariente de la oveja negra desaparecido descarriándose una vez más. Casi sonrió ante las conocidas noticias de su casa.

Luego leyó el siguiente párrafo. La verdadera razón por la que su madre había escrito.

> *Tu tío te envía saludos. Desea preguntar cuándo crees que concluirá tu negocio de vinos para poder hacer planes futuros. Hace años que tiene el ojo puesto en el edificio Eichman y finalmente está disponible para alquilar. Al parecer, hay dos oficinas en las esquinas, una de las cuales con mucho gusto le daría a su sobrino y socio legal si estuviera aquí. Dadas las circunstancias, ha sido bastante generoso en general con esta locura tuya,*

pero se merece un socio dedicado a la ley y al servicio de la práctica que creó tu padre.

En otras noticias, pensé que te interesaría saber que Madeleine se ha vuelto a casar. Está esperando un hijo en mayo. Como ves, ya no hay razón para evitar regresar a la ciudad.

Como siempre,

Madre

Jean-Paul arrugó la carta y la metió en el bolsillo.

—¿Malas noticias? —preguntó el empleado.

—Simplemente una decepción esperada —respondió y se puso la gorra plana.

El empleado se rascó la nariz y, en cambio, compartió su propia información interesante.

—Han encontrado otro gato —dijo mientras clasificaba una pila de cartas en sus espacios adecuados—. La cabeza y la cola se han ido como los demás. Esta vez en la carretera del condado sobre la finca de Le Deux.

—¿Otro? —Recordó los otros hallazgos espeluznantes reportados a lo largo de los años. Más de una docena desde que se mudó al valle hace tres años. A veces un conejo, a veces un perro pequeño, pero más a menudo un gato. Todo el mundo especulaba quién podría estar detrás de los actos deplorables y, sin embargo, nadie parecía afirmar lo obvio—. Dígame, ¿por qué nadie se enfrenta sobre esto a las lugareñas en los viñedos que dicen ser brujas?

El empleado se volvió con la frente arrugada.

—¿Las brujas de la vid? ¿Por qué iban a tener algo que ver con animales sacrificados?

—¿Porque profesan ser *brujas*? ¿Quienes son conocidas por tratar con lo *oculto*?

Había exagerado sus palabras, hablando lentamente, aunque su respuesta hizo poco por convencer al empleado, quien le devolvió una mirada sin emoción.

—¿Es eso lo que le enseñan en la ciudad? La verdad es que apenas hemos tenido problemas con brujas malévolas por aquí desde que se firmaron los Pactos de 1745. Mi propia abuela era una bruja de la vid y no habría hecho daño a nadie. ¿Quiere saber quién creo que está detrás de esto? Esos universitarios que

se pasean aquí los fines de semana para armar el infierno con las chicas locales. Ellos con sus sesiones de espiritismo y tablas de ouija. Quién sabe qué travesuras *harán* después del anochecer.

Jean-Paul dejó el tema en paz. Siempre subestimaba la marcada distinción que los aldeanos hacían entre las llamadas brujas de la vid y las brujas malvadas que perseguían sus sueños de infancia, las viejas brujas que no pensarían dos veces antes de llevar un gato muerto alrededor del cuello si les agradaba. Las brujas de las que su niñera le había advertido apagaban su sed con sangre humana, removían picos de cuervo y ojos de rana en pociones mortales y sacaban bebés de las cunas para asarlos al fuego para la cena de la noche. Naturalmente, deseaba, como hombre adulto, que el mundo pudiera deshacerse de esa superstición. Vivían en la era de la tecnología: automóviles, el *cinéma magnifique*, luces eléctricas que se encendían con solo tocar un interruptor. Un hombre acababa de cruzar el Canal de la Mancha en un avión por primera vez, por el amor de Dios. ¡Ahora allí había algo de verdadera magia para la vista!

Sin querer alejarse más de los escépticos locales que ya lo veían como un extraño, asintió como si la idea de que los estudiantes universitarios maten gatos por diversión el fin de semana tuviera mérito. Le deseó un buen día al hombre y se fue.

Afuera, la calle estaba llena de tráfico de personas que se preparaban para el fin de semana, una festividad local menor para reconocer el asedio de algún castillo olvidado hace mucho tiempo. La celebración significaba poco para él, aunque se le decía con bastante frecuencia que si no fuera por la victoria, la ciudad no estaría de pie. Aun así, no pudo evitar unirse al ambiente festivo a medida que caminaba por la acera.

Normalmente visitaba la tienda de piensos para pedir grano para los caballos o tal vez entraba en la tienda del zapatero para que le volvieran a poner un par de botas mientras recorría la ferretería en busca de una nueva pala o carrete de alambre. Incluso podría hojear las páginas del catálogo de Boddington y pedir semillas para un jardín de primavera. Pero con la carta de su casa y la conversación sobre gatos muertos que todavía le dolían bajo la piel, sintió la necesidad de una distracción. Al doblar por una pintoresca calle lateral que rara vez visitaba, dejó que su nariz lo guiara hacia adelante. Tortas de vainilla, canela y azúcar, y un toque de almendra tostada lo llevaron a la puerta de una panadería de aspecto decadente que atiende tanto a turistas como a amas de casa.

Entró en la pequeña tienda, haciendo sonar el timbre sobre la puerta. Una mujer con un mechón de cabello negro sujeto a la cabeza por un pañuelo de satén azul, con las mejillas pintadas de rojo brillante, apareció en la trastienda. Llevaba aros de oro enhebrados a través de las orejas, lo que la convirtió en el timbre de las mujeres bohemias representadas en esos carteles art nouveau[11] tan omnipresentes en la ciudad en el momento de la Gran Exposición. Sacudió la harina de sus manos y sonrió cuando sus ojos encontraron los de él, el tipo de sonrisa tímida que Jean-Paul comprendió de inmediato. Sintió que su ojo evaluador lo seguía mientras examinaba los pasteles y tartas en las vitrinas.

—Me preguntaba cuándo encontraría el camino a mi tienda —dijo.

—¿Disculpe?

Estaba seguro de que no se habían conocido antes.

—Le tomó más tiempo que la mayoría. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Tres años desde que compró el viñedo de Renard, y ni una sola vez me ha visitado. He tenido mucha curiosidad por saber cuál es su gusto. —La mujer dio unos golpecitos en el vaso sobre una bandeja de petits fours—. ¿Macarrón? ¿Éclair? ¿Mousse de chocolate? Pero no las magdalenas. No, creo que esos pudieron haber dejado un mal sabor de boca alguna vez.

Había estado contemplando el pastel de coco, preguntándose si madame y mademoiselle Boureanu lo aprobarían. Miró a la comerciante, sin saber si la mención del nombre de su ex había sido una mera coincidencia o algo más. ¿Se *habían* conocido antes? ¿Podría conocerlo de la ciudad?

—¿Conoce a Madeleine?

Quizás ella lo conocía por los chismes del pueblo. Esperaba que no.

Su sonrisa coqueta vaciló. Se disculpó y se agachó en la habitación trasera, una expresión burlona se apoderó de su rostro justo antes de desaparecer.

Justo cuando Jean-Paul pensó que era prudente irse sin comprar nada, ella regresó con una bandeja de tartas todavía calientes del horno.

—Nunca ignore una corazonada —dijo, dejando la bandeja. Cortó una rebanada para que él la probara—. Tengo la sospecha de que le va a encantar el sabor de esto.

A pesar de su deseo de irse, el olor a recién horneado lo cautivó y tomó la

tarta pegajosa. Un mordisco y toda la complejidad lo golpeó. La masa sabía a frutas y nueces, mantequilla y azúcar morena, y las ricas especias de canela, nuez moscada y cardamomo, todo chamuscado al fuego. Dulce, sí, pero también sofisticado, realzado por un toque de brandy salado. *No muy diferente de un vino bien añejo*, pensó, por la forma en que evolucionan los sabores en la lengua. Nunca había probado nada parecido. Su boca exigía más, el deseo penetró profundamente en su núcleo hasta que pensó que podría comprar la bandeja completa.

—Es fantástico. ¿Qué es?

—Bueno, ¿no es eso interesante? —La mujer entornó los ojos como si intentara ver algo más allá de su cabeza—. Mi tarta de higos y praliné. No he hecho ninguno en años. Pero algo me dijo que volviera a buscar esa vieja receta esta mañana.

Jean-Paul tragó, luego lamió las migajas de sus labios.

—Me los llevaré todos, si puede envolverlos, por favor.

La tendera estaba a punto de decir algo cuando sonó el timbre, desviando su atención. Dejó su conversación para saludar al nuevo cliente.

Gerda du Monde, esposa de Bastien y la más destacada de las autoproclamadas brujas de la vid del pueblo. Estaba de pie en perfecta silueta con una falda azul pálido que se abrazó a la suave curva de su trasero, mientras que en su agarre blandía elegantemente una sombrilla de encaje a juego preparada como un bastón. Una sola pluma de avestruz adornaba el ala de su sombrero inspirado en el de mosquetero, tan elegante como cualquier mujer de la rue de Valeur en un día de compras. Y tan bien perfumada, ya que el aroma de las lilas se mezcló suavemente con los aromas recién horneados de la tienda. Hubo un tiempo después de que él llegó por primera vez cuando ella apareció que despertó en él un curioso deseo de “qué pasaría si”, con su cabello perfectamente peinado y ojos azules firmes. Incluso ahora, de pie en una panadería con la boca llena de tarta, tenía un encanto que era difícil de ignorar.

—Tilda, ¿qué ha estado haciendo? Esos no son ninguno de sus placeres habituales. —La mujer se quitó los guantes mientras miraba por encima de la vitrina para ver mejor los pasteles que estaban empaquetados en el mostrador—. ¿Son para usted? —preguntó, volviéndose hacia Jean-Paul—. Qué notable.

La comerciante deslizó la tarta final en la caja.

—Solo le estaba contando que no había hecho estos en años, y luego, de repente, esta mañana tuve uno de esos impulsos molestos. ¿Conoce el tipo? Y, voilà, viene y los compra antes de que se enfríen.

—Por supuesto. —Gerda lo miró con la misma mirada extraña que pasó ligeramente por encima de su cabeza. Sintió que se sonrojaba, y se preguntó si tal vez había cometido un paso en falso al pedir tantos productos recién horneados. Pero realmente no pudo evitarlo.

—¿Qué cree que significa el momento oportuno, madame? —preguntó Tilda mientras ataba la caja con una cuerda.

La esposa de Bastien inclinó la cabeza, pensándolo bien.

—¿Quizás ha regresado un amor perdido hace mucho tiempo? O un viejo conocido se ha convertido de repente en algo más que un amigo. Dios mío, usted y Ariella Gardin no han decidido fugarse, ¿verdad?

Las mujeres rieron.

—Lo siento, ¿qué tiene que ver mi elección en el postre con el amor perdido?

Él entregó las monedas para las tartas.

—Bueno, esa es la especialidad de Tilda, ¿no? El amor es el ingrediente principal de sus golosinas. —La mujer señaló el nombre pintado con letras doradas en el escaparate: **PÂTISSERIE D'AMOUR**—. No es una poción de amor, per se. Ella no puede hacer que una persona se enamore de usted. Pero tiene un talento particular para combinar el apetito amoroso de una persona con un dulce equivalente. Ella es bastante buena en eso. Cuando Bastien y yo nos conocimos, él estaba aquí todos los días para el picante *lebkuchen* de Tilda. Tan encantador que ansiaría algo de mi tierra natal. Sea quien sea su afortunada dama, debe tener un lado bastante oscuro y misterioso, a juzgar por el delicioso aroma de esas tartas.

—¡Eso es! Ahora recuerdo. Solía hacer esas tartas para Bastien cuando las compraba… —Tilda dejó de hablar un segundo demasiado tarde, con los ojos blancos por el horror de lo que acababa de dejar escapar—. Oh, pero eso fue antes de que se mudara aquí. Hace años y años.

La admiración de Gerda por la panadería se disolvió en una mirada venenosa dirigida a su dueña. Jean-Paul tomó el momento incómodo como una señal para irse. Les deseó un buen día a las mujeres, tomó su compra de tartas y se fue tan rápido como pudo. De regreso a la calle, dobló la esquina hacia el callejón y escupió el sabor del higo y el praliné de su boca. Ya era bastante malo que tuviera que soportar las nociones supersticiosas de los lugareños sobre brujas y gatos muertos a cada paso. Ciertamente no necesitaba pociones de amor cocinadas en su comida. De hecho, todo el día le había dejado mal sabor de boca, decidió, y tiró las tartas a la basura junto con la carta de su casa.

Capítulo Ocho

Dos meses pasaron desde su regreso, y los contra hechizos para los que Elena fue capaz de reunir la energía necesaria, parecían estar aguantando. Poco a poco, estaba deshaciéndose de los invasivos maleficios del viñedo, sacándolos como a las malezas. Sin embargo, una profunda melancolía permanecía en las vides más antiguas a pesar de sus esfuerzos por entender y tratar la aflicción. Recorrió las páginas de su libro de hechizos de nuevo, esperando que uno de ellos pudiera revelar alguna sabiduría olvidada. Comenzó a sospechar que había todo un nivel diferente de magia trabajando en sus venas, algo más antiguo de lo que su libro de hechizos podía comprender.

Sospechaba también, que la grand-mère sabía más sobre el problema de las vides de lo que decía saber. Había mañanas donde el hielo colgaba de las ventanas, cuando ella atraparía a la anciana mirando fijamente a los campos, murmurando una oración al Omnisciente en voz baja. Eran las palabras encantadas de alguien que temía al futuro, como si un dios malicioso ejerciera el paso del tiempo como una guadaña en sus manos. ¿Acaso el miedo a la muerte le mordía los talones? Algo molestaba a la anciana, pero Elena no podía encontrar las palabras adecuadas para confrontarla al respecto. El tiempo que habían pasado separadas, permitió que una compleja pared de tensión creciera entre ellas. Tal vez eran solo telarañas comunes en la relación, el resultado inevitable de años de abandono, pero algo bloqueaba el fácil flujo de energía que habían tenido una vez.

Elena se convenció que era la razón de por qué no le había dicho a la grand-mère toda la verdad. Sabía más sobre la bruja que la había maldecido de lo que había dicho. Había vislumbrado un importante detalle antes de salir de la visión de las sombras al vacío de la maldición de la metamorfosis. Había visto un reloj de bolsillo; pequeño y hecho de plata, con el ojo verde de un dragón en la cubierta. La inusual pieza de relojería prácticamente le hizo un guiño mientras colapsaba en el suelo, junto al dobladillo de la bata de la bruja. Era un detalle significativo en el pequeño mundo de las brujas, y uno que esperaba pudiera ayudarla a encontrar a la traidora a la que no le había importado robar la vida de una hermana por el precio justo. Bastien, después de todo, no era el único que

merecía sentir la punzada de la venganza. Pero hasta que sus venas palpitaran con el pulso de todo su poder mágico de nuevo, había poco que pudiera hacer para contentar a su corazón.

Aun así, podía usar el tiempo para renovar sus suministros. Estaba mortalmente baja en incluso los ingredientes más esenciales de las pociones. Con eso decidido, cerró el libro de hechizos y agarró una canasta. Podría no ser capaz de realizar magia compleja todavía, pero no era razón para no estar preparada cuando su fuerza retornara. Desestimó la noción de que podría nunca retornar de su mente mientras cerraba la puerta de la despensa detrás de ella.

Cuando salía de la bodega, se encontró con Jean-Paul en el campo, mientras traía el caballo que araba la tierra entre las hileras de vides. No tuvo que ver su cara para saber que estaba enojado. Su aura ardía compitiendo con el sol del atardecer.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Ha sucedido algo?

—Esto —dijo, extendiendo la mano en una bolsa que había colgado a un lado del caballo. Extrajo una de sus botellas de bruja rodeada de barro—. ¿Le importaría decirme para qué es esto?

¿Mentir o decir la verdad? No pensó que se sentiría dividida sobre cuál sería la forma correcta de responder.

—Es para proteger las raíces. —Ahí tienes, no es una mentira.

—¿Oh? ¿Y contiene algún tipo de fertilizante de liberación lenta del que nunca he escuchado? —Lo abrió y lo olfateó, aunque era obvio que se estaba burlando de ella. Dio vuelta la botella, y volcó el contenido a sus pies. El vino y los mechones de pelo salpicaron en los adoquines—. Dije específicamente que no toleraría estas tonterías.

¿Tonterías?

¿Cómo decirle que las vides en la cima de la colina habían sido expuestas a un hechizo que alentaba el crecimiento del hongo negro, y no sobrevivirían el verano si esas botellas no se mantenían en el suelo?

—Es una vieja costumbre —dijo, escogiendo la mentira luego de que él hubiera salpicado su falda con los restos de su trabajo desperdiciado—. Josep Gardin nunca comenzaría una nueva temporada de cultivo sin primero rendir homenaje a la tierra, el cielo, el sol y el agua. Todo cultivador sabe que la

esperanza de una buena cosecha comienza con humildad. Es como una ofrenda de vino a los dioses. Inofensivo, pero difícilmente tonterías.

Entornó los ojos ante la mención del grand-père, la mirada del hombre se centró en la sabiduría que quería para sí mismo. Su respeto por el anciano enólogo era más profundo de lo que había pensado. Y aunque no podía lamentar esa mentira; él acababa de deshacer el valor de un día de trabajo después de todo, sí lamentaba no poder ser cándida con él sobre alguien a quien él evidentemente admiraba.

Joseph Gardin, como todos sabían, había sido el mejor brujo de vinos que alguna vez trabajó en el valle.

Ella esperó a que la persistente influencia de su deseo resonara a través de su corazón hasta que su postura se relajó.

—Pensándolo bien, supongo que era solo una botella de vino —dijo, retrocediendo—. Puedo apreciar el simbolismo en el gesto. Incluso alguien moderno como yo tiene un punto suave para los viejos románticos y su reverencia por la naturaleza. Haremos un brindis por monsieur Gardin en la cena esta noche, para enmendar haber arruinado la costumbre.

—Estoy segura de que él apreciaría eso. Hasta entonces, voy a salir a buscar algunos suministros para un proyecto en el que estoy trabajando. —

Balanceó la canasta en sus manos para hacer énfasis.

Jean-Paul echó un vistazo al cielo oscureciéndose.

—¿Estará bien al caminar sola?

Su genuina preocupación por su seguridad la desarmó. Era extraño cómo él podía ganársela en los momentos más impredecibles.

—Estaré bien —respondió, e incluso se las arregló para sonreír—. Regresaré antes de que oscurezca.

—Tal vez debería acompañarle.

Ver la expresión de preocupación en su rostro, como si ella fuera una mera mortal indefensa en un mundo peligroso, casi la hizo sentir lástima de que tuviera que usar el lazo de los deseos con él. Él no estaba realmente hechizado, pero no era capaz de verla por lo que ella realmente era tampoco; una bruja que experimentaba con veneno en su tiempo libre, que podría asesinar a su antiguo

amante que la había traicionado.

—No, eso no será necesario —dijo, y entonces vio que había tomado su respuesta como un rechazo—. ¿Pero quizá la próxima vez?

—Por supuesto. Bueno, dejaré una farola encendida para usted en el campo. —Sin nada más que decir, él volvió a guardar la botella de bruja en la bolsa y guio al caballo hacia el establo.

Elena aferró la canasta en el doblez del codo y se dirigió fuera de la reja, preguntándose por qué había dicho eso último. No tenía razón para tener consideración con sus sentimientos. ¿O sí?

Para alguien que no aprobaba la hechicería, este apuesto mortal era muy bueno en el negocio del encanto.

Capítulo Nueve

Jean-Paul no había vivido con una mujer durante tres años, no desde que se había permitido que su matrimonio incipiente se derrumbara bajo la nueva ley secular. Ahora vivía con dos. Sin embargo, cuando compró Château Renard por primera vez e invitó a Ariella Gardin a continuar en la finca, el arreglo se había sentido un poco diferente a compartir una casa con una tía mayor. Se quejaban del tiempo cuando llovía, cotilleaban de los vecinos cuando no, y los sábados por la noche él soportaba sus suaves burlas por ser soltero mientras cenaban juntos en la cocina con una copa de vino tinto de la bodega. A veces había deseado tener la casa para él solo, por supuesto, pero la mayoría de los días estaba feliz por la compañía. Con dos mujeres entrando y saliendo de la casa, había días en que apenas sabía cómo navegar por los pasillos sin sentirse como un invitado que se había quedado más tiempo de su bienvenida.

Desde la primera noche, la mujer de Boureanu se había escabullido para dormir en el sótano, la habitación que madame había reclamado durante mucho tiempo como un trastero lleno de equipo roto inútil. Durante el día iba y venía dentro de la casa principal como si fuera la dueña del lugar, pero por la noche siempre se retiraba al sótano. Era extraño que una mujer quisiera dormir sola en un entorno tan espartano, pero pensándolo bien, todo lo que hacía era un poco extraño.

Su curiosidad, por supuesto, se había desbordado. Mientras ella y madame iban a terminar de podar las viejas vides que había plantado monsieur Gardin, él había intentado abrir la puerta de su habitación. La había encontrado cerrada, como de costumbre, y por un momento consideró derribar la puerta. Le dio un fuerte empujón con el hombro, probando, pero la puerta de roble macizo bien podría haber sido un árbol todavía enraizado en el suelo.

Juró que la casa tarareaba con su energía. Incluso ahora, mientras estaba sentada a la mesa del comedor con madame, con una pila de gráficos y mapas extendidos bajo la luz de una lámpara de trabajo, una ola de electricidad estática se deslizó por los vellos de su brazo. Nunca supo muy bien qué hacer con el fenómeno. O de ella. Ella lo desarmó por completo y, sin embargo, no de la forma en que una mujer lo hacía normalmente. A pesar de las reprimendas de

madame Gardin, había cortejado a algunas mujeres del pueblo. No era tímido con una mujer si lo conmovía el deseo. Él la encantaba con ingeniosos cumplidos, sonreía y la llevaba a cenar, y la mayoría de las veces aceptaba una invitación a su cama. Pero esto fue algo diferente. A pesar de la incómoda revelación de que encontraba a Elena extrañamente atractiva, y no porque una mujer que se ganaba la vida horneando dulces afirmara conocer su gusto por los amantes, había luchado contra el impulso de actuar. Lo comparó con obedecer el mismo instinto que advertía a uno de no tomar un escorpión por la cola. Su encanto contenía indicios de peligro, que, si era honesto consigo mismo, era parte de la atracción, pero el lado razonable de su cerebro sabía mejor por experiencia. Y durante la mayor parte de los cuatro meses, había resistido la tentación.

—¿Hay algo que quisiera? —preguntó Elena, mirándolo con sus ojos felinos—. Ha estado mirando durante cinco minutos.

—¿Lo estaba? —Sabiendo que lo había hecho, dio un paso hacia la mesa —. Solo tenía curiosidad por los cálculos. ¿Eso es un astrolabio?

Hizo una pausa antes de responder.

—Estoy ayudando a la grand-mère a calcular los ciclos de la luna y los planetas para que podamos saber los mejores días para plantar y cosechar en la temporada de crecimiento.

—¿Se refiere a un almanaque? No sea ridícula. Puedo enviar a buscar uno con bastante facilidad.

La mujer mayor intercambió una mirada con la más joven.

—Sí, esos almanaques de agricultores son útiles para consultar algunas cosas —dijo madame—. Pero este será un poco más detallado. Habría hecho uno para ti hace años, pero sin la ayuda de Elena nunca podría resolver todas las complejidades de mi fallida… um, vista.

Extraño. Nunca antes había escuchado a madame quejarse de sus ojos. Se inclinó para examinar sus notas. Sus cejas se tensaron al leer algunas de las entradas;

—Las vides nuevas se plantan mejor cuando la luna, Júpiter y Venus están en conjunción a 45 grados.

—Mezclar hueso de oveja y escarabajos carbonizados en el suelo dos semanas después de la última helada del veintidós de abril.

—Pellizca las hojas hacia atrás cuando aparezcan las primeras crisopas el último día de mayo.

Jean-Paul se rascó la electricidad estática que chispeaba contra su nuca, preguntándose por qué alguien creería que las estrellas dictaban el trabajo diario de los humanos en la tierra. Le decepcionó verlas aferrarse a sus creencias supersticiosas, especialmente a dos mujeres tan inteligentes y talentosas. Los campesinos a menudo estaban obstinadamente atrasados, lo sabía, pero un día en el futuro cercano iba a arrastrar el viñedo hacia el nuevo siglo. Tal vez incluso invirtiera en un lagar de vino de propulsión hidráulica. Pero por ahora, se sentó en su silla favorita y enterró su rostro en *Le Temps*.

Acababa de comenzar a leer un artículo sobre manifestantes en la ciudad denunciando el número de ejecuciones públicas cuando una ráfaga de viento golpeó la casa, silbando por las rendijas de las puertas y haciendo vibrar las ventanas. Las cabezas de las mujeres se levantaron alarmadas cuando sus papeles crujieron sobre la mesa.

—Un viento del norte en la puerta sur —dijo Elena a la anciana con una nota de preocupación.

Madame, mostrando la misma preocupación, se levantó para mirar por la ventana. Siguió el traqueteo del metal y el vapor sibilante que clamaba por la carretera. Estiró el cuello para ver mejor y luego retrocedió alarmada.

—Es Bastien en ese maldito artilugio suyo. Y *la* tiene con él. ¿Qué vas a hacer?

—Es demasiado pronto —dijo Elena en pánico—. No estoy lista.

Jean-Paul no se perdió la comunicación tácita que también resonó entre las mujeres. Entonces madame hizo esa cosa extraña que hace cuando se pone nerviosa, frotar el pulgar y los dedos como si probara el aire con su toque, mientras Elena murmuraba algunas palabras que sonaban extranjeras y apagaba la lámpara de trabajo. Un rastro de humo se deslizó sobre la mesa, concentrándose en el lugar donde acababa de estar sentada. Parecía hacer un contorno perfecto de la forma de su cuerpo antes de disiparse.

Jean-Paul se puso de pie y dobló su periódico.

—¿Du Monde? ¿Qué lo traería aquí sin previo aviso?

Elena recogió sus gráficos y bolígrafos y, con los brazos llenos, le recordó su acuerdo.

—No estoy aquí, ¿recuerda?

Él asintió distraídamente mientras se dirigía a la puerta, recordando su indignación cuando se enteró de que Du Monde había intentado una vez comprar el viñedo. Él asintió con más firmeza y ella escapó por las escaleras en la parte trasera de la casa.

Momentos después, un automóvil negro, con la parte delantera inclinada como la nariz de un ganso, entró en el patio. Un humo blanco salió del motor cuando el automóvil se detuvo frente a la puerta. Madame dijo “Humppp” detrás de la ventana cuando Du Monde salió, agitando su sombrero ante una nube de furioso vapor. Su pasajera alisó un mechón de cabello rubio en su lugar debajo de su sombrero negro adornado con piel mientras esperaba expectante a que se abriera la puerta. Después de una mirada preocupada al motor, Du Monde hizo precisamente eso, caminando hacia el otro lado del vehículo para tomar la mano de su esposa. Salió del automóvil y sacudió su abrigo de damasco negro con el ribete de piel a juego. De todas las mujeres del pueblo, ella era la única que podía hacer caso omiso de la vida rural en cualquier momento y colarse en un salón de moda de la ciudad. Como si esperara una audiencia, se acercó a la casa con un bastón de obsidiana y plata sostenido en su mano como un cetro. Jean-Paul secó las palmas de las manos contra los pantalones y abrió la puerta para saludar a la pareja.

—Bienvenido. ¿A qué debo esta sorpresa inesperada? —dijo, encontrándose con la pareja en el patio.

Du Monde se quitó el sombrero.

—Debe disculpar la intrusión, monsieur Martel. No estoy seguro de lo que pasó. En un momento la maldita cosa funcionaba sin problemas como un gatito, al siguiente echaba humo como un gato callejero atrapado en un cubo de basura.

Jean-Paul le estrechó la mano cuando se la ofreció. Aunque no eran extraños —los habían presentado dos veces en una reunión del consejo vinícola del pueblo—, no sería exacto decir que eran amigos o incluso llamarse por su

nombre de pila. Pero una cosa que compartieron fue el apetito por la era de las nuevas tecnologías. Automóviles, para ser precisos. No la confusión del vapor de cuerda de la época de su padre. No, estos nuevos motores podrían acelerar hasta cien kilómetros por hora. Este mismo modelo había ganado el Gran Premio tres años antes haciendo precisamente eso. Bastien, que había estado allí para presenciar la carrera, había transmitido la emoción de la última vuelta con puros y vasos de oporto en su última reunión del consejo. Jean-Paul estaba legítimamente envidioso. En su vida anterior, él también habría estado allí para verlo.

Con un suspiro, saludó a madame du Monde con más formalidad y luego dio un agradecido paseo alrededor del vehículo para ver el motor.

—Acababan de agregar los faros eléctricos cuando salí de la ciudad. Debe ser un sueño conducirlo.

—Nunca encontró un bache en el camino del que no pudiera mantenerse alejado —dijo Gerda du Monde, quitándose los guantes en anticipación de ser invitada a entrar—. Honestamente, son pocas mejoras con respecto al agradable ritmo dominical de un doble equipo y carruaje, si me preguntas.

Resistió el impulso de discutir.

—Estoy seguro de que está sobrecalentado. Por favor, entre y siéntese mientras se enfría.

—¿Mi esposa o el auto? —Du Monde rio a carcajadas de su propia broma y luego esquivó una bofetada de castigo de los guantes de su esposa.

Jean-Paul extendió una mano hacia la puerta principal y escoltó a la pareja al interior hasta donde esperaba madame. La anciana se puso de pie como preparada para la batalla, aunque esperaba que no hubiera un enfrentamiento. Le gustaba bastante Du Monde, o al menos admiraba todo lo que había logrado.

—Bienvenido, pase —dijo, aunque su sonrisa parecía forzada contra las arrugas de su rostro.

Gerda du Monde le ofreció la mano.

—La estimada madame Gardin. Un placer volver a encontrarnos.

Las mujeres se dieron la mano. Hasta donde él sabía, era la primera vez que Gerda du Monde venía a la casa, pero algo familiar viajaba entre las

mujeres. Lo vio en sus ojos, en su lenguaje corporal. Atrevido. Desafío. Respeto. Cuando sus manos se separaron, madame frotó el pulgar y los dedos a su lado antes de excusarse para preparar algunos refrescos para sus invitados.

Jean-Paul condujo a la pareja a su sala de estar, donde el olor a humo de queroseno flotaba en el aire. Gerda inspeccionó el espacio con ojos penetrantes que escudriñaron desde el techo abovedado hasta el borde de las alfombras orientales. Su mano se arrastró sobre la silla donde Elena había estado sentada momentos antes. Tamborileó con los dedos tres veces antes de volver al lado de su marido.

—Mantiene una hermosa casa —dijo—. Hay evidencia del toque de una mujer. No es algo malo para un hombre soltero.

Hizo un gesto hacia las sillas de cuero acolchadas cerca del fuego.

—La mayoría de los muebles son de madame. No traje mucho cuando salí de la ciudad —dijo, tomando asiento en el sofá tapizado con flores.

—¿Están ustedes dos en la casa?

Pellizcó la costura de sus pantalones, enderezando la tela mientras cruzaba las piernas.

—Sí —dijo, evitando su mirada.

Su mirada lo atrapó en su asiento para que no pudiera moverse. Temía que cualquier contracción pudiera revelar la mentira. No sabía por qué le debía tanta lealtad a Elena, pero le había dado su palabra y tenía la intención de cumplirla. Especialmente después de que vio el miedo deslizarse por su rostro cuando entendió quién venía a la puerta principal. Rápidamente cambió de tema.

—Entonces, ¿qué nueva sorpresa nos deparará el Domaine du Monde esta temporada?

—Estamos envejeciendo un tinto bien mezclado —dijo Du Monde, ansioso por presumir después del cumplido—. Uno de nuestros mejores. Todo el talento de Gerda se muestra realmente con este barril. Será nuestra entrada en le Concours des Vins, estoy casi seguro.

—Ah, por supuesto. Sin duda otro vino gran campeón. Hace que el valle se enorgullezca.

Du Monde inclinó la cabeza con evidente modestia fingida y apretó la

mano de su esposa.

—Lo hemos hecho bien juntos. —Luego, probablemente dándose cuenta de que no estaba en condiciones de ofrecer un cumplido similar, comentó donde pudo—. Er, noté mientras conducíamos que habías excavado medio acre de chardonnay en el extremo norte de la propiedad. Esos eran nuevos, ¿no?

—Putrefacción. —Dio un pequeño encogimiento de hombros—. Parece afectar un parche u otro cada año.

—¿Madame Gardin no tiene cura para eso? —preguntó Gerda, aparentemente perpleja.

—¿Una cura?

—Para las raíces. Cualquier bruja de vid que trabaje debería tener el contrahechizo. Todo es parte del juego, ¿no?

Él le devolvió el parpadeo.

—¿Juego, madame?

—Oh, vamos. Todos lo hacen. Un poco de mala suerte aquí y allá para mantener a la competencia alerta. Yo misma tuve que deshacerme de tres acres de pulgones en enero, si puedes creerlo. Quizás haya encontrado una nueva bruja de vid para trabajar en la propiedad. ¿Alguien que pueda encargarse de eso?

Jean-Paul no tuvo una respuesta inmediata. Sus buenos modales lucharon contra el deseo de su intelecto de aclarar el asunto a la mujer irracional. Pero estaba mejorando en contener su lengua. Entendió que era el forastero. Un hombre de ciudad, con costumbres y pensamientos urbanos que debe guardar para sí mismo para llevarse bien en el campo.

—Me temo que aquí tenemos una bodega sencilla.

Du Monde puso una mano sobre el brazo de su esposa.

—Vamos, *ma petite*. Sabes que madame está jubilada ahora. Monsieur Martel se dedica a trabajar la viña en sus propios términos. Es un hombre de ciencia. Incluso cree que puede medir el momento preciso en que el azúcar de la uva está en su punto máximo.

—Pero por supuesto que puede.

—Sí, pero lo prueba leyendo el color en una hoja de papel.

Gerda arrugó la nariz ante su marido.

—¿Es una forma de adivinar? Nunca había oído hablar de él antes.

—No es magia, es un… ¿Cómo lo llama?

—Se llama prueba de pH, una forma de medir la acidez de la uva para determinar el mejor momento *para cosechar.*

—*Ach*, quatsch —dijo, su lengua materna sangrando—. ¿Qué tiene que ver la ciencia con el vino? La única forma de saber si una uva ha alcanzado su madurez adecuada es probarla, sentir el jugo correr en la boca, moler la piel amarga entre los dientes, comprobar el color de las semillas. Después de eso, es cuestión de intuición. La madre naturaleza no puede soportar el trabajo de la vid sin la ayuda de una bruja. Somos las parteras del buen vino, desde la concepción hasta el parto.

Jean-Paul estaba formando una réplica en su boca cuando madame regresó con una botella de vino de la bodega. Reprimió su comentario y luego se encogió un poco por dentro, preocupado de que ella pudiera ofrecerle su cosecha más reciente debido a un sentido equivocado de hospitalidad del viñedo. Sabía que era un vino inferior, inadecuado para el paladar del gran enólogo de Domaine du Monde. Madame descorchó la botella y una sonrisa maliciosa se formó en las comisuras de la boca. Comprendió el orgullo obstinado de la anciana al pensar que Château Renard seguía siendo uno de los grandes viñedos del valle, pero apreció la enorme brecha que se extendía entre su mejor esfuerzo hasta ahora y el del hombre sentado frente a él. Y, sin embargo, como madame bien sabía, la etiqueta exigía que ofreciera vino de Renard a sus invitados, por lo que debía tragar sus uvas agrias con humildad.

Y luego reconoció la etiqueta descolorida de la botella.

Sirvió la bebida de granate en copas de cristal y él se sentó un poco más erguido. El vino bailaba y brillaba en la copa mientras pasaba de anfitrión a invitado frente a la luz de la lámpara. Gerda aceptó el vino gentilmente, una ligera arruga se formó entre sus cejas. Se profundizó cuando su nariz pasó por encima de la ofrenda. Le dio al vino un remolino, y Jean-Paul supo que si alguna vez había magia en el mundo era en esa copa de pinot noir de siete años perfectamente mezclado. Madame también lo sabía, mientras sus ojos perspicaces buscaban la reacción.

Gerda se llevó el vino a la boca. Sus mejillas se hundieron levemente mientras su lengua se deslizaba hacia adelante y hacia atrás, saboreando. Un cliente medio que toma un sorbo de vino por primera vez suele levantar las cejas sorprendido en este punto y comentar su inusual suavidad. Un conocedor olería y luego describiría las capas robustas y complicadas de ciruelas aterciopeladas, humo y grosellas en la lengua. Pero la autoproclamada bruja de la vid no dijo nada. De todos modos, no con palabras. Sin embargo, su rostro delataba ese primer momento de inseguridad que uno siente cuando sabe que ha sido superado. Si hubiera podido escupirlo, creía que habría arrojado el contenido sobre la alfombra. En cambio, tragó, como si tuviera un renacuajo en la boca en lugar de uno de los mejores vinos jamás producidos en el valle. Estaba presenciando el sabor de la envidia.

Du Monde, en cambio, se acercó a su vino como un hombre obligado a tomar su medicina. Pero mientras tragaba, su lengua sin duda presionando contra el paladar blando en su boca para estar seguro de lo que acababa de saborear, evitó tímidamente mirar a su esposa, como si lo acabaran de sorprender besando a otra mujer. Sin embargo, miró a madame, quien confirmó sus sospechas con un ligero movimiento de su ceja hacia arriba.

—Una de las mejores cosechas de Château Renard, madame. —Du Monde levantó su copa en gesto de admiración. Tomó otro sorbo, asintió con aprobación y luego dejó la copa en la mesa—. Gracias por servir este vino en particular. En realidad, hace que lo que voy a proponer sea aún más significativo.

Madame se enderezó, con la cabeza inclinada. También Jean-Paul se tensó un poco, atraído por la curiosa fraseología.

—Monsieur Martel, como estoy seguro de que sabe, soy empresario además de enólogo. —Hizo una pausa para formular sus siguientes palabras—. Quizás la providencia me dejó varado frente a tu puerta hoy. Verá, recuerdo claramente esta cosecha. Superó mi primera entrada en solitario en le Concours des Vins. Esa fue la primera vez que entendí lo que significaba crear algo verdaderamente magnífico y que el mundo lo notara. Y, si puedo ser brutalmente honesto, puede que haya sido la última vez que Château Renard produjo una cosecha tan exquisita.

—Bastien… —La palabra salió como un gruñido de advertencia en la garganta de madame.

—Monsieur Martel, es usted abogado de oficio, si no me equivoco. Un hombre que comprende el arte de la negociación.

—Por favor, llámeme Jean-Paul.

—Por supuesto. Ahora que hemos compartido vino, podemos ser directos entre nosotros. Lleva tres años en el negocio del vino, ¿no es así? Y en ese tiempo ha tenido, digamos, tres años de cosechas decepcionantes. —Du Monde se encogió levemente de hombros—. Seguramente podemos estar de acuerdo en que no es un oficio indulgente para los novatos.

Jean-Paul se retorció en su silla, deseando defender sus esfuerzos en el viñedo pero sabiendo en su corazón que el hombre frente a él estaba diciendo la verdad. Solo deseaba que la esposa no lo mirara tan intensamente. Juró que podía sentir sus pensamientos presionando los suyos.

—Y —continuó Du Monde—, tengo la buena autoridad de que hay un bufete de abogados en la ciudad que le gustaría ansiosamente ver el regreso de uno de sus asociados más brillantes. —Hizo una pausa para ver si su cumplido había aterrizado. Lo había hecho—. Entonces, dado el equilibrio de uno contra el otro, tengo una propuesta para ti.

Du Monde terminó de entregar su propuesta y la habitación se quedó en silencio excepto por el sonido de la copa de madame golpeando la mesa.

Capítulo Diez

Elena se arrastró por las escaleras consciente de cada crujido bajo sus pies. No había estado en el ático desde su regreso, pero era lo más lejos que podía estar de los demás sin trepar al techo. Abrió la puerta y el aire estancado se arremolinó como si fuera la primera vez en años. Solo unas pocas barras de luz débil se filtraron a través de las rejillas de ventilación debajo de los aleros, lo que le dio al espacio una sensación de abandono. El olor a madera mojada la recibió cuando presionó una mano contra las nervaduras expuestas del techo en ángulo para evitar golpearse la cabeza. Quizás una gotera en las tejas. Había poco dinero de sobra para las reparaciones de la casa, pero estaba más allá de su talento volver a coser madera podrida. Dejó su mapa estelar y su astrolabio encima de una silla desechada y tomó nota mental de discutirlo con Jean-Paul una vez que los intrusos se hubieran ido.

Removió una telaraña de la frente y maldijo a Bastien por obligarla una vez más a ponerse en cuclillas en un lugar oscuro y húmedo en el que no quería estar. ¿Por qué se presentaría en la casa sin previo aviso? Apretó la nariz contra la rejilla de ventilación y echó un vistazo al coche con la nariz como un ganso mecánico que todavía resoplaba en el patio de abajo. El vapor blanco se elevó, pero había algo falso en la forma en que flotaba, como si hubiera sido creado por una ilusión. El artificio la hizo pensar en su apresurado hechizo de humo, y le preocupaba que no fuera suficiente para deshacerse de la huella de su aura en la habitación. Las bierhexen eran como sabuesos, capaces de olfatear el más leve indicio de magia. ¿Era esa la razón por la que Bastien había traído a Gerda? El corazón de Elena latía con más fuerza. ¿Ya sospechaba que ella había regresado al castillo? ¿Cómo podía saberlo? A menos que Jean-Paul la hubiera traicionado. ¿Lo haría él? La idea la enfermó y se hundió en un viejo baúl, donde se sentó con la cabeza en la mano.

Abajo, la puerta principal se cerró con un ruido sordo. Las voces apagadas, ahogadas bajo dos niveles de la casa, resonaban entre las paredes, pero las palabras se desintegraron antes de que pudiera distinguirlas. Y no podía usar su segunda vista para escuchar a una bruja tan sensible a la magia como una bierhexe. La descubriría en un instante. Resignada a su encierro, se quedó

sumida unos momentos en pensamientos ociosos, preguntándose si habría al menos un hechizo que pudiera conjurar para dejar caer un candelabro sobre la cabeza de Bastien. Pero incluso esos pensamientos eran peligrosos. La bruja podría captar fácilmente las vibraciones negativas. No, no podía arriesgarse al descubrimiento. Aún no.

Al quedar sola, Elena se estremeció. Puede que no sea un estanque de lodo negro en el que se encontraba en este momento, pero la escarcha de la traición se sintió inquietantemente familiar. La maldición había incrustado un escalofrío permanente en su piel del que no podía deshacerse, incluso en una habitación tan sofocante como un ático. No dispuesta a sufrir ni un segundo más por culpa de ese hombre, se arrodilló en el suelo y abrió la tapa del baúl para buscar un chal apolillado o una manta vieja que pudiera usar. En su lugar, encontró una taza y un platillo astillados envueltos en papel, una pila de viejas etiquetas de vino atadas con una cuerda y un par de candelabros con dos velas mal formadas que se habían ablandado durante el almacenamiento. Al ver que las mechas aún estaban intactas, las sacó y las dejó en el suelo. Se arriesgó a chasquear rápidamente los dedos para encenderlos, luego frotó sus manos sobre el calor de las llamas antes de volver a clasificar los artículos.

El baúl estaba lleno de artículos personales de la grand-mère: objetos empaquetados y almacenados para dejar espacio para el nuevo propietario del castillo. Sintió una pizca de culpa cuando abrió un libro y descubrió viejas fotos de la grand-mère y Joseph en poses íntimas de amor temprano. Los brazos alrededor del cuello, labios apretados contra las mejillas, sonrisas brillando unas sobre otras como solo el amor verdadero puede proyectar. Cuando la culpa comenzó a convertirse en envidia, volvió a colocar las fotos entre las páginas y cerró el libro.

Dejó a un lado una vieja sombrerera, encontró un mantel de encaje con una mancha de cera que serviría como chal. Mientras sacudía la tela, salió volando una colorida hoja de papel. Un volante para un carnaval. Envolvió los hombros con el mantel y luego inclinó el papel hacia la luz de las velas para ver mejor los detalles. El anuncio marcado con tinta roja y dorada, prometía apasionantes come fuegos, lanzadores de cuchillos, payasos y grotescos, y una mujer que daba saltos mortales en el lomo de un pony. Y en letra pequeña en la parte inferior, junto a la imagen de un hombre con bigote y turbante a rayas, destacaba el regreso del “Adivino que todo lo ve a los reyes y reinas del continente”.

Era un recuerdo extraño que la grand-mère conservaba. La anciana nunca la había llevado a un carnaval cuando era niña. Y ella había hecho su parte de mendigar cuando los acróbatas y los ponis aparecieron durante esa preciosa semana durante el verano, como haría cualquier niño. La rareza tiró de su instinto lo suficiente como para que no volviera a colocar el volante en el baúl de inmediato, y lo leyó de nuevo en busca de una pista de por qué una anciana lo guardaría junto con sus otros recuerdos.

Dos pisos más abajo, las voces se hicieron más nítidas. Se habían mudado al salón principal. Ansiosa por saber si podía oír más, Elena se arrastró hasta el final del ático donde estaba la chimenea. Descubrió que el interior hueco constituía un conducto notable para el sonido. Cerró los ojos y escuchó a Jean-Paul ordenar a sus invitados no anunciados que se sentaran en las sillas de cuero. Estaban directamente debajo de ella, frente a la chimenea. Apretó la oreja contra la chimenea y volvió a escuchar. Y luego la inconfundible valentía de Bastien se elevó a través del ladrillo y el cemento, su voz reverberó en sus tensas emociones.

Tan crudo como el día en que la había acusado de poner sus necesidades en segundo lugar, su voz envió una onda expansiva de dolor en espiral hacia su centro. El hombre que le había robado la vida estaba sentado directamente debajo de ella, presumiendo de su buena cosecha, su vino campeón y el talento incomparable de su bruja de la vid.

Su *esposa*.

Como la construcción de cualquier buen hechizo, el dolor comenzó a agitarse dentro de ella, mezclándose, uniendo, reformándose. Se agitó, esperando su intención de lanzar el flujo de energía. La tentación ardió en sus dedos. Casi podía justificar el uso de la magia para hacerle daño, pero luego el sentimiento se esfumó. El calor disminuyó. La magia se humedeció dentro de ella. El vigor se fue.

El volante del carnaval estaba arrugado en su mano. Movió la cabeza de lado a lado y le pidió paciencia al Omnisciente. Aún no era el momento. No estaba lista. La venganza llegaría tan dulce como la madreselva en la lengua cuando fuera el momento adecuado. Hasta entonces, Bastien no la dominaría. No lo permitiría.

Tomó aliento y se inclinó hacia adelante. Con la oreja en los ladrillos,

escuchó claramente a una mujer hablar sobre la madurez de las uvas. La bierhexe. A regañadientes, estuvo de acuerdo con las observaciones de la bruja sobre la partería.

Entonces las voces se calmaron. La pausa se sintió demasiado larga, demasiado incómoda para conversar. Grand-mère debió haber traído el vino. Sí, eso fue todo. Estaban probando. Degustando. Formando comentarios críticos en sus lenguas. Pero, ¿qué había servido la grand-mère? Ciertamente no les serviría nada de la bazofia que Jean-Paul había producido. El hombre tenía buenas intenciones, pero sus esfuerzos fueron lamentables. El pensamiento la hizo temblar de vergüenza por el castillo. Pero luego lo sintió, un cosquilleo en la base de su cuello, un ligero escalofrío que se extendió a lo largo de la línea del cabello. Era algo que solo sentía cuando alguien probaba su vino en su presencia.

—Oh, grand-mère, no lo hiciste —susurró, aunque sonrió al decirlo, recordando la última cosecha que había embotellado. Las uvas habían sido exquisitas. Algunos dijeron que era mejor que el rojo campeón del grand-père.

Ansiosa por escuchar su reacción, envolvió sus hombros con el mantel y apretó aún más la oreja contra el ladrillo. Con la uña del pulgar firmemente incrustada entre sus dientes en anticipación, escuchó y sonrió con orgullo. Ni una palabra de la bierhexe. Sin críticas ni elogios, simplemente la recompensa de la envidia silenciosa. Habría sido suficiente saber que la irritaba, pero luego Bastien habló. Sus palabras estaban llenas de admiración. Felicitación. Humildad. La confundió. ¿Había escuchado mal? ¿Lo juzgó mal? ¿Era posible siquiera? Ella se perdió lo que dijo a continuación, pero luego grand-mère le advirtió verbalmente en forma de su nombre. ¿Qué mirada tenía él en sus ojos para hacerla desconfiar?

Oh, pero no era la expresión de sus ojos. Era la codicia en su corazón. Su hambre de poseer y controlar todo. Podía sentirlo venir. Sus dulces y seductoras palabras no eran más que vinagre disfrazado. Su objetivo en la visita, la razón por la que el auto se había descompuesto convenientemente, todo estaba hecho para que pudiera abrir sus bolsillos ante un Jean-Paul vulnerable y negociar por lo único que siempre había codiciado. Quería ser dueño de Château Renard.

La proposición golpeó como una cerilla a la guata manteniendo su ira en secreto. Su temperamento se prendió y estalló hasta que ya no pudo controlarlo.

Con el mantel todavía envuelto alrededor de sus hombros, bajó la escalera del ático y corrió escaleras abajo, su corazón latía con miedo, pero también con determinación. La débil magia que comandaba la usaba para apuntalar su confianza. Su cabello voló hacia atrás de su rostro cuando irrumpió en el salón para enfrentarse a Bastien y decirle que Château Renard no estaba a la venta. No a él. Jamás. No mientras ella viviera y respirara.

Pero se fue. La habitación estaba vacía excepto por el olor a lilas que se arrastraba detrás de la mujer. Afuera, el automóvil se puso en marcha al primer intento. Elena voló hacia la ventana a tiempo para ver a la pareja caminar por el camino mientras la luz se desvanecía del cielo.

Sin ningún lugar a donde lanzar su creciente ira, su magia encontró el objeto inanimado más cercano, rompiendo la botella de vino medio vacía en la mesa frente a Jean-Paul.

Capítulo Once

Había visto botellas de champán estallar espontáneamente antes, pero nunca una botella de vino. Y no una que estuviera casi vacía. Debe haber habido un defecto en el vidrio. Una grieta. O quizás la presión atmosférica había bajado demasiado rápido.

Jean-Paul también había visto a Elena huir enojada antes, pero parecía casi trastornada mientras estaba de pie junto a la ventana, envuelta en un mantel, con el puño golpeando el vidrio mientras Du Monde se alejaba. Ningún consuelo le permitiría creer que el hombre se había marchado gentilmente para que su oferta pudiera ser considerada debidamente sin más presiones innecesarias.

Entonces, ella se volvió hacia él.

—No puede venderle Château Renard a ese hombre. No lo permitiré.

Se inclinó para recoger los fragmentos de vidrio.

—¿No lo permitirá? —De hecho, la oferta de Du Monde había irritado su orgullo y no estaba de humor para discutir con una mujer por negocios—. Ya no es su lugar para decidir tal cosa —dijo y esperaba que eso fuera el final.

Elena atravesó la habitación disparada y recogió la copa con las manos desnudas.

—Oh, pero es mi lugar. —Murmuró un verso infantil en voz baja, luego arrojó los trozos de vidrio rotos al fuego—. Y este viñedo no está a la venta —respondió—. No a ese hombre, a nadie.

Demasiado tarde, grand-mère levantó la mano para detener a Elena.

La copa chisporroteó y se convirtió en humo en las llamas, como si no fuera cristal en absoluto. Más pruebas de que había algo inferior en cómo se hizo, decidió. Y también evidencia de que algo andaba mal con esta mujer. ¿Quién se deshace de los cristales rotos en una chimenea?

—No sé qué pensar de usted —dijo, encontrando la voluntad para pelear después de todo—. Aparece en mi puerta vestida con harapos después de estar fuera durante años, pero afirma que el castillo es el único hogar que conoce. Me

pide que mantenga su presencia aquí en secreto, presumiblemente del hombre del que escapó y del que se escondió, y sin embargo baja las escaleras para enfrentarse a él en el momento en que aparece en la puerta. —Dio un paso hacia ella—. ¿Me toma por tonto?

Elena entornó los ojos.

—Me doy cuenta de que está limitado en lo que puede ver y comprender

—Oh, sí, por supuesto insúlteme también.

—Pero soy tan parte de este viñedo como las vides mismas. Tengo algo que decir.

Él tomó su copa de vino.

—¿Sabe por qué un hombre como Du Monde quiere comprar Château Renard? Por el terruño. Poseer uvas cultivadas en un suelo capaz de crear algo tan divino. También es por eso que compré el viñedo. Tome, pruébelo. Vea lo que un verdadero enólogo es capaz de crear con esta parcela de tierra.

—No necesito probarlo.

Se tragó el vino después de que ella se negó, saboreando el regusto sensual, hasta que siguió la inevitable sensación de derrota.

—Pero las uvas no cederán —dijo—. No para mí. No sé cómo recrear esto. No sé si alguien puede hacerlo. Entonces, sí, hay días en los que estoy tentado a vender y admitir que no soy enólogo. Tal vez haya llegado ese momento, pero yo lo decidiré, no usted.

—Puedo hacerlo.

La miró de arriba abajo lleno de dudas mientras estaba envuelta en un mantel viejo con una mancha de cera de vela.

—Sí, se supone que debe conocer todos los secretos del viejo maestro. Lo siento, Elena, pero sus atrevidas promesas están empezando a agotarse.

—Su problema no es la falta de conocimiento. O mala suerte. O incluso mal tiempo. —Tomó las tenazas de la chimenea y clasificó las cenizas del fuego —. Es una falta de visión —dijo y sacó un trozo de vidrio derretido perfectamente redondo. Una lente, de verdad.

Madame habló desde su silla.

—Elena, ¿estás segura de que quieres hacer esto?

—Necesita saber la verdad.

—¿Qué verdad?

Sopló el cristal y luego dejó caer la lente de las tenazas en su mano. Debería haberle quemado la piel, pero ni siquiera se inmutó.

—Si realmente quiere hacer que el vino vuelva a ser tan bueno —dijo, moviendo el trozo de copa en la palma de la mano—, sígame y se lo mostraré.

Había una nueva seguridad en ella, como si se hubiera estado escondiendo antes y solo ahora hubiera entrado en su verdadera piel. Su confianza lo atrajo afuera mientras la seguía hasta las hileras de enredaderas al sur de la casa.

Se encogió de hombros con el mantel más apretado alrededor de los hombros y empujó su barbilla hacia el campo.

—Mire y dígame lo que ve.

El rocío saturó el aire de la tarde y se posó como gotas brillantes en las enredaderas en ciernes. Suspiró mientras se subía el cuello contra la niebla.

—Veo que las enredaderas empiezan a brotar. Acres de trabajo aún por hacer. Y potencial. Siempre con potencial para la próxima cosecha.

Sus ojos se relajaron, aunque mantuvo el resto de su rostro controlado.

—Sí —dijo—. Y sin embargo, hay mucho más. Sostenga esto en tu ojo y tome mi mano.

Miró por encima del hombro para ver si madame los estaba mirando.

—¿Es esto realmente necesario?

—Es la única forma que sé cómo mostrarle.

—¿Mostrarme qué?

—Todo —respondió y extendió su mano.

De mala gana, entrelazó sus dedos con los de ella. Su helada piel lo repelió al principio, pero se aferró con fuerza, como si no quisiera dejar que este momento se le escapara. Con la otra mano agarró la vid antigua que tenía frente a ella, luego murmuró algunas palabras sin sentido mientras pretendía entrar en

trance. Entonces supo que había sido un tonto. Nunca debería haberla seguido afuera. En primer lugar, nunca debería haber venido al país para trabajar con esta gente supersticiosa y atrasada. Quizás Du Monde tenía razón. Quizás pertenecía a la ciudad con sus libros, más libros de contabilidad y su lógica bendita. La admisión lo tranquilizó. Tomó la mano de la mujer, optando por apaciguarla el tiempo suficiente para evitar más confrontaciones, pero luego entraría para emborracharse y considerar seriamente el precio de venta del viñedo.

Dios, ella realmente era hermosa. Era casi como si su piel brillara en la niebla.

Agrandó los ojos.

—No me mire. Usa la lente para mirar el campo.

No se había dado cuenta de que había estado mirando.

—¿Qué se supone que debo ver exactamente?

Pero cuando se acercó el vidrio al ojo, el cambio se hizo evidente.

Una niebla iridiscente se cernía sobre el viñedo, brillando para rivalizar con las auroras boreales. En la ladera, la humedad se aferraba en un patrón entrecruzado como una red gigante suspendida sobre las enredaderas, mientras que las chispas azules se deslizaban por el suelo.

—¿Qué es esto, algún tipo de truco?

Bajó la lente para examinarla, preguntándose cómo había hecho ella un caleidoscopio con un fragmento de vidrio derretido.

—La nube espectral que se cierne sobre la superficie más cercana al castillo es una especie de hechizo que bloquea el sol destinado a promover el moho. Me imagino que perdió algunas uvas el otoño pasado debido a los hongos, ¿no?

—Tuvimos que clasificar a mano todo el acre para salvar lo que pudimos.

—Estoy trabajando en un contrahechizo, pero una maldición inversa está complicando las cosas. Desafortunadamente, ha tenido años para transformarse sin interferencias. Todavía estoy rastreando su origen.

—¿Maldición inversa?

—Sí, y los otros efectos que ve… —Le dio un codazo para que volviera a

levantar el vidrio hasta el ojo—. Todavía tengo que contrarrestar el maleficio en la colina y la estática en el suelo. Y luego está ese tipo. Ahí, ¿lo ve? Sentado en el muñón en medio de la fila. Tenemos una gárgola que vive entre las viñas viejas, las que plantó monsieur Gardin para el cumpleaños de la grand-mère. El vino que sirvió esta noche vino de esas vides. Fue la última cosecha que traje al mundo antes que yo… me fuera.

Acercó el ojo más cerca del cristal.

—¿Cómo hace esto?

—Simplemente le estoy mostrando lo que veo todos los días.

Probó la visión varias veces con y sin el cristal. Una bestia con alas correosas y orejas puntiagudas abrió los ojos y se movió sobre sus pies antes de bostezar.

—Esto no puede estar pasando.

—Tan irrespetuoso, lo sé. Este parece ser inofensivo en este momento. Pero supongo que tan pronto como las uvas estén listas para ser recolectadas, su trabajo es orinar en los racimos a medida que entran en las canastas para que estén agrias para la prensa. Es decir, si no encuentro la manera de desterrarlo primero. Lo siento, debería haber sido tratado hace años, pero la grand-mère no ha podido mantenerse sola.

La gárgola giró su rostro para burlarse de ellos antes de meter la cabeza bajo el ala para volver a dormirse.

Jean-Paul dejó caer la lente y se santiguó.

—Esto no es posible. Estoy borracho de vino en mal estado. O… o fuera de mi mente con fiebre.

—Le aseguro que no lo está. Es simplemente magia. O, si prefiere uno de sus términos científicos, está vislumbrando lo que se encuentra al final del espectro, fuera del rango de lo que su ojo mortal puede ver.

—No, esto no puede estar pasando.

Soltó la mano de ella de un tirón y el viñedo apareció como siempre. Se frotó los ojos y volvió a mirar para asegurarse. Pero aún dudaba de su cordura.

—Soy una bruja de la vid, monsieur Martel. En concreto, la bruja de la vid

de Château Renard. Y aunque ha estado operando con la impresión de que el mal tiempo y la mala suerte han estado conspirando para dañar sus cosechas, lamento decir que se debe principalmente a la ignorancia combinada con una abundancia de sabotajes debido a mi prolongada ausencia. La visión espectral de la grand-mère ya no es la que solía ser.

—Madame e…. —Los pensamientos de Jean-Paul nadaban en círculos borrachos dentro de su cráneo—. No, todo es superstición. ¿Cómo puede ser real algo de esto?

Hizo un gesto hacia el cielo con los ojos alzados.

—¿Cómo puede no ser así?

Sus pies parecían flotar debajo de él. Le preocupaba que sus rodillas se doblaran frente a esta mujer. Necesitaba un trago. Necesitaba un sacerdote. Dios todopoderoso, tenía que deshacerse de ella. Sin decir una palabra más, giró sobre sus talones y regresó a la casa, cerró la puerta de golpe y cerró el mundo detrás de él.

Capítulo Doce

El sótano se sentía tolerablemente cálido después de estar afuera en el aire frío de la primavera durante tanto tiempo. Elena tiró el ridículo mantel y encendió tres velas gruesas, suficientes para darle una luz fuerte para leer. No lo había seguido a la casa. Él estaba enfadado. Asustado. Necesitaba tiempo a solas para luchar con su duda. Había esperado eso. Lo que no había anticipado era su propia necesidad de acurrucarse en un lugar seguro. El hechizo para alterar la botella de vino rota en el fuego había agotado sus energías, sí, pero al mismo tiempo algo ferviente nadaba en sus humores.

Su mano.

El calor de su piel todavía hormigueaba en su palma. Había sentido una pequeña llama de magia encenderse dentro de ella con su toque. Su corazón latía más rápido pensando en la chispa. Su sangre era aún más agua que fuego, pero por primera vez desde que se había despertado de la maldición, su poder fluyó hacia la curación. A pesar de sus dudas, es posible que se recupere por completo. Pero, ¿cómo fue posible?

Hojeó su grimorio, ignorando los incesantes suspiros del libro y el hojear las páginas que sugerían que leía sobre pociones de amor. En cambio, se detuvo en un pasaje que explicaba la transferencia estática de electricidad de un cuerpo a otro. ¿Podría eso ser realmente todo lo que se necesitaba para revivir un alma maldita? ¿Un poco de calor corporal? ¿Y qué hay del cambio que había notado en la vid misma? La profunda melancolía que había descubierto la noche en que regresó la había sentido como un ancla que la arrastraba al fondo de un mar negro. Pero hace unos momentos, con las primeras hojas listas para desplegarse, había detectado un cambio sutil, su estado de ánimo ya no estaba envuelto en la oscuridad. Más que la inclinación normal hacia la primavera que siempre giraba sobre la bisagra de la esperanza, este cambio había coincidido con el que tenía dentro. Pero, ¿qué partícula de destino invisible había traído el cambio?

A falta de una respuesta clara, Elena volvió a dedicarse al estudio del veneno. Un párrafo sobre la muerte lenta y dolorosa causada por la ingestión de semillas de ricino resultó tan fascinante que casi no notó el ruido de los cascos

de los caballos sobre los adoquines. Así que se fue. Al galope. Estaba más asustado por la revelación de lo que se había imaginado, pero sería mejor que no interviniera. Tendría que salir de ella en sus propios términos. Lo apartó de sus pensamientos y se centró por completo en el libro de hechizos. Si su fuerza realmente estaba regresando, podría comenzar a destilar el veneno. Con los ojos recorriendo los complicados pasos que tendría que realizar, estudió cada ingrediente y la sutileza del brebaje hasta que cintas de cera de vela deformada se juntaron en el banco de trabajo.

Y todavía no había regresado.

Volvió a mirar su palma. La sensación de su toque no había disminuido. En todo caso, creció al pensar de nuevo en Jean-Paul. Era terco y orgulloso, pero no tanto como para impedirle aceptar la verdad sobre ella. Daría vueltas por un tiempo. Pero, ¿dónde podría estar? A ella le importaba más de lo que deseaba admitir, pero sabiendo que él volvería a casa cuando estuviera listo, apagó las mechas y se fue a la cama, tan sorprendida como él por lo que había ocurrido entre ellos.

***

Por la mañana recuperó las botellas de leche del escalón de atrás y las llevó al interior de la grand-mère. La cocina, normalmente llena de bullicio previo al trabajo mientras Jean—Paul terminaba su desayuno y leía *Le Temps*, estaba silenciosa como un funeral. La silla del hombre estaba vacía, y sus botas de trabajo estaban encorvadas y sin usar cerca de la puerta. No había vuelto a casa.

—Sabías que era un incrédulo. —No había acusación en el tono de la grand-mère; simplemente dijo lo obvio mientras entraba a la cocina todavía atando su delantal—. Es mucho para aceptar para un hombre con fuertes convicciones propias. ¿Cómo quieres tus huevos?

—Podríamos haber perdido el viñedo con Bastien si no se lo hubiera dicho. Además, hemos pasado el brote. El fruto se asentará pronto en la vid. Tengo que ser capaz de hacer mis hechizos al aire libre si alguna vez voy a librar al lugar del hechizo de esa mujer.

Grand-mère hizo un gesto con la mano, descartando la idea.

—Ese hombre quiere hacer vino. Buen vino. No quiere vender. Al menos no lo hizo antes de enterarse de que el lugar estaba invadido por brujas. —La anciana se encogió de hombros—. Y de todos modos, ya lo he perdido. Y tú.

—No deberías hablar así.

—¿Por qué no? Es cierto.

Elena resopló por sus mejillas y empujó su plato vacío a un lado. El viñedo no se podía perder. Simplemente no podía.

Horas más tarde, con un ojo constantemente mirando la carretera, ella y la grand-mère se ocuparon de los quehaceres. Empujó al caballo arado entre las enredaderas para terminar de batir el suelo rocoso y aflojar la compactación del año. La tierra tuvo que respirar de nuevo para estimular un nuevo crecimiento. ¿Eran los hombres diferentes?

Después de una comida de mediodía a base de caldo y pan, se metió en la bodega para rematar lo que los ángeles habían robado de los barriles por su parte durante la semana y para probar la progresión del vino del año pasado. Era una tarea que no le importaba hacer sola, aunque se había acostumbrado a la compañía de Jean-Paul y su observación cercana de ella mientras agitaba el vino en su boca, probando, sintiendo y decidiendo mejor cómo contrarrestar sus pasos en falso. Su ausencia hizo eco en la quietud cuando, segura de que los matices de ciruela nunca madurarían en el barril, pensó en preguntarle en qué fase lunar había cosechado. Él no habría sabido la respuesta, pero le gustaba ver su cara luchar con la lógica de sus preguntas. Por supuesto, ahora podía explicar la importancia del tirón de la luna en la piel de la uva para redondear los sabores completos justo antes de la recolección. Si tan solo estuviera allí.

Pero al final de la tarde, estaba claro que el miedo del hombre o su ego no le permitirían volver a casa. Fue al sótano y sacó el saco de arpillera que había metido detrás de los barriles traseros. Pensó que volvería a deshacerse de cualquier necesidad de ropa de pastor, pero ahora estaba agradecida de haberla guardado en lugar de quemar las prendas con el resto de la basura. Tomando el paquete con ella, regresó a su habitación y se cambió a la falda y la blusa de lana rígida. Metió los pies en un par de torpes zuecos y se ató un pañuelo rojo en la cabeza. Le había dado un enjuague a la ropa con agua de lavanda antes de atarla en el saco de arpillera, pero solo agregaba un hedor floral al persistente olor a estiércol.

Sin embargo, complacida con el efecto de la ropa como disfraz, recuperó su bolline (el cuchillo de trabajo que usaba para cortar hierbas) y lo metió en el cinturón de cuero que había agregado. Tomó la capa raída y luego llamó a la puerta de la cocina.

—Voy al pueblo a buscarlo —anunció, deslizando la capa sobre la falda raída—. No puede tener miedo de la verdad para siempre.

—Te sorprendería de lo que es capaz de hacer un hombre terco. —Grand-Mère la miró de arriba abajo y frunció el ceño—. ¿Por qué diablos te has vuelto a poner esos trapos?

—No quiero que nadie me reconozca todavía.

—Bueno, te deseo suerte. Aunque, si me preguntas, usar ese bonito vestido azul sería más potente que la magia para atraer al hombre de regreso a casa.

Una hora más tarde, Elena estaba de pie en la carretera con vistas al pueblo, frotándose el pie dolorido donde el zueco de madera apretó la punta del dedo que le faltaba. Desde donde se encontraba, la ciudad se veía muy parecida a la de siempre. El campanario de la abadía se elevaba sobre los techos de tejas como una brújula apuntando al cielo, mientras que a nivel de la calle los edificios de adoquines de piedra lucían la pátina bruñida de siglos de desgaste. Pero los pequeños cambios la desorientaron una vez que llegó a la calle principal. Había un letrero de metal, un dragón con elaborados racimos de uvas alrededor de su cuello, que colgaba sobre la puerta de la primera tienda después del puente. Un poco extravagante, algo de la niñez que siempre había esperado ver en sus viajes al pueblo. Cuando era muy joven, se había imaginado que el dragón le devolvía el guiño cuando decía hola, y una vez que dominó su magia, en realidad lo hizo. Pero el letrero ya no estaba allí. Tampoco estaban los Aucoins que dirigían la tienda en el interior.

Elena levantó la capucha de su capa sobre su cabeza y volvió su rostro hacia el vidrio vacío de la tienda cuando un hombre se acercó en la acera. Todavía no sabía qué esperar del pueblo y sus habitantes. ¿La reconocerían? ¿Se preguntarían dónde había estado? ¿Se acordarían siquiera? El hombre, un banquero como ella recordaba, ni siquiera se quitó el sombrero cuando pasó, presumiblemente tomándola por la cabrera que pretendía ser. Confiada en su disfraz, pasó cojeando junto a él hasta el lugar donde la carretera se dividía: una bifurcación doblaba cuesta arriba hacia las respetables tiendas y negocios, la otra

descendía hasta el extremo más desagradable del pueblo, donde no había farolas para ahuyentar las sombras.

En lo alto de la colina vio la taberna de un caballero. Un hombre que quisiera esconderse de la verdad podría pasar una noche y un día bebiendo en un lugar como ese, razonó. Tomó aliento, abrió la puerta y se asomó al interior de la habitación a medio llenar, con un fuerte aroma a cebollas, ajo y cerveza agria. Un puñado de hombres con chaquetas de pana gastadas y sucias camisas blancas con cuellos de lengüeta merodeaban por la barra, fumando cigarrillos liados a mano y llevándose vasos de cerveza calientes a la boca con bigote. Algunos ladearon la cabeza en su dirección, pero ninguno dejó que sus ojos se detuvieran por mucho tiempo. Al no ver a Jean-Paul entre ellos, se vio obligada a probar el bistró, la tienda general y el único hotel pequeño, donde preguntó por su nombre. Pero todos negaron con la cabeza, diciendo que no había estado en la ciudad durante una semana o más y, de todos modos, no era asunto de una cabrera lo que un caballero como Jean-Paul Martel hacía con su tiempo.

Nunca se había sentido más como una extraña. El disfraz había hecho su trabajo, pero había tenido poca necesidad de la farsa. Tantos rostros le eran desconocidos. Se habían construido tres casas nuevas en la ladera, se había abierto una perfumería donde solía estar una floristería y un comerciante de vinos en la esquina vendía botellas del Domaine du Monde que anunciaban “catas”.

Y luego estaba la Pâtisserie d'Amour. Sin entrar, supo que Tilda todavía dirigía la tienda mientras su magia secreta flotaba por la puerta.

El olor a pain au chocolat recién horneado la golpeó de lleno en el rostro. El aroma la embriagó, llenándola con el mismo calor que había sentido la noche anterior. La tentación flotó bajo su nariz, agitando un anhelo dentro de ella como nunca había conocido. Anhelaba saborear la dulzura mantecosa en su boca, sentir el chocolate caliente derretirse en su lengua y lamer las migas de hojaldre de sus labios. Le asustaba lo mucho que quería ceder porque entendía cómo funcionaba la magia. La magia de Tilda no era exactamente un hechizo de amor, pero si percibías el olor de uno de sus dulces y encontrabas el señuelo imposible de resistir, significaba que había aprovechado tus gustos y deseos. Pero el anhelo solo se apoderó de ti si había alguien en tus pensamientos. Alguien de quien te estabas enamorando. Alguien básico, bueno y confiable, pero lleno de sorprendente terquedad.

Elena comenzó a cruzar la calle hacia la tienda, su voluntad no la suya, cuando un caballo y una carreta pasaron como un trueno, obligándola a dar un paso atrás. Ese momento de interrupción la liberó del hechizo y se alejó de la pastelería. Ella cubrió su nariz y boca con el extremo de su capa, salió disparada de la calle y se dirigió al refugio más cercano.

Elena cerró la puerta de la oficina de correos detrás de ella, agradecida por los aromas mundanos de madera pulida y polvo de papel. Cuando se recuperó, decidió interrogar al director de correos. Quizás Jean-Paul se había detenido a revisar su correo, y tal vez mencionó a dónde se dirigía a continuación. Dos mujeres hacían cola para recoger sus cartas, así que examinó los avisos en la pared mientras esperaba. Curiosamente, lo encontró lleno de varias peticiones de información sobre mascotas desaparecidas.

—Ha habido otro —dijo el empleado después de que las otras mujeres salieron.

Se volvió, todavía sosteniendo su capa sobre la mitad de su rostro.

—¿Otro?

—Muerto, eso es. Está cerca de la casa de Lambert.

—¿Quién está muerto?

El hombre levantó la vista de su trabajo para estudiarla por encima de los anteojos. Se enderezó y parpadeó dos veces con sobria apreciación.

—Ah, no es de por aquí. —Se quitó las gafas e hizo un amplio gesto con ellas hacia los avisos en la pared—. Las matanzas de animales. Gatos, perros, conejos, a veces aparece un zorro. Con la sangre extraída de sus cuerpos. Eso ha puesto a la gente nerviosa por la forma en que ha ido en aumento últimamente. La gente está empezando a decir que son asesinatos por rituales.

Horrorizada, Elena miró los avisos en la pared con nueva apreciación. Mientras leía, una sombra cruzó su visión, empujando un recuerdo dormido al frente. Se le puso la piel de gallina al recordar otra de las rimas de la infancia de la grand-mère.

Lanza los dientes de bruja y la runa mística

bajo Júpiter y la luna creciente,

Echa tu suerte al fuego

Tu corazón giratorio de oscuro deseo,

Inclínate ante el atormentado

En pie hendido y broche de oro biselado,

Pas de chat, a tu alrededor vas

Baila ante el cuervo carroñero

Una vez que hayas hecho el Danse Démon

Por sangre y hueso tu destino está cosido.

—Démon dansant —susurró. Pero era solo una fábula. Una historia para asustar a los niños. Movió la cabeza para despejarla de la aterradora imagen antes de acercarse al mostrador—. Estoy buscando a Jean-Paul Martel. ¿Lo ha visto hoy?

El hombre se rascó la cabeza calva con un lápiz.

—No, no ha estado en unos días. Pero si espera hablar con él sobre ofrecer sus servicios en el viñedo, tendrá dificultades con eso. Hombre de ciudad. No creyente. Las uvas sufren por eso, si me pregunta.

—¿Mis servicios?

El hombre volvió a ponerse las gafas y sonrió.

—Mi madre trabajó en La Domaine Blanc como su bruja de vid durante décadas. Tengo su visión, pero, ay, no su talento con el vino.

Encogió sus hombros, como si la vida saliera como estaba destinada al final.

Una leve aura púrpura se asomó por el cuello de su camisa, confirmando su herencia. Confiando en que tenía un oído comprensivo, Elena dio unos golpecitos con el dedo en la encimera y se atrevió a profundizar más.

—¿Cuánto tiempo ha estado ocurriendo la matanza de animales?

—Solo había un cartel en la pared cuando llegué hace cinco años. En ese entonces, la gente ocasionalmente mencionaba que habían encontrado un gato

muerto en el camino de camino al pueblo. Hace aproximadamente un año comenzó a ocurrir con más frecuencia. Ahora es casi semanal. Si me pregunta, son solo chicos universitarios jugando con el ocultismo. Pero se encontrarán en el lado bruto del lado malo del karma uno de estos días. Y cuando lo hagan, tendrán suerte si no pierden algunas partes vitales ellos mismos.

¿Estudiantes universitarios? Posiblemente. Siempre habían acudido en masa a la aldea en sus vacaciones de verano, abordando a cualquier mujer con un chal con flecos para leerles la palma de la mano o venderles una poción de amor. Algunos, sin embargo, buscaron más, como piedras de maleficio y talismanes malvados para usar con sus enemigos. El tipo de artículos que a cierto par de brujas les gustaba sacar de la parte trasera de su carro de mulas. Su piel todavía le picaba por un instinto despierto, agradeció al empleado por su ayuda y dio un paso atrás en la calle sin mejor idea de dónde encontrar a Jean-Paul que cuando había comenzado. ¿Cómo es posible que nadie lo hubiera visto? A menos que nunca viniera a la aldea después de su pelea.

Su mente dio vueltas sobre demonios y gatos muertos mientras giraba a la izquierda en la siguiente esquina de la calle. Una cuadra más tarde, volvió a girar a la izquierda, dejando que sus pies la llevaran lejos del centro del pueblo hacia la carretera baja, donde los canalones chisporroteaban en alcantarillas abiertas y perros con pelaje enmarañado se escurrían entre cubos de basura volcados. El feo asunto de los animales muertos todavía pisaba los talones de sus instintos cuando pasó junto al fabricante de barriles, el herrador y la lavandería al final del camino. Por fin se detuvo en la boca de un callejón desolado a barlovento del último establecimiento de la ciudad. Significaba algo, todos esos asesinatos. Lo sintió en su sangre. Y si Jean-Paul de verdad no deseaba que lo encontraran, tal vez hubiera otra forma de salvar el viaje al pueblo. Después de todo, él no era la única persona desaparecida que estaba buscando.

***

El viejo edificio apenas había cambiado en los años que Elena se había ido. Y probablemente no lo había hecho en los doscientos años que había estado en pie. O inclinado, mejor dicho. La ruinosa taberna y albergue conocido como Grimalkin & Paddock's se había mantenido legítimamente a distancia del resto del pueblo. Era el tipo de lugar del que la mayoría de los mortales nunca habían

oído hablar. No se atrevieron a aventurarse en la mugrienta calle sin salida invadida por ratas, aguas residuales y brujas pasajeras.

Estas no eran las codiciadas brujas de la vid que cuidaban los viñedos y agitaban la magia dentro de las uvas para estimular el vino. No, la gente de los espíritus que cojeaba por Grimalkin's existía al margen, incursionando en las artes basura como pociones eréctiles, curas para verrugas y maleficios de centavo para infligir a un rival con un caso de conjuntivitis, que obtuvieron en la calle principal al crédulos en los días festivos. Y ocasionalmente había brujas que practicaban los tonos más oscuros de la magia fuera de la vista del ojo del Omnisciente. Invocadores de asesinatos, susurradores de ambición en los oídos de hombres poderosos y quizás conjuradores de maldiciones de transfiguración.

La luz de gas amarilla brillaba dentro de la taberna. Sin embargo, incluso el resplandor tenía una cualidad lúgubre, disminuida a una bruma grasienta por la acumulación de humo y suciedad en las ventanas. Elena salió del callejón agradecida de haberse puesto la ropa del viejo cabrero. En la calle principal, la ropa la había hecho invisible entre los aldeanos adinerados, pero aquí sería examinada con una visión de tercer ojo por los lectores de aura, psíquicos y demasiado curiosa. La rápida observación de la empleada antes la hizo atenuar su brillo espectral para que coincida mejor con su apariencia y enmascarar su verdadera identidad el tiempo suficiente para hacer algunas preguntas anónimas.

Las bisagras de la enorme puerta chirriaron como un hombre herido cuando entró en la taberna. Bordeó la pequeña multitud sentada cerca del fuego, manteniendo la cabeza gacha. Algunos levantaron la nariz, la miraron con los ojos entrecerrados y luego volvieron a centrar su atención en sus tazas cuando ella demostró ser anodina. Habiendo pasado la primera prueba, se sentó en una alcoba construida para dos en la parte trasera de la habitación. Un cabo de vela fundido en el centro de la mesa cobró vida cuando una telaraña colgando flotó sobre su cabeza en una ola invisible de aire cálido. Casi una docena de brujos se apiñaron para comer una sopa grumosa y una infusión espumosa, a pesar de la hora de la tarde. Aunque se acercaba el anochecer, muchos, sabía ella, apenas comenzaban el día, ya que su trabajo a menudo requería el amparo de la oscuridad. Miró de cara a cara, esperando una chispa de reconocimiento o una sensación de déjà vu, pero la única sensación familiar que captó fue una compañera bruja enredadera, más allá de su mejor momento, sentada en un rincón. Bebió un sorbo de vino granate, chasqueando la lengua mientras lo probaba. Elena inhaló el olor a cerezas, grosellas negras y café oscuro. ¿Un

castillo Vermillion? No. La mineralidad estaba mal. Lo más probable es que fuera una de las nuevas etiquetas de Bastien. Su olor estaba por todas partes últimamente.

Acababa de dejar de lado el pensamiento no deseado cuando una mujer de cabello gris con piel gris y ojos gris pálido se acercó a su mesa con una pluma y un pergamino en la mano. Madame Grimalkin.

—¿Qué vas a tomar?

El vino tinto tentado.

—Ginebra… e información.

—¿Puedes pagar, *étranger*[12]?

Elena puso tres monedas sobre la mesa. Madame Grimalkin asintió y deslizó el cambio en el bolsillo de su delantal.

—Puedo manejar la ginebra, pero la información depende del tipo que busques.

—Estoy buscando a alguien.

—¿No lo estamos todos?

La mujer de gris levantó dos dedos hacia el hombre corpulento que limpiaba vasos detrás de la barra y pidió la ginebra. Se sentó en la silla de enfrente, entrecerrando los ojos como si tratara de descifrar el aura que rodeaba a su cliente más reciente.

—No has estado aquí antes, lo sabría. Dame tu palma.

Elena trató de no mirar los dientes grises de la mujer mientras abría la mano sobre la mesa. Todo era parte del ritual, de verificar su identidad para ver si era quién y qué decía ser. Esperaba que la mujer no leyera nada en la humedad que resbalaba la hendidura poco profunda de su línea de vida.

La mujer hizo un suave ruido sordo en la parte posterior de su garganta mientras su tercer ojo sondeaba los bordes del delgado disfraz de Elena. Acunó la mano de Elena en la suya, arrastrando su uña sobre la palma abierta y tocando brevemente las líneas del corazón, la mente y el destino. Después de inclinar la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, miró hacia arriba con una sonrisa desconcertante.

—Yo diría que sabes cómo manejar los venenos. Y estás buscando a la persona que te maldijo.

Elena se estremeció. Incluso ella no era tan buena leyendo la palma de la mano.

—¿Cómo viste eso?

La anciana le soltó la mano y se rio.

—¿Que has estado trabajando con veneno? Puedo oler el residuo amargo de las hojas de dedalera recién molidas en la punta de los dedos. En cuanto a la maldición, tus manos están aún más frías que las de mi esposo. Esa parte nunca desaparece, me temo.

El camarero, con la boca ancha y los ojos abiertos, se acercó a la mesa con dos tragos de ginebra en una bandeja. La anciana le acarició el brazo antes de irse, ronroneando palabras de agradecimiento.

—Ha estado viviendo con la piel maldita desde antes que tú nacieras. Nunca alcancé a la bruja que lo hizo. ¿Qué te hace pensar que puedes encontrar a esa persona especial?

—Escuché el rumor de que había gatos muertos apareciendo en las carreteras. Podría ser alguien que esté probando magia de sangre.

La mujer se erizó ante la mención de los gatos.

—Hay un corazón oscuro detrás de ese negocio, y no hay duda al respecto. Quienquiera que lo haga dio la espalda a los convenios hace años.

Elena tomó su vaso y removió la ginebra hasta que un arco de luz azul lo atravesó.

—Las maldiciones también van en contra de los Pactos. Podría ser que la persona que hace un tipo de magia oscura podría fácilmente hacer el otro. —Se inclinó, esperando que no la oyeran—. La bruja que estoy buscando viste una larga túnica azul y lleva un reloj de bolsillo distintivo con una cadena de plata.

—¿Distinto cómo?

—Tiene un ojo de dragón verde con una rendija amarilla en la tapa. Podría trabajar en la calle durante los días festivos leyendo cartas para turistas o vendiendo pociones en la parte trasera de un carro.

—Parece que estás buscando a un miembro del clan Charlatán.

Había descartado la idea después de conocer a las hermanas, considerándolas demasiado groseras e ignorantes como para llevar a cabo una maldición de transfiguración, pero tal vez era solo su orgullo la que la engañaba. Tal vez su interés en lo oculto fuera más profundo que la basura novedosa que vendían en su carrito.

—¿Son clientes tuyos?

—Recibimos a todos los tipos aquí. —Madame Grimalkin habló detrás de una enorme sonrisa de indiferencia—. Sin embargo, no puedo decir que haya notado a ninguna de ellas con esa baratija en particular.

—¿Me lo dirías si lo hicieras?

Golpeó la mesa con la base de su vaso y luego miró a Elena a los ojos.

—Nos ganamos la vida dignamente, el viejo Paddock y yo. Porque no hacemos preguntas. Deje que las personas vayan y vengan a su antojo, siempre que paguen su factura. Por eso no pregunto por qué una cabrera no tiene cabras con ella. —Hizo una pausa para mirar por encima del hombro a su marido detrás de la barra—. Pero las brujas que van por ahí maldiciéndose son las más bajas, y yo les escupo.

—¿Así que estarás atenta?

Elena deslizó otras tres monedas sobre la mesa.

—Un reloj de bolsillo como ese debería ser bastante fácil de detectar a escondidas —respondió, tomando el dinero. Elena estaba a punto de agradecerle cuando la anciana la interrumpió—. Pero déjame darte un consejo, cabrera. Ya sea que se trate de las Charlatán mezcladas en esto o no, el tipo de bruja que se ocupa de las cosas repugnantes como lo que está pasando con esos gatos no se molesta con el tipo de maldiciones de las que te alejas con vida. Mejor no ir a hacer demasiadas preguntas, si valoras la piel que te queda. —Madame Grimalkin tragó su ginebra de un trago y luego se puso de pie—. Ahora, si me disculpas, tengo otros clientes a los que atender.

Elena bebió un sorbo de ginebra y miró por encima del borde del vaso a madame Grimalkin mientras se alejaba, con un claro movimiento nervioso en su paso. Sin embargo, se sintió animada. Incluso si no fuera una de las Charlatán, la bruja que la maldijo todavía podría estar inclinada a poner los pies en alto en el

tipo de taberna que no hace preguntas. ¿Pero entonces qué? Tenía un plan para Bastien, pero ¿qué pasaba con la bruja que había hecho el hechizo? Se necesitaría un poco más de innovación para superar a un conjurador que prosperaba gracias a hechizos prohibidos. Y para eso necesitaría todas sus fuerzas.

Elena se frotó la palma, recordó cómo el toque de la mano de Jean-Paul contra la de ella había calentado su sangre, haciendo que la magia se disparara. Era cierto que el frío se le había metido en la piel después de la maldición, pero ya no creía, como hacía madame Grimalkin, que la aflicción tenía que ser permanente. Incluso pensar en él despertó un pulso curativo dentro de ella que envió un hilo cálido a correr por las venas. Tan extraño que un mortal pudiera afectarla a ella y a su magia de esa manera.

Extraída de sus pensamientos por la sensación de ser observada, Elena tomó un sorbo de su ginebra y escudriñó la habitación. Un hombre barbudo con una levita negra y un monóculo seguía mirando hacia arriba, pero parecía estar trabajando en un boceto en su regazo. Muchas gracias brujas se sintieron atraídas por las artes, incapaces de resistir la tentación de ver su hechizo conservado en pintura y carbón. Pero él no era el que perturbaba sus sentidos. Era otro, que llevaba un sombrero de ala ancha que le cubría los ojos. La miró desde un rincón apartado junto a las ventanas delanteras. Pensó que estaba oculto en las sombras porque había apagado la vela, pero el peso de su mirada en su cuello la abrumaba como el jadeo de un perro. Incapaz de intuir sus intenciones, arrojó una moneda más sobre la mesa y salió, ansiosa por llegar a casa y saber si Jean-Paul había regresado. Dio dos pasos en el camino embarrado antes de que sus planes se frustraran.

—No son solo gatos —dijo el hombre del sombrero, alcanzándola antes de que la puerta se cerrara. No demostró ser más alto que el palo de una escoba cuando se acercó sigilosamente a su lado. Se echó el sombrero hacia atrás para revelar un rostro de luna llena y mechones de cabello castaño que asomaban sobre sus orejas. Sus ojos, una especie de azul tiza, trazaron el contorno de su aura debilitada—. No pude evitar escuchar su conversación allí —dijo mientras le entregaba una tarjeta de presentación adornada con lunas y estrellas.

—¿Está en la Oficina de Regulación de los Pactos?

—Inspector Aubrey Nettles. Estoy investigando la serie de horribles incidentes a los que te refieres. Pensé que podría hacerle algunas preguntas.

—Por “escuchado” se refiere a que usó un hechizo coclear para escuchar una conversación privada.

El inspector Nettles sacudió una mota de suciedad invisible de la manga de su abrigo, ignorando su acusación.

—¿Le importaría decirme cuál es su interés en la magia de sangre?

—No tengo ningún interés en eso. Simplemente tengo curiosidad por los gatos muertos, como todos los demás.

—Sin embargo, ¿parece que piensa que tiene algo que ver con usted, mademoiselle…?

No podía permitirse revelar su nombre. Aún no.

—Estoy buscando a alguien, eso es todo. Pensé que podrían haber pasado por la taberna recientemente.

Trató de alejarse, pero el hombre la siguió, pisándole los talones.

—Como dije, son más que gatos los que aparecen muertos. —Tuvo que dar dos pasos para seguir el ritmo—. Ha habido conejos, ardillas, incluso un tejón. Corazones cortados directamente de ellos. No queda ni una gota de sangre en los cuerpos. —Elena se detuvo en seco—. Ah, entonces sabes algo sobre las artes oscuras. —El hombre mostró una sonrisa fría, sabiendo que había tocado la magia que ella entendía—. No es algo con lo que el cabrero promedio tenga motivos para estar familiarizado.

Él estaba en lo correcto. No era de conocimiento común, de ninguna manera. La magia de sangre era la forma más oscura de lanzamiento de hechizos, absolutamente prohibida por los Pactos. Incluso existían pocos libros que describieran cómo se hacía. Pero entonces Elena no era una bruja de la vid común. Su visión del mundo de las sombras por sí sola era un talento extraordinario, pero le había hecho sentir aún más curiosidad por las cosas que no podía ver. Cuando dominó las artes divinas mientras aún era adolescente, buscó la magia que no le habían enseñado. No para usar sino para comprender. Porque incluso el conocimiento mismo era una forma de magia a los ojos del Omnisciente. Al menos ese era el argumento que había utilizado con el hermano Anselmo para obtener permiso para estudiar *El Libro de las Siete Estrellas*, la única referencia que se conserva en la abadía y que menciona la magia de sangre. Incluso entonces, había tenido que suplicar. El libro había estado

encerrado durante casi doscientos años por precaución, desde que las Leyes del Pacto se firmaron y sellaron oficialmente.

Elena apretó su falda hecha jirones en sus manos y recordó su propósito.

—Solo estoy preocupada por mis cabras, eso es todo. No quiero que ellas ni yo sufran ningún daño en las colinas por la noche. Esperaba que hubiera un amuleto que pudiera protegerme y a mis animales.

—Me pareces vagamente familiar. ¿Nos hemos visto antes?

El hombre la miró lo suficientemente fijo con su visión de tercer ojo que ella sintió que perforaba su plexo solar. Tenía que deshacerse de él; se estaba volviendo demasiado curioso. Y sabía por experiencia que un hombre como él podría estar fácilmente en el bolsillo de Bastien. Lanzar un hechizo usando la pequeña reserva de magia que había recuperado iba a doler, como tragar con dolor de garganta, pero tenía que intentarlo o arriesgarse a exponerse. No podía usar nada directo. Un miembro de la Oficina tendría poderosos hechizos para defenderse de un ataque. Algo fuera del cuerpo, decidió, mientras veía un objeto en el suelo que podría funcionar.

En el callejón al otro lado del camino, un gato chilló *asesinato sangriento.*

—¿No cree? —dijo ella con convincente alarma.

El inspector inclinó la cabeza hacia un lado y luego le dijo que se quedara quieta mientras él entraba al carril para mirar más de cerca. Mientras Nettles investigaba el grito fantasmal que había lanzado con un movimiento de la frente, se inclinó para recoger una pluma negra que sobresalía del barro. La colocó en su palma abierta y tomó aliento. Con un ojo en Nettles, murmuró las palabras necesarias, tolerando el dolor hueco que brotaba debajo de su esternón.

—Pluma negra sobre piñón hueco, sube al cielo, deja que tus hermanos te sigan.

Sopló la pluma para enviarla por el aire y, un momento después, una bandada de mirlos cayó del cielo, en picada y lanzándose directamente hacia el inspector.

Capítulo Trece

Jean-Paul apagó la llama de la vela entre sus dedos humedecidos. Un dolor pequeño pero persistente se había asentado sobre su ojo derecho desde que se sentó a leer. Ahora, en la penumbra, cerró el libro, se quitó las gafas y se frotó la frente. Había encontrado algunas respuestas en el volumen sugerido por el monje, pero, como solía ser el caso, solo crearon más preguntas en su mente. Aun así, su miedo se había calmado, reemplazado por una cautelosa curiosidad que se mantuvo como un muro de protección contra la total aceptación.

Después de dejar una donación en la caja del altar, salió de la pequeña biblioteca de la abadía y agradeció a los monjes al salir. Se persignaron y le desearon un buen viaje a casa.

Sí, debería volver a casa. ¿Pero a cuál? ¿A dónde pertenecía? Esa era una de las nuevas preguntas a las que se había enfrentado después de despertar en un mundo diferente al que se había quedado dormido. El que se encontraba ahora estaba lleno de misterio y magia. Poderes invisibles. Y amenazas. Y, sin embargo, su antigua vida tenía sus propios peligros. La aburrida progresión de una vida ordinaria que destrozó a un hombre día a día para que no viera el daño hecho hasta que se encontró sentado solo en una casa sin nada que mostrar excepto el lento tic tac de un reloj en la pared.

Había crecido escuchando las historias sobre Chanceaux Valley, por supuesto. Todos lo hicieron. *Solo historias,* pensó. Superstición. Folklore rural pintoresco. Incluso había visto a las brujas ejerciendo su oficio en los pueblos del campo cuando era niño, con sus pociones, lecturas de la palma de la mano y cartas del tarot esparcidas en las mesas fuera de los bistrós. Dios, incluso le habían dicho su fortuna una vez. Una mujer de cabello negro azabache con dedos enjoyados le susurró a un pequeño perro en su regazo, luego le dio la vuelta a tres cartas mientras él pasaba. Ella había mirado a los ojos a su yo de diez años y le advirtió que no usara zapatos de otros hombres. Se había reído de la mujer, mientras que su padre, de humor festivo, había arrojado una pequeña moneda en su taza.

Eso fue antes de su introducción al vino.

Una década más tarde, regresando como un joven explorando el mundo disponible para un hedonista en las vacaciones de verano de la escuela de leyes, se dedicó a probar los variados vinos de Chanceaux Valley. Incluso entonces había acumulado una caja de la cosecha del 99 de Château Vermillion, impresionado por su estructura y la suave embriaguez que provocaba después de una copa. Los primeros tintos Du Monde que había probado eran atrevidos pero inmaduros, pero vio la promesa y la audacia, por lo que también los recogió. Una botella de Domain Da Silva era tan buena que lo metió en la cama de una heredera extranjera que visitaba el valle de vacaciones. Y más tarde, cuando entendió mejor la seducción del vino, cortejó a su prometida Madeleine con una botella (¿o eran dos?) De Mercier-LeGrande, '02.

Había pensado que era el mejor vino que había tenido el placer de beber. La fruta, el alcohol, la influencia residual del terruño estaban en perfecto equilibrio en esa añada en particular. No pensó que encontraría nada para comparar. Luego, un amigo le presentó el Château Renard, un pequeño viñedo al pie de las colinas que se había hecho un nombre por sí mismo con sus cepas viejas seguras de sí mismo. Había inclinado su primera copa frente al resplandor de una lámpara eléctrica, notando el cálido color rubí mientras se agitaba vivo contra la luz artificial. Hizo girar la copa y luego presionó la nariz dentro del borde para probar el ramo de grosellas negras, un toque de humo de leña e higos maduros. El vino en sí fluyó como terciopelo en su boca. Despertó la suave sensualidad de estar dentro de una mujer en medio del acto sexual, la confluencia del placer y la atracción, el sabor de la lujuria en la lengua.

Magia. Sí, incluso entonces su instinto lo había llamado así. El vino era suyo. Tenía que ser.

Pensar en ella le devolvió la imagen de la criatura que le había mostrado en el viñedo, la extraña niebla y el inquietante resplandor que se cernía sobre sus campos. Desgarrado, miró hacia el umbral de la abadía de seiscientos años. Todavía estaba borracho cuando apareció en medio de la noche y golpeó la puerta, exigiendo hablar con alguien, cualquiera que pudiera explicar qué demonios había presenciado. No veía cómo podía ser posible. Había leyes de la física. Doctrinas de la religión. La evidencia empírica de los sentidos. Pero todos habían quedado inútiles por lo que había visto.

El monje que abrió la puerta, el hermano Anselmo, lo dejó entrar pacientemente y lo condujo a la cocina. Olía a pan y vinagre de un día de trabajo

de horneado y fregado. El monje colocó dos tazas de té fuerte y un plato de pan y queso mientras Jean-Paul describía lo que había visto. Le temblaron las manos al recordar que los ojos de la gárgola se abrieron para mirarlo directamente.

—¿Fue brujería? —había preguntado—. Es ella… ¿Una bruja?

El hermano Anselm se había tocado el labio pensativamente con el dedo.

—Tenemos el privilegio de tener entre nuestra población un buen número de ellas, sí.

—¿Privilegiado? —Angustiado, apartó la silla y se paseó por el suelo—. ¿No tiene miedo? ¿No está obligado a expulsarlos?

—Eso sería un error.

Había perdido el control de sus sentidos. No había otra explicación.

—Pero esto no puede ser —dijo—. No pueden ser reales.

El monje lo observó con paciencia.

—¿Le gusta el queso, señor Martel?

—¿Le ruego me disculpe?

—¿Y el yogur y el pan? Supongo que le gusta el vino.

—¿Qué? —Había comenzado a pensar que caminaba dormido en un sueño ebrio—. ¿Qué tiene eso que ver con la locura que vi esta noche?

El hermano Anselm señaló los cuencos de masa de pan que se elevaban sobre la encimera esperando a que se hornearan en unas pocas horas.

—Mi trabajo en la abadía, además de servir a Dios, es alimentar a sus habitantes. Todo el día horneado, batido, limpieza. Nunca termina.

Jean-Paul se dejó caer en su silla. Había venido al lugar equivocado. Iba a recibir una conferencia sobre lo caro que era administrar una abadía únicamente con donaciones y, por favor, monsieur podría verlo en su corazón para agregar algunas monedas a las arcas para ayudarlos. A cambio, recibiría una bendición y la promesa de investigar el negocio de las brujas.

Para su gran sorpresa, en cambio recibió una lección de ciencias.

—Cuando llegué por primera vez a la abadía, hice muchas de las mismas

preguntas. ¿Quiénes son estas brujas? ¿Es peligrosa su magia? ¿Cómo podría existir algo si no puedo verlo? Eso, creo, es la esencia de lo que está luchando, monsieur. Y la respuesta está en el queso.

Había comenzado a preguntarse si la mente del anciano se había ido, pero el monje rechazó su mirada de duda y le rogó a Jean-Paul que lo escuchara.

El hermano Anselm rompió el trozo de queso amarillo que había sacado.

—¿Huele eso? ¿La madurez? Casi loco. Un poco agrio, un poco salado. *Les pieds de Dieu*. No se lo diga a mi superior, pero el olor de los pies de Dios es el cielo para mí. —El monje sonrió. Levantó las manos en señal de rendición fingida—. Hace ocho meses agregué leche, cuajo y un poco de sal en una tina de madera. Lo presioné, le di forma y lo puse en el estante para que envejeciera. Hoy tengo un delicioso queso para compartir con un invitado. Pero el sabor, monsieur, nace de algo que no agregué.

—Te refieres a las bacterias. —Jean-Paul se inclinó hacia delante, sorprendido de encontrarse en compañía de un hombre que había seguido los últimos descubrimientos—. ¿Ha leído la ciencia?

—Vivimos una vida humilde en la abadía, pero no nos cerramos al mundo. Sí, esos microbios invisibles son los que crean la rica textura y sabor del queso. —El monje se besó el pulgar y las yemas de los dedos en exclamación, lo que significa el magnífico resultado—. Pero, por supuesto, ahora sabemos cómo ocurren estas pequeñas maravillas, milagros en mi humilde estimación, porque los hombres pueden mirar a través de un microscopio y verlos, rastrearlos, pero durante todos los siglos antes de eso, el misterioso proceso debe haber parecido…

—Magia. —Y había comenzado a ver.

—Precisamente. Hadas, elfos, gnomos, brujas, todos han sido acreditados o culpados. Lo que el ojo no podía ver, la imaginación lo llenaba. Ponemos nombres a lo inexplicable. Tómelo como algo para temer o adorar. Y, sin embargo, el hecho de que una cosa no se pueda ver no significa que no sea real. —El monje levantó las palmas hacia el cielo—. En verdad, se podría decir que casi todo lo que hago aquí en la abadía se basa en la fe en lo invisible. En mi profesión usamos la fe para ver; en la ciencia es el microscopio. Con la magia, todavía no sabemos cómo cuantificar ese rango de energía invisible. Carecemos de la herramienta adecuada. Pero no es así para la bruja.

—¿Entonces está diciendo que las brujas, esta magia que hacen, es concebible que sea simplemente una parte del mundo natural, solo que aún no tenemos los medios para medir cómo funciona? —Se pasó la mano por el cabello, tratando de darle sentido a todo—. Ella me lo dijo. Dijo que me estaba mostrando cosas que ocurrieron fuera del espectro normal de la visión humana.

—Ah. Si. Como luz ultravioleta. También he leído sobre esto.

Jean-Paul asintió, aunque todavía no estaba del todo convencido.

—Como usted dice, estas bacterias en el queso son del tipo beneficioso. Pero donde hay bien también hay mal. Como el cólera o la gripe. También invisible, pero peligroso. ¿Y si esta brujería funciona de la misma manera? Podría haber algún beneficio, pero ¿podría también haber algo que temer?

El hermano Anselm juntó los dedos.

—Los lugareños no lo admitirán, no dirán una mala palabra contra las brujas de la vid, pero la maldad ocurre. Sin duda ha oído hablar de la devastación que arrasó los viñedos del valle hace medio siglo.

—¿La filoxera? Casi todas las cepas murieron debido a la infestación.

—Tiempos terribles según todas las cuentas. Pero a pesar de los informes oficiales, no fue un insecto el culpable. Fue Celestine, la última bruja en ser quemada en el valle de Chanceaux.

Escéptico, Jean-Paul se inclinó hacia adelante mientras el monje contaba la historia de una joven bruja que una vez trabajaba las vides en Château Vermillion. Un día se encontró embarazada, resultado de una aventura con el alcalde de la aldea. En lugar de casarse con la mujer y reclamar al niño como debería haberlo hecho, afirmó que estaba hechizado. Hechizado. Despreciada, la bruja maldijo a todo el valle. No todas las brujas pueden hacer eso, explicó el monje. Pero ésta había roto las reglas de los Pactos y convocado una desastrosa y prohibida magia. Casi devastó todo el valle para perjudicar a un hombre.

—Entonces, sí —dijo el monje—. Al igual que con las bacterias, el valle se beneficia principalmente de las brujas y su magia. Aunque es posible que su poder se vuelva mortal bajo las condiciones correctas, o tal vez debería decir incorrectas. Sin embargo, tenga en cuenta que todas las brujas nacidas después de la ratificación de las Leyes del Pacto de 1745 están absolutamente obligadas por su decreto. Las consecuencias de salirse de la ley son bastante graves.

Por fin, Jean-Paul había encontrado un terreno firme en el que pararse. Si había un acuerdo de pacto, un decreto legal, entonces había libros y documentos que podía estudiar. Leyes que podía probar y sopesar contra la magia que había visto. Reglas y castigos. Finalmente pudo orientarse y encontrar el camino a seguir en medio de la incertidumbre y el miedo.

Como si leyera su mente, el hermano Anselm le indicó que siguiera adelante.

—Venga, déjeme mostrarle nuestra biblioteca. Hay algunos libros que creo que pueden resultarle útiles.

Y ahí era donde Jean-Paul se había quedado hasta que el esfuerzo de leer a la luz de las velas ejerció una presión interminable sobre el sensible nervio sobre su ojo derecho, así como sobre su corazón.

Capítulo Catorce

Mil mirlos se abalanzaron sobre el estrecho camino. Las alas se hundieron y aletearon, horribles graznidos salieron de las gargantas emplumadas y las garras se abrieron para atacar. O al menos la ilusión de mil mirlos descendiendo sobre el inspector llenó el oscuro espacio. Si Elena se hubiera visto obligada a convocar a los pájaros en la carretera principal de arriba, donde el sol poniente no estaba obstruido por hechizos, la naturaleza translúcida de su verdadera forma se habría mostrado. Pero en el lúgubre callejón en el borde exterior del pueblo, su ilusión prosperaba en las sombras. El inspector se lanzó a refugiarse, su voz de alarma fue ahogada por el incesante chillido de los pájaros inventados. En los días previos a su maldición, podría haber conjurado pájaros reales y haberle picoteado al hombre mil veces. Aun así, la pantalla fue suficiente. Mientras el inspector se agachaba cubriéndose la cabeza con los brazos, ella se escapó al interior del edificio más cercano.

El olor ácido del jabón y la lejía inundó sus pulmones mientras cruzaba la lavandería. Esquivando pantalones mojados y sábanas flojas colgadas en una cuerda, corrió hacia el rectángulo de luz al fondo de la habitación, donde una puerta abierta conducía a un callejón. Para sorpresa del trabajador que frotaba camisas contra una tabla de lavar, ella se sumergió bajo el tendedero y atravesó la salida, cerrando la puerta detrás de ella.

Un hombre de la Oficina usaría todas las herramientas a su disposición para descubrir la verdad de quién era ella después del truco que acababa de hacer. Y entonces todo el pueblo sabría que estaba de regreso, incluidos Bastien y su bierhexe. En su estado debilitado, la destruirían.

Sus pies lucharon por la tracción en el callejón mientras luchaba por regresar al extremo superior del pueblo, pero era como si sus piernas caminaran penosamente por el barro. El hechizo había agotado su última pizca de energía. Solo había llegado a la mitad del callejón cuando su corazón latía con tanta fuerza que tuvo que detenerse y recuperar el aliento. Se apoyó contra una puerta de madera debajo de una alcoba arqueada. Necesitaba un plan, pero la lógica pareció salir volando de su cabeza en el momento en que se formó una idea. Si tan solo pudiera descansar.

El inspector irrumpió por la puerta trasera de la lavandería, lanzando amenazas al callejón abierto. Empujó cajas de madera y pateó barriles abandonados en su camino, gritándole que se mostrara. No podría haber estado a más de una cuadra detrás de ella.

¿Por qué había venido al pueblo? Nunca debería haber corrido el riesgo. Pero luego pensó en Jean-Paul y su determinación volvió. Sacó el cuchillo de trabajo de su cinturón. La sangre corrió a sus sienes, palpitando en sincronía con su corazón presa del pánico. El inspector se burló de ella para que saliera a la luz mientras él agitaba las manijas de las puertas y golpeaba las jambas de las puertas. La suela de una bota chocó contra una tabla de madera. El sonido de la frustración. Pero no fue seguido por un pisotón por el callejón en su dirección. Aún no. Empujó la espalda contra la puerta y calmó su respiración hasta que los latidos de su corazón se normalizaron de nuevo. Hombre estúpido. ¿Por qué no podía haberse ocupado de sus propios asuntos en lugar de escuchar a escondidas las conversaciones de otras personas?

Dos respiraciones rápidas después y la desesperación la incitó a actuar. Agarró el cuchillo, movió la manija de la puerta y forzó la cerradura con la punta de su hoja. La puerta cedió y ella entró, cerrándola silenciosamente detrás de ella. No necesitaba mirar el horno de ladrillos y los cuencos de cobre para saber dónde estaba. El embriagador aroma de la mantequilla, el chocolate y el azúcar la golpeó de lleno en el rostro.

De todas las tiendas del pueblo, había irrumpido en la cocina de Pâtisserie d'Amour.

Su cabeza se tambaleó ante los aromas, su boca se hizo agua de deseo, pero el miedo lo superó. Con la capa sobre la nariz y la boca, atravesó la cortina a trompicones y entró en la tienda principal, pasando junto a la vitrina llena de macarrones, tartas de natillas y croissants recién horneados. Tilda, con la cabeza envuelta en un pañuelo de seda azul, levantó la vista de una bandeja de *pain au chocolat* recién sacado del horno. Elena dio un suspiro desgarrador ante la vista y desvió la mirada mientras se tambaleaba hacia la puerta principal, apenas evitando la seducción.

—¡Ladrona!

Tilda la persiguió hasta la puerta con su espátula sostenida como un arma, gritando su acusación en la calle para que todos la oyeran. Los dueños de las

tiendas, el administrador de correos e incluso un par de camareros asomaron la cabeza afuera para ver qué había sucedido. Elena se atrevió a echar un vistazo rápido por encima del hombro antes de lanzarse a la carretera para maniobrar alrededor de una pareja que paseaba del brazo por la acera.

En su desesperación por escapar, no registró el estruendo del motor que repiqueteaba sobre los adoquines. No vio los faros acercándose a ella.

El conductor frenó de golpe, bloqueando las ruedas. Las llantas de goma patinaron sobre las piedras cuando una mujer gritó en advertencia. La bocina sonó y el auto con la nariz de ganso se detuvo a un metro del cuerpo de Elena. El jadeo caliente del motor exhaló contra sus piernas mientras se quedaron heladas con los ojos fijos en el conductor.

Una nube de vapor salió del motor del coche. El hombre se levantó del asiento del conductor, agitando su sombrero para despejar el aire. Al ver lo cerca que había estado de golpearla, se agarró al parabrisas y se inclinó hacia delante para inspeccionar la parte delantera de su coche en busca de daños.

—Maldita sea, mujer cabrera, ¿en qué estabas pensando corriendo por la carretera así? ¿No me viste venir?

Ya había sentido el áspero roce de su voz contra su corazón, después de haber escuchado a través de los ladrillos, pero no estaba preparada para encontrarse con él cara a cara en la calle. Para mirar a los mismos ojos que una vez habían mirado profundamente a los de ella y reclamaban amor eterno. Ojos que rápidamente la traicionaron después de una mirada de reojo hacia su nueva amante: la ambición. Ojos que ahora quería rascar con sus propias manos.

Continuó gritándole, más preocupado por su confundida máquina que por si había herido a un peatón. Siete años la había maldecido y dejado por muerta, y ni siquiera podía molestarse en mirar hacia arriba después de casi matarla por segunda vez. Pero agradeció al Omnisciente que el hombre fuera un idiota tan egocéntrico. Podría darle la pequeña oportunidad que necesitaba para escapar. Ella envolvió su rostro con el extremo de la capa y se dirigió al lado opuesto de la calle.

—¡Tú ahí, detente! Alguien detenga a esa mujer.

Nettles. El inspector saltó de la pastelería, con los ojos puestos en su presa. A pesar de la debilidad en sus piernas, la duda en su corazón y la cercanía de la

creciente multitud, Elena salió corriendo del auto, alejándose del inspector, desesperada por una salida. Presa del pánico, su torpe zueco se enganchó en un adoquín y tropezó, se rasgó la falda y se raspó la rodilla. El director de correos le hizo señas para que se adelantara y le mostró el camino abierto detrás de él. Se puso de pie y se levantó el dobladillo, lista para correr, cuando una mano firme la agarró del brazo y la hizo girar.

Capítulo Quince

La mente de Jean-Paul examinó todo lo que había leído mientras dirigía a su caballo para que tomara el camino principal de la villa. Mientras el sol se ponía, se dio cuenta que se había ido por casi veinticuatro horas. El rascarse su nueva barba lo confirmó. Pero ella no podía discutir por la forma en que él había reaccionado. El mundo había cambiado, no él. Aunque, eso no era del todo cierto. Para bien o mal, él nunca sería el mismo después de las cosas que había visto.

Pateó a su caballo para que la bestia se apresurara, cuando notó una conmoción más adelante en la calle. Una multitud se reunía en círculo para mirar boquiabiertos a lo que asumía se trataba de otro accidente de tráfico. Se sentía atraído por los nuevos automóviles y casi se compró uno cuando aún vivía en la ciudad, pero eran un peligro incuestionable en esas villas campesinas. Ya eran dos veces las que se había producido una colisión entre un auto yendo por el camino principal a máxima velocidad, y un carro tirado por caballo a paso de tortuga.

Se le ocurrió que él había sido como ese carro, casi arrollado por la revelación de que las brujas de los Viñedos Chanceaux no eran una mera superstición inventada para atraer turistas. Eran reales. Su magia era real. Incluso la cosa que había visto. Decir que había sido cegado por la revelación sería exagerar. Y sin embargo, se había alejado de esa colisión mayormente ileso.

Veinticuatro horas atrás, en un extraño momento de incertidumbre, había considerado vender Château Renard así podría dejar de perseguir esa visión fantasmal del vino perfecto. Había estado preparado para decirle a su madre que su sueño se había marchitado. Que regresaría al estudio de abogados de la familia. No le harían ninguna pregunta, y sus días pasarían como antes, su vida encogiéndose como una pasa hasta que muriera joven como su padre. Pero esa era la diferencia, ¿no? Aquí él se sentía vivo. Expansivo. Creativo. Su trabajo significaba algo para él. Lo sentía en el agotamiento de su cuerpo, en la claridad de sus pensamientos, en la inexplicable felicidad que obtenía de ver una hoja abrirse nueva, verde y llena de potencial. Alimentaba su alma, su mente y su corazón. No hacía ningún buen vino todavía, pero lo haría. Con la ayuda de ella,

con Dios como testigo, lo haría.

Elena. Una bruja. Debía ser verdad. Y sin embargo, la posibilidad ya no le asustaba. Al menos no tanto como antes. La revelación fue asombrosa, indudablemente, pero no más que descubrir a una criatura nunca antes vista en un continente inexplorado. Algo extraño y merecedor de protección y entendimiento.

Ahora, si tan solo pudiera pasar más allá de la multitud en la calle así podría llegar a casa y explicarle a Elena lo tonto que había sido.

Capítulo Dieciséis

—La tengo.

El olor a humedad de la bodega se adhirió al abrigo, el cabello y el aliento de Bastien, se arremolinó alrededor de Elena mientras luchaba contra su agarre.

—Suélteme.

El inspector pasó entre un par de camareros boquiabiertos.

—Reténgala un momento. Gracias. Perdóneme. Es un asunto de CRB. Si me deja pasar.

El pánico encogió sus pulmones. La habían capturado. Atrapada bajo la garra del Viejo Zorro de nuevo. Ella tenía que alejarse. Si tan solo no hubiera gastado todas sus fuerzas en esa ilusión inútil. Luchó contra el agarre de Bastien, incapaz de conjurar ni una chispa que lo sacudiera. Pero luego recordó el cuchillo en su cinturón, y un instinto animal surgió de algún lugar secreto muy dentro de ella. Envolvió sus dedos alrededor del mango, dispuesta a cortarse su propia carne para ser libre si debía hacerlo. O, lo que era más gratificante, la de Bastien.

El inspector, sin aliento, se dobló con una mano presionando su rodilla mientras sostenía su insignia con el otro.

—Inspector Aubrey Nettles. Sosténgala, por favor.

Envalentonada por el arma, se volvió y se enfrentó a Bastien de frente.

—Dije que me deje ir.

—¿Elena? —Palideció como si mirara a una mujer muerta.

Nettles se enderezó.

—¿Conoce a esta mujer, monsieur?

—Ella es mi… o, mejor dicho, una vez fue mi prometida.

Elena trató de liberar su brazo una vez más, pero Bastien la sostuvo como si temiera perderla de nuevo.

—Yo nunca fui tu nada —dijo, mirando el lugar donde debería estar su corazón, apretando los dedos sobre el cuchillo.

El inspector se inclinó, dispuesto a detenerla, pero Bastien le indicó que se fuera.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Qué te pasó?

El odio que había estado cultivando en ese momento finalmente estalló, y le enseñó los dientes.

—¿Qué pasó? Arruinaste mi vida con esa maldita maldición tuya, ¿y tienes el descaro de pregúntame qué pasó?

—¿De qué estás hablando? ¿Qué maldición?

—¿Tienes idea del infierno por el que me hiciste pasar? Durante siete años mi mente tuvo que pisar el agua dentro de esa criatura para no perder quién soy. Casi me devoran viva.

—Mira, admito que estaba enojado cuando te fuiste, pero nunca…

—Todo porque dije que no a tus intrigas y mentiras. ¿Conocen estas personas todas tus formas engañosas con las que te has beneficiado?

Bastien acercó a Elena un poco más, apretándole el brazo mientras observaba su aspecto desaliñado.

—¿Qué pasó? ¿Quién te hizo esto?

Su cuerpo comenzó a temblar. El mango del cuchillo se volvió resbaladizo en su mano. La multitud se acercó más. No era así como había planeado su venganza. Si tan solo pudiera hundir la hoja en su corazón había terminado con él para siempre, pero presionada contra él no pudo reunir el valor. Su magia no aumentaría. Y ella no era una asesina común que extraía sangre con herramientas mortales. Deslizó el cuchillo nuevamente en su cinturón y suplicó por última vez:

—Déjame ir.

—¿Bastien?

La multitud se separó como movida por una mano invisible. Una mujer majestuosa se adelantó como una reina a través del espacio abierto, con un vestido de seda azul y encaje. Una caja de regalo de la perfumería, envuelto en

papel lavanda y atado con una cuerda, colgaba de sus delicados dedos.

—¿Qué diablos haces? Libera a esa mujer en este instante.

—Yo… ella… —Bastien la soltó y dio un paso atrás para pararse junto a la mujer.

Con Elena libre, Nettles buscó en su bolsillo un amuleto protector de romero y cedro atado con yute.

—Cuidado, ésta sabe uno o dos trucos. Ella me agredió en el callejón no hace diez minutos.

—*Ach, quatsch*. —La mujer avanzó hacia el inspector, arrebatándole el amuleto de la mano y tirándolo a la acera—. Creo que el escenario más probable es que ustedes dos se unieran para acosar a esa pobre criatura hasta que quedó destrozada. Solo mira el estado de ella.

Elena se puso rígida. Reconoció a la bierhexe de inmediato: el cabello rubio, la tez de pétalos de rosa, y el aire de superioridad, pero había algo más. Un aura de innegable poder. Ella entendió inmediatamente por qué los hombres la obedecieron. No se atrevieron a no hacerlo. Pero entonces Elena captó el olor del perfume envuelto en la caja. La combinación de fragancias, aunque extrañamente acompañada de un sutil olor a descomposición, sugería una poción para atraer a un amante que se había vuelto frío. La información abrió una pequeña grieta en la fachada del bierhexe, revelando un charco de duda que acechaba bajo la superficie confiada.

Sus ojos se encontraron, y en la partícula de un segundo humano pasó el reconocimiento, una chispa de pedernal entre brujas, ya que cada una identificaba la fuerza y la debilidad de la otra.

La bierhexe balanceó juguetonamente la caja de perfume de sus dedos y dijo muy amablemente:

—Por favor, dígame qué ha hecho esta desafortunada mujer para que ustedes, muchachos, estén tan alborotados.

Bastien se sonrojó. Se quitó el sombrero de fieltro negro y lo señaló al inspector.

—Sí, Inspector, ¿qué quiere de ella?

Nettles recuperó su encanto y lo desempolvó.

—Estoy investigando el uso de magia ilegal, y ella sabe más de lo que debería sobre ciertas prácticas oscuras. Estaba a punto de preguntarle sobre eso cuando me agredió y escapó por el callejón.

La multitud murmuró, señalando con el dedo y susurrando sobre gatos muertos. Elena se apretó más la capa sobre los hombros, deseando que fuera una armadura.

Bastien se alisó el cabello hacia atrás y se colocó el sombrero en la cabeza.

—Ella no es una cabrera, tonto. Es una bruja de la vid.

—¿Ella?

—Esa es Elena Boureanu. Es una bruja de la vid. Y una muy buena también. O al menos lo era.

La mirada del inspector se movió entre Gerda y Bastien, probando.

—¿Una de los suyos?

—Mía, en realidad.

Elena se volvió hacia la voz y casi gritó de alivio. Jean-Paul estaba sentado sobre su caballo, con su mandíbula preparada para una pelea. Se bajó de la silla y aterrizó firmemente sobre las suelas de sus botas. Sus ojos recorrieron su falda rota y el rastro de sangre que iba desde la rodilla hasta el tobillo.

—¿Está herida? Dios mío, lo está. —Voló hacia el inspector y lo agarró por la solapa—. Explíquese, monsieur.

—Se trata de un asunto del Pacto. —Nettles e equilibró sobre la punta de los dedos de los pies, mostrando su placa mientras Jean-Paul lo agarraba por la chaqueta—. Y *ella* me atacó primero.

Gerda intercedió.

—Ella usó un pequeño e inofensivo encanto para defenderse. Su sombra todavía está circulando en el aire. —Señaló hacia donde flotaba una tenue nube gris en la parte superior del campanario de la abadía—. No fue nada amenazante, monsieur Nettles. Ni siquiera un hechizo real. No hubo ninguna ley quebrantada. Solo un espejismo.

Jean-Paul se apoyó en el inspector.

—¿Es esto cierto? —Nettles lo admitió—. Entonces no tienes más negocios con ella —dijo, dejando ir al hombre—. Venga, Elena. La llevaré a casa.

—¿Casa? —Bastien empujó al inspector a un lado para ponerse cara a cara con Jean-Paul—. ¿Qué significa esto, Martel? Nunca ha usado una bruja de vid.

—Y nunca había hecho un buen vino. Pero si es tan talentosa como dice, ya es hora de que empiece.

Pero la multitud no se había dispersado por completo cuando Elena dio un último paso amenazante hacia Bastien.

—Quiero que sepas que volví para arruinarte por lo que me hiciste —dijo, muy consciente de que no podía mostrar más debilidad frente a la bierhexe—. No más maleficios, no más falsificación de los registros de impuestos para intentar robar el Château Renard. Vamos a producir un vino tan exquisito que el mundo se olvidará de Domaine du Monde. Y si vuelves a estar a tres metros de la viña, haré que te arrepientas de haber nacido.

—Elena, no fui yo. —Bastien miró a su esposa—. Dile que no fui yo.

La bierhexe simplemente se quedó de pie con el perfume colgando de su agarre, su mandíbula bloqueada y sus dientes apretados.

***

El automóvil retumbó por la carretera cuando Jean-Paul recogió su caballo. Caminó lentamente de regreso a Elena, sin apartar los ojos de ella.

—¿Qué le hizo venir al pueblo? —preguntó.

Acarició el cuello del caballo, dejando que la oliera.

—No quería que se quedara lejos porque tenía miedo.

Miró por encima de la parte superior de la silla. El inspector Nettles se apoyó contra la pared de la oficina de correos, mirándolos, como si dijera que aún no estaba satisfecho.

—No estoy asustada. Ya no —dijo—. Confundida y desconcertada, tal vez, pero eso no es tan raro como podrías imaginar.

Puso el pie en el estribo y se subió al caballo.

Ella sonrió ante su confesión y tomó su mano cuando se la ofreció. Aunque poco femenina, se subió la falda y pasó la pierna por encima de la silla detrás de él.

—¿Qué cambió? —preguntó. No lo había visto así antes, resignado pero resuelto.

—Digamos que pasé la noche oliendo los pies de Dios.

—Ah, entonces el hermano Anselm todavía está en la abadía. El Omnisciente lo favorece.

—¿Me lo contará? ¿Las cosas que vi? ¿Qué hace? Quiero saber todo.

—Si está seguro —dijo, luego se estremeció tanto por su piel maldita como por la perspectiva de lo que la actitud de él hacia ella podría significar.

—Está fría. —Jean-Paul se giró en la silla para hablar con ella—. Sus manos son como hielo. ¿Quiere mi chaqueta?

Su primer instinto fue retroceder, protegerse, pero su cuerpo estaba tan caliente. Y cuanto más cerca de él estaba, más la magia volvía a la vida dentro de ella. La sensación era minúscula, una mota de polvo flotando en un rayo de sol, pero estaba allí, todavía viva, de alguna manera alimentada por la cercanía de este hombre como ninguna magia que hubiera experimentado antes, ni siquiera con Bastien en los primeros días de su cortejo. Ella deslizó sus manos dentro de los bolsillos de lana de su chaqueta y dijo que le diría todo lo que quisiera saber.

Él tocó las riendas y dejaron el pueblo atrás mientras el sol se ponía sobre los viñedos circundantes.

—Mi gente ha estado elaborando vino en este valle desde que se plantaron las primeras vides hace miles de años. Es nuestro talento particular. Otros sobresalen en artes similares.

—¿Cuántas brujas hay?

Ella lo vio tragarse la palabra, sabiendo lo extraño que debía de saber en su boca.

—No es solo los viñedos. Hay brujas que son expertas en el olfato, como los hechiceros del perfume que trabajan en los campos de lavanda en el sur.

Otros experimentan con aguas curativas y gemas. Y muchos han dominado el arte del sabor y la textura en los alimentos —dijo, reprimiendo una sonrisa—, como tal vez haya ya notado en nuestra pastelería local.

—¿Es cierto lo de los postres?

—Oh, hay panaderos que pueden crear una fragancia tan provocativa que hará que tu cabeza dé vueltas de pasión. Un pastel tan suculento que querrás llevarlo a la boca y saborear cada bocado como si fuera el último. Algunos dicen que son las brujas más peligrosas de todas. Se rio para que él supiera que era una burla—. Pero solo si estás enamorado. O eso les gusta decir.

—¿Es así? —Jean-Paul se aclaró la garganta y ella estaba agradecida de que no pudiera girar y ver su rostro carmesí al recordar los embriagadores olores de canela y chocolate—. Escuché rumores sobre brujas aquí desde que era un niño —dijo—. Todos en la ciudad lo han hecho. Pero siempre pensé que era solo una estratagema para atraer turistas al valle.

—Algunos se ganan la vida con extraños. La mayoría, sin embargo, trabaja en su oficio igual que cualquier otra persona. —Elena levantó la cabeza para hablarle directamente—. Y antes de que pregunte por qué no todos lanzamos hechizos y cosechar oro de la nada, debe saber que hay leyes que tenemos que cumplir.

—Las Leyes del Pacto. Sí, los leí anoche. —Levantó la mano a la defensiva mientras ella se inclinó hacia adelante para ver si estaba diciendo la verdad—. Estoy capacitado en derecho —dijo—. Es lo que hago. O lo que hacía más bien, en mi otra vida en la ciudad. —Parecía que quería decir algo más, pero en cambio tomó una bocanada de aire del campo, su pecho se expandió hasta que sintió su espalda presionando contra ella—. ¿Y madame es una bruja de la vid también? —negó con la cabeza—. Durante todo este tiempo, ella nunca me hizo sospechar que era otra cosa que un poco excéntrica, tal vez un poco supersticiosa. Bueno, excepto por lo que hace cuando se frota el pulgar y dedos juntos.

—Su magia se ha debilitado con la edad. El gesto es cómo busca hechizos. Como leer braille, solo… metafísicamente.

¿Y la esposa de Du Monde? ¿Es extranjera, pero también bruja de la vid?

—Oh no. Ella es bastante diferente. Ella es una bierhexe del norte.

—¿Bierhexe?

—Son formidables en la magia de hechizos, pero no suelen incursionar en la elaboración del vino. Ellos típicamente se concentran en pociones y curativos cuando no están haciendo cerveza. Piensa en grandes calderos y nubes de vapor creciente. Aunque algunos se aventuran en el vino hoy en día. Lo han hecho bien con el Riesling.

—¿Me equivoco al pensar que hay más de su clase aquí en el valle de Chanceaux que en otros lugares?

—Es el terruño —dijo, aspirando los aromas de la lluvia distante, el suelo calcáreo y la vegetación verde que se abre sobre la vid—. No estoy segura de que haya ningún otro lugar en el mundo para comparar. El lugar lleva su propia magia. Es difícil para los de mi especie resistirse.

Él asintió como si entendiera, contemplando el paisaje como un caballero de campo que pasa un rato al aire libre. Las mismas cosas probablemente lo habían atraído al valle. La grand-mère tenía razón sobre él. Lo veía ahora. Tenía el corazón de un verdadero enólogo dentro de él.

—Me comprometí con el viñedo de Château Renard cuando era niña después de la muerte de mis padres —dijo queriendo que él supiera la verdad—. Siempre perteneceré a esa parcela de tierra, sin importar el dueño.

—¿Está diciendo que le vendieron para el negocio? ¿Así es como funciona?

—Estoy atada pero no contratada. Fácilmente podría haber terminado trabajando en las calles como lectora de cartas o carterista si no me hubieran acogido. Madame y monsieur no tenían hijos propios, nadie para hacerse cargo cuando se hubieran ido. —Elena hizo una pausa, preguntándose si sonaba como si todavía lo culpara por haber perdido el título del viñedo. Ya no lo hacía—. Cuando se ofrecieron a enseñarme la magia de hacer vino —continuó—, era como plantar una nueva raíz en tierra vieja. Porque era tan joven, mi conocimiento se formó en torno a las características únicas del terruño de Renard. Ese vínculo es la razón por la que soy tan protectora con eso. Es por eso que no puedo imaginarme haciendo vino en ningún otro lugar.

Cabalgaron un momento en silencio antes de que él se moviera en la silla y preguntara—: Lo que vi anoche. Las luces. Y esa cosa.

—¿La gárgola?

—Sí, eso. ¿Eso es normal? ¿Existe realmente un mundo entero que no puedo ver?

—Ni siquiera todas las brujas pueden ver lo que camina en las sombras.

—Pero lo hace.

Miró a su alrededor, asombrada de lo rápido que su energía se había recuperado en su presencia. Señaló una pared que marcaba el límite de un viñedo abandonado a su derecha. Por encima de ella se alzaban las ruinas de un castillo de piedra. Solo una torreta permaneció en posición vertical. El resto de la mampostería caída estaba enterrada en musgo y hiedra.

—Allí, en la colina. ¿Ve el arco sobre la antigua puerta de entrada? —Él tiró de las riendas del caballo, y ella apretó su mano sobre la de él—. ¿Ahora, qué ve?

Miró sus manos unidas y luego entrecerró los ojos en el castillo distante.

—¿Te refieres a la luz azul? Parece moverse. Vi una manifestación en el Palais de l'Électricité en la exposición mundial no hace unos años que creó una luz así. ¿Pero posiblemente no podrían tener electricidad allí arriba? ¿Por qué lo harían?

—No, no es eléctrico. No exactamente. —Buscó a tientas una forma de describirlo—. Es energía, pero la fuente no proviene de ningún generador. Tiene una naturaleza más atmosférica. Ha estado brillando por encima de esa puerta desde que era una niña.

—¿Para qué es eso?

Ella deslizó su pulgar sobre el dorso de su mano, pensando en la bruja que la había maldecido y robado su calor.

—Fue un fuerte una vez, y más tarde mantuvieron a algunas brujas allí que habían roto las Leyes del Pacto. Celestine es la que la mayoría de la gente recuerda.

—He montado allí. Todo el lugar se está cayendo a pedazos. No puede haber nadie todavía.

—No, no por mucho tiempo, pero quería que vieras las ruinas brillar con

hechizos mágicos.

Él miró hacia el lugar, los ojos enfocados con una fascinación mórbida, luego metió la mano de ella en su bolsillo y palmeó el exterior de su chaqueta, listo para deshacerse de la imagen.

—Gracias por mostrármelo.

Ella deseaba poder agradecerle también por la magia que regresaba dentro de ella, pero ¿cómo explicarlo cuando ella misma no lo entendía? Tenía sus sospechas, por supuesto, pero aún no estaba lista para dejar esas palabras libres. Las palabras tenían poder, más para las brujas, así que encerró el pensamiento. Con un suspiro, inclinó la cara hacia las estrellas vespertinas que acababan de salir, desconcertada por la forma en que el Omnisciente buscaba doblar su vida en la única dirección que no había pensado que volvería a ir nunca más.

Capítulo Diecisiete

Diminutos zarcillos verdes exploraron el dosel con dedos curvados, ansiosos por encontrar su punto de anclaje. *Los humanos no eran tan) diferentes,* pensó Jean-Paul, mientras disminuía las enredaderas para librarlas del exceso de crecimiento. Encontrar tu lugar y aguantar, ¿no era eso lo que todos querían? Ella había dicho que el terruño la anclaba al viñedo. Hubo días en que sentía que se deslizaba dentro de él: la tierra en sus pulmones, la clorofila debajo de sus uñas, la atmósfera crepitante con el olor de la lluvia, uniéndolo al lugar también. Podría construir una buena vida sobre ello. Las uvas cederían bajo su cuidado. Podría ofrecer una herencia, una que podría transmitir a un hijo o una hija cuando fuera demasiado mayor para caminar por las hileras de viñas.

Pero luego pensó en esa cosa que acechaba en algún lugar del éter invisible y se sacudió de sus ensoñaciones. Agarró su maquinilla y cortó. Los nuevos zarcillos siempre superaban su ambición, aferrándose demasiado a donde era imposible permanecer.

***

Una semana después apareció la primera fruta en la vid, susurrando su promesa de una nueva cosecha. Elena pasó la mañana atando amuletos protectores de cristales de amatista al enrejado. Si no hubiera visto lo que vio esa horrible noche, lo habría puesto fin. Y nunca la habría dejado remover sal en un cuenco y cantar rimas para expulsar la cosa grotesca encaramada sobre las viejas cañas. En su lugar, se dedicó a arar suavemente, observando, adivinando y manteniéndose fuera de su camino mientras caminaba entre el dosel que se extendía con un cuenco y una vela frente a ella. Aunque estaba listo para saltar ante el primer indicio de problemas, confiaba en su capacidad para sacar a la gárgola del mundo invisible. Y aunque él no sabría con sus propios ojos si ella lo lograba, pensó que podría sentir la diferencia. Probablemente la suposición era su ego mortal en acción, pero había momentos justo antes del anochecer en que creía que podía sentir la cosa mirándolo.

Después de una hora dejó a un lado sus herramientas.

—¿Volverá? —preguntó.

Ella levantó la barbilla hacia el cielo como si escuchara un sonido en particular.

—Solo si es convocado, pero sabré si vuelve a poner un pie en el viñedo. Él correrá gritando por la maldición de la sal que tejí alrededor del perímetro. Las gárgolas no son tan diferentes de las babosas.

Su sonrisa lo desarmó y volvió a olvidar que había algo que temer de lo sobrenatural.

—Vamos, entremos antes de que nos caiga la lluvia.

—¿Está prediciendo el clima ahora?

—Madame me advirtió esta mañana que habría un aguacero.

Caminó junto a Elena en el camino, aún sin saber si debía tomar su mano. No era solo su aversión a las manifestaciones que había visto lo que le impedía perseguirla, no cuando la idea de besarla lo distraía a diario hasta el punto de que apenas podía concentrarse en otra cosa. Pero no podía negar la barrera que se interponía entre ellos. El amor con esta mujer sería una clase magistral de complicaciones.

Y así se metió las manos en los bolsillos, retenido por la restricción del pensamiento lógico.

Su mente estaba completamente concentrada en el asunto, pero el constante tormento que el deseo creaba entre su cabeza y su corazón lo tenía medio creyendo que ella lo había hechizado. Había visto las pociones de amor que vendían las brujas callejeras el día de mercado. Siempre había asumido que los viales contenían un trago de Vin Mariani o, más suavemente, un chorrito de aceite de verbena de limón. Diversión inofensiva cuando necesitabas creer que el deseo de tu corazón se podía ganar con un trago y un deseo. Pero eso fue antes de que conociera la potencia de la magia real. Estaba en contra de los pactos, por supuesto. No podía hechizarlo a él ni a ningún hombre sin su consentimiento. Pero, ¿y si lo hubiera querido? Hubo un breve momento después de enterarse de la verdad que se había preguntado si sus poderes incluían la capacidad de leer la mente. Una noción condenatoria si era cierto.

Para probar la idea y saber si necesitaba proteger sus pensamientos, había decidido una noche dejar que su mente natural divagara mientras se sentaba frente a Elena en el salón. Comenzó por sus tobillos, luego avanzó lentamente sus pensamientos a lo largo de sus pantorrillas, sus muslos y la suave curva de su trasero, pero la única persona en la habitación que se estremeció por el entretenimiento inapropiado fue él mismo, que se quedó para ajustar la entrepierna de los pantalones repentinamente demasiado ajustados. Así se enfrentó a la asombrosa confirmación de que no estaba bajo ningún hechizo y que no había habido ninguna invitación involuntaria a manipular sus pensamientos. La verdad mundana era que estaba absoluta y completamente encantado con esta mujer.

La atracción era su propia poción poderosa, capaz de conjurar deseos no solicitados de la nada.

Elena sacudió el barro de los zapatos y luego entró a la cocina mientras él le abría la puerta. Apenas la había seguido adentro cuando madame cayó de rodillas y se agarró el pecho.

Elena corrió hacia la anciana y la abrazó.

—Grand-mère, ¿qué pasa?

—¿No lo sientes?

—¿Sentir qué?

La anciana miró al cielo a través de la ventana. Ella tragó saliva.

—Como la última vez, solo que peor.

Jean-Paul negó con la cabeza confundido.

—¿Está enferma? ¿Voy a buscar a un médico?

—Tiene premoniciones. Siente la advertencia en su pecho cuando es lo suficientemente fuerte. —Elena miró las nubes que se acumulaban—. La última vez que ella sufrió tanto, tuvimos una nevada mortal. Perdimos la mitad del viñedo ese año.

—¿Nevada? —La amenaza envió una sacudida a través de él—. ¿No puede hacer algo? ¿Decir un hechizo para mantenerla alejado de las vides?

Elena lo ignoró y se apresuró a ir a la sala. Sacó el almanaque que ella y la

grand-mère habían hecho del cajón y lo abrió sobre la mesa del aparador. Su dedo trazó lunas y estrellas, soles y símbolos. Comprobó dos veces las fechas y los pronósticos.

—¿Es verdad? —preguntó Jean-Paul—. ¿Pueden verlo en sus cálculos?

Elena negó con la cabeza.

—No, no hay nada que advierta de las nevadas. A menos que nos perdiéramos algo. Una llamarada de sol podría provocar un pronóstico, pero eso es extraño. Y es demasiado tarde en la temporada para una amenaza seria. —Dio unos golpecitos con los dedos en el almanaque antes de regresar a la cocina. Agarró a madame por los hombros—. ¿Qué sientes ahora?

La cabeza de madame se balanceaba sobre su cuello, insegura.

—Se está acercando.

Perder incluso una cuarta parte del viñedo lo arruinaría después de tres años malos.

—Si es una nevada, debemos prepararnos —dijo, cansado de esperar—. Voy a preparar las latas de carbón para los fuegos.

—Le acompaño. —Elena lo siguió por la puerta, sus ojos buscaron en el horizonte. Llegó hasta el centro del patio antes de detenerse y gritar—. No es una nevada.

Abrió la puerta del taller y bajó los fuelles y una caja de velas para encender los fuegos.

—No voy a correr riesgos. Caminaré por los campos toda la noche si tengo que mantener el fuego encendido.

Elena miró fijamente a la carretera.

—No es una nevada.

El tono y la certeza de su voz la segunda vez que habló le hizo dejar las herramientas. Con una mano presionada contra el borde de la puerta, miró a la vuelta de la esquina para ver qué la tenía helada hasta las baldosas. Un coche de cuatro ruedas negro, con la capota roja de la región del valle de Chanceaux blasonada en un costado, se dirigía directamente al castillo. Incluso sin el poder de la premonición, sabía que su aproximación era tan amenazante como

cualquier frente de tormenta con nevada. En esa visión vio algo más que cosechas perdidas. Un instinto al que rara vez daba crédito le gritaba desde lo más profundo de su interior que algo terrible había sucedido. Todavía estaba sucediendo.

Se unió a Elena en el centro del patio, de pie hombro con hombro mientras enfrentaban el peligro que se cernía sobre ellos. El coche repiqueteó en la última curva del camino. Tres hombres con casco en motos esqueléticas lo siguieron con estruendo. El conductor azotó a su equipo con el látigo desde su posición alta y luego se dirigió directamente a la puerta. Las ruedas giraban bajo el peso y la velocidad del carruaje, sin embargo, se mantenía pegado al pavimento sin volcar.

Lanzó un brazo protector alrededor de Elena, listo para tirar de ambos al suelo para evitar el coche a toda velocidad si era necesario. El conductor gritó: "¡Alto!", y los caballos respondieron, llegando a una parada antinatural un metro delante de ellos. Los motoristas dieron vueltas y luego apagaron los motores.

—Tonto imprudente, casi nos atropellas —gritó Jean-Paul mientras los tres motoristas lo rodeaban a él y a Elena en los adoquines. El conductor del auto permaneció en silencio, con el rostro hacia adelante y los ojos tan plácidos como los muertos.

La puerta del taxi se abrió y salió el agente de Chanceaux Valley, con la capa del uniforme ondeando al viento mientras descendía con paso elegante. Tenía una mirada de leve preocupación mientras enderezaba su *kepi*[13] con cordones de oro y miraba a la pareja.

—¿Es usted monsieur Martel?

Jean-Paul tragó saliva.

—Sí. ¿Qué negocio tiene en el viñedo, agente?

El policía, un capitán como lo indican las barras en sus hombros, abrió una pequeña libreta.

—¿Y usted es mademoiselle Boureanu, una bruja de la vid empleada en Château Renard?

Elena telegrafió su creciente miedo con una nerviosa mirada de reojo a Jean-Paul antes de responder.

—Sí. ¿Qué es todo esto?

El alguacil la ignoró y, en cambio, hizo una señal a los motoristas. Colocaron sus cascos en sus motos y luego se dispersaron en el patio a sus órdenes. El capitán chasqueó los talones con precisión militar, dio un paso reglamentado a su izquierda y mantuvo abierta la puerta del carruaje. El inspector Nettles asomó su cabeza calva, sonriéndoles con todo el atractivo de un perro rabioso. Salió del carruaje con aire de arrogancia hasta que sus cortas piernas lo obligaron a saltar el último hueco de los escalones a la acera. Jean-Paul sintió que Elena le tomaba la mano al ver al insufrible inspector. Él agarró la de ella de vuelta y apretó.

—Bueno, bueno —dijo Nettles, golpeando el cuello de su chaqueta contra las primeras gotas de lluvia. Con demasiada autosatisfacción, se acercó a Elena, la miró con su ropa de trabajo adecuada y sonrió ante el cambio en su apariencia —. Parece que nuestra conversación aún no ha terminado, *cabrera*.

Jean-Paul se acercó amenazadoramente al hombre.

—Le advertí en el pueblo que no tiene más negocios con ella.

—Oh, ¿el alguacil no explicó el motivo oficial de nuestra visita? —Luego abandonó toda pretensión de cortesía—. Tengo una orden de arresto para esta mujer.

Nettles asintió al alguacil, quien sacó del bolsillo de su chaleco un papel de aspecto oficial con un sello de cera roja que mostraba la marca del magistrado en la parte inferior.

—¿Arresto? No pueden hablar en serio. —Jean-Paul miró el rostro de cada hombre, esperando que Nettles tuviera ganas de hacer una broma—. ¿Con qué cargo? Tomó la orden judicial del alguacil y revisó el documento.

—El asesinato de Bastien du Monde. Creo que encontrará que todo está en orden.

El último rayo de sol fue tragado por una nube; la temperatura bajó y una ráfaga de viento del norte atravesó el valle.

—¿Asesinato? —jadeó Elena—. ¿Bastien está muerto?

—Eso me temo, madeimoselle. Fue encontrado destripado como un gato esta mañana en las afueras del pueblo.

—¿Du Monde? ¿Muerto? —Antes de que pudiera detenerlo, la mente de Jean-Paul culpó a las brujas, las criaturas sin nombre y sin rostro que había temido de niño. Luego miró a Elena, tan vulnerable ante la ley, y tuvo que tragarse su vergüenza, sabiendo lo equivocado que había estado en el pasado.

—Esto es una locura. No maté a nadie —dijo, con los brazos flácidos a los costados—. No he salido de la propiedad en días.

El inspector se volvió hacia Jean-Paul.

—¿Puede verificar esto?

—Por supuesto. Ella ha estado aquí conmigo todo el tiempo.

Nettles se lamió el labio inferior, que en su rostro se tradujo en una mueca lasciva.

—¿Día y noche, monsieur?

Tartamudeó ante la acusación implícita.

—Yo… no, no de noche.

—Duermo en mi cuarto de trabajo en el sótano.

Nettles enarcó una ceja.

—¿Entre sus libros de hechizos y pociones?

Jean-Paul frunció el ceño y dobló la orden.

—¿Qué tiene eso que ver con esto? —Se volvió hacia Elena—. No les diga una palabra más.

Nettles lo ignoró y se acercó un paso más a ella.

—¿Y alguna vez le apeteció un paseo a la luz de la luna solo en el mundo de las sombras cuando todos los demás están profundamente dormidos? —La lluvia caía sobre el cabello de Elena, levantando una nube de niebla a su alrededor. Ella miró al hombre con fríos ojos azules pero no dijo nada—. Lo sospeché desde el momento en que la vi por primera vez —dijo, inclinándose—. Tengo un don para estas cosas. —Se enderezó y señaló con el dedo a los motoristas—. Llévenla bajo custodia. Y registren las instalaciones.

Dos de los jinetes empujaron a Jean-Paul para llegar hasta Elena mientras el tercero caminaba hacia la casa.

—Espere. No puede hacer esto. ¿Dónde está su evidencia? —Jean-Paul se echó hacia atrás e inmediatamente el alguacil lo tiró al suelo, lo golpeó en la parte posterior de las piernas con un garrote. Observó impotente desde sus rodillas mientras retorcían un par de gruesas esposas de metal alrededor de las muñecas de Elena. Sus ojos se dieron cuenta de que un tenue resplandor azul emanaba de un círculo de runas grabadas en cada brazalete de metal.

—El modus operandi es la prueba, monsieur. —Nettles apretó los guantes en sus pequeñas manos, estirándolos de modo que las crestas de sus nudillos se mostraran debajo del cuero antes de sacar el cuchillo de Elena de su cinturón. Lo sostuvo con la punta de los dedos, como si tuviera cuidado de no manchar ninguna evidencia que pudiera encontrarse, luego miró a Jean-Paul con aire triunfal—. ¿Es consciente de quién soy? —Cuando Jean-Paul no respondió, el inspector enarcó una ceja como si una vez más se enfrentara a la tarea de informar a los ignorantes—. Inspecciono actos de magia ilegal. El alguacil Girard inspecciona crímenes contra mortales. Cuando las dos ramas de la aplicación de la ley se superponen, tenemos un delito que viola los convenios. En este caso tenemos un mortal muerto obviamente asesinado por una bruja. Nuestra víctima fue encontrada muerta mediante una forma específica de desangramiento. Un ritual del que solo unas pocas brujas hábiles son capaces.

Elena palideció como si leyera su destino en el aire brumoso.

—Magia de sangre.

—Magia oscura y maligna que va en contra de las leyes del Omnisciente mismo, madeimoselle, y por la que se encontrará con un destino espantoso cuando se dicte el juicio.

Los ojos del inspector se posaron en la casa mientras madame salía cojeando, claramente angustiada.

—¿Es verdad? ¿Él fue asesinado? —Apretó la mano contra su pecho cuando vio a Elena encadenada—. No puede llevarla. No, no otra vez. Ella no ha hecho nada.

—Y, sin embargo, tenemos varios testigos, incluido yo mismo, que la escucharon amenazar públicamente al hombre en la calle hace apenas una semana. Lo lamento, madame, tanta vergüenza se ha producido en una casa tan antigua y respetada.

Elena dio un paso hacia madame, pero los dos hombres que la flanqueaban la empujaron hacia atrás.

—Está bien, grand-mère. Es solo un malentendido. El magistrado lo solucionará. Estaré en casa pronto. No *usé* nada.

La anciana se inquietó, tirando de su cabello para que se soltara de sus horquillas en largos mechones blancos que se pegaban a su rostro bajo la lluvia.

—Honestamente, no puede creer que ella haya tenido algo que ver con esto. Hacemos vino, eso es todo.

—¡Inspector! —En ese momento, el oficial enviado a registrar la casa salió corriendo, señalando la pared cerca de la puerta—. Lo podía ver desde la ventana de arriba. —El joven corrió hacia la pared y luego alcanzó la cima de la piedra con la mano extendida. Cuando volvió a bajarla, sostenía un gato desecado en la mano, uno recientemente drenado de sangre.

El inspector chasqueó la lengua al verlo.

—Madame, creo en su culpa con todo mi corazón. Llévense a la bruja.

Capítulo Dieciocho

Los escalones de piedra que conducían a la torre de la bruja se habían desgastado suavemente en el centro, como si mil pies antes hubieran recorrido el mismo camino miserable que Elena ahora tomaba. Con sus muñecas encadenadas, Nettles la tomó del brazo y la empujó a través de la puerta principal. La luz azul de un muro de hechizos brillaba en su visión de las sombras. Había estado nerviosa durante el largo viaje fuera del valle, viendo los viñedos desaparecer detrás de ella, pero ahora se estremeció visiblemente al ver la puerta de roble inminente y la cerradura de hierro frente a ella. ¿Cómo podía estar pasando esto? Había regresado a casa con la intención de matar a Bastien, sí, pero el pensamiento nunca había saltado de su mente a su mano. Ni siquiera cuando él se detuvo frente a ella al alcance de su cuchillo, con la tentación resbaladiza como el sudor en su palma.

Las puertas de la Maison de Chêne se abrieron de par en par como si estuvieran dispuestas a tragarla dentro de los imponentes muros de granito de la torre. ¿Era esta otra maldición más? Su mente regresó al momento justo antes de que la maldición la tocara hace siete años. Había estado recogiendo tallos de eufrasia a lo largo del camino para hacer un té cuando llegó a casa. Pero había dejado que su mente se perdiera en las sombras, ansiosa después de su pelea con Bastien, cuando un dolor punzante en el hígado la obligó a arrodillarse. Encerrada en una metamorfosis, su verdadero yo había sido empaquetado y envuelto dentro de la piel de un sapo, el confinamiento exprimía su conciencia hasta que solo la más tenue luz mental brilló a través de los ojos anfibios. Desde ese estrecho punto de vista, había visto girar la rueda del tiempo durante siete temporadas.

Tic.

Tic.

Tic.

Solo había tenido un momento para aferrarse a algo significativo, algo para desencadenar la memoria. Su nariz presionada contra la hierba, las hojas verdes como una cortina ante sus ojos. Los tallos de la eufrasia se agarraban a su mano.

Y luego otra mano se agachó para recuperar un reloj de bolsillo caído. Un ojo verde con una hendidura amarilla. Con su último atisbo de pensamiento claro, se aferró al color verde, convirtiéndolo en un talismán cuando se despertara de nuevo. Fue lo último que vio antes de hundirse en la maldición.

Miró hacia la puerta de la prisión, el terror de un segundo encarcelamiento drenó sus venas de calor hasta que se estremeció incontrolablemente. La matrona de la prisión, una mujer de mediana edad vestida con una túnica azul iridiscente, le dirigió una mirada mesurada y luego saludó a Nettles de manera cortante pero profesional.

—¿Ésta es la indicada?

—Lo es. La conseguí en pleno derecho de invocar magia oscura por asesinato. Tenemos armas, medios y motivos, e incluso la encontramos con un gato muerto.

La matrona se tocó el labio con un dedo pensativo antes de mirar a Elena con ojos llenos de gusanos.

—En ese caso, bienvenida a Maison de Chêne. Soy madame Dulac. Te dirigirás a mí como matrona. Te alojarás aquí hasta tu juicio. Quiero que sepas que no mimamos ni consentimos, y no cedemos a los caprichos del privilegio. Estamos aquí para acoger lo peligroso, lo trastornado y lo abandonado. Pero te advierto que aquí solo albergamos a los inofensivos. Para hacerlo, arrancamos los aguijones de posibles avispas como tú. —Para enfatizar su punto, la matrona sacó una varita de tejo de su manga, pasando la suave madera por sus dedos antes de apuntar a Elena—. No lanzarás hechizos aquí. No realizarás magia de ningún tipo. Ten la seguridad de que cualquier bruja atrapada tratando de manipular la materia física dentro de su celda sentirá el aguijón de esta abeja reina.

—Pero no fui yo. No he hecho nada malo.

La matrona movió su cabeza cansada a Nettles.

—¿Alguna vez me has traído una que no dijera eso?

Elena se encogió de hombros para liberarse del agarre de Nettles.

—Están cometiendo un error. Alguien más asesinó a Bastien y todavía está ahí fuera.

—Debería estar agradecida, lo sabe —dijo Nettles, sacudiendo sus manos para liberarse de ella—. Se le concede un juicio rápido. Parece que los superiores quieren asegurarse de que se corra la voz de que hemos capturado a la bruja que ha estado matando gatos y conjurando magia de sangre con quién sabe qué propósito. Aunque si fuera por mí, probablemente la colgaría en el acto. —Nettles se aclaró la garganta—. No importa que dijera eso, Eugenie.

—Soy el alma de la discreción, Aubrey. —La matrona cerró los labios con una llave haciendo mímica.

Fragmentos de pánico se clavaron en la piel de Elena. El mundo se había inclinado sobre su eje, de modo que arriba era abajo y abajo estaba arriba. Estaba cautiva, aislada de la magia, incapaz de limpiar su nombre, se volvería loca si tenía que pasar por eso de nuevo. Su sangre helada se retiró de su corazón. Malditas sean las consecuencias. Tenía que liberarse. Pronunciando palabras que había prometido no usar nunca como bruja de vid, palabras de magia oscura e invocadora, dobló las muñecas para sostener sus manos en una pose sagrada al revés, lista para desatar el infierno y escapar.

Invocó al sol, la luna y el viento del este, con la esperanza de crear un tornado de energía a partir del tormento que se construía dentro de ella. Su cabello se levantó levemente, como si una suave brisa hubiera soplado sobre sus hombros…

… y luego nada. Sin destrucción, sin magia, sin escape, solo el silencio desesperado de un hechizo fallido. Se quedó temblando.

—La magia es más fuerte en esta que con la mayoría —dijo la matrona a Nettles—. Consiguió la energía para moverse a su alrededor. La mayoría ni siquiera puede terminar un encantamiento. —La matrona tiró de las esposas de las muñecas de Elena mientras las runas brillaban en azul neón—. Pero ahora que has probado tu pequeño truco, puedes estar satisfecha de que tus hechizos y maleficios no sirven de nada aquí.

Elena se quedó estupefacta ante la vitalidad de la magia que atravesaba los grilletes. El hechizo vinculante inscrito en el metal obligaba a las esposas a apretarse otro centímetro más, agotando su energía arcana por completo. Intentó otro hechizo, pero cuanto más luchaba, más débil se volvía. Derrotada, bajó la cabeza para ocultar sus lágrimas. Si el Omnisciente la había favorecido alguna vez, fue en otra vida.

Nettles se quitó el sombrero e hizo una rápida reverencia ante la matrona.

—Te dejo a ti, ya que tienes todo bajo control. —Y con eso se fue, abandonando a Elena en el cubo nocturno del sistema de justicia penal para brujas.

La condujeron por un pasillo impregnado de olor a moho y paja húmeda. Una pared de celdas vacías se alineaba en el pasillo, las celdas donde antes se habían alojado los condenados de otra época. Curiosamente todavía podía escuchar los gemidos de los torturados y atormentados reverberando dentro de los ladrillos y el mortero de la prisión a pesar de los grilletes. Pero cuando sus pies pasaron sobre el mismo suelo donde los de ellos habían pisado cientos de años antes, un escalofrío se abrió camino a través de su núcleo hasta el espacio donde escondía su miedo más profundo, y allí se enroscó, esperando para atacar.

La matrona dejó de marchar cuando llegaron a un juego de barras de hierro al final del pasillo. Dentro de la celda, una cadena tintineó y los pies se movieron en la paja seca, como si un establo lleno de vacas se hubiera despertado repentinamente con el olor de un intruso. Sin embargo, el olor que flotaba en el espacio parecido a una cueva era peor que el de un corral de ganado. Era el olor del abandono y la ausencia de esperanza.

Elena miró hacia arriba para ver una cara traviesa emergiendo de las sombras y presionándose contra los barrotes. Unos ojos en alerta miraban por debajo de los grasientos mechones de cabello descuidado. Una sonrisa torcida partió un plano de piel pálida.

La matrona ahuyentó a la joven.

—Tenemos una nueva prisionera, Yvette. Un paso atrás.

La joven, parecida a una ninfa, hizo una pirueta para apartarse del camino de la puerta enrejada. La matrona se quitó la varita de la manga y abrió la cerradura con un hechizo de manipulación. Elena lo sabía. Había recitado las palabras antes cuando la puerta de la bodega se atascó, pero ahora las palabras del hechizo nadaban en su cabeza, resbaladizas como una anguila, de modo que no podía pensar en la frase. Después de un empujón en la espalda, entró en la celda. El espacio depravado asaltó sus sentidos con su acritud de cuerpos sin lavar, el duro frío de la piedra bajo los pies y la finalidad del metal chocaron contra el metal cuando la puerta se cerró con un ruido sordo detrás de ella.

Las runas en las barras de hierro brillaron débilmente cuando la matrona preparó su varita por segunda vez desde el otro lado.

—Manos arriba —dijo, y los grilletes de Elena se deslizaron de sus muñecas. La pálida joven de ojos brillantes saltó al suelo para recogerlos y luego se los entregó, con la mayor cortesía posible, a la matrona—. Zapatos también.

—¿Qué?

—Quítate los zapatos y pásalos. —Golpeó con impaciencia las barras con el extremo de su varita—. Los presos no usan zapatos.

La abandonada recogió con avidez los zapatos pateados, dándolos la vuelta para notar casualmente la marca del fabricante impresa en la parte inferior. Levantó la ceja hacia Elena antes de enviarle los cordones de cuero suave a la matrona.

—Gracias, Yvette. Cuida de nuestra invitada más reciente.

—Con mucho gusto —dijo la joven, cuya plácida sonrisa permaneció mientras la matrona permanecía en el pasillo. Una vez que la guardia se fue y la puerta al final del pasillo se cerró de golpe, sus ojos brillaron como zafiros en la tenue luz mientras prácticamente devoraban a Elena—. Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? —La joven la rodeó justo fuera del alcance de su brazo—. Diría que tienes el aspecto de una de las chicas de dedos claros de Dubois, pero no arrojan a la gente a este pozo por un pequeño robo. ¿Tal vez un trabajador de Maison de Miel? Hmm, no. Tu ropa está bien hecha, pero es demasiado sencilla para el trabajo de fantasía. Y no puedes ser un torcido de carnaval. Yo vengo de allí.

Elena no estaba segura de cómo responder al interrogatorio. Estaba razonablemente segura de que un “fetiche de carnaval” era similar a ser la *ilusionista* de un caballero, alguien que usaba la magia para realizar fantasías sexuales para clientes que pagaban. Las medias de seda negra de la joven con la flor de lis bordada corriendo por los lados, aunque muy rasgadas, eran un claro indicio. Al igual que el rastro de delineador de kohl[14] manchado bajo sus ojos y el persistente olor a almizcle masculino en su ropa. Pero la cicatriz irregular a lo largo de la mejilla de la joven sugería que podría haber un lado más violento en la historia. ¿Una víctima de su oficio? ¿Vida en la celda? ¿En qué tipo de infierno la había dejado Nettles?

—No soy… es decir, no hago ese tipo de trabajo.

—Oh, demasiado de mal gusto para gente como tú, ¿verdad? —La niña abandonada se volvió traviesa, inclinándose lo suficientemente cerca como para que su amargo aliento soplara en el rostro de Elena—. Algunas de nosotras somos lo suficientemente buenas como para ganarnos una vida decente. ¿Quieres saber lo buena que soy? —preguntó, acariciando su dedo a lo largo de la mandíbula de Elena.

—Siéntate, Yvette. No todo el mundo practica su magia mientras está de espaldas.

Un segundo cuerpo, éste sentado con las piernas cruzadas en el suelo frente a la única ventana, se inclinó hacia adelante bajo el único rayo de sol. El cabello largo y negro enmarcaba un rostro moreno y unos ojos cansados del mundo que ofrecían poco consuelo. La mujer vestía una túnica de seda descolorida de color rojo y oro sobre una túnica de lino y pequeños aros de oro que perforaban los lóbulos de cada oreja en tres lugares. El olor a incienso y cítricos carbonizados se elevaba de su piel. Extranjera. Viejo Mundo. Como el emporio de las especias que Elena había visitado una vez en la ciudad cuando era niña con la grand-mère.

—Oh là là, Sidra, solo estoy tratando de averiguar qué tipo de criminal dejaron aquí con nosotras. Pensarías que estarías agradecida de que me preocupe por nuestra seguridad.

—Ella es una asesina, al igual que nosotras. Fin de la historia.

Elena no dijo nada en respuesta cuando un pequeño reyezuelo aterrizó en el alféizar de la ventana entre los barrotes. Se acicaló y se inclinó y luego voló dentro de la celda para posarse en la mano extendida de Sidra. La hechicera le susurró al pájaro y el pájaro le cantó. Después de un breve intercambio, acarició la cabeza del pájaro, luego sacó un zancudo de la pajita y la colgó frente a la boca abierta del reyezuelo.

—¿Cómo puedes hablar con el pájaro? ¿No evitan las runas la magia?

—Bloquean los hechizos —explicó Sidra—, pero ni siquiera un lugar como este puede despojar a una persona de la esencia. No necesito ningún hechizo para hablar con los pájaros.

¿Era posible? Debía serlo. ¿No había escuchado el lamento de la superficie

muerta a través del espacio liminal mientras pasaba por el pasillo?

Yvette tomó un puñado de paja húmeda y lo tiró a los pies de Elena.

—Ésta nueva huele a alcohol. No soporto a una borracha por compañera de celda.

—Es vino y roble. —Sidra pellizcó un pez plateado entre las uñas y se lo ofreció al pájaro—. Es el olor de alguien que trabaja en un sótano.

Yvette arrugó el rostro.

—¿Quieres decir que es una bruja de la vid? ¿Aquí dentro? Nunca había oído hablar de nada parecido antes. ¿Qué razón tiene una bruja elegante como ella para matar a alguien?

—Buena pregunta. —La mirada de Sidra se detuvo en Elena un momento antes de susurrar un último mensaje al pájaro. Agitó sus alas y se deslizó por la ventana. La hechicera siguió el vuelo del reyezuelo a través del cielo abierto, incapaz de ocultar el anhelo de seguirlo.

Elena se sentó contra la pared libre y levantó las piernas a la defensiva, abrazándolas contra su pecho.

—No maté a nadie.

—Bueno, no te encerrarían aquí por hacer un vino malo. —La joven, que no podía haber pasado de la adolescencia, se transformó de nuevo de ingenua a astuta pilluela callejera, y los suaves ángulos de su rostro se endurecieron mientras endurecía la mandíbula. Se acercó un poco más y mostró un trozo de metal afilado de diez centímetros que se había quitado del cabello—. Y no puedes dormir con los dos ojos cerrados a menos que podamos llegar a un acuerdo.

La navaja, una vez una horquilla plateada ornamentada, había sido limada hasta un punto mortal, uno que Elena no dudaba que podría hacer sangrar. Era el tipo de cosas que deberían haber sido confiscadas, pero la astuta Yvette de alguna manera se las había arreglado para contrabandear un poco de protección no mágica. Inteligente.

Elena se quedó mirando la punta que apuntaba a su garganta.

—¿Qué tipo de arreglo?

Al ver que iba a salirse con la suya, los ojos de Yvette se iluminaron.

—Vas a pagar por tu lado de la celda.

—¿Con qué?

Sidra hizo un chasquido con la lengua.

—¿Tenemos que pasar por esto cada vez?

—Está bien para ti aquí —respondió Yvette—. Tienes ese pájaro para pasar el tiempo. ¿Qué tengo yo? —Sidra la despidió con un movimiento de cabeza. La joven le devolvió el veneno a Elena—. Una bruja como tú debería tener muchos amigos ricos. Lo que sea que te traigan cuando te visiten, me lo traerán a mí también. Quiero una manta limpia, comida y una muda de ropa. Y medias de seda nuevas. No puedo usar estos trapos gastados otro día.

—Nadie te traerá esas cosas aquí —dijo Sidra.

—¿Por qué no?

—Porque nadie va a gastar dinero en una vagabunda de carnaval como tú.

—Mejor yo que una vieja bruja seca cuyo cuello está a punto de sentir el beso de la *demi-lune*. Tus pájaros no pueden salvarte de la mano del destino en la guillotina.

La lengua mordaz de la joven había dado en el blanco. La hechicera se puso de pie. Siguió el tintineo del metal. Debajo de su bata, una cadena fuertemente atada a su tobillo se arrastraba hacia un anillo de metal sólido pegado a la pared. A Elena le preocupaba que tuviera la intención de atacar a la joven mientras se cernía sobre el severo duendecillo. Si las cadenas y las barras no la hubieran retenido, la hechicera podría haber aniquilado a la joven con un solo hechizo, tan amenazante era su mirada. En cambio, Yvette se escabulló hacia el otro lado de la celda, segura de saber, al menos por el momento, que ella era la más peligrosa de las dos. Sidra dio una patada a la pajita y luego se sacó la bufanda por la cabeza. Regresó a la pared y les dio la espalda para ganar la única privacidad disponible en un espacio tan reducido.

—¿Es eso cierto? —preguntó Elena a la joven. Se arriesgó a provocar la ira de ambas reclusas, pero no podía evitar preguntarse sobre su propio destino —. Sobre… —Gesticuló sutilmente con los dedos apretados contra su cuello.

Un indicio de arrepentimiento se deslizó en la voz de Yvette mientras

inclinaba la cabeza hacia atrás para mirar el pequeño cuadrado de cielo enmarcado por la ventana.

—Su ejecución es en tres días. Por eso está encadenada.

El frío en el cuerpo de Elena se hundió desde su piel hasta el interior de sus venas, donde nadó en un círculo alrededor de su corazón y pulmones, por lo que no pudo respirar adecuadamente. Sí, había querido a Bastien muerto. Sí, había destilado el veneno para hacer el acto. Incluso había escrito un hechizo para atarlo a su estómago para que no pudiera toserlo. Lo hizo todo, aceptando las consecuencias para su alma si seguía adelante. Pero el crecimiento de las dudas había creado un muro en su mente que no podía superar. Su negación, dicha solo momentos después de que casi la atropellara, había tenido tiempo de fermentar en sus pensamientos.

Siempre se había sentido orgulloso del control que ejercía sobre los demás, presumiendo de que los vecinos estaban maldecidos o los campos de los competidores. Si él hubiera sido el responsable de su maldición, no se habría alejado del momento triunfal en el que finalmente pudo atribuirse el mérito. La comprensión fue suficiente para pensarlo mejor, por lo que guardó el veneno en el armario encima de la mesa de trabajo y se centró en hacer un vino tan magnífico que borraría el nombre de Du Monde en el valle. Solo que ahora estaba atrapada tras las rejas y acusada de matarlo, posiblemente enfrentando el mismo destino mortal que las mujeres a su lado.

Después de un largo silencio, Sidra apoyó la cabeza contra los barrotes y miró hacia el pasillo, donde las lámparas habían estado apagadas durante mucho tiempo.

—¿Los escuchas? Están llorando de nuevo.

Elena miró por encima del hombro. Se había desconectado de los lamentos bajos y las lamentables llamadas de piedad impresas en la piedra, demasiado consumida por sus propias preocupaciones, pero Sidra había vuelto a llamar a las voces para que resonaran en la oscuridad como si salieran de un túnel.

La hechicera juntó la cadena y luego la enroscó en un pulcro rollo a su lado.

—Esa —dijo con una inclinación de cabeza—, no me cree cuando digo que hay voces que resuenan en el pasillo. Solían mantenerme despierta por la

noche. Pero ahora las escucho. Lo siento por ellos, aunque no sé quiénes son ni por qué lloran.

Se preguntó de dónde vendría Sidra. Fuera cual fuera la tierra lejana, estaba lo suficientemente lejos como para no haber escuchado la trágica historia de los falsamente acusados del valle.

—Son las voces de los condenados —dijo Elena. Sus ojos siguieron el camino de un gemido bajo, arrastrando el sonido por el suelo hasta un punto en la pared donde un par de pernos de gancho habrían asegurado a alguien por las muñecas bajo pesados grilletes—. Fueron confinados y torturados aquí por practicar la brujería hace doscientos años. Hombres, mujeres y niños.

—¿Qué, también puedes oírlos? —Yvette negó con la cabeza mientras flexionaba el pie y se subía la media—. Entonces las dos están locas, si me preguntas, escuchando a un montón de brujas muertas.

Elena recordó la vez que ella y la grand-mère habían viajado a la ciudad para comprar los pocos ingredientes raros que no podían conseguir en el pueblo: raíz de cúrcuma, vejiga de pescado seca y henna en polvo fino, que infundieron en un hechizo vinculante tejido. Incapaces de encontrar la tienda correcta en la calle desconocida, se detuvieron para preguntarle a una mujer que barría su acera. Al acercarse, la mujer sacó un amuleto de mal de ojo de su bolsillo y escupió en el suelo antes de ahuyentarlas con su escoba. Elena no lo había entendido, así que la grand-mère la llevó a un café a tomar un helado mientras explicaba su historia y por qué todavía había quienes despreciaban a las brujas.

—Solo que la mayoría de los que escuchas no eran brujas. —Elena se puso de pie y agarró los barrotes con ambas manos mientras cerraba los ojos. Al instante supo que lo que Sidra había dicho antes acerca de que el lugar no podía sofocar la esencia de una bruja era cierto. La energía del hechizo de runas zumbaba bajo sus dedos, vibrando a través del metal como un pulso que bloqueaba su conexión con el Omnisciente. Abrió los ojos de nuevo y se frotó las manos para librarse de la extraña energía del hechizo—. Cuando los condenados vivían, este lugar era una prisión mortal normal. Todavía no había sido mágica. Cualquier bruja sana no habría tenido problemas para escapar de estas celdas.

Yvette resopló.

—O quedar atrapada en primer lugar.

Elena estuvo de acuerdo y luego se imaginó a la grand-mère.

—Aunque cualquier bruja demasiado vieja o débil para defenderse habría sido tan indefensa como un mortal.

Sidra se movió sobre sus pies de modo que la cadena de su tobillo repiqueteó contra las losas.

—¿O alguien que había sido maldecido?

Era como si la hechicera hubiera usado un cristal para mirar debajo de la piel de Elena para inspeccionar la vulnerabilidad incrustada en la parte inferior. Se frotó la piel de gallina de los brazos y asintió mientras un pensamiento fantasmal revoloteaba en su cabeza. ¿Habría tenido la fuerza para escapar de la caza de brujas si hubiera estado ella en su estado maldito?

—¿Qué terrible hechizo desataron estos perdidos para hacer que sus gritos queden grabados en piedra?

—Fueron acusados de asociarse con el diablo y cometer actos malvados contra sus vecinos. Y es cierto, hubo algunas brujas, brujos en su mayoría, que conjuraron hechizos destructivos que brutalizaron a un puñado de aldeas. Pero no fueron ellos los que fueron capturados y encarcelados. Casi siempre se trataba de un desventurado mortal del valle al que podían obligarle a confesar.

—Lloran por piedad y… —Sidra inclinó la oreja—… alivio del dolor.

—Muchos fueron abusados. Torturados. En ese entonces, los fiscales podían arrastrar a una mujer al río y sumergir su cabeza bajo el agua, una y otra vez, hasta que sus pulmones estaban a punto de estallar. O le afeitarían la cabeza. O usarían tornillos de mariposa. O tal vez arrancarían una uña y hacer que la herida palpitara durante horas para que el acusado hiciera o dijera cualquier cosa para que el dolor desapareciera.

—Háblale de las piedras —dijo Yvette, sin fingir más ignorar la conversación.

Elena asintió.

—Algunos tenían piedras apiladas encima de ellos. Con cada negación, la carga aumentaba hasta que la persona se asfixiaba bajo la carga aplastante o confesaba lo suficientemente convincente como para que le quitaran el peso antes de que sus pulmones se rompieran por la presión. De cualquier manera, la

ley consiguió lo que quería.

—El dolor siempre ha sido la criada del fiscal —dijo Sidra, asintiendo. Luego cerró los ojos e inhaló profundamente mientras escuchaba—. Las mujeres también dicen que temen la lamida del fuego en la hoguera. ¿También las quemaron?

—Sí.

—¿Vivas?

—Algunas veces.

Sidra levantó la cabeza de los barrotes.

—Pero ahora en este país se les quita la cabeza con una hoja curva. —Contempló el pasillo vacío con el mismo anhelo con el que había visto escapar al pájaro—. Cambiaría de lugar con cualquiera de ellos para encender el fuego —dijo, luego se inclinó para recoger una fina manta de lana que había estado usando como almohada. Se la ofreció a Elena—. Toma, necesitarás esto esta noche. Y no dejes que Yvette te la robe tampoco.

—¿Por qué es esto?

—De donde yo vengo, les pagamos a nuestros narradores.

La mujer sonrió brevemente, revelando una hilera de dientes de oro y marfil.

—¿Y, dónde es eso?

—El desierto más hermoso de arena rosada y gris. Donde las palmeras se mecen con la brisa de la mañana y los higos crecen tan grandes como tu puño.

Quería la manta, pero dudó en aceptarla, insegura de si había condiciones para aceptar un regalo de una hechicera del desierto. ¿Qué más podría deber a cambio?

—Tómala —dijo Sidra, arrojándolo suavemente como si le divirtiera el conflicto interno de Elena—. Honestamente, nunca siento el frío.

—Gracias. —Aceptó la manta y se retiró lo más lejos que pudo del cubo del inodoro. No encontraría consuelo entre el frío suelo de piedra y el peso de su propio miedo presionándola, pero sabía que no tenía nada que confesar. No había matado a nadie.

Y, sin embargo, Bastien estaba muerto. Asesinado por participar en un ritual de magia de sangre, si se le creía al inspector. Magia vieja y oscura que en su mayoría había volado del mundo. Y por una buena razón. ¿Cuántos mortales habían muerto durante la caza de brujas porque no podían defenderse con los mismos pensamientos de mercurio de una bruja malévola? Se estiró bajo la manta y pensó en las parteras, las mujeres de hierbas y los pobres desgraciados viudos que habían pagado el precio por los crímenes cometidos por brujas del aquelarre demasiado astutas para ser atrapadas. Hubo algunas mejoras después, por supuesto, lideradas por brujas reformistas hartas de la matanza. El Gran Cónclave de 1745 finalmente había unido a todos los bandos. Allí habían redactado las Leyes del Pacto que todos estaban obligados a obedecer hasta el día de hoy.

Sin embargo, era un pequeño bálsamo para las almas inocentes que todavía clamaban por misericordia en los pasillos de la prisión.

Capítulo Diecinueve

Jean-Paul estaba en su cocina, desconcertado por el repentino laberinto de armarios y cajones que lo rodeaban. Había vivido en el castillo durante tres años, pero nunca había cocinado ni preparado una comida. Ni siquiera un bocadillo a altas horas de la noche. Madame, se dio cuenta, se había ocupado de todas sus necesidades. A veces incluso antes de que supiera que lo necesitaba. Y ahora podía estrangularse con su propia ignorancia cuando lo que necesitaba saber era dónde encontrar una caja de *allumettes*[15].

No tenía ni idea de a dónde había ido madame. Un minuto estaba hurgando en el almacén del sótano, molesta por el arresto de Elena, y al siguiente estaba agarrando su paraguas y saliendo furiosa por la puerta principal, murmurando sobre charlatanes y locos. Había dicho que no se preocupara, que cuidara el lugar mientras no estaba. ¿O fue *cuando* ella se fue? En cualquier caso, no había regresado. Y ahora no podía encontrar nada, justo cuando Elena contaba con él.

Se golpeó la cabeza contra el armario, un golpe seguido de otro. ¿Cómo podía perder a Elena ahora? La acababa de encontrar.

Se enderezó, dio un buen tirón al chaleco de su traje y se obligó a pensar con lógica. Era un abogado capacitado, por el amor de Dios. Debería ser capaz de razonar sobre la cocina de una bruja. Los cerillos estarían en un estante cerca de la estufa en cualquier configuración normal, pero mientras pensaba en eso ahora no podía recordar que madame realmente hubiera encendido un fósforo. Nunca. Tuvo una corazonada y abrió el cajón junto a la nevera, donde los extraños trozos de hilo y velas de parafina rotas aguardaban su utilidad. Milagrosamente, encontró las escurridizas *allumettes* enterradas debajo de una lata de caramelos de anís sobrantes. Se guardó la caja en el bolsillo del pantalón, se abrochó la chaqueta del traje y se puso su sombrero de fieltro gris. Acababa de ajustarse el sombrero en la cabeza cuando un golpe fuerte y persistente golpeó la puerta principal.

Se debatió en ignorar a quienquiera que fuera, pero lo verían en el patio. Y no podía demorarse más. La prisión estaba a diecinueve kilómetros de distancia y la primera audiencia judicial era por la tarde. Si quería tener una visita adecuada con Elena primero, tenía que irse en los próximos minutos. Después de echar un vistazo a su reloj de bolsillo, abrió la puerta principal justo cuando un

puño se preparaba para lanzar otra ronda de golpes insistentes. El puño bien podría haberlo golpeado directamente entre los ojos.

—Bueno, ¿nos vas a invitar a pasar o simplemente te quedas ahí esperando toda la tarde?

Marion Martel estaba en el umbral vestida con un conjunto de falda y chaqueta color crudo y un sombrero de ala ancha, un poco llamativo con la pluma blanca y dos hortensias ladeadas a un lado, pero lo suficientemente sobrio para usar durante el día, al menos para una mujer tan rica como la viuda de monsieur Philippe Martel.

Jean-Paul besó a su madre en ambas mejillas.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Eso es un buen hola. —Pasó a su lado y se quitó los guantes de lino, un dedo a la vez, mientras contemplaba el modesto salón del castillo. El tío de Jean-Paul, alto y delgado pero con una tez que sugería un malestar péptico, lo siguió al interior.

—Tomamos el primer tren que salió esta mañana. Tan pronto como nos enteramos. —Georges Martel se quitó el canotier de paja y se peinó rápidamente el cabello hacia un lado con los dedos.

—¿Escuchaste qué?

Su tío se enfureció.

—Dios mío, ¿cómo crees que se ve esto? Bastien du Monde fue uno de los clientes más importantes de la firma. ¿Aparece muerto y arrestan a una tuya por su asesinato? Por supuesto que tuve que bajar directamente.

—Ella no es una empleada. Ella es…

—¿Ella es qué? —Su madre dobló los guantes en la mano y lo miró como lo hacía cuando era niño y sospechaba de él. Él miró hacia otro lado, y luego ella lo tuvo—. Oh, no otra perra del campo.

Volvió a levantar la cabeza.

—No es así, *madre*. Ella es una… *enóloga*. —Reprimió la palabra “bruja”, todavía demasiado inseguro para confiar en su veracidad en su lengua.

—¿Una enóloga?

—Tienes una caja de su preciado pinot noir en tu sótano. Sí, fue ella quien

animó a esa espectacular cosecha de Renard que amas servir en las cenas. Ahora, si me disculpas, estaba a punto de irme para poder verla. Hay una audiencia esta tarde y necesito tiempo para hablar con mi cliente.

—¿Tu cliente? —El color del rostro de su tío se volvió ligeramente anaranjado—. No puedes hablar en serio. ¿Representas al asesino de Bastien? Esto es indignante. No te enviamos a la facultad de derecho para que pudieras defender a esa mujer sin escrúpulos.

—Al contrario. Es la primera cosa noble que he hecho con mi título.

—Jean-Paul, sé razonable. —Cuando apretó la mandíbula, desafiando a su madre a decir una palabra más, ella se sentó como una paloma de luto recogiendo sus plumas hacia atrás—. ¿Estás diciendo que realmente te preocupas por ésta?

—Lo hago. Por supuesto que sí. Ella es un activo invaluable para el viñedo —dijo—. Y sé que es inocente.

—¿Nada más?

Entonces vaciló. Maldita sea su madre y su intuición. Ella también podría ser medio bruja, por la forma en que podía leerlo. No lo había dicho en voz alta. Apenas lo había admitido para sí mismo. Pero, sí, por Dios, se estaba enamorando de Elena, y felizmente.

La admisión debió haber quedado reflejada en su rostro. Su madre le dio uno de sus asentimientos intuitivos antes de que su boca se curvara en una media sonrisa.

—No es demasiado tarde para volver a casa en el tren de la noche —dijo —. Guarda tu reputación en la ciudad.

Él tomó su mano y la sostuvo entre las suyas.

—Sí, *madre*, lo haré.

Sus ojos se llenaron de lágrimas por el suave rechazo, pero lo rechazó.

—Bueno, supongo que alguien tan valioso a los ojos de mi hijo merece, al menos, el beneficio de la duda. —Su tío estaba a punto de acumular más acusaciones, pero ella le puso la mano en el brazo para silenciarlo, de la misma manera que había refrenado a su marido cuando estaba vivo—. Vamos también. Creo que es correcto que preparemos un pequeño paquete de atención para tu cliente, ¿no es así?

Enganchó su brazo a través del de su hijo y, a pesar de su necesidad de irse, empacó una canasta bien pensada que contenía una barra de pan crujiente, un trozo de queso recién madurado y un puñado de orejones que había descubierto en la despensa. Como una maga, lo cubrió todo con un chal de lana negro sencillo que tomó de un gancho en el pasillo, el cual dobló en un pulcro triángulo.

Tres horas más tarde, después de llevar a su familia a un hotel respetable para que pudieran regresar a la ciudad en el tren del día siguiente, Jean-Paul desenganchó la canasta de su silla y se detuvo en la acera frente a Maison de Chêne. Ató las riendas y luego se rascó la parte de atrás de la cabeza donde estaba incubando un dolor de cabeza. No había pensado en nada más que en la ley en su viaje: la fuerza de la fiscalía, los fundamentos de su defensa y la complicación de lidiar con un crimen cometido con magia que no entendía del todo. Sin embargo, ella era inocente. Él lo sabía. Y entonces haría esto por ella. Volvería a la justicia y se pondría una vez más en el lugar de su padre para ver a Elena libre, y luego este viñedo terminaría con las mociones, los escritos y el *corpus delicti* para siempre.

***

Elena estaba sentada sola en la mesa con la cabeza gacha cuando él entró. Se puso de pie cuando lo vio, con los ojos llenos de esperanza. Y por un segundo él también lo creyó. Y luego las cadenas que ataban sus muñecas repiquetearon contra el borde de la mesa, lo suficiente como para apagar cualquier idea falsa de que esta sería una visita fácil.

—¿Estás bien? —Era una pregunta tonta, pero asintió con valentía. El olor contaminado del confinamiento permaneció en su cabello y en su ropa—. Por supuesto que no. ¿Cómo podrías?

Extendió su mano y tomó la de ella, al diablo con las consecuencias.

El carcelero que lo había dejado entrar se aclaró la garganta.

—Me dijeron que es su *abogado*, monsieur.

Le dio un apretón a la mano de Elena para hacerle saber que todo estaría bien y luego endureció sus modales para reflejar con mayor precisión su posición.

—Sí, represento a esta mujer, así que, ¿tendrá la amabilidad de esperar fuera de la puerta mientras hablo con mi cliente en privado?

Jean-Paul cerró la puerta detrás del guardia, luego se sentó al otro lado de la mesa frente a Elena mientras las runas en sus puños brillaban con un azul iridiscente que incluso sus ojos podían ver.

—Dime que esto no es real —dijo ella, mirándolo con esos ojos dorados mientras él se quitaba el sombrero—. ¿Me he tragado una poción de ensueño? ¿Alguien me dio de comer la parte inferior de un hongo descompuesto?

Se reclinó en su silla y miró al techo mientras sostenía sus manos atadas en una posición ahuecada.

No tenía una respuesta para ella. Apenas entendía el contexto de su queja. Pero sabía que corría un terrible peligro de perderlo todo, incluida su vida.

—Voy a hacer todo lo posible para sacarte de aquí.

Hizo una pausa, se contuvo antes de agregar *mi amor*. Con qué rapidez las palabras casi saltaron a sus labios por voluntad propia.

Elena se puso de pie en cambio y comenzó a caminar.

—¿Dónde está la grand-mère? ¿Ella vino contigo? ¿Está bien?

Él carraspeó, sacó su libreta y su pluma estilográfica.

—Ella salió a primera hora esta mañana y no había regresado cuando me fui. —Cuando vio una mirada de alarma en los ojos de Elena, agregó—: Estoy seguro de que está bien.

Pero luego vaciló. No podía imaginarse a dónde había ido la anciana. No había salido de la casa sin él para acompañarla a la ciudad todo el tiempo que la había conocido.

—¿No dijo a dónde iba?

—Para ser honesto, no tenía mucho sentido. Ella seguía murmurando sobre “ese loco”.

—¿Qué loco? ¿Nettles? ¿Bastien? ¿Quién?

—No lo sé. Entró en tu taller en el sótano y cuando salió me dijo que me ocupara del lugar. Me ofrecí a traerla, pero dijo que había algo que tenía que hacer, y luego se dirigió al sendero que conduce a la colina.

Elena se dejó caer en su silla y se quedó mirando la pared detrás de él como si estuviera estupefacta por el relato. Un momento después, con los ojos fijos en él, preguntó—: ¿Qué tan seguro estás de que puedes liberarme?

Dejó su bolígrafo.

—Si voy a defenderte, debemos ser completamente honestos el uno con el otro. —Se inclinó más cerca y volvió a poner su mano sobre la de ella—. Voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para sacarte de aquí, pero si fallo, tendrás que quedarte hasta tu juicio, lo que podría llevar meses. La fiscalía ha indicado que desean dar un ejemplo con tu arresto para demostrarle a la comunidad que tienen la situación bajo control.

—Pero no lo hacen. Y si fallamos más tarde en el juicio, ofrezco mi cuello ante la guillotina por un crimen que no cometí mientras el verdadero asesino sale libre.

Vio que la verdad se apoderaba de su forma despiadada, pero ella forzó una expresión de valentía en su rostro cuando él confirmó todo lo que había dicho. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ella podría dudar de sus habilidades.

—Puedo intentar encontrarte otro abogado —dijo—. Debe haber alguien que se especialice en casos de lo sobrenatural, si no te sientes cómoda conmigo representándote, pero tendría que poner el viñedo como garantía para el pago. No me queda más dinero ni nadie a quien pedir prestado.

Su tío se lo había dicho cuando lo dejó en el hotel. *Defiéndela si quieres, pero no habrá asociación con el bufete de abogados. Nunca*. La confrontación lo había herido más de lo que pensaba. Separado del negocio familiar, quedaba tan pobre como cualquier mendigo de la calle. Si su intento desesperado de hacer vino no mejoraba, estaba acabado. Y sin Elena nunca lo haría.

—No, te quiero a ti —dijo—. Solo a ti.

Sus palabras, tan fuertes como cualquier hechizo que pudiera haber conjurado, recuperaron su confianza de nuevo. Tomó su bolígrafo y pasaron el tiempo restante juntos preparándose para la audiencia de la corte. Cuando habían revisado todos los cargos y cómo deseaba proceder con su defensa, llamó a la puerta para alertar al guardia de que estaba listo para irse. Cuando las llaves tintinearon en la cerradura, deslizó una lata de cigarrillos y la caja de *cerillas* del cajón de la cocina en su bolsillo.

—¿Qué es esto?

—Piensa en ello como una moneda. Al menos en la ciudad así es como funcionaba. Supongo que podría ser lo mismo en la prisión de una bruja sin acceso a tu… capacidad.

—Ah, sí —dijo, palmeando la lata y los fósforos en su bolsillo—. Gracias por pensar en esto.

Entonces deseó abrazarla, sentir su cabello en sus manos. Solo les quedaba un momento juntos. Pero la puerta ya se había abierto y pronto la llevarían rápidamente a la sala del tribunal.

—Una cosa más —dijo mientras el guardia registraba su canasta de comida en busca de contrabando una vez más—. He acordado entrevistar a Gerda du Monde por la mañana para obtener su cuenta. Quiero ver por mí mismo lo que piensa de los cargos. Es posible que Bastien estuviera involucrado en algo que debería haber hecho que lo matara, algo sobre lo que ella podría arrojar algo de luz.

El rostro de Elena se tensó con preocupación mientras asentía.

—Está bien, pero ten cuidado de no molestarla. Y mira si puedes conocer algo más sobre esas hermanas brujas de las que te hablé. Hay algo que no está bien en ellas.

Y con eso ella se fue, y él sintió una vez más el pellizco de sus zapatos mientras caminaba hacia la sala del tribunal.

Capítulo Veinte

Elena se hundió con la espalda contra la pared, aterrizando derrotada en el suelo. Había mantenido la compostura frente a Jean-Paul, el juez e incluso el guardia que la había acompañado de regreso a su celda, pero ahora la ira y la frustración habían desgastado su resolución. Se le había negado la fianza. No saldría. Estaría atrapada dentro de estas paredes durante meses. Atrapada una vez más en los dientes del Viejo Zorro. Clavó sus dedos en el cabello y tiró de las raíces hasta que quiso gritar.

—No significa que te condenarán —dijo Yvette.

La joven masticó un albaricoque y la miró expectante desde la pared opuesta. Ya no amenazaba con su horquilla, pero Elena no podía estar segura si eso era un cambio permanente o simplemente habían llegado a una tregua silenciosa después de haberle regalado su canasta de comida.

—No puedo volver a hacer esto.

Yvette escupió una astilla de la semilla.

—¿Qué dijeron en la corte?

Sidra era mejor para mantener sus pensamientos alejados de su rostro, pero levantó la vista de arrullar y acariciar al pequeño gorrión posado en su rodilla doblada, ansiosa por escuchar.

—El fiscal me llamó desviada y dijo que sería un crimen liberar a alguien tan peligrosa en las calles. Al parecer, el magistrado estuvo de acuerdo.

—¿Tú? ¿Una desviada? —La boca de Yvette se abrió—. Créeme, sé qué es una desviada, y lo único extraño en ti es que te falta el dedo del pie.

Mortificada, Elena rápidamente se cubrió los pies descalzos con el dobladillo de su falda, demostrando el punto de vista de la joven. La reacción provocó una carcajada en Sidra, cuyos dientes de oro y marfil brillaban en una amplia sonrisa. Se extendió a Yvette, quien soltó una risita antes de caer de lado en un ataque de risa. Finalmente Elena sucumbió también, riendo como una loca hasta que las lágrimas brotaron de las comisuras de sus ojos.

Un momento después, sin aliento pero aliviada de la presión como una botella de champán recién abierta, se puso seria y se secó los ojos con la manga. Todavía podía oler a Jean-Paul en su piel. Inhaló, sintiéndose tranquila. Con suerte, el aroma duraría toda la noche para que pudiera soñar con él en lugar de la pesadilla en la que se había convertido su vida.

—¿Tienes que ver a tu hombre en la corte? —Las manchas de kohl bajo los ojos de Yvette se habían convertido en rayas negras de acuarela en sus mejillas.

—Él es mi abogado.

La joven resopló, como si también tratara de captar su olor.

—Eso es conveniente. Tendré que tener eso en cuenta la próxima vez que un abogado venga a pedir mis servicios. Puede que tengamos que hacer un intercambio.

Recordando los oficios, Elena buscó en su bolsillo los cigarrillos. No le sirvieron de moneda. Aparte de la canasta que había traído con ella, no había nada que comprar, ni comida extra, ni mantas de repuesto, ni zapatos, pero si los cigarrillos animaban a charlar, al menos ayudarían a pasar el tiempo y hacer la vida más fácil.

Sacó la lata azul y la caja de fósforos del bolsillo y se las señaló a Yvette.

—Aquí. Un pequeño consuelo para las desviadas.

—¡Cigarrillos! —Yvette se abalanzó con esa vivacidad suya, cruzando la pista con la ligereza de una bailarina al ver la lata—. ¿Cómo los pasaste a escondidas entre los guardias? —susurró.

—¿No están permitidos? —Sostuvo los cigarrillos y las cerillas en la palma de su mano.

Yvette se los arrebató de un golpe.

—¡Shhhh! —dijo y se dio la vuelta para ver la reacción de su compañera de celda.

Todos los músculos del cuerpo de Sidra se tensaron. Su boca se dibujó en una línea dura. Sus ojos, ahora oscuros y entrecerrados, revisaron el pasillo en busca de señales de la matrona con la mirada de un depredador.

—Fósforos —le dijo Yvette a Sidra. La palabra tenía algo que Elena no entendió. Entonces la joven agitó las *allumettes* dentro de la caja, bromeando—. Ven y tómalos.

La hechicera dio un salto, pero Yvette fue rápida y se apresuró a regresar a su lado de la celda. La cadena de la pierna de Sidra la había detenido poco antes de alcanzar a la mujer. Ella arremetió y golpeó con sus largas uñas, pero Yvette simplemente sonrió, burlándose de ella sacudiendo la caja de nuevo. Segura de ser intocable, Yvette sacó un cigarrillo y sacó una cerilla de la caja. Sus labios se apretaron en una sonrisa mientras arrastraba la punta del fósforo contra la almohadilla con un golpe fuerte. El fósforo se encendió en un destello naranja y los ojos de Sidra brillaron en sincronía. Luego, frunció el labio hacia la joven mientras la veía pasar la llama a través del tabaco con una larga inhalación.

Elena pensó que Sidra podría cortarse su propio pie para liberarse de la cadena mientras observaba cómo el humo se arremolinaba desde la punta del cigarrillo de Yvette. Sabía que el tabaco era una hierba poderosa. Incluso sabía una poción o dos que requerían agregar la sustancia, pero nunca había visto a nadie tan hambriento por el sabor.

Sidra extendió la mano.

—¡Dámelos, *puta*!

—También son la marca Egyptienne Luxury —dijo Yvette, leyendo la etiqueta—. ¿No está hecho a medida?

—Dale los cigarrillos —dijo Elena—. Son para todas.

Un rastro de humo salió serpenteando de la boca de Yvette mientras inclinaba la cabeza.

—¿Quieres saber por qué no se permiten cigarrillos en nuestra celda? —La joven mostró una sonrisa diabólica—. Mira esto —dijo y arrojó el cigarrillo encendido hacia Sidra.

La hechicera se tumbó boca abajo en el suelo sucio, con la mano abierta y los dedos abiertos para coger el cigarrillo a medio fumar que rodaba hacia ella. Una vez que estuvo en su mano, ya no se postró. Se incorporó como si estuviera en trance y caminó de regreso al lugar donde su cadena estaba atornillada a la pared.

Su desesperación se evaporó. Y, sin embargo, no había inhalado. Ni

siquiera se había llevado el tabaco a la boca. En cambio, cerró los ojos y agradeció a su dios, como si estuviera eternamente agradecida por el trozo desechado.

—Solo recuerda quién te dio eso —advirtió Yvette, encendiendo un cigarrillo nuevo para ella.

—¿Por qué no podemos fumar?

Elena esperó una respuesta, pero la joven simplemente sopló humo y señaló a Sidra. La bruja del desierto extendió el brazo para dejar que su bata de seda cayera al suelo. Sus ojos se abrieron con una anticipación fanática mientras presionaba la punta humeante del cigarrillo contra la tela. Un agujero negro bordeado de naranja floreció vivo, quemando a través de la seda hasta que se encendió en llamas.

—¿Qué está haciendo? ¡Sidra, no!

—Pueden bloquear la magia y los hechizos —dijo Sidra mientras el fuego subía por su brazo, brillando con una intensidad antinatural—, pero no pueden despojarnos de la esencia de lo que somos. —Los dientes de oro y marfil de Sidra brillaron en una sonrisa triunfante, luego levantó los brazos como si le diera la bienvenida al fuego, suplicando al calor que le quemara la ropa, la piel, el cabello.

Elena tomó su manta para sofocar las llamas, pero ya era demasiado tarde. El fuego se había extendido demasiado rápido, como si Sidra hubiera sido empapada en aceite. Totalmente envuelta, la bruja del desierto brilló dentro de las llamas antes de estallar en un tornado de fuego.

El calor se volvió tan insoportable que Elena tuvo que retroceder y cubrirse los ojos con la mano. Indefensa, vio cómo las llamas consumían el cuerpo de Sidra hasta que se derrumbó en el suelo y se desintegró en una pila de ceniza cerosa. El fuego chisporroteó y una columna de humo se elevó desde la pata de hierro de metal, enroscándose hacia arriba como si estuviera dirigida por una fuerza invisible. Yvette se puso de pie, con los ojos encendidos de asombro. El fantasma de una risa resonó en las paredes, seguido de una bocanada de incienso, y luego el humo salió por la ventana y quedó libre.

—¡Vaya! Lo hizo. Salió. —Yvette giró en una pirueta—. Había oído hablar de eso, pero nunca pensé que vería una combustión frente a mis propios ojos.

Elena abrazó la manta contra su pecho. Había pensado que conocía todo tipo de magia que existía, pero claramente estaba equivocada.

—¿Cómo pudo sobrevivir a las llamas sin un hechizo de protección?

Yvette recogió los cigarrillos y las cerillas, y los escondió detrás de una piedra suelta en la pared.

—Pensé que todas las brujas de la vid eran educadas. ¿No sabías que era una jinni? Están hechos de fuego. Por supuesto que sobrevivió.

—¿Una jinni[16]? —La grand-mère siempre los había hecho parecer más un mito que una realidad. Unas vueltas de humo fueron llevadas por el viento. El olor de la premonición. Una racha de locura en una mente por lo demás tranquila.

—Una se unió al carnaval después de la última Feria Mundial —dijo Yvette, tomando una última y profunda inhalación de su cigarrillo—. Había viajado a través de dos continentes para ver las maravillas de la nueva era y luego terminó fascinada y enamorada de nuestro malabarista de fuego. Ellos dos eran la cosa más loca que jamás hayas visto. Las chispas volaban cada vez que se tomaban de la mano.

Una puerta se cerró de golpe en el pasillo, seguida por el sonido de pies corriendo. Yvette corrió a su rincón, agitando una mano para despejar el humo. Elena se quedó paralizada sobre la marca de la quemadura en el suelo, todavía agarrada a la manta.

El guardia de la prisión corrió hacia los barrotes de la celda.

—¡Oh, no, no, no! —Tomó su silbato y dio la alarma. La matrona entró como un pato dos minutos más tarde, con la bata flotando detrás de ella.

—¿Qué pasó? ¿Dónde está nuestra tercera prisionera? —La matrona lanzó un hechizo para iluminar la celda y vio la pila de carbón negro en el centro del suelo—. ¿Ella escapó por el fuego? ¿Cómo consiguió acceso a una llama?

Casi le hizo sonar los dientes al pobre joven guardia mientras lo sacudía por la solapa, exigiendo una respuesta.

—Ella —dijo, señalando a Elena—. Ella tuvo una visita. —La matrona lo sacudió de nuevo, por lo que agregó en su defensa—: Debe haber sido su abogado. No los registran.

La matrona miró a Elena con los ojos entrecerrados.

—Te arrepentirás de esto —dijo y chasqueó los dedos al guardia—. Haz sonar la alarma de la torre. Notifícalo al alcalde. Tenemos una asesina suelta.

***

Elena se sentó y contó las estrellas a través de los barrotes de la ventana. Más de mil de ellas parpadeaban en el espacio negro dentro del marco estrecho. Envolvió su manta alrededor de sus hombros e inhaló el rastro de incienso dejado por su anterior dueña. Estar hecha de fuego en un mundo lleno de combustible —un derviche giratorio de ira controlada, girando bajo el ojo del Omnisciente— la idea envió un escalofrío que recorrió su piel.

Arder hasta que tus huesos se convirtieran en cenizas, pero sobrevivir a la transformación sin la ayuda de un hechizo… Sidra tenía razón. Para que la esencia de una persona sobreviviera, tenía que estar tan entrelazada con el ser central que las cadenas y los contra hechizos no pudieran afectarla, razón por la cual había podido aferrarse a lo suficiente de sí misma para permanecer unida a su intelecto y escapar de la maldición. Su segunda vista había abierto un camino que le permitió sobrevivir porque era intrínseco a quién era ella. Así como un genio está hecho de fuego. Y un asesino estaba atraído por la sangre.

Sí, eso también era algo que residía dentro. Una vez se había considerado capaz de cometer un asesinato, mojando sus manos en la sangre de la venganza para liberarse del dolor de su maldición, pero era una mancha que sus manos no usarían. Cuando se enfrentó al hecho, no demostró ser una asesina. Sin embargo, quienquiera que hubiera matado a Bastien debía soportar esa brutal racha en su piel, en su cabello y en su aliento. Estarían imbuidos de su hedor, porque la sangre y la muerte eran parte de su esencia. Pero, ¿qué haría que una persona se volviera tan depravada? Entendía que la mente exploraba la emoción del riesgo, pero ¿saltar al acto?

Una advertencia trepó por su espalda, una articulación a la vez para posarse en su clavícula. Las arcaicas reglas de la magia de sangre se derrumbaron en su mente. ¿Qué valor tenía derramar la sangre de un zorro o un gato? ¿O la de Bastien para el caso? ¿Y qué hechizo permitiría cualquiera de los dos? A pesar de todos sus poderes de segunda vista, estaba ciega a su

significado. Y sin su libertad, estaba tan indefensa como cualquier mortal tropezando para descubrirlo.

Golpeó la parte de atrás de su cabeza contra la pared con frustración.

—No debería estar aquí.

—¿Qué, deberías estar en el cabaret bebiendo champán? —Incluso después de la amenaza de la matrona, Yvette se fumó un último cigarrillo desafiante después de apagar las luces, lanzando el humo al aire, desafiando a los guardias a atraparla.

Eso era un problema. Era demasiado joven para prever las consecuencias de su rebelión, pero demasiado inteligente para afirmar ignorancia sobre cómo ella también podría derrotar a otros con sus acciones. Las estrellas decían lo mismo. Envalentonadas por la fase oscura de la luna, las constelaciones giraban en su cielo infinito, lentamente como un sacacorchos hacia el futuro, adivinando futuros inmutables para aquellos que aún estaban despiertos y mirando hacia arriba.

—Nos encadenarán a las dos al suelo si no te deshaces de esa cosa.

—Oh là là, ¿no estamos luchadoras esta noche? —La joven apagó la colilla del cigarrillo en el suelo cerca del lugar donde Sidra se había incinerado —. ¿Feliz ahora?

—Para nada.

Ignoró el grosero movimiento de los dedos de Yvette debajo de su barbilla y se estiró de costado para apoyar la cabeza en su brazo doblado. Los guardias habían raspado la ceniza de la superficie del suelo antes para reunir pruebas, pero quedaba una mancha de hollín. Elena lo miró con una punzada de celos antes de cerrar los ojos.

Ni siquiera tres respiraciones después volvió a oler el humo y se apoyó en un codo, lista para una pelea sin cuartel.

—Dije que lo apagaras.

—¡Lo hice!

Elena olfateó el aire de nuevo, y su nariz se llenó de un olor a incienso demasiado fuerte e inmediato para provenir de la manta. Se sentó, sus ojos escudriñaron la oscuridad. Mientras rastreaba la celda en busca de la fuente, vio

una veta de humo serpenteando entre las grietas de las vigas del techo. Más humo dulce se hundió entre las vigas, y luego la primera de las llamas comenzó a lamer la parte inferior de las vigas.

—Levántate, Yvette.

—¿Por qué eres una perra tan tensa?

La joven se dio la vuelta, blandiendo su horquilla afilada como una daga mientras una serie de pisadas retumbantes sacudían el techo. Sus ojos se dispararon hacia el techo. Una cinta de humo bajó flotando, envolviéndose deliberadamente alrededor de su cuello como una soga. Con el pánico apropiado, se cubrió la boca con su blusa delgada y escapó a la esquina de la celda de Elena.

—¡Guardia! ¡Fuego! —Yvette agitó los barrotes mientras el humo se dirigía hacia ella de nuevo—. ¡Fuego! ¡Abre la puerta, bastardo! —Dio un paso atrás e intentó desesperadamente un hechizo en la cerradura. Se apagó en el momento en que las palabras salieron de su lengua.

—Es inútil —dijo Elena, buscando algo, cualquier cosa, que pudiera ayudarlas a escapar. Finalmente, recogió la manta, comenzó a rasgar un extremo y luego la rasgó en tres pedazos.

—¿Qué estás haciendo?

—Pensando como un mortal —dijo y ató los pedazos de manta juntos para tener un pedazo largo—. Dame esa horquilla.

La joven se la entregó, Elena la ató al final de la manta y le dio un fuerte tirón. Levantó la manta en su mano derecha, deslizó su brazo a través de los barrotes y balanceó la manta hacia la campana de alarma en la pared. El nudo de la manta rebotó en el metal, haciendo un ruido sordo y lastimero.

—¡Más fuerte!

—¡Lo estoy intentando! —Tomó una bocanada de aire y volvió a apuntar. Esta vez el alfiler de plata golpeó la campana, haciendo sonar una nota fuerte y clara. Lo hizo una y otra y otra vez hasta que el guardia entró al pasillo dispuesto a maldecirlas a ambas por despertarlo.

Dos rastros de humo se deslizaron por el pasillo, enroscándose alrededor de la cabeza y el cuello del guardia.

Yvette golpeó los barrotes para llamar la atención del guardia.

—¡Abre la puerta, tonto! Déjanos salir antes de que muramos aquí.

El guardia vaciló, parpadeando tanto, al parecer, contra el humo cegador como lo hizo contra las estrictas reglas. En el último momento cedió y puso la llave en la cerradura. La puerta se abrió y corrieron a través de la dulce nube de incienso quemado.

—Por aquí —dijo el guardia, señalando las escaleras. Sus pies golpeaban los escalones y se apresuraron hacia la salida. Llegaron al nivel del suelo, ansiosos por correr hacia la puerta, cuando el guardia les ordenó que se detuvieran. La matrona estaba en el otro extremo del pasillo gritando hechizos sofocantes, pero las llamas que lamían el techo con vigas solo crecieron, sus palabras golpeaban como agua arrojada a un fuego de grasa. Incluso los cimientos de piedra parecieron incendiarse cuando las llamas se aferraron a las paredes de la antigua fortaleza.

—Es inútil —gritó—. Evacuen a las brujas. Me ocuparé de los prisioneros mortales en el ala este.

El guardia buscó a tientas sus llaves presa del pánico.

—Ustedes dos, aquí.

Hizo un gesto hacia una pequeña habitación donde las restricciones de metal colgaban en filas a lo largo de la pared.

Yvette se resistió.

—La escuchaste, sácanos de aquí.

—No hasta que te pongan grilletes.

—¿Todo el lugar se va a quemar y quieres retenernos?

—No me arriesgo a más fugas —dijo y las empujó a ambas de frente contra la pared.

Las vibraciones del hechizo rúnico zumbaron a lo largo de la piel de Elena cuando el guardia le puso un grillete alrededor de la muñeca izquierda. La esperanza se hundió cuando el otro brazalete rodeó la muñeca derecha de Yvette, atándolas. Si había tenido una idea para correr, simplemente la habían podado hasta la médula.

Se abrió la puerta gigante de roble de Maison de Chêne. El guardia escoltó

a las brujas escaleras abajo y bajo el arco de ladrillo al pie de la colina. Libres de las nubes de humo, aspiraban profundas bocanadas de aire fresco de la noche mientras se aferraban a los pilares de piedra que sostenían el arco. El miedo se disolvió en asombro cuando Elena se volvió para mirar las enormes llamas que coronaban el techo del antiguo castillo. Abajo, en la entrada principal, la matrona conducía a una docena de mujeres aterrorizadas a través de la puerta, ordenándoles que mantuvieran la calma mientras agitaba su varita. Pero antes de que pudiera arrojar el encantamiento, las vigas de la entrada principal se derrumbaron y las prisioneras encadenadas se dispersaron por los escalones de piedra como una bandada de gacelas en estampida, tropezando y dando tumbos unas sobre otras. Los guardias, incluido el que vigilaba a Elena e Yvette, corrieron para contener el caos y acorralar a las prisioneras mortales.

Una risa familiar resonó en las paredes de la prisión, pinchando los instintos sobrenaturales de Elena.

—Es Sidra —le susurró a Yvette—. Ella está haciendo esto.

El rostro de Yvette se iluminó.

—Sabía que no olvidaría quién le dio ese cigarrillo. Vamos, ahora es nuestra oportunidad.

—¿Qué, quieres decir correr?

—¡Sí!

—¿Y hasta dónde crees que llegaremos, unidas y sin poder hacer magia?

Yvette arrugó la nariz ante la lógica y tiró de su brazo, forzando a Elena a perder el equilibrio. Ella tiró hacia atrás y una columna de humo se elevó junto a ellas. Una abrumadora nube de incienso las impulsó a agitar sus manos libres frente a sus rostros, mientras la forma de un humano emergía del humo.

—Pensé que ya estarías a medio camino de tu desierto —dijo Yvette.

—Y tal vez lo estaba. Pero una deuda es una deuda. —Sidra, ahora completamente reanimada, sonrió y les mostró sus dientes con incrustaciones de oro, luego negó con la cabeza en sus muñecas encadenadas—. Esto complica las cosas, ¿no?

Yvette levantó el brazo, tirando del de Elena por la cadena.

—¿Puedes quitarnos estas cosas?

Sidra se encogió de hombros.

—Es algo que puedo hacer. Se lo debo a cada una por mi fuga y, por lo tanto, les debo un favor a ambas. Y, sin embargo, no esperaba que estuvieran encadenadas.

—¿Qué diferencia hace? —chilló Yvette antes de echar una mirada por encima del hombro—. Solo hazlo antes de que ese maldito guardia regrese.

Sidra pasó los dedos por el aire y una cortina de humo nubló la vista de los guardias.

La jinni miró a Elena a los ojos.

—Sus destinos han sido atados.

—¿Qué significa eso? —preguntó Yvette.

—Significa que ambas deben desear libertad para que yo les conceda tal cosa.

—¡Por supuesto lo hacemos!

Sidra golpeó con los nudillos la frente de Yvette y luego señaló a Elena con el dedo.

—¿Alguna vez te detuviste a pensar que esta podría ser realmente inocente? Si concedo tu deseo y te libero, la convertiré en fugitiva también. No puedo decidir el destino de otro por ellos. Ella debe elegir su camino.

Yvette dejó caer el brazo y miró a Sidra.

Elena sintió el pellizco de los grilletes contra sus muñecas. Correr significaba culpa, pero temía que quedarse terminara en una cita segura con la *demi-lune*[17], inocente o no. Estaba atrapada de nuevo por la misma mano malvada del destino que la había despojado de su libertad una vez antes, mientras el verdadero asesino todavía deambulaba por las calles y colinas de su hogar. Al igual que la bruja que la había maldecido siete años antes.

Su deseo de justicia se reavivó. Levantó la muñeca ante la genio.

—Libéranos.

Sidra enarcó una ceja y asintió.

—Como desees.

Un segundo después, un destello de chispas rodeó los grilletes mágicos que unían a las brujas. Las esposas brillaban como si las hubieran arrojado al fuego de un herrero antes de desintegrarse en una pila de cenizas a sus pies. Las brujas se frotaron las muñecas no quemadas, besaron la mejilla de la genio y corrieron.

***

La luna creciente se soltó de las nubes cuando el aullido de los perros y el estruendo de la alarma rugieron sobre el terraplén. Una capa de humo, destinada a ocultar el movimiento y confundir a los sabuesos, disminuyó para revelar la luz de las antorchas distantes que se movían en su dirección. Elena se agachó más abajo en el barranco junto a la niña traviesa. Era una tonta por haber huido, escapando a la noche como una delincuente común. Pero su desesperación por encontrar la verdad y exonerarse a sí misma había superado su mejor juicio. Había seguido un impulso, el instinto natural de una bruja, y uno que rara vez la había defraudado antes.

Los perros estaban lo suficientemente cerca como para escuchar el resoplido de su aliento contra la tierra.

Yvette estiró el cuello para escuchar.

—¿Por qué se están acercando?

—Los guardias deben estar usando contrahechizos para dispersar la cortina de humo de Sidra.

—¿Qué hacemos?

—Darles lo que quieren. —Elena examinó el suelo y arrancó un diente de león peludo por el tallo. Pasó el delicado capullo por el antebrazo expuesto y lo llevó a sus labios—. Esparce estas semillas en la tierra, y con ellas se unirá mi olor. —Sopló sobre la cabeza de la semilla para esparcir sus cientos de semillas en la brisa predominante. Las semillas copetudas brillaron brevemente en la oscuridad mientras llevaban su magia por el barranco y hacia el bosque para crear un rastro de olor separado—. Esperemos que sea suficiente para confundir a los perros. Vamos.

Con Yvette pisándole los talones a Elena, las dos corrieron por sus vidas

en la dirección opuesta. Espinas, ramitas y piedras devastaban sus pies descalzos mientras cortaban un prado. Cruzaron un arroyo poco profundo bordeado de abedules plateados, luego arañaron el lodo y la maleza para trepar por la orilla opuesta. Cuando salieron del agua, siguieron un camino de tierra hasta donde se atrevieron, luego se agacharon bajo un puente de piedra para recuperar el aliento.

—¿Vienen?

Elena escuchó, esperando el parpadeo de las antorchas. Un búho ululó. Una rana croó entre los juncos. Una luciérnaga parpadeó sobre el prado.

—No lo creo.

—No corro así desde que era una niña robando pan en la panadería de la esquina.

Yvette apoyó la cabeza contra la piedra, respirando con dificultad pero sonriendo.

Elena trató de no pensar en lo profundo que su vida se había hundido en el desastre. En cambio, miró las malas hierbas que se aferraban al terreno junto al puente. Al ver un tallo familiar, arrancó hojas de malva de color verde grisáceo a puñados.

—Muéstrame tus pies —dijo.

Yvette fingió estar molesta, pero hizo lo que le dijo y se quitó las medias. Elena inspeccionó los cortes en las plantas, luego frotó las hojas de malva sobre ambos pies mientras susurraba un rápido hechizo de curación para sellar la piel para la larga caminata que aún tenían por delante.

—¿Cómo supiste cómo hacer eso? ¿O ese truco con los dientes de león?

—¿El hechizo de curación? Lo supe desde que tenía ocho años. Tengo mi parte de astillas corriendo por un viñedo con mis pies descalzos, te lo puedo asegurar.

—¿Tu *maman* también es una bruja?

—Me han dicho que lo era. Una bruja de campo que hacía pociones y vino. Apenas lo recuerdo. Murió cuando yo era una niña.

—¿Quién te enseñó todos esos hechizos, entonces?

—Grand-mère… bueno, ella no es realmente mi abuela. Me acogió y me

crio. Me enseñó a ser una bruja de la vid.

—No conocí a mi madre, tampoco.

Las ranas croaron de nuevo, haciéndolas saltar.

Elena estiró el cuello para buscar señales de reflectores o perros.

—¿Tendríamos una mejor oportunidad si nos separamos?

—¿Estás bromeando? —Yvette volvió a ponerse las medias andrajosas y probó sus pies contra el suelo, lista para moverse de nuevo—. No pasarías la noche sin mí. Vamos. Sé qué camino tomar.

Sus perseguidores aún no habían seguido su rastro. Y sus cálculos primitivos de las estrellas confirmaron que se dirigían en la dirección de las respuestas que buscaba. Sin nada que la detuviera, Elena rápidamente se frotó los pies descalzos con la malva y luego persiguió a la joven que se lanzaba, ágil como un duende, a través de la hierba del prado.

Capítulo Veintiuno

Jean-Paul llegó diez minutos antes, pero llamó de todos modos. Una criada con vestido negro y delantal blanco abrió la puerta del gran castillo y lo dejó entrar. Esperó en el vestíbulo, con sombrero en mano, mientras la criada caminaba hacia la parte trasera de la casa para anunciarlo. En su ausencia, miró al suelo. Difícilmente podría hacer otra cosa. Pero el contraste en blanco y negro del mármol arlequinesco pronto le provocó un ataque de vértigo, por lo que levantó los ojos para seguir la barandilla de caoba tallada a mano que conducía a los pisos superiores. Se curvaba en elegante sinuosidad, como la espalda de una mujer arqueada en el acto de hacer el amor. Estilo *art nouveau* en su máxima expresión. Intrigado, su mirada se elevó aún más hacia donde una lámpara de araña alimentada por gas, adornada con cien cristales en forma de lágrima, brillaba completa y directamente sobre su cabeza. Dio tres pasos instintivos a la izquierda por la remota posibilidad de que un cerrojo se soltara de repente. La casa, reflexionó, era vieja y estaba adornada con envidiables huesos prerrevolucionarios, pero apestaba al olor de dinero nuevo. Lo que su madre llamaba *nouveau riche*. Se preguntó, brevemente, si la propietaria recién enviudada planeaba vender.

El criado regresó y lo escoltó hasta la parte trasera de la casa, donde un solárium abovedado dominaba la ladera sur del viñedo. La adición era típica de otras casas acomodadas que había visitado, con su trabajo de metal verde-cobre y vidrio arqueado. Aunque este tenía una clara diferencia en el interior. Un escritorio Mazarin, tallado en ébano y nogal, estaba apoyado contra una pared. Se parecía a uno que había visto en un museo, solo que este ejemplar era mucho más elaborado en escala. El escritorio adornado debía de tener cientos de años, pero hierbas secas y flores muertas colgaban de sus raíces fangosas de un estante suspendido arriba, lloviendo tierra sobre las botellas, frascos de tintura y una fila de libros de aspecto antiguo dispuestos en la parte superior. Quería echar un vistazo dentro de los cajones, pero la criada apagó el impulso ofreciéndole un asiento en una de las cuatro sillas de damasco dispuestas alrededor de una mesa de caoba en el centro de la habitación.

Él le agradeció y tiró su sombrero sobre la silla mientras admiraba el

notable vigor de las plantas que crecían en macetas cerca de las ventanas. Las exóticas hojas de palmera formaban un arco hacia el techo, y diminutas suculentas se posaban bajo cúpulas de vidrio, junto con contenedores de dedalera, belladona y un hermoso arbusto ornamental que no conocía. Las hojas rojizas y las flores puntiagudas comenzaban a florecer. No vio lilas entre ellos, aunque el aire estaba cargado de su embriagador aroma. Entonces recordó el aroma de su perfume. Giró a su izquierda para encontrar a Gerda du Monde de pie en un banco de alfarero detrás de una de las enormes palmeras.

Iba vestida con encaje negro de luto mientras estaba de pie ante una hilera de orquídeas blancas. El efecto fue tan fuerte como ver un cuervo en la nieve. Cortó un trozo de cordel con sus tijeras, luego lo ató alrededor del cuello de una flor cargada de flores, asegurándolo a una estaca de madera en la maceta.

—Bueno, bueno, bueno, señor Martel —dijo sin levantar la vista—. El abogado de la asesina de mi marido.

—Espero demostrar lo contrario. —Ella soltó una risa sin humor ante su afirmación—. Gracias por acceder a recibirme —dijo—. Como decía mi telegrama, espero poder hacerle algunas preguntas sobre esa noche.

—Es libre de preguntar, aunque ya le di mi declaración a la policía y a ese tonto agente de la Oficina de Regulación de los Acuerdos.

—Sí, he leído sus comentarios. Después de descubrir el cuerpo de su esposo, fue usted, de hecho, quien exigió a la policía que se pusiera en contacto con el agente Nettles para informar que había ocurrido un crimen sobrenatural. Es una de las cosas que me provocan curiosidad. No deseo que se sienta incómoda, pero ¿puede decirme qué fue lo que le convenció en la escena de que se trataba de un crimen de brujería? ¿Había una marca? ¿Un olor a azufre en el aire? ¿Algún tipo de aura?

Ella giró la maceta de la orquídea de un lado a otro como si decidiera qué ángulo le sentaba mejor.

—¿Tiene mucha experiencia con lo oculto, monsieur?

—No, en realidad no. —Tenía incluso menos experiencia en casos de asesinato, pero no estaba dispuesto a anunciar eso.

—¿Nunca se sentó en una sesión de espiritismo? ¿Nunca han leído su palma? ¿Nunca compró una poción de amor en un carnaval?

—¿No todos juegan esos juegos cuando son jóvenes?

Ella finalmente volvió la cabeza y lo miró con esos ojos azules como hielo.

—Entonces, ¿no los considera como parte de las artes sobrenaturales? ¿Es posible que ya comprenda que la magia real no se trata de trucos de salón? Quizás esté más avanzado de lo que pensaba.

Jean-Paul recordó su conversación con el hermano Anselm la noche en que vio materializarse a la bestia en el viñedo. Le picaba las palmas de las manos con sudor incluso ahora al recordar la imagen, sabiendo que era real. O al menos sabiendo que la gárgola existía en algún plano de existencia invisible. La experiencia había transformado profundamente su visión de lo sobrenatural.

—Quiero defender a Elena, es decir, a mademoiselle Boureanu, lo mejor que pueda. Estoy dispuesto a aprender todo lo que necesite sobre el ocultismo para que eso suceda. Soy consciente de que requerirá un conocimiento más profundo de la magia que el que tengo ahora.

—No cualquier magia. —Hizo girar la orquídea una vez más y golpeó con un dedo bajo su delicado pétalo—. La magia de sangre es una forma de hechicería muy antigua y venerada. También bastante asquerosa. La mayoría de las brujas hoy en día no tienen estómago para eso —dijo, recogiendo la maceta de la orquídea y cruzando el suelo hacia el escritorio.

Para evitar su propia incomodidad con el tema, sacó lápiz y papel del bolsillo de la chaqueta y se comprometió a mantener un comportamiento profesional por el bien de Elena.

—¿Puede decirme en qué se diferencia la magia de sangre? ¿Para qué se usa? —E incluso mientras decía las palabras, tuvo que luchar contra un escalofrío que le advirtió que estaba invadiendo un terreno peligroso.

Estaba de espaldas a él mientras pasaba el dedo por los frascos de tintura del escritorio, pero él sintió una sonrisa en su respuesta.

—La sangre es el combustible que impulsa ciertos hechizos —dijo y tomó una botella de líquido aguamarina. Destapó el corcho y pasó la solución debajo de su nariz—. El derramamiento de sangre libera la energía para que pueda ser aprovechada y utilizada. No muy diferente a la gasolina en un automóvil.

A pesar del macabro tema, la comparación tenía sentido. La magia podría funcionar de manera muy parecida a la química o la física, o tal vez incluso a las matemáticas, solo que en una escala mayor. Debería seguir su propio conjunto de reglas, una fórmula o algún principio exótico, al igual que cualquier ciencia, aunque llevado a un extremo más allá de lo que el ser humano normal podría

hacer o comprender.

Y entonces la realidad de lo que había dicho Gerda golpeó su conciencia. Flebotomía. El corte de una vena o arteria, eso es lo que ella quería decir.

Ella se dio la vuelta como si leyera la mente, frunció el ceño mientras las lágrimas se formaban en sus ojos.

—Mi esposo fue asesinado por su sangre. Si hubiera visto el cuerpo, comprendería la diferencia entre un asesinato ritual y una herida mortal. El corazón tenía un corte limpio.

Él asintió como si entendiera su dolor, pero aun así no había comprensión de algo tan atroz. Expresó sus condolencias de nuevo y luego pensó que era mejor desviar la conversación hacia los aspectos más mundanos de la investigación para que no se cerrara y se negara a responder más preguntas.

—Sé que este es un momento difícil, pero ¿puede recordar los movimientos de su esposo ese día? ¿Tuvo visitas o citas inusuales?

—¿Inusual? —Gerda vertió una gota del líquido azul en un trozo de tela y luego lo puso sobre las hojas y los pétalos de la orquídea—. Bastien era un hombre popular y poderoso. La gente estaba aquí todo el tiempo. Todo el mundo quería algo de él.

—Elena no lo hacía.

—Ella lo quería muerto. Eso es algo.

Sorprendido por su franqueza, luchó por una respuesta, pero fue interrumpido por la sirvienta, que había regresado con una bandeja con un servicio de café para dos y un sobre.

—Esto acaba de llegar, madame. El mensajero dijo que era urgente.

Gerda terminó de aplicar el líquido sobre la orquídea —vitriolo azul, con toda seguridad, la misma mezcla que usaba para tratar los hongos— luego lo puso en el centro de la mesa de café antes de romper el sobre y abrirlo con la uña. Su ceja izquierda se arqueó con interés mientras leía su contenido.

—Gracias, Marguerite. Estás libre por el resto del día. Puedes ir a tu habitación.

—¿Debo servir el café primero?

—Me reservaré ese placer para mí.

La sirvienta inclinó la cabeza como sabia ante las consecuencias de

demorarse y giró sobre sus talones. Gerda volvió a guardar la nota en el sobre y luego le indicó a Jean-Paul que se sentara.

Prefería pensar que era hora de ponerse en camino. Dado su estado de ánimo, dudaba que obtuviera tanta información útil como esperaba, y aún necesitaba preguntar a la Oficina sobre las brujas del mercado negro que Elena había mencionado, pero no deseaba parecer descortés. Jean-Paul se sentó a regañadientes en una de las sillas de damasco. En cualquier caso, ciertamente le vendría bien una descarga de cafeína para superar la investigación que tenía por delante.

Se había acomodado, cruzando las piernas, cuando madame dejó caer la nota que le habían entregado. Se inclinó hacia adelante para recuperarlo, estirando torpemente su brazo debajo de la mesa.

—Dígame, ¿sabe si el inspector trató de obtener una confesión de su cliente? —preguntó Gerda mientras se sentaba en la silla de enfrente y servía el café—. He oído que puede ser bastante brusco, una vez que se cierra la puerta.

Sus ojos se clavaron en la nota mientras se la devolvía. El remitente era de la prisión de Maison de Chêne.

—La interrogaron, por supuesto —dijo distraídamente—, pero no tiene nada que confesar.

—¿Crema?

—Por favor. —Aceptó el café y tomó dos sorbos, curioso por las noticias urgentes de ella.

Madame removió el azúcar en su taza y sonrió.

—¿Está enamorado de ella? —Sopló suavemente su café y luego tomó un trago. La orquídea se balanceó ligeramente, como si su aliento se hubiera apoderado de la taza. El peculiar aroma de la flor lo golpeó de lleno en la cara junto con la franqueza de su pregunta—. Tengo curiosidad porque le vi escupir las tartas en la panadería ese día que nos conocimos en el pueblo. Tilda rara vez se equivoca, así que no estaba muy segura de qué pensar de su reacción.

Jean-Paul tropezó con una serie de "ums" y "ahs" mientras dejaba su taza.

—No sé cómo…

—Verá, gran parte de lo que hago como bruja es leer las hojas de té de la vida de una persona después de que se le ha quitado la pretensión. La interpretación es verdaderamente la mayor parte del arte de la magia. —Dejó su

taza y se inclinó hacia adelante—. Así que déjeme preguntarte de otra manera. ¿Mademoiselle Boureanu siente lo mismo por usted, llena de “hmms” y “ahs” y negaciones sonrojadas?

Dios, ¿qué había en esa nota?

—¿De qué se trata esto? ¿Ha pasado algo?

Gerda chasqueó la lengua detrás de los labios fruncidos tres veces.

—Parece que su cliente se ha escapado.

—¿Qué? ¿Está segura? —Le tendió la nota el tiempo suficiente para que él pudiera ver la firma del inspector Nettles. Su cuerpo se tensó, listo para volar hacia Elena—. Debo irme de inmediato.

—Oh, no lo creo. —Aventuró la carta en la flor de modo que una nube de partículas parecidas al polen flotó hacia el rostro de Jean-Paul—. ¿No sería mucho más divertido ver cuánto tiempo le toma a ella venir a ti?

Había tenido suficiente de esta mujer, a pesar de sus trágicas circunstancias. Tomó su sombrero y se puso de pie. O al menos pensó que se había levantado de su silla. En cambio, sus piernas parecían flotar debajo de él, acuosas y débiles. Cayó hacia atrás contra el damasco. Su cabeza daba vueltas como si estuviera atrapada en un remolino. El suelo se ondulaba, la luz se atenuaba y un pensamiento final pasó por su cerebro.

Eso no era vitriolo azul en la botella.

Capítulo Veintidós

Elena se despertó con el olor a alcanfor. Abrió los ojos para encontrar su nariz presionada contra el costado de un baúl de madera, del tipo decorativo que se usa para guardar mantas y ropa contra la amenaza de las larvas de invierno hambrientas. El aroma medicinal de la madera funcionó como sales aromáticas para revivirla, y rodó sobre su espalda. Sobre ella colgaba un caleidoscopio de telas de colores adornadas con plumas y lentejuelas, lo que confirmaba que había pasado la noche en el suelo de una carreta de carnaval.

—Buenos días, pájaro libre. —Una Yvette de ojos borrosos sonrió desde la litera de arriba.

Algo puntiagudo se clavó en el trasero de Elena. Se agachó y se quitó una bota roja con cordones, con la puntera ligeramente aplastada.

—¿Qué hora es? —preguntó y arrojó la bota a un lado.

Yvette había jurado en medio de la noche que conocía un lugar seguro a solo unos kilómetros de distancia donde podían esconderse. Dónde exactamente, Elena no había preguntado. Todo lo que sabía era que en ese momento tenía frío y estaba húmeda de pisotear la hierba que le llegaba hasta la cintura, húmeda por el rocío, y que tomaría cualquier agujero, siempre que estuviera seco. Yvette los había llevado directamente al carnaval siguiendo un instinto que envidiaría un sabueso.

La joven se metió el pulgar entre los dientes y empezó a masticar locamente la uña.

—Nos quedamos dormidas. El lugar ya está activo. Dios, me muero por fumar.

—Aquí no, no lo harás.

El desafío vino de la parte delantera del carro cerca de la puerta, donde una pequeña morena estaba sentada en un banco empotrado acolchado. Luchaba con un par de medias blancas mientras las aseguraba a una liga debajo de una falda con flecos dorados que apenas le cubría los muslos.

—Con mi mala suerte, incendias todo el lugar. —Sus palabras estaban lacadas en el fuerte dialecto de su lengua materna.

—Me extrañaste, ¿no es así, JuJu?

—Como una serpiente echa de menos los zapatos.

Mientras las mujeres intercambiaban púas amistosas, Elena se sentó para mirar a través de la cortina de una pequeña ventana. Media docena de hombres vestidos con ropa de trabajo estaban sentados debajo de una tienda con las solapas enrolladas, comiendo en una mesa compuesta por una tabla delgada de madera contrachapada colocada sobre un par de caballetes. Le preocupaba la cantidad de personas que podrían haberlas oído llegar.

—¿Estás segura de que es seguro aquí?

—No le hagas caso. Ésta es mi gente. Estamos tan cómodos como un insecto en una alfombra.

JuJu asintió, ajustando sus pechos hacia arriba dentro de su corsé rojo y dorado.

—Solo nos estamos divirtiendo. Yvette es mi mejor compañera de cuarto. Solo ronca un poco. Ni siquiera tiré sus cosas mientras ella no estaba. No le he dicho a nadie que estás aquí.

—Vamos, Ju. Me muero por fumar.

—No se fuma aquí. Hay demasiadas cosas bonitas.

Elena volvió a mirar la variedad de disfraces alineados pulcramente a lo largo de una pared, cada uno como un pájaro tropical, plumoso e iridiscente.

—Oh là là, de una cárcel a otra. —Yvette se quitó la manta y pasó las piernas por el costado de la cama elevada—. Entonces, ¿cuál es el estado de ánimo? ¿Alguien nuevo que necesite conocer?

JuJu levantó un espejo y aplicó un punto de colorete en cada mejilla.

—Una nueva chica hace un truco de magia con perros pequeños. No es tan buena como yo en el monociclo, pero está bien el espectáculo. Un hombre se unió a la tripulación hace unos pueblos. Reemplazó al viejo Antoine. —Tomó una barra de kohl y se rellenó los ojos con líneas oscuras—. Todo lo demás es lo mismo.

Yvette se puso de pie de un salto y arqueó la espalda en un estiramiento felino. El estrecho carro pareció encogerse aún más, una vez que todas estuvieron despiertas y en movimiento. Elena se levantó del suelo y se sentó en el borde de la cama. Cuando llegaron en las tranquilas horas previas al amanecer, Yvette llamó a la ventana con un patrón que despertó al dueño del carro. Sin preguntar se les permitió entrar, cada una se fue para encontrar su rincón para dormir. Ahora que había salido el sol, Elena pudo ver que era un pequeño pero acogedor nido de elementos esenciales autónomos: estufa lo suficientemente grande para hervir agua, una despensa para guardar productos secos, una mesa plegable para dos, un baúl de alcanfor y un perchero hecho a medida para albergar una docena de coloridos disfraces.

—¿Está bien si preparamos un poco de tu gran té, JuJu?

—Sírvanse ustedes mismas, pero no fumen —respondió y aseguró una tiara de plumas sobre su cabeza.

JuJu besó a Yvette en ambas mejillas, saludó con la mano a Elena, luego salió del vagón con cada curva de su cuerpo en exhibición para que el mundo la viera.

—No puedo quedarme en este vagón estrecho todo el día —dijo Elena, dejando caer la cortina.

Yvette avivó la pequeña estufa con leña y luego encendió una larga cerilla.

—Bueno, no puedes irte. No vas a hacer que me arresten de nuevo porque no puedes quedarte hasta que oscurezca —dijo y apagó el fósforo.

Elena se preguntó si era posible lanzar un hechizo lo suficientemente grande para aturdir todo un carnaval. Obviamente, no con los pocos suministros con los que tenía que trabajar. Aun así, no estaba por encima de murmurar un hechizo doloroso en un lugar tan sofocante. Todo lo que se necesitó para eso fue un hechizo inverso y una pequeña hoja de consuelda, que cualquier bruja debería tener. La tentación hizo que sus dedos le picaran por abrir una botella de la cosa.

Pero en una búsqueda secundaria del carro, notó que faltaba algo.

—Tu compañera de cuarto dijo que no tiró ninguna de tus cosas, así que, ¿dónde están tus artículos? ¿Tus hierbas, tus encantos y amuletos?

La joven se encogió de hombros.

—No tengo nada de eso.

—Pero debes tener un Libro de las Sombras. ¿Cómo haces tus hechizos?

Yvette se cruzó de brazos y se apoyó en una cadera.

—No todo el mundo es tan elegante como las brujas de la vid. Conozco los hechizos que necesito para sobrevivir, y hasta ahora eso ha sido bastante bueno para mí.

Elena sospechaba que la joven tenía poca formación, pero nunca antes se había encontrado con una bruja analfabeta. Se hundió en el banco acolchado. Había asumido que Yvette tendría un libro de hechizos que podría usar, un libro de lo oculto, algo que podría darle una ventaja para descubrir cómo se usó la magia de sangre en los asesinatos. Era una de las razones por las que había aceptado pasar la noche apretada entre media docena de zapatos puntiagudos y un baúl que olía al sótano de una funeraria. Si tuviera que esconderse, al menos podría pasar el tiempo tratando de entender cómo y por qué la habían incriminado.

No había nada para eso. Ella tenía que irse. Elena se pasó los dedos por el cabello, retorciéndolo en un peinado respetable.

—Lo siento, pero no tengo el lujo de esperar hasta que oscurezca.

Yvette golpeó la tetera sobre la estufa.

—¿Quieres que te atrapen, es eso?

—Obviamente puedes cuidarte a ti misma, pero hay cosas más allá de mi conocimiento que debo resolver. Ahora en lugar de después.

—¿Qué tipo de cosas?

—Teorías sobre la matanza de animales y la magia de sangre para empezar.

Yvette se frotó la piel de gallina en los brazos.

—¿En qué diablos estás involucrada?

Elena explicó sobre el asesinato y su arresto, y sobre los gatos, la sangre y la bruja que todavía estaba libre para volver a matar. Yvette escuchó mientras preparaba el té. Para su crédito, nunca se inmutó, incluso cuando Elena admitió en un momento que había tenido la intención de matar a Bastien.

Yvette le entregó a Elena su té.

—Como dije antes, no conocí a mi mamá. Si tenía un libro de hechizos, nunca me lo dejó. Sin embargo, eso no significa que no sepa cómo poner mis manos en uno. No soy la única bruja que viaja con este carnaval de vagos.

Ella pensó que Yvette era un caso aislado, alguien que se había perdido demasiado pronto para saber a qué parte del mundo de la magia pertenecía. La vida de carnaval tenía una forma de atraer a aquellos que se habían encogido de hombros ante la conformidad. Un lugar donde el pato extraño podría encontrar su bandada. Supuso que tenía sentido que hubiera otros, pero ¿sabrían algo más que la joven?

—Entonces, ¿cómo encontramos a esta otra bruja si no podemos dejar el carromato?

Yvette miró los estantes de bonitos disfraces que cubrían la pared.

—Tal vez haya una manera de salir después de todo. —Dejó su taza y sacó un traje verde brillante, dirigiendo una sonrisa torcida a Elena—. ¿Qué piensas de los pavos reales?

***

Una hora después, Elena salió del vagón con zapatos prestados. Eran suaves y de tacón plano, hechos para actuar en colchonetas acrobáticas. Más bien pensó que eran una mejora con respecto a los zapatos que pellizcaban los dedos de la mayoría de las mujeres. El atuendo, por otro lado, tomaría un tiempo acostumbrarse.

Había protestado con éxito por la capa de plumas de pavo real, pero no pudo defenderse por completo del extravagante gusto de su compañera de celda. El precio de dejar el vagón antes del anochecer significaba ponerse unos pantalones harem atrevidos, un turbante de plumas y un corpiño con cuentas plateadas que afortunadamente cubría la mayor parte de su estómago, aunque sus brazos estaban desnudos. Los pantalones sedosos se agitaban mientras caminaba, imitando el fluir familiar de una falda, pero descubrió que le proporcionaban mucha más libertad. Sus piernas se atrevieron absolutamente a saltar del último escalón. Pero el velo plateado que cubría de mejilla a mejilla fue lo que

finalmente le dio más libertad. Solo sus ojos, que ahora estaban enmarcados en el mismo kohl oscuro que los de Yvette, asomaban por encima de la seda.

Le dio a cada extremo del velo un pliegue seguro debajo de la banda del turbante mientras Yvette cerraba la puerta del vagón y bajaba los escalones.

—Por aquí.

La joven no parecía tener ni un poco de vergüenza por salir a pasear a plena luz del día con un ceñido mono de arlequín. Si tenía algo de vergüenza, estaba bien escondido detrás de la máscara de ojos negros mientras lideraba el camino, adaptándose rápidamente a la libertad de sus propios pantalones inmodestos.

Después de meterse entre un par de carromatos, Elena pudo ver por primera vez el terreno del carnaval. Dos enormes carpas de rayas rojas y blancas se levantaron en el centro de una zona de césped rodeada por una docena o más de caravanas. Muchos de ellos tenían sus costados pintados con símbolos de suerte y buena vida: una estrella, una luna, una flor de cinco pétalos. Algo en las imágenes abrió un recuerdo en la mente de Elena, pero se fue con la niebla de la mañana.

No muchos se movían fuera de sus carromatos todavía, pero los que lo hicieron habitaban el mundo como si fueran criaturas de un cuento de hadas cobrando vida. Un hombre con un bigote retorcido pisoteó el suelo sobre pilotes de un metro, elevándose sobre una carreta para guardar ropa para dormir en lo alto del techo. En el otro lado del campo, una mujer tatuada avivó las llamas de un fuego de cocina, mientras que una niña hizo una voltereta hacia atrás en la hierba con una boa constrictor que estaba envuelta alrededor de su cintura. La mujer sonrió con aprobación mientras untaba miel en el pan para el desayuno.

A Elena se le encogió el estómago al ver la comida, pero ni siquiera el hambre pudo distraerla del espectro de un payaso desmayado borracho bajo una rueda de carro. Su pintura facial blanca se había manchado en la hierba cubierta de rocío, creando un grotesco remolino de boca, nariz y ojos. Fuera lo que estuviera usando la noche anterior, la mañana había desenmascarado un rostro macabro que acechaba debajo. Él se despertó para mirarla con los ojos nublados.

—¿Qué *estás* mirando? —Se llevó una botella de ginebra a los labios. Al encontrarla vacía, tiró la botella al césped, refunfuñó y se dio la vuelta.

—No le hagas caso —dijo Yvette con un movimiento de la mano mientras se paraban sobre su cuerpo boca abajo—. Jacques puede parecer un desastre ahora, pero estará sobrio a la hora del espectáculo y volverá a oler como una margarita. Es un Pierrot adorable cuando está de pie. Un doctor Jekyll y monsieur Hyde normales, ese.

Dos seres que viven dentro de un cuerpo. Elena tuvo que encogerse de hombros ante el estremecimiento convulsivo que siguió, recordando su estrecha vista desde detrás de los ojos del sapo.

Yvette empujó el pie del payaso con su zapato para llamar su atención de nuevo.

—¿En qué dirección está el carromato de Rackham?

—¿Qué quieres con ese viejo?

—Tiene algunos libros que necesitamos pedir prestados.

Jacques gruñó como un animal en lo profundo de su garganta.

—Tengo toda una maldita biblioteca, pero nunca me ha curado el dolor de cabeza.

Elena enarcó una ceja.

—Intente masajear la planta de su pie izquierdo justo debajo del tercer y quinto dedo. Y beba unas tazas de té de corteza de sauce. Su cabeza se aclarará lo suficientemente pronto.

—¿Ella es uno de los tuyos? —preguntó con un movimiento de barbilla dirigido a Yvette. Ella asintió y él retrocedió unos centímetros detrás de la rueda del carro—. Está en la parte de atrás del encantador de serpientes —dijo y luego se arrastró en la otra dirección.

Yvette tiró a Elena a un lado por el brazo.

—Escucha, no hagas eso con Rackham. Mejor si te haces la tonta con él. Sabe lo pobre bruja que soy, pero por eso me ayuda. Le gusta ser superior y recordarme cuánto no sé.

—¿Entonces estás diciendo que es un hombre?

Yvette sonrió.

—Correcto, y la manera de obtener lo que quieres de él es mantener su pan untado con mantequilla en el lado derecho, si sabes a qué me refiero.

Elena sabía lo que quería decir y accedió a untarlo con elogios suficientes para distraerlo de sus motivos.

¡EL ESPECTACULAR PROFESOR RACKHAM, AMO DEL OTRO MUNDO! Las letras pintadas a mano en el costado del vagón brillaban en oro. La pintura había sido mágica, por supuesto. Por la noche, bajo la luz parpadeante de las antorchas, brillaría como un letrero eléctrico en la ciudad, atrayendo como polillas a los enamorados, los desamparados y los simplemente curiosos. Todo el espectáculo tenía una calidad comercial de mal gusto que hizo que Elena dudara que este profesor Rackham fuera una verdadera bruja. El "tercer ojo" pintado sobre la puerta prácticamente le guiñó mientras subían las escaleras.

Yvette llamó a la puerta bordeada, naturalmente, con los símbolos astrológicos necesarios.

—Las matinés comienzan a las diez —respondió una voz masculina—. Puede volver entonces.

—Es Yvette, profesor. Mi amiga y yo necesitamos tu ayuda con algo. Ya sabes, *magia*. —Dijo esta última parte en un tono bajo y reservado, como un cebo meloso.

Un hombre vestido con una túnica verde y dorada reluciente y un turbante a juego abrió la puerta. Los ojos de halcón enmarcados en kohl negro miraban fijamente bajo un par de cejas pegadas que se alzaban en diabólica exageración. El pegamento que adhería el bigote de punta similar y la perilla en forma de cono rezumaba por debajo de su labio inferior. Retrocedió y mantuvo la puerta abierta.

—Por supuesto. Siempre estoy disponible para estudiantes del oficio que requieran asistencia profesional. Adelante.

Elena se sentó junto a Yvette en el sofá incorporado como se le indicó, mientras que Rackham se reclinó en un sillón de orejas de terciopelo y cruzó las piernas. El aroma del ámbar gris, fragante pero animal, se agitó en el acogedor espacio, despertando en ella una extraña sensación de déjà vu. Sabía que era mejor no ignorar el sentimiento, pero no encontró nada familiar en el carromato. Bueno, excepto por la naturaleza de los muebles. De hecho, Rackham poseía una

biblioteca completa. Libros viejos. Libros nuevos. Algunos encuadernados en cuero, otros en tela y uno o dos envueltos en la piel escamosa de alguna criatura marina muerta hace mucho tiempo. Llenaban los estantes detrás de su silla. Y donde no había libros, había hierbas, amuletos, un espejo de adivinación y pequeñas ranas de vientre suave embotelladas en formaldehído exhibidas en rincones empotrados. Y en el centro de todo, sostenida por un par de manos doradas, había una costosa bola de cristal encima de una pequeña mesa de caoba. *Un toque fuera del alcance de un psíquico de carnaval,* pensó, pero tal vez él era mejor en su arte de lo que implicaría su falsa habilidad teatral.

Rackham pareció absorber su aprecio por sus cosas, mostrando la mínima sonrisa cuando sus ojos se encontraron con los de él.

—Terriblemente grosero de mi parte al mencionarlo, lo sé —dijo, volviéndose hacia Yvette—, pero ¿no se supone que debes estar encarcelada?

Yvette se subió la máscara hasta la frente.

—Salí antes por mi buen comportamiento.

—Ah. —Hizo una ligera mueca en el hombro, descartando el tema como si no fuera de su incumbencia—. Entonces, ¿qué tipo de ayuda puedo ofrecerte a ti y a tu conocida hoy? —Sus ojos de halcón trazaron sus siluetas cuando Yvette señaló con el pulgar hacia Elena antes de alcanzar la baraja de cartas de tarot de la mesa lateral.

—Me gustaría pedir prestado un libro —dijo Elena. Mantuvo su rostro cubierto, prefiriendo dirigirse al profesor desde detrás de su velo. Podía mirar su aura todo lo que quisiera, pero tampoco vería más allá del velo púrpura.

—¿Algún volumen en particular que te interese? —Cruzó las manos en su regazo, con sus largas uñas amarillentas contra su piel pálida—. ¿Pociones de amor, amuletos de la suerte o magia lunar tal vez?

—¿Puedo? —Se inclinó hacia adelante e inclinó la cabeza hacia la derecha para leer los títulos en el lomo: *Un compendio de magia herbal; Grimoire de lady Everly; Prácticas chamánicas en el hemisferio sur; Libro de los Muertos*. Había tratados sobre vudú, nigromancia, visión de sombras y un libro del tamaño de la palma de la mano titulado *Maldiciones y conjuros* que hicieron que Elena parpadeara dos veces. En verdad, su colección rivalizaba con la biblioteca de magia del hermano Anselm en la abadía, salvo por una copia de *El libro de las*

siete estrellas, aunque cuando examinó el estante inferior fue evidente que el gusto de Rackham se inclinaba mucho más hacia el extremo oscuro del espectro. Un augurio afortunado para su particular necesidad. Señaló un libro de cuero negro y rojo con la etiqueta *Sanguinem Artes Ocultus*—. Ese sería un buen comienzo.

Rackham lo miró dos veces, sus ojos se movieron entre ella y el libro.

—No es la tarifa habitual para una mujer joven en una hermosa mañana de verano. —Tomó el volumen del estante, aunque no se lo entregó de inmediato. En cambio, hojeó las páginas casualmente, como si se volviera a familiarizar con el tema—. ¿Puedo preguntar de qué se trata esto? Es una magia bastante compleja que requiere una mente firme.

A pesar de su promesa a Yvette, no tuvo tiempo para jugar a la tímida tonta, no con tanta información fuera de su alcance.

—Exanguinación, para ser precisos. Me interesa cómo funciona en la hechicería ritual y con qué propósito.

Yvette golpeó las cartas contra la mesa y la miró con ojos de búho enojado.

Rackham, por otro lado, ya no intentó controlar la sonrisa que se había alojado en la comisura de su boca.

—Ah, si esto se refiere a las mutilaciones de gatos y al reciente asesinato en el valle, no serías la primera en especular sobre el tema. Ha sido la charla impulsora entre la gente mágica de todo el campo durante años. Aunque escuché que hicieron un arresto para estropear toda la diversión de adivinar quién podría ser el culpable. —Le entregó el libro—. En cualquier caso, el capítulo trece probablemente tenga lo que estás buscando.

Elena volvió a las páginas, revisando rápidamente, sintiendo que él la miraba mientras leía.

—La sangre —dijo—, no es ni buena ni mala en el lanzamiento de hechizos. Es simplemente un conducto de energía altamente concentrado. La sangre es vida, después de todo. Dónde y cómo se dirige esa energía es lo que determina su efecto.

—Ninguno de estos hechizos tiene continuidad —dijo Elena, levantando la vista del capítulo—. Son excepcionales con resultados específicos en mente. Pero las matanzas de gatos se presentan como rituales, repetidas una y otra vez.

Quizás esté sincronizado con la luna o alguna otra señal cosmológica.

—Pareces bastante bien informada sobre el tema.

Elena sintió un pellizco en su muslo. Una señal para simplificarlo.

—Solo tengo curiosidad por saber cómo funciona.

—Un poco de incursionar en las artes oscuras, ¿verdad? —Deslizó la lengua por los colmillos—. Todo el mundo se acerca a la magia de las sombras en un momento u otro. No hay nada de malo en apaciguar la curiosidad. Después de todo, sin la oscuridad lo bueno nunca brillaría.

—Nunca mantendría el cuerpo y el alma juntos si la gente no sintiera curiosidad por el lado oscuro de vez en cuando —agregó Yvette, ajustando la exposición de su escote antes de barajar la baraja de tarot nuevamente.

Los ojos de Rackham bajaron perceptiblemente.

—Así es.

—¿Por qué habría tantos animales involucrados?

—Varios pensadores profundos en el oficio, incluido yo mismo, creen que la matanza de gatos puede haber sido una mera floritura, una configuración para el asesinato real. Para establecer un patrón ritualista, como usted señaló. —Rackham pasó la mano por el estante y luego deslizó una página doblada de entre un par de libros—. Otros sospecharon una relación cronometrada con la luna o Saturno o incluso Júpiter —dijo, abriendo el papel para revelar una lista de fechas y lugares—. Pero se puede ver por las entradas de cuándo se reportó cada cadáver de animal conocido en el valle, no hay precisión en los asesinatos. Y como dije, ya arrestaron a la parte culpable, por lo que no tiene mucho sentido sacar a relucir el asunto de nuevo. Está resuelto. Todo lo que podemos hacer es esperar que revele su metodología antes de ser ejecutada.

Elena se agarró al borde del banco y luchó contra sus propios y sombríos impulsos.

—¿De verdad cree que todos esos gatos fueron asesinados para encubrir un solo asesinato premeditado? ¿Nada que ver con un ritual de sangre? Son muchos animales muertos, profesor. Media docena habría sido suficiente para formar un patrón y hacer que se menearan las lenguas, si eso fuera todo lo que el asesino hubiera querido.

Rackham se movió incómodo en su silla.

—Hay otros que se entretuvieron con la idea de que estaba sucediendo algo más siniestro. Pero nunca hubo ninguna prueba real.

—Siniestro, ¿cómo? —preguntó y volvió a pensar en las hermanas Charlatán y su apetito por acumular partes de animales muertos.

Miró a Elena entornando los ojos.

—¿Te importaría quitarte el velo?

Supuso que era una charla peligrosa. No es el tipo de cosas que se discuten en buena compañía. O con un extraño que acababa de conocer. Yvette le puso una mano en el brazo para detenerla, pero no había ningún daño real en mostrarle su rostro a Rackham. Él no la conocía. Y ella se iría al anochecer de todos modos. Si ese era el precio por la información que quería, era una suma insignificante. Sacó las esquinas del velo de su turbante.

—¿Siniestro cómo, profesor Rackham?

Él miró sus labios mientras se movían en la penumbra, y su garganta se convulsionó en un trago duro detrás de su perilla falsa. Frunció el ceño ligeramente mientras giraba el anillo alrededor de su dedo. Una piedra de sapo, notó Elena. Justo el tipo de amuleto inútil en el que un brujo de carnaval como Rackham pondría su fe. Aunque se preguntaba quién pensaba que podría estar dispuesto a envenenarlo.

—Realmente no podría decirlo. —Soltó el anillo y giró el cuello para mirar el reloj de la pared—. Y parece que se me acabó el tiempo. Las puertas se abrirán pronto y, como puedes sospechar, a menudo me asedian personas que buscan fortuna.

Había más detrás de lo que él había insinuado, estaba segura de eso, y no iba a dejar que se saliera tan fácilmente.

—Siniestro, ¿cómo? —repitió ella, quitando cualquier sumisión de su voz.

Él vaciló, evitando su mirada. Algo en su conversación lo había asustado. Lo que sea que supiera debía ser realmente perturbador.

Volvió a mirar el reloj y luego cedió.

—Se dice que hay hechizos que nunca se han escrito en ningún libro —

dijo al fin—. Magia vieja. Atado en la tierra. Retenido en una hendidura del tiempo. Algunos lo llaman conjurar al diablo, porque para ver el hechizo ejecutado, uno debe entrar en un intercambio. Es la magia más negra. Del tipo que puede destripar el alma si incluso una palabra está fuera de lugar.

—*Démon dansant*. —La boca de Elena se hizo agua al sentir las palabras en su lengua—. Pero es solo una rima infantil. ¿Estás diciendo que es real?

—Más de una bruja ha expresado esa creencia. ¿Crees que tu pequeño valle es el único lugar donde se ha encontrado un rastro de criaturas muertas? Viajo por todo el continente. Dondequiera que voy hay otras historias. Teorías. Sospechas. La policía no realiza un seguimiento de esas cosas, pero las brujas sí.

—¿Qué significa *démon dansant*? —preguntó Yvette, abrazando una almohada contra su cintura.

Elena recitó la rima que había aprendido de niña y luego explicó.

—Es magia que se esconde en las sombras, fuera de la vista del ojo del Omnisciente. Y los pactos.

Rackham agregó—: Participar en la magia con un demonio es desollar tu corazón, tu mente y tu alma y abrirte a él con la promesa de un intercambio de inmenso poder. De qué forma, no estoy seguro. El dinero, la autoridad o tal vez incluso la inmortalidad sería mi suposición.

—Lo que explicaría el extenso rastro de animales muertos.

Yvette le dio la vuelta a la Reina de Bastos.

—*Merde*, ustedes dos me están dando escalofríos.

—Con buena razón —exclamó Rackham, reafirmando su aire de autoridad una vez más—. Pero si eso es lo que estaba haciendo esta asesina, no necesitarán un juicio. Sin más sangre para sus hechizos, el pacto se romperá. Así es como funciona la magia oscura. Se marchitará hasta convertirse en una tira de cuero como las bestias que ha matado.

—Pero ¿y si la persona no hubiera sido capturada todavía? —aventuró Elena—. ¿Habría alguna forma de reconocerla? ¿Un aura oscura alrededor de la pupila? ¿O tal vez una marca dejada en la piel por el intercambio?

—Un olor. Eso es lo que han conjeturado algunos estudiosos. Una marca reveladora sería el olor que deja el demonio en el intercambio.

Acre, fétido, sulfúrico, era algo, por vago que fuera.

Rackham se liberó de su aguda mirada.

—Ahora, si no hay nada más, debo realinear mis chakras y prepararme para mis clientes.

Yvette miró a Elena por el rabillo del ojo antes de deslizarse la máscara hacia abajo sobre su rostro.

—Gracias por recibirnos, profesor —dijo, apilando las cartas del tarot en la mesa lateral.

—Ciertamente. Aunque les pediría que mantengan esta conversación sólo entre nosotros —dijo—. Un poco de travesura en las artes oscuras es algo bueno para la reputación, pero no quiero que nada de este asunto de los demonios, si eso es lo que es, esté asociado con mi trabajo como médium. La mayoría de los mortales están lo suficientemente nerviosos cuando entran en mi carro sin hablar de demonios.

—Por supuesto, profesor.

Extendió la mano para recuperar el libro de Elena. En su lugar, hizo el esfuerzo de volver a colocarlo ella misma en el estante inferior. Se demoró un segundo más, su dedo recorrió las otras espinas, antes de girarse para mirar a Rackham por encima del hombro.

—Tienes una colección maravillosa —dijo y se colocó el velo en su lugar.

Intentó asentir cortésmente, aunque sus cejas se fruncieron en una expresión preocupante.

—Espero que te haya resultado útil, madeimoselle... ¿Cómo dijiste que te llamabas?

Pero Elena ya había salido por la puerta, un cristal del tamaño de su palma estaba escondido en el bolsillo de sus pantalones de harén.

Mantuvieron la cabeza gacha hasta que doblaron la esquina del carro más cercano. El ritmo del carnaval se había acelerado a medida que los trabajadores se apresuraban a prepararse para las inminentes multitudes. Yvette tomó a Elena del brazo y la llevó a un espacio tranquilo donde las dependencias estaban alineadas detrás de la tienda del encantador de serpientes. Allí, la bruja más joven sacó sus cigarrillos y encendió un fósforo. Aspiró profundamente el humo

y luego lo dejó salir lentamente.

—Tienes dedos pegajosos —dijo cuando se calmó.

—Viste eso, ¿verdad?

—Puede que seas buena en los hechizos, pero yo soy muy buena robando. —Yvette se sentó en un fardo de heno y sacudió la ceniza de su cigarrillo—. Nadie sobrevive en la calle sin saber arrebatar un poco de esto y aquello para salir adelante.

—Nunca había tenido que robar nada.

—Eres afortunada. Entonces, ¿por qué ahora?

Elena sacó el cristal de su bolsillo.

—Podía sentir el aura fuerte de protección que emanaba de él. *Si* puedo encontrar al verdadero asesino, necesitaré toda la protección que pueda conseguir. No le dirás, ¿verdad?

—Nadie sobrevive en las calles por mucho tiempo si lo delatan. —Yvette dio una calada profunda a su cigarrillo.

La mirada lejana en sus ojos cuando exhaló despertó un instinto fraternal en Elena. Tuvo que contenerse para no apartar el cabello de la chica de su cara y decirle que todo estaría bien. En cambio, se sentó a su lado, sintiendo el sol de la mañana calentar su rostro a través del velo.

—Dijiste que no había un patrón en los asesinatos, pero lo hay —dijo Yvette después de una pausa—. No quería decirlo delante del profesor, pero he visto lo mismo antes.

—¿Reconociste algo?

—Es el ansia. Por eso siguen haciendo el mismo hechizo una y otra vez. Para alimentar un poco el hambre —dijo Yvette, como si estuviera mirando recuerdos—. Solo después de un tiempo, lo que sea que estén haciendo ya no es suficiente, por lo que el siguiente puntaje tiene que ser un poco mayor para obtener el mismo resultado. ¿Alguna vez has estado con un caballero que está ansioso por meterse el polvo blanco en la nariz? Créame, no querrás interponerte entre él y su próximo golpe de locura. O un borracho y su próxima botella —dijo con un movimiento de su barbilla hacia el payaso Jacques, quien salió de la letrina con su sombrero puntiagudo y su blusa blanca con botones negros.

—¿Un patrón de adicción?

Yvette asintió y tiró el cigarrillo.

—El peor hábito.

Inmortalidad. Poder. Dinero. Todos calificarían como drogas poderosas. Si hay que creer en Rackham, es por eso por lo que el asesino mató, impulsado por una compulsión tan fuerte que desafió la ley y la lógica.

Una visión de una obsesión diabólica cruzó por su mente. Un deseo de esparcirse. El asesino estaría con los ojos muy abiertos por la locura. Pero entonces Jacques, a quien había visto envuelto alrededor de una botella de ginebra vacía sólo una hora antes, pasó tranquilamente y saludó, agradeciéndole el remedio para su dolor de cabeza. No hubo un tambaleo en su caminar ni un temblor en su habla. Incluso su rostro, que había sido un lío abstracto, ahora estaba cubierto de pintura blanca fresca.

Si la adicción fuera la motivación detrás de los asesinatos, ¿el asesino también vacilaría entre extremos? ¿Entre el anhelo y la satisfacción? ¿Entre vivir una vida y quitarse la vida? Sí, por supuesto, pero la marca del demonio sería permanente, al igual que el disfraz de Jacques permaneciera borracho o sobrio. El hedor de la unión con un demonio se quedaría en el anfitrión. Debería.

La cabeza de Elena se levantó de golpe.

—El olor.

—Sí, la parte trasera de un carnaval siempre huele así.

—No, me refiero al demonio. Puede ocultar el comportamiento de la adicción, pero no puede ocultar el olor. No sin una solución potente.

—Acabaría ahogándome en una botella de L'Origan. Ja, lo haría de todos modos. Cosa divina.

—Perfume…

Elena volvió a ver la imagen de una caja de regalo perfumada colgando de una muñeca femenina mientras su memoria de olor recordaba el olor a carne podrida, tan fuera de lugar en ese momento. La comprensión la recorrió, cada nervio en alerta a la verdad.

—¿Cómo he podido ser tan estúpida?

Capítulo Veintitrés

Jean-Paul se despertó en la oscuridad. Su espalda se apoyaba sobre tablas cortadas sin lijar, y sus piernas no se movían. No podían moverse. Sus brazos, también le eran inútiles, atados en ángulos rectos a su cuerpo como si se estuviera postrando ante Dios. Un pallet de metro ochenta cuadrado se apoyaba contra su pecho, dejando el peso justo para que sus pulmones se expandieran. Sobre el pallet, sujeto por la piedad de una única cuerda atada a una manivela de metal, había una enorme rueda de metal con un tornillo helicoidal.

Inhaló una vez involuntariamente para calmar su miedo a sofocarse. El denso aroma a roble, tierra y fruta fermentándose anuló el hedor de su sudor y miedo. Estaba en una bodega, aunque no la suya. Y sin embargo, había cierta familiaridad en los alrededores. Intentó girarse para orientarse, pero su cabeza dio vueltas con una sensación de vértigo que le provocó náuseas. Se estabilizó y tragó saliva. El sabor del café negro recubría su lengua.

Y entonces recordó.

El susurro de una falda larga contra los adoquines le obligó a girar la cabeza y sufrir a través del mareo. El olor de la podredumbre, como flores cortadas que han estado demasiado tiempo en su agua, flotó hacia él, enfermándole. Hubo un chispazo al encenderse una vela en la oscuridad, y la cara de Gerda se hizo nítida a la luz.

—El efecto del polvo para dormir fue más corto del que esperaba —dijo —. Debo haberle errado a su peso. —Colocó el candelabro sobre una mesa de madera pulida, que debía usarse en la bodega para probar las muestras de las últimas cosechas, o quizá para abrir una preciada botella de vino del 99 en alguna ocasión especial. Pero claro. Él estaba en la codiciada bodega de vinos de monsieur Du Monde. Albergaba cientos de barriles en las catacumbas más abajo. Y, como recordaba incómodamente, también mantenía su prensa del siglo dieciséis, en la que ahora yacía restringido indefensamente—. Para un elitista nacido en la ciudad, está es una sorprendente buena forma —comentó y removió el corcho de un barril de vino.

Él levantó un hombro, probando la fuerza del artilugio medieval y

descubriendo que no cedía.

—¿Por qué está haciendo esto?

—No es nada personal. —Sonrió curvando las comisuras de la boca, revelando una fila de perfectos dientes blancos. Hundió un catavino dentro del barril para obtener una muestra, succionando una vena roja dentro del tubo.

—Esto es absurdo. Desáteme.

—No lo creo.

Enfurecido, se removió contra la madera, pero eso no consiguió que se aflojaran las restricciones.

—Necesito realmente que se quede quieto monsieur Martel —dijo, llenando la pequeña copa de plata que colgaba de la cadena de su cintura, con el vino del barril. Hizo girar el vino en la copa, y estudió su contenido.

Jean-Paul miró fijamente el techo. Le dolía el hombro, un dolor amortiguado de un moretón, y las sienes le palpitaban de los efectos remanentes de la droga, pero era el miedo que iba creciendo lo que inhabilitaba su mente. Apretó los ojos y oró a Dios que todo fuera un mal sueño. Pero cuando los volvió a abrir, vio una vez más el rostro de su improbable captor. Solo que algo había cambiado. ¿Era un truco de la luz de las velas, una mancha en sus gafas, o había algo diferente sobre su rostro? Levantó la cabeza para verla en un mejor ángulo. *Sí,* pensó, *su piel colgaba un poco alrededor de la boca, y sus ojos parecían pesados y entrecerrados.* Incluso su cabello había perdido su brillo, estaba erizado y esmerilado a medida que los mechones se iban soltando de su moño. El cambio le intrigó tanto que se le fue el miedo por el tiempo necesario para recuperar su sensatez.

La bruja, porque recordaba que ella era eso, olfateó el vino en su copa.

—Siempre fui mejor preparando ale —dijo después de pasar la lengua por sus dientes—. Pero este tinto tendrá una vida envidiable una vez que haya tenido tiempo de madurar. —Dio un paso hasta la prensa y extendió la mano con la copa—. ¿Desea una probada, enólogo?

El vino, un tinto que se aferraba a los lados de la copa de plata de muestras, tenía la tonalidad y el vigor de la sangre. Retrocedió con una nueva comprensión mientras su mente hacía la conexión.

—Fue usted, ¿verdad? Los gatos, la sangre, monsieur Du Monde.

Ella metió un dedo en el vino y lo movió.

—Siempre he sido yo —contestó, entonces lamió el vino del dedo y se enderezó—. Y volveré a serlo.

Recogió la vela y la llevó al centro del piso de la bodega. La luz de la vela iluminó un círculo de símbolos dibujados con tiza en los adoquines. No reconoció ninguna de las marcas, a pesar de que hicieron renacer un temor en la raíz de su instinto cuando los vio por lo que eran; símbolos de magia perversa, e ilegal.

No iba a vivir después de esto. Ella iba a matarlo y drenarlo de su sangre. La bilis se levantó por su garganta con el pensamiento. Pero entonces, ¿por qué aún no lo había hecho? ¿Qué había estado esperando? ¿Había algún ritual que tenía que llevar a cabo?

Y entonces, recordó la nota.

—Antes. En el conservatorio —comentó, mientras ella cantaba palabras tan extrañas a sus oídos que pensó eran tonterías—. Dijo que Elena escapó.

—Mmm. —La bruja no se molestó en levantar la vista de su trabajo, mientras dibujaba tres nuevos símbolos sobre el resto—. Es la razón de que sea mi cordero del sacrificio.

Justo como temía, la bruja sabía que Elena intentaría encontrarlo.

—¿Pero por qué? ¿Por qué involucrarla? ¿Por qué no simplemente escapar? Alejarse tanto como pueda.

—Porque ella sabe quién soy ahora, y cómo encontrarme. Y solo me queda cierto tiempo de vida.

La bruja se arrodilló en el centro de sus garabatos macabros y entonces volcó el vino sobre las piedras como en una ofrenda. Él entrecerró los ojos al círculo de luz. Su cabello se había blanqueado desde su rubio, empalideciendo a un esmerilado plateado, y sus caderas habían perdido sus curvas. Ella sonrió, sabiendo que estaba observando su transformación, y dejando escapar una risa taimada mientras sostenía la copa de vino con los nudillos nudosos.

El terror lo inundó, sabiendo que estaba a la merced de la magia de una asesina.

Capítulo Veinticuatro

Yvette vio a Elena dibujar un círculo con un palo en la tierra. Agregó una cruz en el centro y luego retrocedió para juzgar el equilibrio de los cuatro cuartos.

—¿Estás segura de que puedes encontrarlo de esta manera?

—Tengo que probar. —Sabía que las posibilidades no eran buenas, pero era todo lo que podía pensar en hacer. Tenía que advertir a Jean-Paul antes de que fuera a ver a la vieja bruja.

—Un círculo en la tierra no parece una buena protección.

Elena arrojó el palo a un lado.

—No, no lo es. —Buscó el cristal en su bolsillo—. Pero espero que sea suficiente para dejarme entrar y ver lo que necesito ver sin ser notada. Mantente alerta mientras estoy… lejos.

Elena sostuvo la caja de *allumettes* y cigarrillos en su mano, y se arrodilló dentro del círculo. Cerró los ojos y se concentró en los artículos. La sensación era débil, un solo hilo flotó en el viento, pero estaba allí, una huella de su aura. Respiró hondo y se hundió por debajo de la conciencia hasta que el mundo de sombras se cerró sobre su cabeza. Un susurro de “buena suerte” llegó a sus oídos justo cuando se deslizaba del mundo físico al de las sombras.

El rastro de su energía era casi imperceptible. Le preocupaba que no hubiera tenido las cerillas en su poder el tiempo suficiente para saber su ubicación, pero insistió, ampliando su enfoque para concentrarse en los cálidos ojos marrones de Jean-Paul, el aroma de su piel después de afeitarse, la forma en que su cabello caía hacia adelante cuando araba el campo sin sombrero. Y cómo su palma electrizó su piel cuando se tomaban de las manos.

Funcionó.

La atracción emocional que ya no podía negar hizo que sus sentidos fueran más profundos hasta que su yo sombra emergió en una habitación fría inundada por la oscuridad. La piedra bajo sus pies y el eco del espacio a su alrededor la

hicieron pensar en los claustros de la abadía o en una cueva subterránea, pero los olores no eran correctos. Su nariz detectó roble, vainilla y vino fermentado. Y algo sulfúrico. Estaba en un sótano, uno grande, pero el silencio la hizo temer que había calculado mal.

Llegó demasiado tarde.

Pero entonces una chispa de luz de una vela se encendió en el otro extremo de la habitación, y el techo gótico, con sus costillas arqueadas y postes centrales, apareció a la vista. Conoció el espacio de inmediato: el famoso sótano de Bastien, una serie de cavernas y túneles iniciados ochocientos años antes por los mismos ambiciosos monjes que habían plantado los primeros viñedos. Sabía que si tocaba uno de los soportes con un dedo, todavía oiría sus cánticos cotidianos zumbando en la mampostería. Sin embargo, no se atrevió a moverse para que su espíritu no perturbara el aire y provocara que la vela se agitara. En cambio, inclinó la cabeza y escuchó un latido.

En la esquina cerca de la luz, dos de ellos. No, tres. Uno latía al ritmo frenético de un humano presa del pánico, otro con el frío tic-tac de una serpiente a la caza, y el tercero taconeando con un ritmo frenético como alas que luchan contra una tormenta. No era el latido del corazón de una criatura de este mundo. Luego una cabeza se inclinó hacia la luz, el cabello gris y la piel arrugada y flácida con la edad.

Era el rostro de una mujer mayor… pero los ojos… destellaron en un azul brillante familiar mientras miraban hacia la llama. Luego se estrecharon para mirar en la oscuridad, y la nariz se movió, buscando su olor.

Elena la soltó. Se tambaleó, lanzándose hacia atrás a través del espacio liminal para volver a entrar en su cuerpo. Se despertó de su trance con la cabeza dando vueltas y el corazón al galope.

—Pensé que te había perdido por un minuto. Te quedaste en silencio y quieta —dijo Yvette.

Elena se quitó el velo y aspiró profundas bocanadas de aire.

—La vi. —Se estremeció al recordar el rostro arrugado que la miraba con esos ojos penetrantes. Eran del mismo azul deslumbrante que había recordado y, sin embargo, estaban llenos de malicia. Como si le hubieran arrancado una máscara.

—¿La viste? ¿Te refieres a la bruja asesina, asesina de gatos?

—Llego muy tarde. Ella lo tiene. En la sala de catas de la bodega. Creo que estaba atado.

—*Merde* —dijo Yvette, tapándose la boca con la mano—. No crees que ella también lo matará, ¿verdad?

El pensamiento se enganchó en el corazón de Elena.

—Sí, pero todavía no. Está esperando algo. Creo. Pero, ¿por qué hacerlo bajo tierra? ¿Por qué esconderse en la oscuridad?

Yvette miró por encima del hombro al carnaval cobrando vida.

—Porque se siente segura allí. Es familiar. Al igual que el carnaval es el primer lugar al que vuelvo.

La cabeza de Elena se levantó de golpe.

—Obtiene su energía de la humedad y la oscuridad. Cosas subterráneas. Invisible. Fuera de la luz.

—Como un…

—Como un demonio.

Elena se puso de pie y le pasó a Yvette la caja aplastada de *allumettes* y cigarrillos, disculpándose distraídamente por el daño.

La joven arrojó la lata inútil al suelo.

—No te preocupes por eso. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Nosotras? No vamos a hacer nada. —Elena sacó el fragmento de cristal de su bolsillo y pensó en las escasas hierbas que podría reunir para un hechizo. Nunca sería suficiente.

Yvette se quitó la máscara.

—Como el infierno que no lo haremos. —Se paró frente a Elena, bloqueando su camino—. No puedes dejar que se salga con la suya.

—No es mi intención.

—Mira, sé que no piensas mucho en mí, pero quiero ayudar.

—No te ofendas, pero ¿cómo va a ayudarme una trabajadora del carnaval

que maneja un comercio pervertido a enfrentarme a una bruja adicta al poder que, con toda probabilidad, está ligada a un demonio? Apenas puedes leer un libro de hechizos.

—Bien, soy una mierda con la magia. Soy una mierda en la vida. Pero sigo siendo una bruja y vas a necesitar mi tipo de ayuda.

—¿En serio? ¿Y de qué tipo es ese?

Yvette se enderezó.

—Digamos que, entre nosotras dos, no soy yo quien dice que soy inocente.

La confesión envió un escalofrío a través de la conciencia de Elena. Sabía que la joven había sido encerrada por asesinato, pero se había permitido creer a medias que era una acusación falsa como la suya.

—Yvette…

—Es verdad. De acuerdo con la regla de tres, ya soy mercancía dañada. No aprendí mucho al crecer, pero sé mucho sobre magia. Si se trata de eso, si intenta hacerle a este hombre lo que ya le hizo al otro, me necesitarás. Quizás apagarla para siempre es lo que puedo hacer y tú no.

Y también podrías morir en el proceso, pensó Elena. Pero antes de que pudiera disuadir a la joven, estalló una conmoción al otro lado del recinto ferial. Los artistas que deberían haber estado en posición de recibir a los clientes para la inauguración del carnaval salieron disparados a sus carromatos. Y en algún lugar los hombres gritaron cuando estalló una discusión.

—Ese es Gustave, el dueño del carnaval —dijo Yvette, estirando el cuello hacia el ruido. Siguió un silbido estridente, que sonó una advertencia—. Uh-oh.

—¿Qué es?

—*Les flics.*

—¿La policía? ¿Ya nos encontraron?

—Todavía no, no lo han hecho. —Yvette se volvió hacia Elena—. Llévame contigo y te prometo sacarte de aquí de una pieza.

—¿Por qué estás haciendo esto?

La joven se encogió de hombros.

—No me gusta la gente que lastima a los gatos.

—¿Y si no puedo protegerte?

Yvette sacó una pequeña pero mortal horquilla de su peinado.

—Las brujas todavía sangran, ¿no? Puedo protegerme a mí misma.

Elena se quedó sin aire cuando finalmente cedió.

—No tenemos mucho tiempo.

—Menos mal que sé uno o dos trucos propios, entonces. —Yvette se bajó la máscara y se dirigió al otro extremo del carnaval—. Vuelve a la carreta de JuJu y espera allí. Me reuniré contigo en cinco minutos —dijo por encima del hombro antes de desaparecer detrás de un trío de zancos.

Elena alzó las manos en señal de rendición. Estaba empezando a pensar que la maldición se había unido a su sangre y huesos, afectando todo lo que veía, tocaba o amaba. Grand-mère incluida. Ella debía estar muy preocupada. Había muy poco tiempo, pero no podía permitir que su mentora volviera a preocuparse por ella. No después de lo que le había hecho pasar los últimos siete años.

Revisó los árboles distantes y pronunció un rápido hechizo de invocación. Una paloma y una cigüeña se abalanzaron sobre el cielo y aterrizaron a sus pies.

—Podrías enviar el mensaje equivocado —le dijo a la cigüeña y la ahuyentó. A la paloma de roca le explicó en los términos más simples sobre la vieja bruja y que estaba bien pero no podía regresar a casa. El pájaro arrulló, y ella lo envió con un hechizo para ayudar a localizar a la grand-mère, deseando poder volar con ella. Puede que todavía la maldijera con mala suerte, pero aun así no quería que la atraparan. Cubrió su rostro con el velo, se dirigió hacia la carreta de JuJu, golpeada una vez más por los caprichos del Omnisciente.

Capítulo Veinticinco

A pesar de ser antigua y obsoleta, Jean-Paul sabía que la vieja rueda era aún capaz de girar más bajo en su tornillo de Arquímedes, con presión suficiente para macerar cincuenta toneladas de uvas y liberar el *vin de presse*[18]. Lo había visto siendo demostrado con orgullo tres años antes, cuando había hecho un recorrido por la bodega a insistencia de Du Monde. Como si leyera su mente, la rueda le hizo un guiño a la luz de la vela y descendió sus primeros dos centímetros y medio, forzando el pallet esa distancia a comprimirse contra su pecho.

—No falta mucho. —Gerda caminó los escalones hasta la base de la vieja prensa—. Ella sabe que estás aquí.

—Arderás en el infierno por esto.

La bruja se burló.

—¿Qué te hace pensar que ya no lo he hecho? —Se arrodilló junto a él, sosteniendo un cuchillo, con una mirada casi tierna en el ojo—. Una pequeña garantía —dijo, entonces hizo un corte de cinco centímetros en su antebrazo expuesto.

Él la maldijo, la escupió, y se movió contra las sujeciones mientras ella sostenía la copa de vino contra su piel para recoger la sangre.

—Oh, vamos, ni siquiera hemos empezado —dijo, regresando a su círculo —. Deberías conservar tu fuerza para cuando comiencen los gritos de verdad.

Revolvió la sangre con el dedo mientras decía más tonterías. Se le subió el estómago a la garganta como si pudiera tener arcadas, pero lo contuvo, aterrorizado de atragantarse hasta la muerte en sus ataduras. Ella terminó cualquier hechizo que había armado con sus malvadas palabras y entonces regresó a él cargando un pequeño cuenco. Él se preparó para más extracción de sangre pero en vez de cortarlo, metió una cataplasma en el corte, aliviando el dolor del corte del cuchillo. ¿Ahora le estaba sanando? Tenía que estar demente. Loca.

—Aléjate de mí, demonio.

Su sangre le recubría una uña. Se la chupó y sonrió.

—Oh, no tienes idea —dijo, entonces giró la manivela en el estopor, para hacer que la rueda girara otros tortuosos dos centímetros y medio.

Capítulo Veintiséis

Elena se apretujó entre un par de ponis decorados con tocados de plumas y monturas de lentejuelas. La carreta de JuJu debería estar en línea recta, pero no lo estaba. Había ido por el camino equivocado, y ahora estaba terriblemente perdida en un laberinto de gente enojada del espectáculo, presa del pánico por evitar una persecución policial.

—¡Revísalo de nuevo! Revisé cada armario, baúl y espacio de almacenamiento. Están aquí en alguna parte, lo sé.

El inspector.

Estaba buscando en sus dos carros a la derecha. El timbre de su voz mientras gritaba órdenes sacó a Elena de su confusión. Retrocedió detrás de los ponis y giró a la izquierda, manteniéndose en la parte trasera de los carros para alejarse de él tanto como se atreviera. Era seguro por el momento, pero era solo cuestión de tiempo antes de que la policía se dispersara y registrara esa área también. ¿Podría correr y llegar a los árboles sin ser atrapada? ¿Había un hechizo que pudiera producir una distracción lo suficientemente grande como para engañar a un ejército de oficiales?

Se devanó el cerebro en busca de un hechizo que pudiera imitar los fuegos artificiales o los disparos, cualquier cosa que creara una conmoción que confundiera al inspector, cuando escuchó un motor ronroneando como un león. Un descapotable biplaza azul brillante se arrimó a su lado. Detrás del volante, después de ponerse un par de gafas de conducción, estaba sentada Yvette.

La joven aceleró el motor y empujó la barbilla hacia la puerta del lado del pasajero.

—Pensé que estabas perdida cuando no estabas en la carreta de JuJu.

—Me di la vuelta.

—Eres afortunada. Están por todo su carromato buscándonos. Vamos, entra.

No hubo tiempo para discutir. A pesar de sus reservas, Elena saltó al

asiento del pasajero del diabólico artilugio y se agarró. Yvette puso la palanca cambios en una marcha, luego pisó el acelerador y el coche aceleró. Elena se atrevió a echar un rápido vistazo por encima del hombro. El inspector salió corriendo de la carreta de JuJu, agitando frenéticamente a sus hombres para que regresaran con sus caballos y las persiguieran, pero el nuevo automóvil aceleró en el camino de tierra y despegó a una velocidad estimulante.

Yvette empujó el coche a cincuenta y seis kilómetros por hora, haciendo que la grava se agitara bajo los neumáticos mientras aceleraban por la carretera rural en el alegre biplaza. El cabello de Elena voló detrás de ella, y agarró los accesorios de latón macizo en el costado del parabrisas para sostenerse.

—¿Qué pasa? ¿Nunca antes has viajado en coche? —Yvette guiñó un ojo a través de sus gafas de conducción y sonrió.

—Nunca —gritó Elena por encima del rugido del motor. Apoyó la otra mano contra el tablero mientras cruzaban una curva. La aceleración soltó el velo de su rostro, enviando la seda ondeando al viento. Lanzó un hechizo rápido con él para crear la ilusión de que un abedul plateado había caído al otro lado de la carretera en caso de que las motos del inspector intentaran alcanzarlas. El truco no los detendría, pero podría confundirlos lo suficiente como para quedarse atrás.

Yvette dio unas palmaditas en el costado de la puerta.

—Ella es una belleza. El mejor bebé que he conducido en mi vida.

—O robado.

—*Prestado* —corrigió Yvette—. Es el orgullo y la alegría de Gustave. Lo recuperará de una pieza… finalmente.

No había duda de que era la forma más rápida de escapar, incluso si era mediante la mecánica de los mortales. Si los hombres del inspector las habían seguido, no estaban a la vista. Con la confianza de que el vehículo no se descompondría cada vez que chocaba contra un bache en la carretera, Elena relajó su agarre con los nudillos blancos en el parabrisas, aunque no podía dejar ir por completo la sensación de ir a toda velocidad hacia el peligro.

Pero ¿qué opción tenía? Jean-Paul no había pedido nada de esto. Había dicho desde el principio que no quería formar parte de la magia y las brujas. Sin embargo, había saltado con los pies por delante para defenderla de los cargos

falsos. Se había puesto en peligro, y ahora ella tenía que sofocar su miedo y hacer lo mismo por él. Recién resuelta, murmuró un hechizo de protección en voz baja mientras sostenía el cristal robado en su mano. Brillaba cálidamente contra su palma, y cuando miró hacia abajo después del tercer encantamiento, su nombre había sido grabado en el cuarzo. Besó el cristal para sellar el hechizo antes de guardarlo en su bolsillo.

Yvette redujo la velocidad del coche cuando se acercaron a una señal.

—¿Por dónde?

Habían llegado a la Y en la carretera donde un carril conducía directamente al pueblo y el otro se curvaba a través de los viñedos más bajos, la ruta más segura pero más larga. Elena miró el campanario de la abadía que se cernía sobre el pueblo y sintió que la punta de la brújula la empujaba hacia adelante.

—El pueblo —dijo.

Yvette miró por encima del hombro hacia la dirección en la que acababan de llegar antes de poner el coche en marcha a regañadientes para subir la colina. Por supuesto, había peligro al entrar en la calle principal. Un automóvil todavía llamaba la atención en la pequeña ciudad. Especialmente uno con dos mujeres buscadas por fuga y asesinato sentadas en los asientos de cuero. Pero una bruja no era nada sin su instinto, y el de Elena le decía que se detuviera en la abadía.

—Espera aquí —dijo una vez que Yvette se detuvo junto a la acera—. No tardaré ni un minuto.

La joven aceleró el motor para enfatizar.

—Espero que tengamos mucho tiempo.

La advertencia fue recibida con un firme asentimiento cuando Elena empujó contra la pesada puerta de madera de la abadía. El ábside milenario la recibió con lanzas de luz de colores que se dispararon a través de las vidrieras en la parte superior del espacio abovedado. Un monje calvo con una túnica azul y blanca levantó la vista de su barrido al oír el sonido de la puerta cerrándose detrás de ella.

—¿Elena?

—Hola, hermano Anselm.

Dejó su escoba a un lado y se acercó desde el altar, la confusión se acumuló en su rostro al notar sus pantalones harén y su corpiño plateado.

—Santo cielo, he escuchado varias historias sobre tu regreso, pero ninguna incluía una carrera en el circo.

—No tengo tiempo para explicar. Necesito tu ayuda.

—Ciertamente. ¿Qué puedo hacer?

—Aire, fuego, agua y tierra.

El monje hizo una pausa, considerándolo.

—¿Un hechizo?

—La vida de un hombre está en juego. La de Jean-Paul. La mía también, si soy honesta.

—Bien —dijo y comenzó una ráfaga de movimiento—. Sírvete tú misma de las velas. Y hay agua en la fuente. Recogeré los otros artículos.

—¿Puedo tomar el aceite en su lugar?

Los ojos de Anselm se entrecerraron con preocupación.

—Por supuesto —dijo y luego se apresuró a atravesar una puerta que conducía a los claustros exteriores.

Un momento después regresó con un pequeño bolso al hombro.

—Conseguí un poco de incienso. Es incienso básico, pero debería ser adecuado para el aire. ¿Y la sal servirá para la tierra? Hay una buena cantidad ahí. Más un poco de queso envuelto en tela.

—Eso servirá. —Elena aceptó la bolsa y deslizó las velas y la botella con tapón de aceite de oliva dentro con los demás artículos—. Gracias —dijo e hizo la señal de agradecimiento al Omnisciente—. Te lo explicaré algún día, si puedo.

A cambio, el monje se santiguó.

—Por cierto, Ariella pasó antes. Ella parecía saber que eras… libre.

—Envié una paloma para buscarla y hacerle saber que estaba bien.

El monje lo consideró.

—Sí, de acuerdo —encendió una vela, luego dejó una botella de vino de

veinte años en el altar. Al salir, dejó caer una suma bastante saludable de monedas en la caja del fondo de los huérfanos. En cuarenta años nunca había hecho eso.

El informe tenía poco sentido, pero no había tiempo para aclararlo. Desconcertada, Elena prometió enviar otra paloma más tarde y luego agradeció al hermano Anselm mientras salía corriendo por la puerta con el sonido de Yvette encendiendo el motor.

***

La propiedad en Domaine du Monde estaba abandonada. Ningún trabajador caminaba por las hileras de vides, ninguna criada se asomaba a través de las cortinas mientras limpiaba el alféizar de la ventana del piso de arriba, y ningún asistente salió a recibirlas y escoltarlas dentro de la gran casa de Bastien. Elena también notó que se habían eliminado los hechizos de protección que rodeaban la propiedad.

Pero había fantasmas. Los recuerdos del pasado de Elena flotaron para recordarle cuando una vez había esperado con ansias visitar el viñedo y coquetear con el apuesto enólogo que había tomado el timón de sus padres enfermos. Había admirado su certeza, su impulso y su sueño de crear un futuro brillante en una nueva era brillante. Le había obsequiado con elogios y dulces besos de miel. Cuán intensamente habían pasado de creer que estaban enamorados a acusaciones de maldiciones y asesinato. Había sido un innovador y exitoso hombre de negocios, sí, pero también podía ser cruel. Manipulador. Egocéntrico. Vengativo. Por eso estaba tan segura de que él era capaz de hacer que la maldijeran. Solo otro cabo suelto para limpiar después de una propuesta fallida. Pero ella había juzgado mal todo, y ahora estaba muerto.

Yvette apagó el motor y Elena sintió que una sombra de energía malévola la rozaba.

—¿Y ahora qué?

Respiró profundamente y volvió a calibrar sus pensamientos.

—Están en el sótano.

—Bien, entonces, ¿cómo llegamos allí?

—No lo hacemos. Todavía no. Hay algo que tenemos que hacer primero. —Salió del coche con la mochila al hombro y se dirigió a un edificio anexo a la izquierda de la casa principal.

Yvette la siguió al interior y se quedó mirando los cuchillos, picos y martillos que colgaban de ganchos a lo largo de una pared del espacio de trabajo. Bajó una sierra de mango corto y probó el agarre.

—¿Desde cuándo alguien necesita uno de estos para hacer vino?

—Es la tonelería —dijo Elena, dejando la mochila en un banco de trabajo —. Ellos hacen los barriles en este edificio.

Yvette silbó por lo bajo mientras caminaba a lo largo de la pared. Sacó un hacha de una clavija e hizo malabarismos con la herramienta en una mano, lanzando la hoja sobre el mango con tanta comodidad como lanzar una moneda al aire.

—Hay suficiente ferretería aquí para cortar diez brujas de malas semillas.

Si tan solo fuera verdad.

—Voy a necesitar un athame[19] —dijo—. Mira si puedes encontrar algo adecuado mientras despejo un espacio.

—Ese es el cuchillo elegante, ¿verdad?

Elena la reprendió con una mirada de incredulidad.

—Oh, la lá. No todas fuimos criadas para ser tan altas y poderosas, ¿recuerdas? Algunas de nosotras trabajamos en el carnaval para vivir.

—Sí, es el cuchillo ceremonial. El más nítido que puedas encontrar.

Yvette palideció.

—¿Quieres hacer un hechizo de verdad? ¿Aquí? ¿Mientras ella está ahí abajo?

—Sí. Ahora date prisa. No tenemos mucho tiempo.

Mientras Yvette exploraba los herrajes de la pared, Elena tomó una escoba y barrió el suelo para limpiar las virutas de madera entre el banco de trabajo y la chimenea.

Yvette regresó un momento después ofreciendo un cuchillo de mango

redondo, un cuchillo de aspecto perverso con una hoja de acero curva que el personal usaba para cepillar la madera.

—¿Lo suficientemente elegante para ti?

—Eso servirá —dijo y se lo metió en la parte baja de la espalda de su disfraz.

Juntas vaciaron una caja y la giraron en el centro del suelo. Elena abrió la mochila y sacó dos velas, ambas blancas con mechas limpias, y las dejó a un lado. Luego colocó la sal, el aceite y el incienso encima de la caja. Para su sorpresa, el hermano Anselm había incluido algo que se olvidó de mencionar. El queso, que había envuelto en una tela, estaba atado con una cuerda. Una ramita de lavanda seca y laurel había sido asegurada en el centro con un nudo. Estuvo a punto de llorar ante el gesto, sabiendo que lo hizo como un amuleto protector.

Su resolución revitalizada, tomó aliento e hizo un gesto a la joven.

—Ven, ponte a mi lado.

Por una vez, Yvette obedeció sin comentarios, aparentemente asombrada ante la perspectiva de participar en un ritual completo. Si la vida se lo permitía, Elena se comprometió a encontrar una manera de guiar a la joven más tarde, por lo que al menos conocería algunos hechizos simples para comenzar a construir su propio Libro de las Sombras. Pero primero tenían que sobrevivir a la bruja en el sótano.

Dejó a un lado sus dudas, se concentró en la pequeña lata de incienso y se frotó el pulgar y los dedos. Diminutas chispas bailaron en la punta de sus dedos, luego se apagaron.

—*Merde*. Estoy sudando demasiado para sostener una llama. Pásame las *allumettes*.

Yvette se palpó el bolsillo y sacudió la cabeza alarmada.

—Las dejé con los cigarrillos en el recinto ferial.

Elena se secó el labio superior con el dorso de la muñeca y fingió no entrar en pánico. Se secó las palmas de las manos contra los pantalones de harén, aunque las lentejuelas y la seda hicieron poco para absorber la humedad.

¡Concéntrate!

Tomó una bocanada y se frotó las manos de un lado a otro, lista para intentarlo de nuevo, cuando un torbellino cobró vida en el patio y se estrelló contra la tonelería. Un ciclón de polvo y escombros atravesó la puerta, chocando contra el banco de trabajo y arrasando el taller con una furia de energía pura.

—Es ella —dijo Elena, luchando para proteger los objetos insignificantes en su altar. A su alrededor, barriles astillados, sierras y tenazas de hierro apuñalaron el suelo, y el vidrio de la ventana se hizo añicos antes de que la energía se desvaneciera y se disipara en una pequeña ráfaga que agitaba sus cabellos fuera de sus cuellos—. Ella sabe que estamos aquí. Debemos terminar. Rápido ahora.

El miedo ya no era un lujo. Elena plantó los pies, centró sus pensamientos y se frotó la base de las palmas. Había calor pero no fuego. Cerró los ojos y abrió la mente hasta que sintió el escozor del fuego contra sus dedos. Abrió los ojos y pronto una bola de fuego naranja cobró vida como una amapola en sus manos. Con más que un poco de alivio, lo dejó caer sobre el incienso y luego vio que el incienso comenzaba a brillar. Manteniendo su concentración, alineó sus pensamientos hacia su propósito y sostuvo el cuchillo del tonelero sobre el humo que se elevaba. Pidiendo al Omnisciente su bendición, purificó el athame crudo pasándolo por el incienso dulce tres veces. El metal brilló como si estuviera cubierto de aceite, y ella comenzó su ritual.

—Quiero que te quedes quieta, cierres los ojos y te concentres en la forma de la estrella —le dijo a Yvette—. El punto superior está justo enfrente de ti. — Mientras la joven cerraba los ojos, Elena recogió el saco de sal y calculó el peso que tenía en la mano. Debería ser suficiente si tenía cuidado. Vertiendo la sal en una fina corriente, trazó una línea tenue alrededor de ellas en el suelo, rodeando las puntas del pentagrama invisible contenido en el interior. Cerró el círculo en la parte superior de la estrella y todavía le quedaba una cucharada de sal. La devolvió al altar improvisado y levantó las manos para agradecer al Omnisciente.

Estaba trabajando demasiado rápido, pero no había tiempo para un hechizo adecuado. Si la paciencia de Gerda se agotaba demasiado, no habría forma de saber qué podría hacerle a Jean-Paul. El instinto de Elena tendría que ayudarla a superar las lagunas en preparación.

De pie ante el altar, levantó la lata de incienso y dejó que el humo se deslizara sobre su cabeza.

—Bendito seas —dijo y colocó el incienso en el suelo a la cabeza de la estrella invisible. Con la lavanda y el laurel, primero pasó las hierbas por debajo de la nariz, inhalando su aroma calmante, y luego las colocó en el punto izquierdo de la estrella—. Voy a ungirnos a las dos —advirtió a Yvette antes de untar el aceite de oliva en la frente de la joven. Repitió el gesto sobre sí misma, dijo un rápido—: Bendito seas. —Y luego colocó el frasco en el punto correcto de la estrella.

Yvette parecía estar en un trance casi reverente mientras observaba con asombro un ritual que debería haber sido una parte normal de su infancia. Un destello de preocupación por la seguridad de la joven trató de invadir los pensamientos de Elena, pero lo rechazó. Ahora tenía que ser una tirana contra la duda. Le entregó una vela a la joven y guardó la otra para ella. Con los ojos muy abiertos por la incertidumbre, Yvette pareció preguntar qué se suponía que debía hacer con la suya. Elena chasqueó los dedos contra la mecha, encendiéndola con una chispa rápida. Una señal de que su poder había vuelto a estar bajo su control.

—Sostén la vela frente a ti e imagina la energía del universo convergiendo a tu alrededor. Inspíralo como un aliento. Como sustento. Deja que la energía se acumule en tu interior. Llénate de luz.

La joven respiró profundo varias veces y Elena la ayudó a sentarse, instruyéndola para que siguiera respirando, para que siguiera centrándose en la luz mientras cruzaba las piernas. La energía del círculo comenzó a fusionarse a su alrededor, brillando con una intensidad creciente. Yvette finalmente había entrado en el estado meditativo de semiconsciencia. La preparación estaba casi completa. Era un trabajo descuidado, pero el Omnisciente pareció aceptar y aprobar su intención. Animada, inclinó la vela hacia la llama de la otra, dejando que la mecha se prendiera. Dejó caer un charco de cera en el suelo del pie izquierdo de la estrella y luego aseguró la vela en su interior.

Para la colocación final, tomó la sal restante del altar y la colocó en el pie derecho del pentagrama. La cabeza de la joven se inclinó hacia adelante y Elena exhaló. Cinco puntas, cinco elementos: espíritu, aire, agua, fuego, tierra. Y una ingenua impetuosa se sentaba en el centro de todo.

Con sus ofrendas colocadas en su lugar, Elena recitó un hechizo silencioso, dirigiendo sus pensamientos hacia afuera y hacia arriba.

Humo, vela, aceite, sal. Cono de energía forma una bóveda. Seguro por

dentro, seguro por fuera. Protege al que se sienta devoto.

Satisfecha de haber hecho todo lo posible, abrió una puerta en la parte posterior del círculo con su athame y salió, cerrándola detrás de ella. El velo de energía pareció sostenerse. Yvette debía permanecer protegida dentro del cono. Con esa carga fuera de sus hombros, se colocó el athame en la cintura y salió por la puerta.

La bruja que bullía en el sótano no podía esperar más.

Capítulo Veintisiete

Jean-Paul podía saborear el miedo saturado en su boca como si fuera un largo pedazo de cuerda vieja, un nudo seco que no podía tragar. La prensa de vino había bajado otros dos centímetros y medio. Las tablas de madera presionaron contra su caja torácica, doblándolo pero todavía sin destrozarlo. Echó un vistazo a la rueda mecánica que controlaba la presión. No estaba seguro de poder sobrevivir otras tres muescas.

Gerda removió los posos dentro de los barriles, haciendo el trabajo de bodega como si fuera otro día normal en el Domaine du Monde. Pero ella le había visto girar la cabeza. La bruja dejó a un lado el palo de revolver y se aproximó. Él se negó a mirarla.

—¿Me odias? —No esperó por una respuesta—. Sabes, si hubieras venido al valle solo un año o dos antes, tal vez te habría atraído a ti en vez de a Bastien. —Le pasó los dedos entre el cabello húmedo de sudor, llenándole el cuerpo de escalofríos—. Podríamos haber hecho un hermoso vino, tú y yo.

Él casi se ahogó ante la idea. ¿Por qué simplemente no lo mataba y terminaba con todo de una vez? Elena no iba a venir. Había desaparecido antes, y lo haría de nuevo. De nuevo tironeó de sus ataduras, desesperado por estrangular a la bruja.

—Quita tus manos mugrosas de mí, maldita arpía.

—Es odio entonces —dijo con un suspiro.

La rueda giró otra muesca.

Cerró los ojos ante la presión, mientras las pesadas maderas se movían más abajo, como un elefante agachándose sobre sus pulmones. Pero cuando abrió los ojos y jadeó por aire, algo había cambiado. Un rayo de luz natural cortaba una franja a través de la oscuridad de la bodega. Tuvo que girar la cabeza para encontrar la fuente, esforzándose por ver a través del ardiente sudor que le goteaba en los ojos y empañaban las gafas. Después de tanto tiempo en la oscuridad, dudaba de su vista, pero entonces la vio descender los escalones de piedra.

Elena brillaba en su visión, rodeada por un velo de energía, como si ella atrajera toda la luz en la bodega, desde el dedo de luz diurna que se asomaba por la grieta bajo la puerta, hasta la flama antinatural sobre la vela de la bruja. Incluso su extraño atuendo destellaba como si estuviera adornado con piedras preciosas.

Dios, ella era hermosa.

Él no quería morir. Quería sostenerla, decirle que el amor no había tenido un peso real o valor hasta que la conoció.

Pero tenía que advertirle. Tenía que decirle sobre la bruja. Si tan solo pudiera mantener sus ojos abiertos. Si tan solo su boca pudiera formar las palabras. En vez de eso, parecía alejarse en una ola amable. La luz del sol calentó su rostro, y el dolor que se había apoderado de su pecho, cabeza y dientes se alejaron de su cuerpo, flotando en filamentos pequeñitos de energía radiante.

Ya no tenía preocupaciones en el mundo, solo un recuerdo ensoñador de un amor excitante y seductor que hacía que valiera la pena vivir.

Capítulo Veintiocho

Ella había conjurado un hechizo de hipnosis temporal para aliviar su sufrimiento. Verlo sufrir revelaría su debilidad. Tenía que eliminar la distracción de querer correr hacia él y enfriar su cuerpo febril. Toda su energía, toda su concentración, tenía que estar reservada para lo que esperaba en la oscuridad.

Elena dio el último paso hacia el sótano. El aire fresco impregnaba del aroma del roble y la fruta la atrajo como una mano familiar, llevándola a la oscuridad, aunque el tinte de azufre aún flotaba en el espacio, como si los barriles vacíos hubieran sido limpiados recientemente con la sustancia.

Solo los dos candelabros sobre la prensa y los candelabros de tres puntas que parpadeaban dentro de un círculo ritual sobre las losas proporcionaban luz. Miró hacia la penumbra, buscando movimiento. A éste, lo sabía, le gustaba esconderse en la oscuridad y la humedad. Aunque todavía no podía verla, sintió los ojos de la bruja mirando desde las sombras.

—Vamos, vamos, un hechizo de sueño como ese podría interpretarse como una interferencia con un mortal —dijo Gerda. Se acercó al borde de la luz, dejando que el roce de su falda larga rozara el cráneo de un gato colocado en el punto este del pentagrama. Su rostro permaneció medio en sombras—. No querrías que la policía del Pacto te encerrara por tu pequeña infracción, ¿verdad?

—Suéltalo y estaré feliz de revertir el hechizo. —Elena dio un paso cauteloso hacia la vela, con la esperanza de atraer más a su adversaria hacia la luz—. Él no es un peligro para ti.

—Oh, incluso un mortal enamorado puede ser peligroso cuando se le provoca. Y pensé que lo dejaría para más tarde.

—Vino a verte de buena fe.

—Para ayudarte.

—Déjalo ir. Es a mi a quien quieres lastimar, no a él.

Gerda se burló.

—Ahórrame el martirio. Fuiste simplemente un chivo expiatorio

conveniente para mis pequeñas indiscreciones. Aunque admito que subestimé tu entrenamiento. Han pasado años desde que me encontré con otra bruja con una visión de sombras tan desarrollada como la tuya.

Gerda se levantó el dobladillo de la falda y se apartó del borde del círculo para subir los escalones hasta el lagar. Elena, temerosa de lo que podría hacerle a un Jean-Paul inconsciente, apretó con más fuerza el cristal de su bolsillo y se acercó más. La energía del hechizo de protección aún irradiaba calor contra su piel, calmándola.

—No puedes esperar salirte con la tuya —dijo.

—Oh, pero ya lo he hecho. —La bruja se mantuvo de espaldas mientras acariciaba el brazo expuesto de Jean-Paul con su dedo—. Y lo haré de nuevo.

A Elena se le puso la piel de gallina al verla.

—Disfrutas esto, ¿no? Escondiéndote en las sombras. Pronunciando tus hechizos de magia de sangre. Y ahora has atado a un hombre inocente a una máquina que parece más inventada para la tortura que para la elaboración del vino.

Gerda siseó entre dientes.

—¿Y qué sabrías de la tortura?

—Veo el placer que sientes al hacer daño a los demás.

—No sabes nada. —Gerda giró el cuello para mirar la monstruosidad de madera, rueda y cuerda sobre su cabeza y levantó la mano. La rueda de la prensa gimió. La cuerda chirrió contra el molinete y la plataforma de madera se estremeció más como si hubiera sido mágica. Una ráfaga de aire salió de los pulmones de Jean-Paul con un sonido como el de un puñetazo de almohada—. Si lo hubiera deseado, habrías encontrado su cuerpo abierto como la piel de una uva bajo ese peso. Admito cierta curiosidad sobre qué tipo de jugo sale de un hombre sometido a tanto peso y presión.

Gerda volvió a levantar el brazo.

—¡Espera! —Las manos de Elena se extendieron involuntariamente como si tuviera algún poder para soportar el peso de la prensa. Todavía no entendía el juego que estaban jugando, solo que debía seguir moviéndose en el tablero el tiempo suficiente para mantener vivo a Jean-Paul—. Solo dime qué quieres.

Gerda se apartó de la prensa. Finalmente mostró su rostro a Elena, pero la luz en sombras de las lámparas de aceite parecía jugarle una mala pasada a su piel, como si tuviera las arrugas de una mujer que le doblaba la edad. Y su cabello lustroso, normalmente sujeto en un moño apretado en la parte posterior de su cuello, se había vuelto gris, rizado en largos mechones que se erizaban. Poco quedaba de la joven y elegante vieja bruja que había acudido en ayuda de Elena en la calle del pueblo. La bruja que tenía delante estaba en proceso de transformación. Pero, ¿qué tipo de hechizo podría despojar a una mujer de la juventud de su rostro como si fuera una capa de barniz?

—¿Cuál es el problema? Pareces haber visto un futuro desafortunado. —Gerda mostró una sonrisa, revelando una hilera de dientes marrones por la podredumbre.

Elena agarró el cristal en busca de fuerza.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué estás haciendo esto?

—No es nada personal. Pero estoy bastante decidida a salirme con la mía. —Una corriente de aire fría barrió el sótano mientras las vigas crujían en lo alto —. Este “esconderse en las sombras”, como tú lo llamas, me ha mantenido con vida durante mucho tiempo, y tengo la intención de que continúe.

Gerda bajó de la plataforma y pasó junto a Elena, y la curva de su columna se arqueó contra el encaje de su vestido de luto. Parecía encogerse, pero el aura de su poder solo se intensificó. Entonces Elena notó las piernas de la bruja. Aparentemente se habían deformado debajo de su falda, obligándola a caminar como un cangrejo hacia su círculo mágico. Una vez dentro de su cono de poder, su metamorfosis se aceleró, duplicando la edad de su apariencia una vez más.

El profesor Rackham había dicho que el atractivo de la influencia, el dinero y la inmortalidad creaba un peligro para la gente mágica. El poder ansiaba poder, lo que llevaba a algunos a alianzas peligrosas. El olor dulce y enfermizo del agua de lila se agitó tras la estela de Gerda, apenas enmascarando el olor subyacente a la descomposición. Pero, ¿por qué transformarse en esta horrible criatura? ¿Qué habilidad obtenía de la desfiguración decrépita?

Y luego se le ocurrió. La vieja bruja no se estaba transformando en algo nuevo. Estaba volviendo a sí misma. Escondida bajo el barniz de una poderosa ilusión yacía su verdadera forma. Una que, posiblemente, estaba probando los límites de la inmortalidad, un cuerpo pudriéndose al margen de la extensión

antinatural de la vida.

—¿Cuánto tiempo? —El solo hecho de hacer la pregunta le revolvió el estómago.

La bruja estaba encorvada y calva mientras un pie arrugado sobresalía de debajo de su falda.

—Oh, he visto reyes y conquistadores ir y venir. Delfines, emperadores, primeros ministros, presidentes. —Gerda recuperó su bastón negro y plateado de encima de un barril—. Recuerda mis palabras: las modas cambian, las causas cambian, pero las ambiciones de los hombres nunca lo hacen —dijo y se apoyó pesadamente en el bastón.

Elena se sintió horrorizada por el ritmo de la transformación, pero también atraída por una curiosidad formada por años de estudio de la magia.

—¿Qué hechizo permite a una persona engañar sin cesar al tiempo y al destino?

Gerda le devolvió la mirada con ojos ahora velados por cataratas.

—Cuando supe que habías escapado de la prisión, confirmó una sospecha anterior. Verás, ya había comenzado a pensar que teníamos más en común que la mayoría —dijo—. Es por eso que decidí traerte aquí. Para mostrarte un vistazo de lo que puede ser la vida para aquellos lo suficientemente valientes como para agarrarla por el cuello. Si quieres escuchar.

Elena quiso gritar que no tenían nada en común, aparte de esta desafortunada encrucijada en el tiempo y el lugar. Pero haría cualquier cosa para mantener a la asesina hablando y distraída de bajar la presión contra Jean-Paul otro centímetro robándole el aliento.

La bruja agarró su bastón con cuidado y se inclinó para recoger la taza de degustación que había colocado en el punto oeste del pentagrama. Olió su contenido mientras esperaba una respuesta. Si no fuera por su apariencia grotesca y su gusto por el asesinato, podría haber sido confundida con una anciana sabia, una maestra, una maga. Pero incluso los monstruos del mundo podían resultar un punto de inflamación de iluminación para aquellos atrapados en la oscuridad.

Elena estuvo de acuerdo con un empujón de su barbilla.

—Háblame de esta magia de sombras tuya.

Los dientes de la bruja se habían desintegrado en protuberancias de modo que hablaba con una inflexión húmeda y pegajosa, y sus ojos habían perdido su enfoque de rango medio, sugiriendo que se había hundido en la ceguera. Aun así, Elena sospechaba que la magia de Gerda aún llevaba el fuerte golpe de la garra de un halcón. Aunque la anciana parecía una presa fácil, solo un tonto atacaría a un hacha de guerra en sus dominios.

—Cuando el secreto me fue revelado por primera vez, todavía era lo suficientemente joven como para sonrojarme cuando un hombre me miraba con una sonrisa traviesa. Totalmente inocente, aparte de una fuerte curiosidad por el mundo que no se ajustaba a la naturaleza de mi sexo. Quería saberlo todo.

Agitó el líquido de la taza de degustación con un giro rítmico, casi hipnótico, de la muñeca.

—Vengo de una buena familia. Descendientes directos de las viejas brujas que descubrieron la magia de agregar lúpulo a la cerveza. Cambió la elaboración de la cerveza para siempre. Los cerveceros se beneficiaron de lotes más confiables, y las brujas dejaron de ser culpadas por cada desastre natural que destruía un campo de grano o arruinaba una tina de cerveza inestable. Debido a mi linaje, fui aprendiz del renombrado maestro cervecero Hans Steinacher. ¡Los secretos que conocía sobre la fermentación!

»Pero pronto también aprendí secretos. Vi cómo engañaba a sus clientes, deslizando el cambio en su bolsillo cuando sus ojos se nublaban por el exceso de alcohol. Y una vez lo vi conjurar un hechizo para arruinar las cosechas de un rival con moho. —Se encogió de hombros, como si no fuera la peor ofensa—. Pero el día que supe de sus apetitos impíos fue cuando las cosas cambiaron. —La vieja bruja susurró como si estuviera contando una bocanada de chismes que había escuchado en el mercado de pescado—. Verás, lo había espiado con el chico del barril en la cámara fría. Tantos dedos y bocas donde no deberían estar.

—Él sabía que los habías visto —dijo Elena, haciendo que Gerda volviera a entrar cuando había empezado a pensar en algo distante.

—Mmm, habría mirado para otro lado para seguir aprendiendo su magia, pero… —Un escalofrío la recorrió, una convulsión quizás provocada por esos pensamientos que había vuelto a visitar—. Yo era demasiado verde para saber hasta dónde llegaría un hombre con poder para preservar lo que había logrado.

Oh, pero el niño aprende.

La vieja bruja hizo una pausa y metió un dedo torcido en el líquido rojo de su taza de degustación. Lo removió una vez, luego se lamió el dedo, chasqueando los labios antes de volver a colocar la taza en el pentagrama y girar la manija hacia el norte.

—Para castigarme y proteger su secreto, me maldijo —continuó—. Me había ofrecido una muestra de su último brebaje con el pretexto de querer saber mi opinión. —Resopló, como si se avergonzara de haber sido engañada por tal noción—. El "brebaje" resultó ser una poción con púas. Cosió mi voz con mil ganchos invisibles que se abrieron camino hasta mi garganta, inmovilizando las cuerdas vocales. No pude decir ni una palabra, y mucho menos pronunciar un hechizo, cuando terminó.

Elena había leído sobre brebajes similares en viejos grimorios: libros anticuados y polvorientos que apestaban a moho y humedad por estar situados en sótanos y espacios estrechos durante demasiado tiempo. Tales hechizos sádicos eran ilegales en el valle de Chanceaux y en la mayoría de las regiones más allá, aunque posiblemente las cosas fueran diferentes en los bosques del norte.

Gerda ahuecó una mano sobre su cuello flácido como si reviviera el dolor.

—No practicábamos al aire libre como lo hacen ahora. Era una época diferente. El mundo estaba atrapado en una marejada de corrupción y crueldad. La acusación era todo lo que se necesitaba para crear una nube de culpa. Después de que el maestro cervecero me robara la voz, me acusó públicamente de brujería, sabiendo que sería arrastrada por los desventurados mortales que serían acorralados como ovejas. Y luego me fui a la *drudenhaus*.

Elena ladeó la cabeza como si no hubiera escuchado bien. Ella entendió que todavía había lugares donde las brujas tenían que practicar con discreción. Pero las *drudenhaus* eran cárceles del norte erigidas durante el apogeo de la caza de brujas para albergar a esos desafortunados mortales acusados de maldad. Eran más antiguos que el castillo que había ocupado Celestine.

—Pero no ha habido una *drudenhaus* en…

—Doscientos setenta y ocho años.

—Eso es imposible.

Una ola de mareo se apoderó de Elena mientras la lógica y la razón

luchaban por dar sentido a la brecha de tiempo. Si la afirmación de la bruja era cierta, tendría que tener casi trescientos años. Y, sin embargo, al ver la figura grotesca y encogida en que se había convertido Gerda, Elena casi podía creer que era verdad.

—No fueron todos mortales, a pesar de lo que te enseñaron. —La bruja sacó el fémur de un animal pequeño de su bolsillo y colocó el hueso en la punta sur de la estrella—. ¿Recuerdas la fragilidad que sentiste cuando te despertaste de tu maldición? ¿La sensación de que tu cabeza estaba llena de mil abejas y tu piel se había vuelto más fría que una anguila pescada en aguas negras? —Asintió, al ver que Elena entendía—. Entonces cazaban brujas, pero era como si los lobos persiguieran a los ciervos. El fuerte se escapaba, mientras que solo se llevaban a los débiles y viejos. Brujas-débiles. Débiles mentales. Aquellos de nosotros que nos quedamos atrás éramos tan patéticamente vulnerables como la gente no mágica. E igual de susceptible al dolor.

—¿No se encontró piedad?

La bruja metió la mano en el otro bolsillo y sacó una pluma negra, que colocó en la punta sureste de la estrella.

—¿Piedad? Había muy poco de eso que raspar del suelo de la *drudenhaus*. Nadie abandonaba ese lugar por sus propios medios. Incluyéndome a mí. —Le dio una vuelta a la pluma para que quedara horizontal en un eje este-oeste—. Tenían una habitación, construida de dos pisos de altura, hecha de piedras blancas apiladas. Había una ventana en la parte superior donde la tenue luz del día del norte rozaba el techo. —La bruja echó un vistazo al lagar medieval—. Tenía un molinete con una cuerda atada a una viga y una polea en el techo alto. La cuerda se deslizó hacia abajo desde lo alto hasta convertirse en una mancha marrón rojiza en el suelo de piedra. El olor a cobre, sal y orina era tan fuerte que se incrustaba en las paredes, la cuerda y la ropa de los hombres que trabajaban en la habitación.

Elena sabía lo que vendría después.

—No confesarías, así que te torturaron.

—Confundieron mi silencio con la obstinación del diablo. Ya me habían quemado el cabello, destrozado mi ropa y debatido sobre la maldad de un lunar en mi muslo izquierdo, y todavía no les había dicho lo que querían oír. Así que subí, subí, subí, izada por los brazos atados a la espalda y bloques de madera

amarrados a los tobillos. Me balanceé así durante horas mientras nube tras nube pasaba sobre el sol y vientos amargos aullaban sobre el techo. Las sombras se arrastraron a lo largo de las paredes mientras los hombres cenaban. Y luego, hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo, caí como un huevo que se rompe en la acera. —Gerda se levantó la falda y golpeó con el bastón su pierna derecha doblada—. Rompieron esta en el primer intento. Se necesitaron dos caídas más para romper la otra.

Elena cerró los ojos ante la horrible imagen en su cabeza.

—¿Cómo sobreviviste? —Pero incluso mientras hacía la pregunta, sabía que ya había permitido que demasiada simpatía entrara en su corazón.

—Me arrastraron de regreso a mi celda, me mostraron dónde habían escrito mi marca en una confesión escrita y me dijeron que me quemarían por la mañana con las otras brujas confesas. —Cambió su peso incómodamente de un pie a otro—. Cerré los ojos, flotando en una ola de agonía, y deseé que la muerte me llevara. Pero primero le rogué al Omnisciente que golpeara a aquellos hombres que me prendieran fuego. Después de eso, entré y salí de un sueño delirante, tropezando con una pesadilla tras otra. Poco antes del amanecer me desperté temblando de fiebre. Me acurruqué en un charco de mi propio sudor y orina, escuchando el sonido de la madera al romperse mientras construían la pira fuera de mi ventana. Sabía que estaría muerta en unas horas. El Omnisciente me había abandonado.

Elena había sido maldecida, despojada de sus poderes y acusada de asesinato, pero nunca había sido violada tan profundamente como para dejar un vacío de esperanza.

—Incluso en la muerte, el Omnisciente está mirando, listo para reclamar lo suyo —dijo, las palabras salieron torpes y deformes a raíz del relato de la bruja.

—Y sin embargo, ¿dónde estaba ese ojo benévolo cuando mi sangre estaba manchando el suelo de la torre? ¿Estaba buscando entonces a uno de los suyos? ¿O cuando supliqué justicia contra mis torturadores?

—No funciona así. Sabes que no es así. No puedes hacer demandas.

—Más es la pena para ti, entonces.

Gerda le dio la espalda a Elena. En los dos últimos puntos de la estrella, colocó una moneda de oro y una pequeña bolsa de hierbas mezcladas. Elena no

necesitó sostener la bolsa en su nariz para saber que estaba llena de jengibre, hinojo, cúrcuma y ajo, medicinas que disminuían la marea del envejecimiento.

El aire se espesó con el aroma de la magia de la construcción cuando el último de los elementos rituales había sido depositado sobre las piedras. La bruja alcanzó su athame. Si Elena no mantenía a Gerda con los pies en la tierra en la conversación, la bruja pronunciaría su encantamiento de magia de sangre y lo sellaría al hecho. ¿Y luego qué pasaría con Jean-Paul?

—Pero te escapaste —dijo, desesperada por mantener hablando a la vieja bruja—. ¿Cómo saliste de tu celda con dos piernas rotas? ¿Qué magia es lo suficientemente fuerte para superar tanto dolor y sufrimiento? Dime.

La bruja ladeó levemente la cabeza, como si le hubieran tirado de la oreja hacia la izquierda. Miró por encima del hombro, la comisura de su boca arrugada se curvó.

—Hay una magia gloriosa que se puede encontrar en la oscuridad —dijo, como si tuviera el secreto guardado de forma segura bajo la manga.

—Dime. Dijiste que teníamos más en común de lo que yo sabía. ¿Es esto lo que quisiste decir?

Gerda se dio la vuelta. La sonrisa se desvaneció.

—Así que es cierto lo que dicen —dijo en voz baja—. Por la noche, todos los gatos son grises. —Consideró a Elena por un momento, luego asintió—. Muy bien.

La bruja guardó su cuchillo ceremonial.

—Hay poder en los sueños. Tú lo sabes. Pero los malos atraen una energía diferente a los buenos o simplemente los impares. Esa mañana me desperté febril, helada, con las piernas rotas e hinchadas. Seguro que moriría. Pero entonces un peso, sólido y cálido, se cernió contra mí como un perro que apoya la cabeza contra mi pecho. Abrí los ojos y allí estaba rozando los restos de mis pesadillas, el olor a azufre quemando mis fosas nasales.

Un recuerdo cobró vida como una película: una pintura de un demonio diminuto sentado en el pecho de una mujer dormida. Elena lo había visto cuando era una niña leyendo del codo de la grand-mère mientras hojeaba las páginas de un libro de hechizos. El miedo se había alojado como una piedra en su joven garganta al saber que tal cosa existía.

—¿Un demonio se te reveló?

Los ojos de Gerda brillaron una vez más a la luz de las velas.

—Él nunca habló y, sin embargo, sabía que había venido a salvarme.

La mente de Elena se aceleró, recordando lo poco que se había atrevido a aprender sobre las criaturas malvadas. Lo único que la dejó dormir cuando era niña fue la seguridad de que solo se mostraban a un corazón dispuesto.

—¿Hiciste un pacto? ¿Para eso es la sangre?

—Son seres bastante generosos —explicó Gerda, tomando una respiración profunda y temblorosa antes de soltarla a borbotones, como si exhalara todo el dolor que había sentido—. Pero necesitan un conducto para poder viajar desde su mundo y el nuestro. Alguien que pudiera montar a ambos lados.

—Una bruja que puede ver en el mundo de las sombras.

—Están más que dispuestos a pagar el viaje. Te darán todo lo que desees. Dinero, sexo, inmortalidad.

—¿Libertad? —Elena vio la deflación en los hombros de la bruja antes de ignorar la pregunta.

—Me mostró cómo era posible escapar de mi prisión. Todo lo que necesitaba era un pequeño gesto para generar confianza. —Gerda se frotó los brazos como si temblara dentro de su piel al recordar—. La partera en la celda conmigo estaba casi muerta. Una vez que le arruinaron las manos con tornillos, confesó haberse acostado con el diablo. Durante horas se arrodilló, las manos presionadas palma contra palma como dos peces hinchados, pronunciando sus disculpas sin parar al cielo. Fue una misericordia, de verdad, ahorrarle el fuego por tal mentira.

Elena se balanceó sobre sus pies y alcanzó la columna más cercana para estabilizarse.

—¿La mataste?

—Mmm, sí, pero la había estropeado estrangulándola. Se suponía que debía sacar sangre. Tan elemental en la magia demoníaca. Pero había tenido que arrastrarme sobre mis codos para llegar a ella, y para entonces había olvidado mi propósito. Me hizo volver y hacerlo de nuevo.

Elena se apoyó contra la columna con la mano sobre su estómago. Temía estar enferma y el hedor a azufre que salía de los barriles solo empeoraba la sensación. Si hubiera algún hechizo que pudiera hablar para borrar a esta mujer, ésta loca, del mundo y así poder liberarse de su hedor, lo haría. Pero la fuente de esa magia residía al otro lado de una línea oscura que sabía que no podía cruzar. En cambio, tragó una bocanada de aire y siguió escuchando la loca confesión, sabiendo que cada minuto que la anciana seguía hablando era otro momento en que Jean-Paul seguía con vida.

—Había estado siguiendo al Padre de Todos en la Cacería Salvaje cuando olfateó mis sueños febriles y cayó del plano astral al reino terrenal. Una vez que estuvo satisfecho de que yo hablaba en serio, me ungió con sangre. Luego me convirtió en un mirlo, ató una piedra pequeña alrededor de mi pierna para mantenerme atada a él y me sacó de la celda. Escalamos las estrellas hasta que emergimos dentro del plano astral, y allí nos unimos a la manada de cazadores en estampida sobre los bosques, recogiendo los espíritus de los muertos y no-muertos. —Gerda centró su bastón frente a ella, agarrándolo con ambas manos —. Entonces, ya ves, le debo la larga vida que he disfrutado.

—Y esta transformación… —Elena hizo un gesto hacia la apariencia de la bruja—… ¿es la razón por la que necesitas tanta sangre? ¿La transfundes dentro de ti para reponer tu juventud?

—Solo se necesita una cucharada para el hechizo.

—Pero todos esos animales. Y Bastien. Habían sido drenados. ¿Por qué desangrarlos si todo lo que necesitas es un poco? ¿Por qué matarlos en absoluto?

—Querida, no has estado escuchando. Las gotas de sangre son para mí, pero las muertes son siempre para él. Grandes o pequeños, animales o humanos, cualquiera que sea su apetito.

Siguió la dirección del dedo señalador de la bruja hasta la parte superior del lagar medieval. Allí, encorvado sobre la rueda, medio oculto en las sombras, estaba sentada una criatura simiesca cubierta de pelo áspero, con orejas puntiagudas y uñas como garras. Los ojos dorados brillaban en la oscuridad, hambrientos de curiosidad mientras el ser miraba al dormido Jean-Paul.

El demonio de Gerda.

La criatura inhaló a través de su hocico respingón como si oliera uno de

los pasteles de Tilda. No le prestó atención a Elena mientras salía arrastrándose de su escondite, siguiendo el olor de los sueños de Jean-Paul con su nariz. El demonio se arrastró con intención mortal, los ojos enfocados en su presa. Sin saber qué podría hacer para satisfacer su apetito, no tuvo más remedio que despertar a Jean-Paul y deshacerse de la bestia. Frotó la piedra en su bolsillo y pronunció el hechizo de despertar rápido, liberándolo de una pesadilla dormida y despertando en una pesadilla.

Capítulo Veintinueve

Había soñado que estaba atado a una estaca, y prendido fuego por hacer vino que nadie bebería. Jean-Paul sacudió la cabeza, para alejar los últimos retazos de esas imágenes bizarras, pero entonces el pánico se levantó cuando recordó que no todo fue un sueño. La prensa había bajado más, apretándose contra su pecho hasta que no pudo tomar una respiración profunda, y el poco aire que conseguía apestaba a azufre. Tosió y tironeó de sus muñecas contra las ataduras. Movió la cabeza a la izquierda y vio a Elena parada al otro lado de la habitación. No había sido una ilusión. Ella brillaba a la luz de la vela, y no era solo debido a las peculiares prendas cosidas con plata que usaba. Su misma piel irradiaba de energía. Casi se le rompió el corazón por la desesperación de abrazarla una vez antes de morir.

—¡Corre! —intentó advertirle, pero su voz salió como un susurro áspero —. Es ella. Gerda es la asesina. —Lo intentó de nuevo, pero ella ni siquiera se giró.

En vez de eso, ella se cubrió la boca con la manga para evitar respirar el mismo terrible hedor en el que él se ahogaba mientras los ojos de ella rastreaban algún movimiento invisible. Pero entonces, algo en la habitación cambió. Levantó los brazos contra la amenaza que él todavía no podía ver, mientras una mujer anciana, calva y desdentada, sonreía desde el interior del círculo dibujado en el centro.

El vestido negro con las mangas drapeadas. El bastón negro y plateado. Tenía que ser Gerda. O alguna versión corrompida de ella. Tironeó de nuevo contra las ataduras de cuero, que le mantenían sujeto a la prensa. Había un parte floja a la derecha. Si tan solo pudiera ganar unos centímetros más de espacio, podría soltarse.

Se golpeó la cabeza contra la plataforma por la frustración. Cuando giró el cuello de nuevo para encontrar a Elena, una criatura parecida a un hada atrapó su mirada. No, era una mujer joven con el cabello de un rubio pálido, acuclillándose en las sombras de las escaleras de la bodega. Ella, también, estaba vestida de forma extraña, ataviada en un atuendo arlequín con diamantes rojos y

negros. Torció el cuello para ver su rostro. Sus ojos estaban delineados con lápiz de ojos negro, y las mejillas habían sido pintadas con colorete como las mujeres que había visto trabajando en el distrito de los cabarets en la ciudad. Nunca había sido un gran lector de la mente de las mujeres, pero no había forma de confundir la mirada asesina en los ojos de esta.

Como si presintiera su mirada, ella giró la cabeza hacia él, sostuvo un dedo sobre los labios y le hizo un guiño. Él decidió entonces que debía haber trascendido en una alucinación, porque no había otra explicación para ver a un diablillo arlequín sosteniendo tres hachas brillantes en sus manos, mientras acechaba dentro de una bodega de vino de clase mundial. Ella apuntó al espacio encima de la rueda, y él se preparó, seguro de que la prensa le estrujaría hasta el último aliento. Levantó la mirada al techo para orar una plegaria a Dios, y en vez de eso, observó la cosa. Lo observaba desde arriba, babeando y olfateando. Como la gárgola en la fila de vides, la bestia bruta se sentaba acuclillada, observándolo, con las narinas ensanchadas. Jean-Paul se estremeció e intentó encogerse debajo del pallet, pero no había donde esconderse. Entonces, la cosa torció la cabeza y se movió para mirar fijamente a Elena, y entonces él tiró de sus ataduras con todas sus fuerzas.

Capítulo Treinta

Sacar a Jean-Paul de su pesadilla había ralentizado al diminuto diablo solo una fracción. Una vez atraído por la pesadilla, su fijación en la carne pareció intensificarse. Ella estaba de pie entre el demonio y la vieja bruja, una mano contra cada uno como si pudiera contener la marea de sus intenciones.

—Llama a esa cosa —gritó, ignorando la ronca advertencia de Jean-Paul. Esperaba que fuera lo suficientemente fuerte para soportar el peso de la prensa un poco más.

Gerda sacó su cuchillo ceremonial y lo agitó sobre la taza de degustación en el suelo.

—Querías derramar la sangre de Bastien en la carretera el día que se volvieron a encontrar —dijo—. Tu voluntad de asesinar vibró en tu corazón con tanta fuerza que tamborileó contra el suelo hasta que no pude evitar mover mi dedo del pie debajo de la falda al ritmo.

Elena retrocedió al escuchar que la verdad provenía de una boca tan sucia. Mientras tanto, el demonio dirigió sus ojos dorados hacia ella como si evaluara antes de volver su atención a la presa de la prensa.

—Sabía entonces que serías tú quien tomaría la culpa por mí. Después de todo, hay un tiempo limitado para que uno pueda salirse con la suya matando a las mascotas de las personas antes de que se acumule la culpa. Agrega un mortal y definitivamente es hora de seguir adelante. Pero luego escapaste. Y en secreto esperaba que pudieras aspirar a ser más que una bruja de la vid del campo. Puedo enseñarte el hechizo de la inmortalidad. Aquí. Ahora. Si lo deseas.

—¿Y estar encadenada a un diablo por la eternidad? —Detrás de ella, el demonio desplegó la cola y se arrastró de cabeza por el costado de la rueda hasta el jergón sobre Jean-Paul.

—Ven, sé mi hermana. Déjame enseñarte cómo. Tienes el talento; puedo ver que lo tienes.

La ira y la repulsión se agitaron hasta que Elena ya no pudo reprimir su odio.

—¿Hermana? Eres una asesina. Una asesina sedienta de sangre. Una… una…

—Ibas a decir desagradable y viejo saco de huesos de bruja. —Yvette se acercó a la luz de las velas—. No puedo creer que solo me dejaras allí.

—¡Yvette, no! ¡Vuelve afuera! —¿La niña no podía hacer nada que le dijeran que hiciera?

En sus manos había tres hachas de la tonelería, dos a la izquierda y una a la derecha equilibradas perfectamente por su mango de madera. La primera dejó su agarre con tal ferocidad que hizo un zumbido en el aire. Cuando la hoja aterrizó, golpeó con un ruido sordo, partiendo en dos la copa de degustación a los pies de Gerda y haciendo que el vino y la sangre salpicaran la falda de la bruja.

—Lo siento, viejos hábitos. —Yvette volvió a ladear el brazo—. Nos enseñan a fallar nuestros objetivos en el carnaval, ya sabes.

Lanzó una segunda hacha con la misma violencia. Golpeó con precisión exacta, la hoja cortó la punta del pie de Gerda antes de que pudiera apartarse cojeando del camino. La vieja bruja soltó un grito para rivalizar con una banshee. Giró su cuerpo, sacando su pie deformado de su zapato, dejando un rastro de sangre detrás.

Yvette ladeó el brazo.

—El siguiente pasa entre tus ojos si no cancelas a esa bestia tuya.

Gerda siseó y levantó un brazo nudoso para señalar al demonio.

—¡Mátalos!

El demonio aguzó las orejas y frunció el labio. Desafiando la gravedad, saltó del lagar al techo, donde se arrastró como un murciélago a lo largo del arco de piedra sobre la cabeza de Yvette. Demasiado tarde corrió a esconderse detrás de un barril de vino. El demonio se abalanzó sobre sus hombros. Apretó los dientes en el brazo que lanzaba y tiró, arrastrándola hacia la abertura. Soltó el hacha restante con un espasmo doloroso, y se escurrió por las losas.

El grito de Yvette despertó un miedo animal en Elena que le rogó que corriera, pero se mantuvo firme, incluso cuando Gerda se escabulló por un pasadizo en sombras en las profundidades del sótano. No podía abandonar a la

joven con esa cosa. Con los pies plantados, se frotó las palmas de las manos con tanta fuerza como pudo hasta que una vena azul de electricidad se arqueó en sus manos. La infundió con la energía de su ira, el rayo se disparó hacia la bestia y la golpeó en la columna vertebral. El demonio arqueó la espalda y sonrió mientras su pelo se chamuscaba y humeaba. Lanzó un aullido impío de risa que atravesó el oído. La astuta Yvette no desperdició la distracción. Agarró su horquilla plateada y apuñaló a la criatura en el torso. El demonio chilló como si le divirtiera la pelea en su presa y luego la arrojó contra la pared con una mano. Se arrugó como un naipe empapado, un hilo de sangre salía de su nariz.

El demonio echó los labios hacia atrás, revelando un par de dientes caninos, mientras se acercaba a Elena. Al otro lado de la habitación, Jean-Paul gimió como si estuviera agonizando. Por el rabillo del ojo vio que él soltaba una mano hasta liberarla. Dio un paso a su izquierda para mantener al diablo concentrado en ella. Si podía llevarlo lo suficientemente lejos, Jean-Paul podría tener la oportunidad de liberarse. No se atrevió a hablar, pero mantuvo contacto visual con la bestia, atrayéndola hacia ella. Hacia atrás, debía llevarlo hacia atrás. Su pie empujó el hacha del tonelero sobre las losas. El zapato ensangrentado yacía cerca. La bestia siseó y se acercó sigilosamente.

Instintivamente, retrocedió dentro del círculo de la bruja, esperando que tuviera algo de energía protectora contra la cosa. Pero en el momento en que cruzó la línea, los zarcillos de energía turbia se deslizaron por sus piernas, hirviendo con magia oscura. Una corriente de energía recorrió su piel, lustrosa como serpientes. El demonio se contuvo, estudiándola, esperando qué haría con la magia.

Ella tomó la apuesta. Elena dibujó la magia de la vieja bruja en sus manos mientras un hilo de saliva se deslizaba fuera de la boca del demonio. Milagrosamente, la magia se mantuvo unida como una bola de estática que mordió su piel. La bestia se agachó, con las piernas listas para arremeter. Con dedos temblorosos, desató la esfera de energía crepitante. La explosión golpeó a la criatura de lleno en la boca, pero en lugar de prenderle fuego como esperaba, la energía envolvió el cuerpo del demonio con una luz verde brillante.

El pelo de la cosa se engrosó, su hocico se alargó, sus dientes y garras se curvaron y afilaron, y luego se puso de pie sobre sus patas traseras, mostrando la estatura completa de un hombre adulto. El demonio le rugió, su aliento apestaba a carne en mal estado.

Su boca se convulsionó como si fuera a gritar. Simplemente le devolvió la sonrisa. Y aunque el demonio no habló en voz alta, entendió cada palabra dirigida a ella mientras se acercaba.

—Los instintos de esa vieja bruja tenían razón sobre ti —dijo, desplegando un par de alas de cuero—. Tu sangre maldita solo realza la energía oscura. —Se lamió los labios, saboreando su magia en el aire—. Lástima que no te unirás a nosotros en la vida eterna, pero vas a tener un sabor deliciosamente malvado cuando te arranque la garganta.

Jean-Paul dejó escapar un grito agonizante mientras se arañaba el pecho contra la prensa para liberarse de su agarre. Escuchó un chasquido de costillas. El demonio también lo escuchó, y solo por un segundo pareció considerar cuál era la mejor de dos comidas.

Sus ojos pasaron de Jean-Paul a la bestia. Gruñó bajo y hambriento. Sacó el *cochoir* de la parte baja de la espalda y agitó la hoja curva frente a ella mientras retrocedía poco a poco. No hubo más hechizos mágicos.

—Fuera —le gritó a Jean-Paul, sin atreverse a apartar los ojos del demonio por segunda vez—. Llévate a Yvette contigo.

—¡Elena!

La bestia saltó, mostrando los colmillos. La inmovilizó contra una hilera de barriles, sus dientes se hundieron en el triángulo de carne por encima de su clavícula. Pensó que había conocido el dolor cuando el Viejo Zorro la golpeó, pero no era nada comparado con las estrellas eléctricas que brillaban en sus ojos. La voz de Jean-Paul le gritó que aguantara. *¡Lucha, Elena, lucha!* Deslizó el borde curvo del cuchillo contra la gruesa piel del demonio, y respondió hundiendo los dientes más profundamente. Un chillido ahogado parecido a un animal salió de su garganta. Trató de empujar la cosa, soltarse, huir, cualquier cosa para librarse de su mordedura. Pero su agarre era demasiado fuerte, sus dientes demasiados expertos en su propósito. Su sangre estaba entrando en su boca.

Ella sería drenada como un gato para alimentar el cuerpo profanado por un demonio.

Pero tan repentino y cruel como había golpeado, el diablo peludo la soltó abruptamente. Su lengua entraba y salía de su boca, como si tratara de librarse de

su sabor. La espuma blanca salió sobre los labios grotescos. Se arañó el rostro, jadeando por respirar, escupiendo su sangre en el suelo. Elena empujó a la bestia, pensando que estaba poseído, cuando un pútrido chorro de bilis amarilla brotó de su boca. El demonio cayó de rodillas con un espasmo que le hizo retorcer el cuerpo como si fuera una marioneta. Los ojos dorados se dilataron con incredulidad.

—¿Qué me has hecho? —suplicó. Y luego el monstruo se hundió en la quietud, dejándola desconcertada y sin respuesta.

Jean-Paul, finalmente libre, cojeó locamente hacia ella desde el lagar, agarrándose las costillas con una mano.

—Cristo, ¿está muerto? —preguntó.

El demonio definitivamente estaba muerto. ¿Pero cómo?

Los riachuelos de sangre goteaban de las heridas punzantes cerca de su cuello. Se limpió una mancha en la mano y se la frotó entre los dedos. ¿Podría ser? Durante siete años había ingerido piel de sapo tóxica para romper la maldición. ¿Era posible que la bufotoxina todavía nadara en su sangre después de todo este tiempo? Debe haberlo hecho, aunque darse cuenta no la consoló.

—Ha sido envenenado —dijo y se secó la mano en su disfraz.

—Estás sangrando —dijo—. ¿Estás gravemente herida? —Él alcanzó su cuello, gimiendo por la presión que ejerció sobre sus costillas para levantar su brazo.

—No lo creo. —Aunque si era posible que hubiera infectado a la bestia, tenía que preguntarse si podría haberle hecho lo mismo con su vil boca nacida del infierno. Ningún fuego ardía dentro de sus venas, y su cabeza y sus ojos estaban claros. Aun así, tendría que visitar al hermano Anselm para estar segura.

—¿Puedes perdonarme? —preguntó Jean-Paul.

—¿Por qué?

—Por no poder protegerte.

—Detente. —Ella llevó un dedo a sus labios—. No había nada en tu tierra mortal que pudieras haber hecho.

Se quitó la camisa y presionó la tela contra su herida para detener la

hemorragia.

—¿Puedes al menos decirme qué diablos acaba de pasar?

—Uno de sus habitantes usó un puente humano para hacernos una visita —dijo—. ¡Oh, Yvette! ¿Ella está bien?

Se apresuraron al otro lado de los barriles y encontraron a la joven tendida en el suelo, inconsciente. Elena agradeció a las estrellas que no hubiera mucha sangre excepto por el pequeño hilo que salía de la nariz de Yvette y un rasguño en su brazo.

—Le realicé un hechizo de protección antes de entrar, pero se suponía que no debía venir aquí.

Jean-Paul tocó las mejillas de la mujer y no obtuvo respuesta.

—Déjame probar un poco de esto —dijo Elena, buscando en su bolsillo. Había guardado un poco de lavanda y laurel del paquete del hermano Anselm. Lo pasó por debajo de la nariz de Yvette varias veces. Los ojos de la joven bruja se abrieron y Elena sostuvo sus manos en la pose sagrada para agradecer al Omnisciente.

—¿Qué pasó?

—Quedaste inconsciente. Me temo que vas a tener un terrible dolor de cabeza más tarde.

—¿Dónde está ella? ¿Y ese diablo? ¿Se escaparon?

Elena miró por encima del hombro a los pasillos del sótano envueltos en oscuridad.

—El demonio está muerto, pero Gerda todavía está aquí. Escondida en una de las salas de barriles.

Yvette se sentó.

—Vamos por ella. Dónde está mi… —La joven se balanceó vacilante y cayó a un lado. Jean-Paul la agarró por el hombro y apretó los dientes para evitar gritar a costa de sus costillas.

—Tuviste un desagradable golpe en la cabeza —dijo Elena—. Es mejor si descansas.

Se detuvo y se llevó un dedo a los labios. El ruido de los cascos de los caballos golpeaban los adoquines. Se acercó sigilosamente a los escalones que conducían al sótano y escuchó el estruendo de las motos.

—Ellos están aquí.

Jean-Paul ayudó a la chica a ponerse de pie.

—¿Quién?

—El inspector. Y, me imagino, que la matrona.

—Tienes que salir de aquí. Te encerrarán. A ustedes dos.

—No voy a volver —dijo Yvette—. Tiene que haber una salida. Una ventana o algo así.

Las autoridades registrarían primero la casa. Solo después de encontrarla vacía, los hombres ampliarían su búsqueda para incluir las dependencias y el sótano. Ella e Yvette tuvieron un momento, aunque breve. Elena no tenía elección. Tenía que sacar a Yvette. Le debía mucho.

—Correcto. No hay ventanas, pero hay otra salida posible. Al menos para ti.

Elena dio un paso atrás y volvió a levantar los brazos en la pose sagrada. Cerró los ojos y trajo la imagen de las llamas y el incienso a su mente, lo más cercano que podía alinearse con el espíritu de la jinni. Luego gritó el nombre de Sidra tres veces.

—¡Qué! No, ella no. Cualquiera menos ella. Ella me odia.

Después de una larga pausa, los aromas de cítricos carbonizados e incienso se filtraron por el sótano. A medida que el aroma se hizo más fuerte, se infiltró en el espacio, expulsando el olor a muerte y azufre. Un rastro de humo se filtró por una pequeña grieta en los cimientos del sótano, un pasadizo que solo una araña debería conocer. El humo se formó en una columna, y la jinni salió, su piel aún brillaba con magia.

—¿Qué es este lugar? —exigió—. Está tan oscuro como Jahannam aquí. ¿Me convocaste dentro de los muros de una cárcel? —Sidra tenía un ceño fruncido que habría asustado al demonio de regreso al infierno si todavía estuviera vivo—. Si esto es un truco, maldeciré a tu descendencia por toda la eternidad.

La boca de Jean-Paul se abrió al ver a la jinni con sus brillantes sedas y joyas de oro.

—Es una bodega —le aseguró Elena—. Y necesito un favor, si todavía me lo debes.

—¿Ya? No llegaste muy lejos. —El ojo de Sidra viajó a lo largo del traje de Elena—. Los profetas nos protegen, ¿qué llevas puesto?

Se había olvidado de la desafortunada vestimenta.

—Eso no importa —dijo, luchando contra el impulso de cubrir su estómago parcialmente expuesto—. Tenemos solo un minuto.

Ignorando la amenaza de combustión de Sidra, explicó la necesidad de un escape rápido que solo su magia podía proporcionar.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —preguntó la jinni—. Dejar esto con las autoridades te ahorraría un favor para un momento más digno.

—Oh, eso es gratitud para ti. —Yvette se cruzó de brazos—. Y tal vez debería haber tirado las cerillas por la ventana y dejarte sentir el beso de la *demi-lune* contra tu cuello.

—¡Señoras! —Elena señaló la puerta del sótano como recordatorio de lo que estaba en juego.

Sidra puso los ojos en blanco.

—Bien, pero yo elijo el método de su escape. —Elena e Yvette aceptaron a regañadientes, y la jinni se echó hacia atrás las mangas de su túnica y levantó los brazos—. Sabes, podría llevarlas a las dos —dijo con una mirada a Elena.

—Lo sé. Pero tengo que quedarme y resolver esto. No puedo tener una sombra de culpa siguiéndome por el resto de mi vida. Tengo una casa en Château Renard a la que espero volver. Si su dueño me acepta.

Jean-Paul deslizó su mano en la de ella como respuesta, y ella la apretó con todas sus fuerzas.

—Muy bien. La paz sea con los dos.

—Y contigo.

Sidra miró a Yvette con los ojos entrecerrados.

—Ven, terminemos con esto.

La joven dio un paso adelante, todavía mareada pero capaz de mantenerse en pie. La jinni se quitó la faja de su caftán y la ató alrededor de la muñeca de Yvette, cantando su magia para que la melodía resonara en el espacio cavernoso. Afuera, la voz del inspector se elevó con irritación, gritando órdenes para registrar las dependencias. Pronto descubriría la puerta del sótano. Sidra terminó de cantar. Su cuerpo brilló como una ola de calor sobre un desierto hasta que desapareció, llevándose a Yvette con ella. En su lugar, un gorrión gris agitó las alas en una nube de humo mientras se posaba sobre el lagar, esperando a que se abriera la puerta del sótano. Un hilo rojo se deslizaba desde su pierna. Si la transformación era real o simplemente una ilusión plantada en la mente por la jinni, Elena no lo sabía, pero levantó las manos en la pose sagrada, agradecida de ver a ambas mujeres en la cúspide de la libertad.

***

Jean-Paul se abrazó las costillas y se sentó en los escalones del sótano a esperar. Todavía estaba boquiabierto, con la mano sobre la boca, asombrado por lo que había presenciado, cuando Elena lo dejó. Tomando el candelabro de la bruja, siguió el rastro de sangre manchado en las losas. El sótano de Bastien era una vasta catacumba de pasillos interconectados y habitaciones individuales que se había mantenido en pie durante siglos. Quizás mil años. Cada generación de enólogos había excavado más profundamente en la tierra, buscando la temperatura y la humedad ideales para perfeccionar el proceso de envejecimiento. El resultado fue un laberinto de habitaciones irregulares y pasillos estrechos.

Y Gerda podría estar escondida en cualquiera de ellos.

La pérdida de sangre había disminuido, pero una línea intermitente de gotas y manchas de pies arrastrados apuntaban hacia la parte más antigua del sótano. Elena lo siguió mientras pasaba por debajo de un dintel antiguo con una piedra angular. El pasillo se inclinaba notablemente hacia abajo, haciéndose más estrecho que el sótano principal. Las telarañas llenas de polvo cubrían el techo. Encendió un candelabro de pared para marcar el camino, dejándolo arder mientras descendía por el pasaje que se parecía más a la entrada de una

mazmorra que a un espacio de almacenamiento de vino.

Sosteniendo el candelabro frente a ella como un arma tanto como una antorcha, agachó la cabeza en cada antesala por la que pasó. Algunas no eran más grandes que un nicho con una docena de botellas polvorientas; otros contenían varios botelleros, donde el aire estaba medio húmedo por el aliento exhausto de las botellas. En su recuerdo, tal vez había cinco o seis habitaciones similares a esta profundidad en el sótano. Se movió con cautela, sabiendo que cada uno por el que pasaba dejaba menos lugares para que la bruja se escondiera. Un momento después se quedó quieta. Respirando. Escuchando. Hubo un cambio sutil en el aire. Un olor a flores muertas justo debajo de la exhalación del vino. Entonces, un susurro murmurado surgió de la oscuridad en un patrón que todos los órganos de su cuerpo reconocieron. Gerda estaba lanzando un hechizo.

Elena dejó que el sonido la guiara mientras se deslizaba hacia adelante sobre la punta de sus pies hasta un pequeño nicho parecido a una cripta a su izquierda. La habitación contenía dos estantes de vino muy viejo. Las botellas estaban cubiertas de moho y polvo, y de los corchos crecían esporas blancas con diminutos tentáculos que flotaban con la más mínima corriente de aire. Aunque tenía un aspecto decrépito, sabía que el vino del interior estaría perfectamente protegido.

A diferencia de Gerda, a quien encontró desplomada contra la pared del fondo entre los estantes.

La pierna de la bruja estaba doblada de modo que su pie mutilado descansaba en su regazo. Sorprendentemente, su cabello había crecido de nuevo. Aunque todavía gris, colgaba en ondas hasta sus hombros. Las cataratas también habían desaparecido de sus ojos, aunque no miró hacia arriba mientras seguía cantando su hechizo.

—Sangre de vigor, vitalidad y vida. Ya sea amamantado por los dientes o drenado con un cuchillo. Transfundir su gracia en la vena. Hasta que el entusiasmo de la juventud sea todo lo que quede. —La bruja mojó el dedo en su propia sangre y luego se lo secó con la lengua—. Puedes usar la tuya si nada más te sirve, pero tienes que seguir haciendo el hechizo una y otra vez hasta que se afiance. —Sus ojos se cerraron mientras inclinaba la cabeza hacia atrás contra la pared—. Bastante agotador.

—No estoy segura de que tu hechizo esté funcionando. —Elena pasó un

dedo por las botellas polvorientas y luego sopló la suciedad con una bocanada de aire—. Supongo que pronto no serás más que polvo.

La bruja mantuvo los ojos cerrados y comenzó el cántico de nuevo, frotando su dedo en la mancha de sangre de su falda.

—Tu demonio está muerto, por cierto.

Los ojos de Gerda se abrieron, calculando si era verdad o mentira.

—Imposible.

—Aparentemente, la cura de mi maldición dejó mi sangre venenosa —dijo, levantando el candelabro para mostrar la herida de la mordedura en su cuello—. Pero estaré feliz de donar unas gotas a tu causa.

La bruja logró una risa derrotada.

—Tu lado rencoroso es la razón por la que pensé que podrías ser una de nosotros. —Un dolor la golpeó e hizo una mueca, tomando aliento. Cuando pasó, tragó saliva mientras un leve rubor regresaba a sus mejillas. Las arrugas de su rostro se suavizaron y sus dientes reaparecieron, pulidos y blancos. Volvió las manos de adelante hacia atrás, buscando manchas de la edad, satisfecha con los resultados.

Un vago golpe resonó en el otro extremo del pasillo. Elena ajustó su postura para apoyarse contra la pared, moviendo el candelabro a su otra mano como distracción. Quedaba muy poco tiempo.

—¿Fue Bastien quien me maldijo? —Incluso ahora necesitaba la certeza.

Gerda tocó su rostro, sondeando delicadamente la tersura de su piel.

—¿Mis pómulos se han llenado? —Elena asintió y la bruja le sonrió a medias antes de dejarla caer de nuevo, como si el peso fuera demasiado pesado para sostenerlo en su lugar—. A menudo se preguntaba qué te pasaba. Yo creo… que todavía estaba enamorado de ti. —Le costó admitirlo, como si revelara la sombra de un corazón vulnerable e infantil que alguna vez había codiciado el amor por encima de todo—. Tu ausencia le hizo un agujero. Esa parte de él todavía faltaba cuando nos conocimos. Eso es lo que hizo que atraparlo fuera tan fácil. Simplemente me moldeé para adaptarme a la forma que dejaste.

La llama de la vela se volvió borrosa cuando las lágrimas rodearon los ojos de Elena.

—¿Por qué matarlo así? ¿Por qué matarlo en absoluto?

El rostro de la vieja bruja se endureció en una mirada de Medusa mientras escupía su veneno.

—Porque después de que regresaste, él nunca volvió a mirarme.

La magia de la sangre pareció bombear por las venas de Gerda más rápido, alentada por el calor de su temperamento. Sufrió un último ataque de dolor y luego su apariencia juvenil se recuperó por completo. Estiró la pierna recta, girando el pie ensangrentado de lado a lado.

—Pensé que podría volver a crecer después del cambio, pero debe requerir una forma diferente de sangre. Tal vez un conejo. —Gerda se humedeció los labios y se puso de pie con sorprendente agilidad—. Olvida eso. De todos modos, todo es lo mejor.

—¿Cómo es eso?

—Ahora que lo has arruinado todo, me complacerá mucho asegurarme de que lo que queda de tu vida no sea más que miseria. Este pie será mi prueba —dijo, cojeando hacia Elena para hacer su amenaza cara a cara—. Si no me equivoco, esas son las autoridades que escuché venir, y no puedo esperar para mostrarles lo que me hiciste con tu diabólica magia maligna.

En ese momento, el inspector Nettles apareció, saliendo del estrecho pasadizo, con el rostro enrojecido por la persecución.

—Haz un movimiento y será el último —dijo, agitando su antorcha hacia ellas. La llama resplandecía inquietantemente azul, ardiendo con un feroz deseo de saltar sobre ellas.

Gerda se arrugó, fingiendo debilidad.

—¡Oh, inspector! Gracias a todos los que lo saben por haber venido. Ella me obligó a bajar aquí y casi me mata. —Se apartó de Elena y reveló el espantoso pie.

Elena se atrevió a mirar al inspector a los ojos, sin saber qué haría a continuación. No hizo ningún movimiento hacia ella, pero tal vez la incertidumbre lo mantuvo clavado en su lugar, a pesar de su lanzallamas. Después de todo, ¿qué encanto podría poseer que pudiera desviar la hechicería de un demonio?

—Es magia repugnante y apestosa —dijo, eligiendo artimañas en lugar de amuletos—. ¿Puedes caminar hacia mí? No tienes nada que temer de ella mientras estoy aquí. —Le tendió la mano a Gerda como si estuviera colgando de un alto saliente.

Se acercó a él, cojeando y sollozando. La arrulló con palabras reconfortantes, envolviendo un brazo protector alrededor de sus hombros mientras la escoltaba fuera de la sala de almacenamiento.

Elena esperó, preguntándose si debería haber huido con Sidra después de todo. Si había calculado mal, juzgado mal… y luego le hizo señas para que se adelantara con una mirada severa e inclinando la cabeza. Aspiró el aroma del vino añejo por última vez y salió de la habitación.

Siguió el chasquido de las esposas.

La matrona había estado esperando en el pasillo. Ella puso una restricción en la muñeca derecha de Gerda en el momento en que la berhexe quedó atrapada entre ella y el inspector. Sin embargo, la muñeca izquierda la esquivó.

—¿Qué es esto? —Gerda dio un tirón y se retorció, tratando de liberarse. Gritó como un zorro con la pata atrapada en una trampa—. ¿Qué están haciendo, tontos? Ella es la asesina. Arréstenla. Soy madame Du Monde. Están cometiendo un terrible error —siseó y trató de hundir los dientes en el brazo de la matrona. El inspector la inmovilizó contra la pared con su cuerpo y terminó de esposarle la otra muñeca. La luz azul de las runas cobró vida, minando la magia de la bruja. Tanto la matrona como el inspector exhalaron aliviados.

—¿Cuánto escucharon? —preguntó Elena una vez que tuvieron a su prisionera bajo control.

El inspector alzó su hechizo para evitar que los escucharan.

—Capté la confesión. Su hombre de arriba nos mostró al demonio y el círculo de invocación. Todo esto es un desastre, pero se le debería conceder la libertad bajo fianza mientras se resuelve en el tribunal. —Ella le dio las gracias y él asintió a regañadientes, añadiendo—: Hablaremos de la desaparición de sus secuaces más tarde.

Ella permaneció en silencio y siguió obedientemente mientras llevaban a Gerda como una rana a través del estrecho pasillo para regresar a la sala principal de barriles. Habían caminado solo unos pocos metros cuando Gerda

tropezó, retorciéndose de dolor, arqueando la espalda como si estuviera atrapada en un espasmo. Parecía un truco. Una medida dilatoria para ganar tiempo o simpatía. Una forma de deslizarse libre a través de una treta de una lesión. Elena se preparó para una confrontación.

—Yo no lo hice. —Gerda suplicó a la matrona, tirando de las esposas—. Sea cual sea el trato que haya hecho con usted, puedo darte la vida. Inmortalidad. Podríamos vivir para siempre. Tú y yo. ¡Quítame estas malditas cosas!

La matrona puso los ojos en blanco y empujó a Gerda hacia adelante de nuevo. Pero el arrebato de la bruja fue más que un drama de prisioneros. La metamorfosis del envejecimiento había comenzado a revertirse de nuevo, pero a un ritmo increíblemente rápido.

—Las esposas —dijo Elena, recordando la sensación de tener su magia interrumpida por las ataduras—. Han cortado el hechizo que la mantenía con vida.

Los ojos de Gerda se abrieron al darse cuenta horrorizada de lo que le estaba sucediendo. En segundos, su cabello se volvió gris y se cayó, su piel se hundió y sus ojos se nublaron. Se había transformado en la misma vieja desdentada que había sido antes, pero luego su cuerpo retrocedió aún más violentamente. Gritó de agonía, marchitándose hasta convertirse en una delgadez imposible de huesos y piel, como una tira retorcida de cuero marchitándose al sol. Segundos después, desecada como una momia antigua, el cráneo se desmoronó y el cuerpo se desintegró en una pila de polvo y huesos debajo de una capa de encaje negro de luto.

Finalmente había llegado el momento de cobrar la muerte que había estado engañando durante trescientos años.

Capítulo Treinta y Uno

No hubo fuego de mediodía en la estufa. La rejilla estaba fría al tacto. No había migas de pan en la mesa, no había platos que se secaran en el trapo de cocina, y la entrega de huevos todavía estaba en el escalón de atrás junto a las macetas de geranio. Madame no había regresado a casa.

—No está arriba ni en la sala de estar —dijo Jean-Paul, volviendo a la cocina.

Elena trató de ocultar su preocupación, pero la forma en que sus ojos y las yemas de los dedos buscaron detalles más allá de su visión le dijeron que la ausencia prolongada no era normal.

—Probablemente todavía esté molesta por todo lo que ha sucedido —dijo —. Quizás se quedó en la ciudad para ver a un amigo.

—Fue a ver al hermano Anselm, pero eso fue hace horas. Le enviaré otro mensaje más tarde.

Jean-Paul colgó su chaqueta y su sombrero de fieltro en el perchero cerca de la puerta trasera. Su camisa abotonada estaba cubierta de sangre y sudor, de él y de ella. Había tratado de ocultarlo, pero ella notó que se estremeció cuando sacó los brazos de la chaqueta.

—Ven a mi cuarto de trabajo. Necesito poner un poco de ungüento en esas heridas.

Hubo una pausa mientras él se mordía el labio. Se abstuvo de decir lo que tenía en mente, pero ella lo había adivinado de todos modos.

—Sí, es mágico. Buena magia. No sentirás nada.

Lo dudaba. Nada de lo que hacía esta mujer lo dejaba sin sentir. Siguió después de un asentimiento complaciente. Lamentablemente, la sala de trabajo estaba ubicada en el sótano, un espacio que ninguno de los dos deseaba volver a visitar tan pronto, pero dejó la puerta principal abierta para agregar aire y luz. No había entrado antes en su cuarto de trabajo. Las veces que había intentado echar un vistazo al interior había estado bloqueada, atascada y aparentemente cerrada

desde el otro lado. Ahora, mientras sostenía la mano sobre la cerradura y susurraba un hechizo, sospechaba que también podría haber sido asegurada por un encantamiento. La puerta se abrió sin ni siquiera un chirrido.

Tuvo que enfrentarse a sus privilegiados estándares de normalidad cuando vio la pequeñez del espacio en el que ella había estado viviendo. La cama individual, el baúl, el escritorio y los estantes rebosantes de botellas que contenían trozos de hojas, pieles y huesos de animales.

—Madame había estado más cerca de la verdad cuando lo llamó un viejo armario de almacenamiento lleno de escobas.

Ella seleccionó varias botellas, agitando su contenido y considerándolo, antes de volver a colocarlas en el estante. Su dedo se detuvo en un espacio vacío, un agujero desdentado en una sonrisa por lo demás llena de frascos de botica. Su frente se tensó. Apretó los labios en concentración mientras buscaba en el escritorio.

—¿Algo mal?

—Extraño, había una botella aquí y ahora se ha ido.

—Madame estuvo aquí antes.

Elena lo consideró y luego negó con la cabeza como si dejara el pensamiento a un lado. Tomó el mortero y empezó a triturar un puñado de hojas secas.

—Tendrás que desabrocharte la camisa —dijo, agregando lo molido a un frasco de crema de olor dulce.

Él obedeció, cada vez más consciente de lo impropio de que los dos estuvieran solos en su habitación. Decidió que no le importaba y se abrió la camisa para dejar que sus dedos palparan sus tiernas costillas. Tomó aliento ante su toque.

—Respira —dijo y aplicó la crema, alisando sus manos sobre su costado mientras susurraba palabras suaves de curación y reparación.

—¿Qué te pasó? —preguntó, sintiéndose un poco mareado por la cercanía de ella—. Antes. ¿Para hacer que te fueras?

Ella lo miró con esos ojos de gato suyos, solo que esta vez no se apartó ni cambió de tema.

—Alguien me maldijo. Alguien malo. Me tomó siete años romperlo para poder liberarme. Por eso estuve fuera tanto tiempo.

—¿Alguien? ¿No sabes quién?

—Estaba convencida de que fue Bastien. Pero no fue así. Ahora no lo sé.

Quería rodearla con sus brazos. Quería protegerla. Era absurdo pensar que alguien con sus supuestos poderes pudiera necesitar su protección, pero recordó la mirada desesperada en sus ojos cuando se enfrentó a Du Monde en la calle. Atrapada como un pájaro salvaje luchando por salir de una jaula. Ahora sabía por qué. Y ahora comprendía que quienquiera que la maldijo todavía estaba ahí fuera.

Ella le entregó el frasco de crema y giró la cabeza para que su cuello quedara expuesto a él.

—Solo aplícalo en lo peor.

—¿Digo algo? —Ella sonrió y le pidió que repitiera el encantamiento. Mientras aplicaba el ungüento y decía las palabras, sintió la familiar estática corriendo por su piel. No creía que hubiera hecho ninguna magia real al decir el hechizo, entendía su lugar en el espectro, pero una energía encantada parecía envolverlos de todos modos.

En el brillo de esa magia, estudió su rostro. Sus ojos dorados, que en otra mujer podrían anunciar una naturaleza sensual, solo tenían calidez y sabiduría. Su cabello, su piel, sus labios, estaba hechizado por su necesidad de acariciar su suave sensación. Sintió que el dolor en sus costillas disminuía, solo para ser reemplazado por un dolor aún más fuerte por abrazarla. Levantó la mano para ahuecar el borde suave de su cuello y su mejilla. Ella no se apartó. Cuando el impulso de presionar sus labios contra los de ella se hizo tan fuerte que su pecho se agitó por el deseo, robó su oportunidad y la besó. Y cuando su cuerpo cedió, tan hambriento de su sabor como él de ella, dejó que la pasión guiara sus manos, empujando el corpiño de cuentas plateadas.

Capítulo Treinta y Dos

Ella absorbió el peso de su brazo desnudo sobre su cadera y el calor de su aliento en su cuello mientras dormía a su lado en la cama. La magia del amor, estaba aprendiendo, podía ser un poderoso curativo. A medida que se extendía por su cuerpo, llenando las últimas grietas que quedaban frías y vacías por la maldición, su instinto la llevó a rumiar la melancolía que infectaba las vides. Era como si las raíces hubieran sufrido una herida. Como un hematoma de piedra o una úlcera de estómago. Pero eso no estaba del todo bien. Era más emotivo. Como el dolor de un corazón roto. Y, sin embargo, la causa la eludió. Por la mañana sacaría el viejo grimorio de la grand-mère de los primeros días de la siembra y vería si había algo que deducir sobre el estado emocional de las plantas.

Satisfecha con sus pensamientos, se acurrucó más cerca de Jean-Paul. Acababa de establecerse en un estado de felicidad soñadora cuando un arañazo en la puerta la hizo levantar la cabeza.

Jean-Paul se despertó y la besó suavemente en el cuello.

—¿Qué es?

—Creo que hay alguien en la puerta.

Se sentó, escuchando.

—Quédate aquí, yo iré —dijo, agarrando sus lentes. Se puso los pantalones y luego abrió un poco la puerta. Sus hombros se relajaron mientras miraba hacia abajo—. Es solo un pájaro.

Elena levantó la cabeza para ver una paloma balanceándose hacia adelante y hacia atrás.

—No, es un mensaje. Debe ser de la grand-mère. —Se apoyó en un codo y llamó al pájaro. Batió las alas obedientemente y aterrizó en su cadera—. Es extraño que haya usado una paloma —dijo, mirando por encima del lúgubre pájaro gris—. Grand-mère jura por las palomas.

—Por supuesto —dijo. Recogió su camisa sucia y la sacudió—. ¿Pero

dónde está el mensaje? No veo ninguna nota atada a su pata.

Ella lo miró con lástima antes de convencer al pájaro de que hablara frotando el dedo bajo el pico. Arrulló su mensaje como un perfecto caballero, hasta que Elena se incorporó tan rápidamente que hizo que el pájaro se retirara. Dejó caer un par de plumas mientras volaba hacia la puerta.

—¿La paloma te habló? —negó con la cabeza como si el intercambio fuera solo otro desconcierto para agregar a una pila ya rica—. ¿Hay algo mal? ¿Es de madame?

—No, es de otra persona. —Pero apenas sabía cómo explicarse. Recogió las plumas y pateó la manta—. Era del camarero de la taberna. Tengo que irme —dijo Elena mientras buscaba en su baúl algo que ponerse.

—¿Taberna? —Jean-Paul se encogió de hombros en su camisa—. ¿Vas a salir? ¿Ahora?

Hizo una pausa mientras se subía las medias.

—Sí. ¿Puedo tomar prestado tu caballo?

—¿Puedo ir contigo?

Ella colocó una media en su lugar.

—Sería mejor si no lo hicieras.

Abrió la boca para protestar, pero ella lo besó antes de que pudiera hablar. Cuando sintió que se le escapaba la discusión, se apartó, dispuesta a consentir.

—Muy bien —dijo ella, preguntándose cómo podría volver a negarle algo que él quisiera—. Agarra el caballo.

***

El sol se había desvanecido a un rosa vaporoso sobre las colinas mientras estaban fuera de Grimalkin & Paddock's. Su corazón palpitaba con la intensidad del ala de una polilla contra una linterna, sabiendo qué la había traído allí.

Jean-Paul ató la correa del caballo a un poste con una rana de hierro como remate.

—¿Cómo es que nunca antes había visto este lugar? —Miró a su alrededor como para orientarse.

—¿Sentiste telarañas contra tu rostro mientras subíamos?

—Sí. ¿Cómo lo supiste?

—El trabajo de hechizos a menudo se siente como caminar a través de una red para un mortal. Este final del camino está protegido por encantamientos para que sea menos interesante para los transeúntes no mágicos, pero como estás conmigo, lo estás viendo como yo lo veo.

—¿Las ratas no son suficientes para mantener alejados a los curiosos? —Golpeó con el pie en la cara de un gran roedor que había venido a inspeccionarlo desde el callejón.

Animó a la rata con un gesto de la barbilla, señaló y se escabulló.

—Esta es una taberna de brujas. Te dejé llegar hasta aquí, pero sería mejor que esperaras afuera mientras hago esto.

—No puedo dejarte entrar allí sola si es peligroso. No después de todo lo que hemos pasado.

Trató de mirar a través de la ventana, pero la habitual mugre amarillenta y lúgubre cubría el vidrio, oscureciendo la vista.

—Estaré bien —dijo, palmeándose los bolsillos—. Estoy preparada. —Y se fue. Había traído todos los talismán, amuletos, encantamientos y hierbas protectores que poseía. Esta vez no la tomarían por sorpresa.

Jean-Paul empezó a protestar, pero al final no tuvo más remedio que confiar en ella. La besó en la mejilla y le dijo que esperaría con el caballo. Estaba aprendiendo. Aun así, estaba agradecida de saber que estaría cerca cuando abrió la puerta de la sórdida taberna.

La sala principal, normalmente medio vacía en una buena noche, estaba llena de clientes. No había asiento disponible. Elena pasó entre la multitud, cada vez más consciente de que no eran los lugareños habituales. Un grupo de hechiceros que parecía como si acabaran de desembarcar de un tren del otro lado del mundo sacudieron sus cabezas con turbantes y lanzaron humo al aire mientras debatían el número y el significado de los gatos muertos. Dio un amplio margen a la nube de tabaco y ginebra que se cernía cerca de ellos y emergió

junto a la mesa y a la ventana, donde una telaraña hundida colgaba precariamente baja sobre las cabezas de los clientes.

Dos jóvenes brujas se sentaban una frente a la otra estudiando sus cartas del tarot. La que tenía acento de ciudad golpeó con el dedo a la Emperatriz y notó con aire de suficiencia que había predicho la muerte de la bruja danzante del demonio una semana antes. La otra señaló la Rueda de la Fortuna y dijo que era pura suerte. Elena se puso de puntillas para buscar a madame Grimalkin y terminó tropezando con un hombre cuyo rostro estaba tatuado con remolinos negros y puntos que estaba segura que contenía su propio tipo de magia. Él la midió con una mirada curiosa, ausente de atracción pero completamente inquisitiva, luego inhaló. Sus ojos se abrieron con entusiasmo.

—Eres una enóloga. Como la de corazón malvado —dijo—. ¿Conocías a esta mujer? ¿Es cierto que bebió la sangre de un hombre mortal?

Hablaba de Gerda. Todos lo hacían. Todos en la habitación, al parecer, habían venido a deleitarse con los detalles de sus crímenes y muerte. ¿Cuántas palomas habían estado ocupadas batiendo sus alas sobre el campo para difundir la noticia?

—No, no la conocía —mintió, repentinamente sorprendida al darse cuenta de que cualquiera de los extraños en la habitación podría ser el que la había maldecido. Y luego los vio. Los largos rizos de cabello dorado y la chaqueta bordada con flores descoloridas. Las hermanas Charlatán estaban allí, levantando sus copas con todos los demás y animando la muerte de Gerda. O quizás sus logros.

Estaba a punto de enfrentarse a ellas cuando una mano huesuda la agarró del brazo. Antes de que pudiera protestar, la llevaron a un rincón oscuro. Su mano fue a su cuchillo.

—Gracias a todos los que lo saben por recibir mi mensaje. —Madame Grimalkin miró por encima del hombro y luego la miró directamente—. Fue justo como dijiste. Un ojo de dragón verde.

Ella soltó su agarre en el cuchillo.

—¿Viste el reloj?

Su cabeza gris asintió.

—Es un caballero el que lo posee.

—¿Caballero? —Volvió a mirar a las hermanas Charlatán, riendo y bailando al otro lado de la habitación—. ¿Estás segura?

—Bueno, así es como se presenta, aunque no lo diría de un hombre que anda maldiciendo a los de su propia especie, si es que es él.

¿Un hombre? De todas las veces que había fantaseado con este momento, nunca se le había ocurrido que estaría enfrentando a un brujo. ¿Pero quién? ¿Por qué? Sintió como si se hubiera alejado aún más de las respuestas que había estado buscando.

Grimalkin dejó su bandeja de servir en la parte superior de la barra y levantó dos dedos hacia su esposo mientras gritaba pidiendo cerveza.

—¿Entonces qué vas a hacer? —preguntó ella—. No quiero problemas. No más de lo habitual de todos modos. Tenemos una buena multitud esta noche debido a la muerte de esa bruja demoníaca. La gente espera que las autoridades vendan sus huesos y cenizas por talismanes. ¿No es así, Paddy?

Paddock puso dos vasos de cerveza espumosos en la bandeja de Grimalkin.

—Si no es así, tengo la intención de barrer las brasas del fuego y venderlas yo mismo como huesos de bruja. Haría una fortuna. —Se echó a reír antes de caminar de regreso al grifo para llenar otro vaso—. Ya era hora de que tuviéramos un poco de buena suerte por aquí.

—Por eso te amo, Paddy. —Grimalkin tomó su bandeja—. Entonces, ¿qué va a ser?

—No estoy buscando problemas. Solo necesito saber por qué.

Grimalkin asintió, entendiendo de una manera que solo alguien que vivía con los malditos podría hacerlo.

—Se presentó hace una hora y pidió la cena. Esta noche estamos más ocupados de lo habitual, por lo que estamos tardando más en atender a la gente. Siguió sacando ese reloj, comprobando la hora y mirándome mal. Fue entonces cuando lo reconocí. Traté de detenerlo lo mejor que pude después de eso. Entonces la cosa más extraña sucedió. Estaba lista para darle su cheque cuando una mujer se le unió. Una señora mayor. Realmente apropiado. Llegó unos minutos antes que tú y pidió dos copas de vino. No puedo imaginar lo que quiere con gente como él, pero se trasladaron a una cabina privada en la parte de atrás.

—Muéstramelo —dijo Elena, su curiosidad se tensó contra la correa.

Madame Grimalkin entregó las cervezas a un par de prestidigitadores que hacían girar monedas a ocho centímetros por encima de sus palmas. Arrancó las monedas del aire para pagar, luego señaló a Elena hacia el reservado en la parte de atrás con las cortinas medio corridas. La elegante pierna de un hombre asomaba por la cortina: el pantalón perfectamente arrugado, el zapato de punta de las alas lustrado como un espejo.

—Ese es él —dijo—. Probablemente le esté explicando sus servicios ahora mismo. Bah. Cuanto antes se haya ido, mejor.

Elena sintió una mano de apoyo en su espalda antes de quedarse sola para mirar la cortina entreabierta. Había sido entregada a este momento en una marea de anhelo de siete años. La venganza había sido la dulce fruta que había anhelado mientras dormía, envenenando el elixir para entregar el sueño. Pero la muerte de Bastien había hecho que el gusto por la venganza se pudriera. El asesinato ya no era el ungüento que una vez había buscado para su herida. Sin embargo, cuando gravitó hacia la derecha para ver más allá de la cortina y finalmente conocer el rostro de su agresor, tuvo que moderar un impulso creciente de atacar.

Era un hombre de mediana edad de aspecto corriente con un traje gris. Bien afeitado, calvo, con una panza y, sin embargo, poseía suficiente vanidad para llevar una corbata encantada que brillaba con un brillo plateado. Un truco para hacer brillar sus ojos ahora que la juventud natural se había esfumado. Inclinó la cabeza y volvió a mirar. Había algo familiar en esos ojos, pero no lo suficiente como para desencadenar el conocimiento.

Bajó la mirada hacia donde una cadena pasaba desde el botón de su chaleco hasta el reloj en su bolsillo. No necesitó sacar el reloj para que ella supiera cómo era la caja. La imagen nunca había abandonado su mente: un ojo de dragón verde enfermizo con una hendidura vertical superpuesta por un elaborado párpado dorado. Tic, tac, tic, tac, la tapa se había cerrado y su vida fue absorbida. Pero su apariencia ordinaria la desconcertó. ¿Y si no era la persona adecuada después de todo? ¿Y si el reloj era más común de lo que pensaba?

Y luego alzó su voz.

—¿Cómo te atreves a acusarme de subterfugio? —dijo, golpeando su puño contra la mesa para que hiciera sonar los cubiertos—. Prácticamente me rogaste

que arreglara tu pequeño problema. Según recuerdo, entregaste mucho dinero en efectivo y me dijiste que era libre de hacer lo que fuera necesario para que pudieras deshacerte de la situación. Eso fue lo que hice.

El tono nasal, el aire de superioridad, la punzada de falsa aristocracia: su identidad se enfocó rápidamente. El rostro sin las dramáticas cejas pegadas y la perilla puntiaguda. Los ojos se limpiaron de su kohl negro. Un mago sin su túnica suelta y sus uñas postizas.

—¡Tú! —dijo, echando hacia atrás la cortina.

Rackham se sobresaltó y luego entrecerró los ojos.

—¿Tú? —Una vez que hizo la conexión, se resistió a su compañero de mesa—. ¿Qué es esto?

—Dios mío, ¿qué estás haciendo aquí?

Elena apartó la otra cortina. Sentada frente al hombre que la había maldecido y dejado por muerta estaba la mujer que la había criado desde que era niña.

Capítulo Treinta y Tres

¿Era un encuentro casual? ¿Coincidencia? ¿La idea del Omnisciente de una broma cósmica? La mente de Elena buscó cualquier explicación razonable de por qué la grand-mère le haría compañía a ese hombre.

Luego vio el frasco marrón agarrado en la mano temblorosa de su mentora. La botella perdida de su taller. La que había llenado cuando estaba trastornada por la necesidad de venganza.

Por supuesto. Era la única explicación que tenía sentido. Grand-mère había descubierto a la bruja que la había maldecido y estaba dispuesta a tomar represalias. Quizás incluso cometer un asesinato en nombre de la venganza.

Elena se deslizó en el reservado junto a la grand-mère y puso su mano sobre la de ella.

—Por favor, no lo hagas. Sé lo que dije antes sobre la necesidad de venganza, pero no vale la pena. No tienes que hacer esto por mí.

Rackham apartó su copa de vino y se inclinó hacia la grand-mère.

—¿Qué quiere decir con que no tienes que hacer esto por ella? ¿Qué tipo de arreglo es este?

La anciana apartó la mano de Elena.

—Se suponía que nunca sería permanente, Edmond. Me prometiste que sabías qué hacer. Que ella no saldría lastimada.

—Siempre has sabido cómo me gano la vida. —Tomó un trago de vino antes de defender su caso ante Elena—. Hice lo que me pagaron por hacer. Puramente negocios.

Los ojos de la grand-mère se llenaron de lágrimas.

—Tus mentiras arruinaron todo.

Rackham se reclinó en su asiento, levantando los ojos hacia el cielo como si fuera su maldición tratar de razonar con una mujer sobre los negocios. Para hacerle frente, apuró el contenido de su copa de vino de un trago.

—¿Cómo es que conoces a este hombre? —dijo Elena, volviéndose hacia la grand-mère—. Es un sombrío lector de palmas de carnaval que trabaja en la parte trasera de un carromato.

Rackham resopló, indignado por la descripción.

—Oh, Ariella y yo nos remontamos. Yo fui quien te vendió a los Gardin después de la muerte de tus padres.

¿Vendida?

Dejó su vaso vacío con fuerza para enfatizar.

—Así es. Sé exactamente quién eres. Puedes menospreciar mi trabajo en el carnaval —continuó—, pero fueron tu madre y tu padre quienes en realidad…

—Edmond, no.

—¿Conocías a mis padres?

—Por supuesto que los conocía. ¿De quién crees que obtuve todos esos libros de magia oscura en los que estabas tan interesada?

La intuición sabe la verdad cuando se escucha, pero el sonido puede dejar un terrible zumbido en los oídos.

—Estás mintiendo.

—Sí, encontrarás que es bastante bueno en eso —dijo la grand-mère.

Rackham hizo una pausa para toser en un pañuelo.

—Claramente Ariella te ha mantenido en la oscuridad sobre tu herencia, pero fue tu madre quien me enseñó todo lo que sé sobre maldiciones y veneno. Esmé y Raúl fueron mis mentores. Eso fue hasta que ambos fueron ahorcados por vender sus venenos a mujeres de la sociedad en la ciudad que se habían aburrido de sus maridos adinerados. —Hizo un gesto de *comme ci, comme ça* con un gesto de su pañuelo antes de dejar de toser de nuevo—. No veía completamente el parecido antes, pero debería haber sabido por la forma en que te atrajo el libro sobre maldiciones que eras la hija de Esmé. Pero luego esperaba que todavía estuvieras saltando por tu pantano, arrancando moscas del aire con tu lengua. O dando indigestión a un perro callejero a estas alturas.

—¡Edmond!

¿Colgados?

Se inclinó y la inspeccionó más de cerca.

—¿Cómo es que estás aquí en persona? Esa maldición fue sacada directamente del grimorio de Esmé.

Por un momento ella no pudo respirar. No podía pensar. El mundo se inclinó fuera de su eje, girando hacia el olvido. Una tormenta de estrellas y polvo se expandió dentro de su cabeza cuando su visión de sombras se entrometió por su propia voluntad, obligándola a vislumbrar el pasado y los padres que apenas conocía. El recuerdo la llevó a un carro de boticario, sus estantes llenos de botellas que repiqueteaban mientras las ruedas rodaban por un estrecho camino de ladrillos bordeado de tiendas que olían a especias rojas y amarillas. Sobre su cabeza colgaban frascos llenos de vainas marchitas, corazones de animales secos y dedos escamosos con largas garras suspendidas en formaldehído. Una botella, recordó una voz que le decía, contenía la extracción aromática de una flor roja que podía hacer que un hombre soñara con el pasado para siempre. Otra contenía un líquido de jade que echaba humo gris cuando se añadían trozos de uñas y cabello con un remolino de la muñeca, la muñeca de su madre, que tintineaba con la música de una docena de brazaletes de oro mientras mezclaba el veneno.

La verdad de su línea de sangre la envolvió. Chocó contra el punto central de su naturaleza, más allá del aprendizaje, más allá de la intuición, más allá del instinto. Se inyectó en su conciencia hasta que ya no pudo negar la verdad. Había nacido bruja de pociones, conjuradora de venenos y maldiciones. Una *venefica*[20].

El sonido de una tos fuerte rompió su meditación. La urgencia la convocó de regreso a través del espacio liminal, acelerándola del pasado al presente. Cuando abrió los ojos, la prueba de su linaje la miró a la cara. Lo vio en la dilatación de las pupilas de Rackham, las gotas de sudor en su sien y el tinte azul de sus labios. Su veneno serpenteaba por sus venas, buscando su corazón. Grand-mère ya lo había deslizado en su vino. Solo habría necesitado una gota o dos. Nada que probar, nada que ver, y nada que ella pudiera hacer por él, excepto darle la oportunidad de decirle la verdad y limpiar su conciencia antes de que la muerte lo dejara a los pies del Omnisciente.

—Al parecer, mi madre no te enseñó todo —dijo Elena—. Esa piedra de sapo podría protegerte de enfermar con la comida en mal estado, pero no te

ayudará contra un veneno hecho a medida. —Esperó mientras él tosía y le daba un giro al anillo—. Y para responder a tu pregunta, si supieras la mitad de lo que afirmas saber, habrías entendido que cuando se permite que se acumulen en el cuerpo con el tiempo, algunos venenos, como las bufotoxinas autoingeridas, degradan la energía que contiene un hechizo de transfiguración en su lugar. Fueron necesarios siete años, pero los lazos de tu maldición se desintegraron. Así es como estoy aquí sentada, profesor. Y por qué estás muriendo ahora.

—¿Qué?

—Te han envenenado —dijo Elena—. Ya se está moviendo a través de tu torrente sanguíneo, dando vueltas a tu corazón, esperando el momento adecuado para envolverte.

La cabeza de Rackham se levantó de su pañuelo. Miró a la grand-mère, horrorizado.

—¿Me has envenenado?

—Sí. —La grand-mère inclinó su copa, saboreando lo último de su vino.

Él la miró parpadeando con incredulidad.

—Estás loca. Ustedes dos. —Trató de irse cuando el primer espasmo lo golpeó. Jadeó en busca de aire y se soltó la corbata plateada del cuello—. Ayúdame, maldita sea, que alguien me ayude.

La habitación estaba llena de brujas que apestaban a hierbas curativas, pero solo las hermanas Charlatán dejaron de celebrar para pasar entre la multitud. La más cercana metió la mano en su chaqueta bordada y blandió una pata de conejo inútil, probablemente con la esperanza de pedir dos monedas por ella, hasta que vio quién estaba sentada a la mesa del hombre. Ella se burló y retrocedió.

Elena buscó en su bolsillo el amuleto de la rue que había traído.

—Aquí —dijo, dejando caer una pizca de la hierba en la mano de Rackham—. Ponlo en la parte de atrás de tu lengua. Podría aliviar el dolor.

Aspiró la hierba con avidez y la aplastó entre los dientes.

—¿Detendrá el veneno?

—Elena no usa medias tintas, Edmond. —La grand-mère dejó

tranquilamente el frasco vacío sobre la mesa y juntó las manos como si su trabajo estuviera terminado—. Después de todo, es la hija de Esmé y mi protegida. Supongo que tu corazón va a explotar en cuestión de momentos.

La voz de Rackham se elevó en tono como si una súplica desesperada pudiera cambiar su destino.

—No fue nada personal. "Llévate a la chica", dijo, y lo hice. —Extendió la mano y agarró la muñeca de Elena con una fuerza sorprendente—. ¡Ahora dame el antídoto!

¿Cómo podía decirle que no había ninguno? El asesinato siempre había sido su objetivo cuando mezclaba el veneno. Rackham la soltó y tosió en su pañuelo, manchándolo con sangre roja brillante. Presa del pánico ante la vista, se deslizó fuera de la cabina para pedir ayuda a las otras brujas. Pero para entonces el veneno había atrapado su corazón. Sus ojos se hincharon y su piel cetrina perdió el color. Se agarró el pecho, haciendo una mueca de incredulidad.

—Estoy muerto —dijo y se dejó caer al suelo.

Uno de los jóvenes lectores de tarot gritó, provocando un pánico de bajo grado que se extendió por la habitación. Siguió una curiosidad mórbida, que atrajo a la multitud más cerca del cuerpo. Sin embargo, el efecto resultó temporal, ya que un aura verde y negra se formó alrededor del profesor muerto. La multitud reconoció un envenenamiento por venganza cuando veían uno. Madame Grimalkin ahuyentó a las brujas de regreso a su celebración, asegurándoles que se enviaría una paloma a las autoridades.

Jean-Paul, sin embargo, no tenía el beneficio de leer auras. Se abrió paso entre la multitud, derribando sillas vacías y derramando jarras de cerveza para llegar a Elena.

—¿Qué pasó? Escuché un grito. —Hizo una pausa y se quedó boquiabierto ante el cuerpo—. ¿Ese hombre está muerto?

Elena no confiaba en sus piernas para sostenerla, pero tomó su mano cuando se la ofreció.

—Esperemos —respondió la grand-mère.

—Madame. ¿Estás bien? Te hemos estado buscando.

—Monsieur Martel, esperaba volver a verlo.

Se deslizó en la cabina vacía frente a ellas.

—Por supuesto. ¿Por qué no lo harías?

Ella le dedicó una débil sonrisa que fue interrumpida por un ataque de tos. Cuando recuperó la compostura, sonrió y le dio unas palmaditas en la mano.

—Me temo que mi destino está ligado al del muerto en el suelo. Mi corazón está en retirada, pero no puede eludir responder por lo que hicimos por mucho más tiempo —dijo con un movimiento rápido de la mano *c'est la vie*—. No volveré a Château Renard. Pero sepan que lo fue todo para mí, y dejo la propiedad en las mejores manos.

—¿Madame?

¿Nosotros?

La anciana se aclaró un cosquilleo en la garganta, luego desenganchó la chatelaine de plata, con sus llaves, amuletos y pequeñas golosinas, y se la tendió a Elena.

—No te pediré perdón. Eso es entre el Omnisciente y yo. Pero espero, de alguna manera, haberte dado la tranquilidad que necesitabas, sabiendo que la persona que te maldijo se ha ido.

—Grand-mère, no. —El vértigo se apoderó de Elena como si estuviera de pie en una cornisa con vistas a un cañón de secretos demasiado vasto para ver el fondo. Negó con la cabeza, deseando que las palabras fueran un error, incluso cuando su mentora puso la cadena de plata en sus manos.

—En cuanto a mi parte, solo quería que volvieras en razón. Tenías tanta prisa por casarte con Bastien. No podías ver cómo te estaba manipulando. Tratando de robarte de mí y tus talentos. ¿Después de todo lo que te enseñé? No podía permitirlo. Joseph y yo habíamos trabajado demasiado para construir el viñedo de la nada para que ese hombre lo robara. Simplemente no podía dejar que te fueras para ser su bruja de la vid.

—¿Cómo puedes pensar que les daría la espalda a ti y a Château Renard?

La grand-mère objetó.

—No estoy orgullosa de ello, pero por un tiempo me preocupé que la verdadera vocación de tu sangre finalmente hubiera salido a la superficie. Edmond advirtió que podría suceder cuando te trajo por primera vez cuando eras

niña.

La simpatía desapareció de la voz de Elena.

—¿Porque te vendió la hija de una *venefica*?

—Sí.

La palabra la desinfló y se miró las manos en el regazo. Pero por mucho que odiara escucharlo, había una chispa de verdad en la admisión. ¿No había sido su primer impulso preparar un veneno para poder vengarse de Bastien? ¿No estaba un hombre muerto en el suelo a causa de esa compulsión?

—Sé lo que estás pensando, Elena. Y, sí, siempre has tenido un instinto impecable para saber qué raíz mortal iba con qué hongo verrugoso. O qué hoja manchada era más potente empapada como té en lugar de triturarla hasta convertirla en polvo. El arte del veneno siempre te ha resultado natural. Probablemente fue lo que te salvó la vida en ese pantano.

La anciana se quedó en silencio durante un momento, pero rechazó cualquier preocupación cuando Jean-Paul le preguntó si estaba bien. El intercambio hizo que Elena volviera a mirar hacia arriba, y fue suficiente estímulo para que la grand-mère se acercara y tomara su mano.

—Aunque eras un diablillo cuando te vi por primera vez, reconocí tu potencial. No pertenecías a la parte trasera de un carro de carnaval. Y, pensé, el alcohol es su propia forma de veneno de todos modos. Las disciplinas no están tan separadas como algunos podrían pensar. Y te adaptaste brillantemente. Nadie podría decir lo contrario. El arte del veneno puede correr por tu sangre, pero nunca dudes que estabas destinada a ser una bruja de la vid. —La anciana hizo una pausa, cerrando los ojos de nuevo mientras presionaba su mano contra su pecho—. Pero entonces llegó ese maldito Bastien, la ambición y la codicia lo empujaron hacia nuestra puerta principal como un equipo de caballos. Tenía tanto miedo…

—¿De qué?

—De perderlo todo por su maldita codicia.

—¿Así que hiciste que me maldijeran? ¿Abandonándome para morir sola y medio loca?

—No —dijo la grand-mère—. Yo nunca hubiera hecho eso. No fue a

propósito. Eso debes creerlo. —La grand-mère se quitó un paño de seda de la manga y se secó las comisuras de los ojos—. Fue ese hombre —dijo, mirando el cuerpo de Rackham—. El carnaval estaba tirando de las apuestas para salir de la ciudad, y pensé que si te alejabas un poco de Bastien volverías a tus sentidos. El tiempo separados podía ayudarte a ver la verdad. Así que le pedí a Edmond que te llevara con él. Solo dijo que no había suficiente espacio en ninguno de los carromatos, y que el dinero que ofrecí apenas cubriría los gastos para cuidar de ti durante todo un año… preguntó si podía transformarte por una cuestión de conveniencia. Pensé que tenía la intención de mantenerte como un pájaro, o tal vez como un gato, solo hasta que regresara el próximo verano, y luego te liberaría del hechizo.

—¿Qué estabas pensando?

—Estuvo terriblemente mal, ahora lo sé. Pero luego me equivoqué en tantas cosas. —Giró la cabeza para toser—. Cuando el carnaval regresó al valle al año siguiente y no volviste a casa, fui a su carromato. Pareció sorprendido de verme. Ofreció una excusa acerca de que conociste a alguien y te fuiste. No tuve más remedio que creerle, hasta que apareciste años después y supe la verdad de su engaño. Nunca soñé que fuera capaz de maldecirte y dejarte a un lado de la carretera de esa manera. No a la hija de Esmé.

La grand-mère se tapó la boca con el pañuelo y tosió hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas. Cuando pasó el ataque, alejó la tela y encontró la seda teñida de rojo brillante. Sus cejas se arquearon con curiosidad al verlo.

—Sangre y seda, barro y leche, nunca los dos deberían encontrarse —murmuró—. No, eso no está bien, ¿verdad?

Jean-Paul miró de reojo a la anciana y luego a Elena, alarmado.

—¿Qué pasa con ella?

Entonces Elena tomó nota de la copa de vino vacía. Había estado tan concentrada en aclarar la verdad dentro de la traición que había pasado por alto los primeros signos de envenenamiento en la anciana. Agarró el vial y lo agitó contra la luz para ver cuánto líquido quedaba.

Vacío.

Un estremecimiento de miedo la recorrió, como si se estuviera cayendo y su cuerda de salvamento acabara de deslizarse entre sus dedos.

—Ella misma se ha envenenado —dijo y tiró el frasco al suelo.

—¿No puedes hacer algo? ¿Usa tu magia?

Vació la bolsa de ruda sobre la mesa y empezó a moler las hojas entre las palmas.

—Voy a intentar un canto de purga para vaciar su estómago —dijo, sabiendo que había usado un poderoso hechizo vinculante en el veneno para prevenir exactamente lo que esperaba hacer.

Pero antes de que pudiera cantar su hechizo, la grand-mère hizo una mueca y se encorvó en su asiento. Inclinó la cabeza hacia atrás de modo que miró al techo.

—Nunca quise causarte ningún dolor —dijo, jadeando por aire—. Estaba tan asustada de perderlo todo. Pero nunca tuvo la intención de ser permanente. Debes creerme. Se suponía que siempre debías volver a casa de nuevo.

Elena sopló las hierbas y le pidió al Omnisciente que purgara el veneno, pero ya era demasiado tarde. El cuerpo de la grand-mère se estremeció ligeramente cuando se le escapó el aliento, luego se relajó, el corazón finalmente quedó acorralado por la poción mortal.

No hubo gritos para seguir a la segunda muerte. Después de un jadeo inicial recogido, hubo susurros de preocupación, una cuchara colocada suavemente sobre una mesa y una rápida inhalación de asombro cuando el aura de la mentora se elevó en una nube plateada, reconocimiento de la sabiduría y la experiencia perdidas cuando una tan vieja fallece. Un silencio final se apoderó de las brujas cuando Elena, todavía tambaleándose por la confesión, levantó las manos en la pose sagrada para alabar al Omnisciente y pedir perdón por la mujer que le había enseñado el arte de la vid y la vida.

Capítulo Treinta y Cuatro

Las vides se combaban con pesados racimos de fruta. Sus amplias hojas se extendían con el dorso hacia el sol, mientras los zarcillos se enredaban alrededor de los palos endurecidos, en busca de su próximo punto de anclaje. Jean-Paul se sentía humilde con como el viñedo respondía teniendo ese fuerte crecimiento. Mientras caminaba entre las vides, extrajo una uva, probando la firmeza de la fruta entre su dedo pulgar y el índice antes de darle una mordida. El dulce jugo le cubrió la lengua. Por tres días le había estado diciendo que era hora, pero ella pondría su mano sobre la suya y diría—: Todavía no. No hasta que pase la luna llena.

Estaba comenzando a pensar que la paciencia de Elena para la cosecha era tanto una parte de su magia, como lo eran sus hechizos.

Cada mañana, ella revisaba sus cartas astrales, consultaba con las crisopas, escarabajos, las polillas, e incluso juraba haber visto un lagarto una vez, mientras pululaban por las copas de los árboles haciendo sus cosas. Y entonces, cerraba los ojos y con los dedos recorría las vides. Había algún tipo de comunicación secreta en todo el proceso. Un lenguaje que solo ella hablaba. En los días en que se sentía valiente, le pediría que le permitiera escuchar la ráfaga de vida surgiendo a través de las vides, ver el halo brillante de dorado y verde manifestarse sobre las filas, y observar las abejas zumbar a través del aire hacia sus destinos ultravioletas. Y entonces se sentiría tranquilo. Era suficiente saber que otro mundo existía y que ella vigilaba sobre ello.

En las semanas y meses siguientes a la muerte de madame, había tenido que regresar a sus libros de leyes y los decretos del aquelarre una última vez. Nunca hubo una amenaza real de que Elena regresara a prisión, pero la ley tenía que liberar oficialmente su acusación contra ella, lo que significaba tener una audiencia formal. Lo que complicaba las cosas era la revelación de su historia familiar. Debido a que dos personas habían muerto por un veneno que ella había formulado, tendría que registrarse con la Oficina de Regulación de Aquelarres como una *venefica*, por lo que futuros brebajes podrían ser monitoreados por cualquier uso indebido. El decreto contenía siente páginas de documentos oficiales, pero todo era jerga legal, el lenguaje secreto que él hablaba, y una que

felizmente tradujo para Elena así ella podría entender que era libre para continuar haciendo vino.

Bueno, libre en su mayoría. La muerte de su mentora había hecho vacilar su confianza por un tiempo. Los efectos colaterales de la traición y la pérdida. Luego de eso, ella había pasado sus mañanas caminando a través de las viejas vides que Joseph había plantado para Ariella, hablándoles cuando pensaba que él no estaba lo suficientemente cerca para escuchar. Susurrando palabras que otros podrían reservar para los difuntos. Palabras de arrepentimiento, confusión, culpa, y finalmente pensó, aceptación. Hasta el día en que ella estuvo lista para aceptar su proposición.

Puede ser que no haya pedido una asociación con brujas cuando compró los viñedos de Château Renard, pero al igual que un científico con su microscopio, había descubierto que había mucho más en el mundo a su alrededor de lo que el ojo podía ver. Y más lugar en su corazón de los que pensaba que existían antes de haber conocido a esta mujer con ojos de gatos, con sus encantos y hechizos y su magia.

Capítulo Treinta y Cinco

Tenías que respetar las uvas. Esa era la primera lección. El vino, después de todo, era una cosa viviente. Cada vino es una entidad propia, cada vendimia es tan única como lo es el corazón y la mente de la bruja que la cultiva.

Jean-Paul abrió la botella y la dejó en la mesa para que respirara. Aunque todavía era joven para algunos estándares, el vino se había añejado durante dos años y ya tenía la madurez de una gran dama en la mejor edad de su vida. Era tiempo. Lo sirvió, y el vino llenó la copa como una gema líquida, atrapando la luz con su esplendor rubescente. Elena lo sostuvo frente a su nariz. Piedra y fuego, higos, especias y pastel de cereza. Más que nada, ella deseaba que el máximo potencial de las uvas brillara a través de esta cosecha, aunque ni siquiera una bruja podía estar completamente segura de cuáles serían las características que se trasfundirían y asentarían desde las raíces y vides hasta la fruta.

Sorbió y saboreó la complejidad de la fruta y el humo, la tierra y el roble, mientras el legado del renombrado terruño Renard se hacía conocer. Y entonces, el dejo sutil golpeó como esperaba, justo con una pizca de melancolía al final. Era más recuerdo que infusión, pero estaba ahí como recordatorio. Como el aroma de los geranios en invierno.



Próximo Libro

Abandonada cuando era niña en el París de principios de siglo, Yvette Lenoir anhelaba descubrir los secretos de su patrimonio mágico y aprovechar sus poderes reprimidos. Pero la valentía e ingeniosidad que Yvette realizó para sobrevivir en las calles la ha convertido en una fugitiva. Con un precio por su cabeza, se aferra a un recuerdo de su pasado, lo que cree que es un grimorio heredado de la madre que nunca conoció. Para descubrir los secretos de su pasado, Yvette confía en una mujer para ayudar a resolver los enigmas arcanos entre sus páginas encantadas.

Elena Boureanu es la bruja de la vid de Château Renard, conocida por sus famosos vinos. Incluso mientras lucha con su propia línea de sangre, y su venenosa amenaza para su futuro, Elena no puede ignorar a una amiga fugitiva. Junto a un ladrón astuto, el propietario de una tienda de curiosidades encantadas y un gato negro hechizante, Elena e Yvette están decididas a decodificar el misterioso recuerdo de Yvette. Pero, ¿qué magia inquieta se desatará? ¿Y qué

están dispuestas a arriesgar Yvette y Elena para convertirse en las brujas que estaban destinadas a ser?

Agradecimientos

Como escritora siempre he sentido que la narrativa era la última forma verdadera de magia que quedó en el mundo. Pero puede que me equivoque. Porque también hay gratitud, lo cual no es menos poderoso en el momento correcto. Con eso en mente, deseo expresar mis agradecimientos a muchas personas que me ayudaron a hacer posible la publicación de esta novela. Primero, un amable guiño a mi agente, Marlene, que lee con rapidez y sabe lo que le gusta cuando lo ve. Gracias por ser mi defensora. A Adrienne, quien con su estilo de positivismo y colaboración hizo de este trabajo un disfrute, mis más sinceros agradecimientos por creer en mi historia. También hay un número de personas cuyas aportaciones editoriales al libro me hicieron parecer una mejor escritora de lo que soy. A Clarence, Jon, Sarah, Karin y al maravilloso equipo 47 Norte, de los cuales nunca tuve la oportunidad de corresponderles personalmente, les envío un cálido agradecimiento por su experiencia y profesionalismo. Ha sido maravilloso trabajar con tantas personas dedicadas y creativas. En una nota más personal, quiero agradecer a Caitlin por su orientación temprana en lectura y revisión. Y por último, a Rob, David, Autumn, Brett, Matt y a mis padres, Jim y Carol, gracias por su apoyo sin fin en esta largo y sinuoso viaje.

Sobre La Autora



Luanne G. Smith vive en Colorado en la base de las hermosas Montañas Rocosas, donde disfruta de caminatas, jardinería y una copa de buen vino al final del día. The Wine Witch es su novela debut. Para más información visita www.luannegsmith.com.

Este libro llega a ti gracias a…


Grupo Leyendas Oscuras


Lucky
Girls

Notes

[←1]
Abuela.

[←2]

Carretillas.

[←3]

Bruja.

[←4]

Tijeras de podar.

[←5]

Abuelo.

[←6]

Bruja de la cerveza.

[←7]

Paté

[←8]

Pollo al vino.

[←9]

Envero es un término empleado en viticultura para indicar una de las fases del ciclo de maduración de la uva.

[←10]

Carretilla

[←11]

Modernismo – estilo enérgico de las arte visuales.

[←12]

Extranjero

[←13]

Gorra militar.

[← 14]

Polvo negro utilizado para maquillar los ojos.

[←15]

Cerillas.

[←16]

Genio

[←17]

Media luna.

[←18]

Italiano, significa vino de prensa.

[←19]

Daga ceremonial.

[←20]

Bruja de venenos.